



# ESPERANDO EL ALBA

WILLIAM BOYD

«Un homenaje al suspense, las novelas de espionaje  
y el *film noir*. Desde Sherlock Holmes y  
Graham Greene a Hitchcock.» *THE INDEPENDENT*

Lectulandia

Verano de 1913. El joven actor Lysander Rief, animado por las noticias que llegan a Londres sobre los éxitos del psicoanálisis, se desplaza a Viena para tratarse un problema sexual. Allí acude a la consulta del doctor Bensimon, discípulo de Freud, donde irrumpe una mujer por la que se siente atraído: la misteriosa Hettie Bull. La ciudad bulle, la cerveza corre y los vieneses llenan las terrazas y parques, una vida sugerente que cautiva al elegante Lysander quien, embarcado en una apasionada relación con Hettie, parece haber encontrado la cura a su dolencia.

De regreso a Londres y con la guerra inminente, sus vivencias en Viena lo persiguen e involucran en un escenario inesperado de espionaje, escándalos y sexo. Entre Viena y el West End londinense, con paradas en París, Ginebra y Trieste, *Esperando el alba* es una aventura poblada de intrigas, hermosas damas y heridas que no cicatrizan, todo un tour de force literario donde al alba tal vez se difuminen las sombras e incertidumbres de la noche.

**Lectulandia**

William Boyd

# **Esperando el alba**

ePub r1.0

GONZALEZ 27.07.16

Título original: *Waiting for Sunrise*

William Boyd, 2012

Traducción: Juanjo Estrella

Editor digital: GONZALEZ

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Susan*

Una cosa es verdad al amanecer y es mentira  
al mediodía.

ERNEST HEMINGWAY

Ciertamente, mentir no es nada honroso. Pero  
cuando la verdad entraña un terrible daño,  
hablar deshonrosamente resulta disculpable.

SÓFOCLES

# PRIMERA PARTE

*Viena*, 1913-1914

# 1. UN JOVEN ELEGANTE, CASI A LA MANERA CONVENCIONAL

Es un día de verano limpio y deslumbrante en Viena. De pie en el pentágono oblicuo de luz muy amarilla que se proyecta en la esquina afilada de Augustinerstrasse y Augustinerbastei, frente al Teatro de la Ópera, observas indolente el mundo que pasa ante ti, esperando que algo o alguien llame tu atención, despierte un revoloteo de interés. En el aire de la ciudad se siente, hoy, una tensión rara, casi primaveral, y aunque la primavera terminó hace mucho, reconoces esa ligera inquietud recién estrenada en la gente que pasa, esa expectativa que se agita en el ambiente, esa posibilidad de descaro, aunque quién sabe qué descaro puede darse aquí, en Viena. Aun así, mantienes los ojos muy abiertos, permaneces extrañamente alerta, listo para recibir cualquier cosa —una miga de pan, una moneda—, que el mundo arroje sin querer en tu dirección.

Y entonces ves, a tu derecha, a un joven que abandona a pie el Hofgarten. Tendrá poco menos de treinta años, es casi elegante a la manera convencional, pero capta tu mirada porque no lleva sombrero, toda una anomalía en esta multitud ajetreada de vieneses, tocados todos, hombres y mujeres. Y cuando ese joven casi convencionalmente elegante pasa junto a ti, caminando con decisión, te fijas en su pelo castaño, muy fino, movido por la brisa, en su traje gris claro, en sus zapatos color borgoña muy bien lustrados. Es de estatura media, pero ancho de hombros, con algo de la complexión y el equilibrio de un deportista, según constatas cuando se aleja, cuando se encuentra ya a dos pasos de ti. Va bien rasurado, lo que también resulta atípico en la ciudad de las barbas y los bigotes, y no te pasa por alto el buen corte de su chaqueta entallada. Los pliegues de un pañuelo de seda azul celeste desbordan holgadamente el bolsillo de la pechera. Hay algo atildado, estudiado en su manera de vestir; así como es casi convencionalmente elegante, también es casi un dandi. Decides seguirlo durante un minuto o dos, vagamente intrigado, y porque no tienes otra cosa que hacer.

Se detiene en seco frente a la entrada de Michaelerplatz, permanece inmóvil, mira algo que hay pegado en una valla, y vuelve a ponerse en marcha con prisas, como si llegara tarde alguna cita. Lo sigues por la plaza, hasta Herrengasse; los rayos oblicuos del sol perfilan los detalles de los edificios macizos y señoriales, dibujan sombras oscuras, definidas, sobre las cariátides y los frisos, los frontones y las cornisas, las balaustradas y los arquitrabes. Vuelve a parar, frente al quiosco que vende periódicos revistas extranjeras. Escoge *The Graphic*, lo paga, lo desdobra y abre para echar un vistazo a los titulares. Ah, es inglés... Qué aburrido. Tu curiosidad mengua por momentos. Das media vuelta y regresas al pentágono de sol que acabas de abandonar en la esquina, con la esperanza de que otras posibilidades más estimulantes se crucen en tu camino, dejando que el joven inglés siga avanzando hacia dondequiera o hacia



quienquiera que se encaminara con tanta determinación...

Lysander Rief pagó el *The Graphic*, impreso hacía tres días (en su edición de ultramar), leyó un titular —«Firma de Armisticio en Bucarest: Fin de la segunda guerra balcánica»— y en un gesto reflejo se pasó la mano por el pelo fino. ¡El sombrero! ¡Maldita sea! ¿Dónde lo había dejado? En el banco —claro—, en el Hofgarten, donde había pasado diez minutos contemplando unas flores, devorado por la duda, preguntándose, inquieto, si estaba haciendo bien, inseguro de pronto de sí mismo, de su viaje a Viena y de lo que presagiaba. ¿Y si todo era un error, una vana esperanza, y en el fondo inútil? Consultó la hora en su reloj de pulsera. Maldita sea, otra vez. Si volvía sobre sus pasos, llegaría tarde a la cita. Le gustaba aquel sombrero, su *canotier* de ala estrecha con la cinta de seda granate, comprado en Lockett's, en Jermyn Street. Alguien lo habría robado al momento, de eso estaba seguro, razón de más para no regresar al parque, y, tras maldecirse de nuevo por su distracción, volvió a enfilarse por Herrengasse. Aquello demostraba, pensó, lo tenso, lo preocupado que estaba. Levantarse y alejarse del banco de un parque sin ponerse el sombrero, sin pensarlo siquiera... Era evidente que sentía aún mayor inquietud y temor ante aquel encuentro de lo que indicaba su nerviosismo más manifiesto y comprensible. «Cálmate —se dijo, mientras oía el repicar acompasado de las medialunas metálicas encajadas en los tacones de cuero de sus zapatos, que entrechocaban contra los adoquines—. Cálmate. Ésta es sólo la primera cita, puedes no volver, regresar a Londres. Nadie te ha puesto una pistola en la sien para obligarte».

Aspiró hondo y expulsó el aire. «Era un hermoso día de agosto de 1913», pronunció para sí en voz muy baja, sólo para cambiar de tema y alterar su estado de ánimo. «*Es war ein schöner Augusttag des Jahres... ah, 1913*», repitió sus palabras en alemán, pero no la fecha. Los números, los números largos y las fechas le costaban. Su alemán mejoraba deprisa, pero le pediría a su profesor, herr Barth, que dedicaran una hora a practicar los números, a ver si así terminaba de fijarlos en la memoria. «*Ein schöner Augusttag...*» Descubrió otro cartel rasgado en la pared, como el que había visto al pasar por Michaelerplatz; era el tercero con el que se tropezaba desde que había abandonado su casa aquella mañana. Estaba arrancado de cualquier manera de la valla, levantado en los puntos en que la cola no había pegado lo bastante para mantener el papel bien sujeto. Del primer cartel, junto a la parada del tranvía que estaba cerca de la pensión en la que se alojaba, se había fijado en lo que quedaba del cuerpo (la cabeza había desaparecido) de la muchacha ligera de ropa que se mostraba en él. Estaba prácticamente desnuda, acobardada, y con las manos se cubría, presionándolos, protegiéndoselos, unos pechos de tamaño considerable; el remolino apenas visible de una gasa que se sostenía sola velando por su decencia en la carnosa unión de los muslos. Había algo en el realismo del dibujo que lo hacía especialmente llamativo, a pesar de lo estilizado de la situación en que se encontraba

(aquella gasa providencial, aérea), y se detuvo a observado mejor. No tenía ni idea de cuál era el contexto de la imagen, pues todo lo demás había sido arrancado. Sin embargo, en el segundo cartel roto, la punta de la cola de un reptil cubierto de escamas, de dientes puntiagudos, sí explicaba por qué la ninfa, o la diosa, o lo que fuera, parecía tan aterrada. Y ahora, en el tercer cartel habían quedado unas pocas letras intactas: «PERS...» y, debajo «und», y más abajo aún «Eine Oper von Gottlieb Toll...».

Pensó: «¿Pers...?». ¿Perséfone? ¿Una ópera sobre Perséfone? No era la que había sido arrastrada a las profundidades marinas, y Narciso (¿era él?), había tenido que ir a buscarla, con la condición de no mirar atrás? ¿O ésa era Eurídice? O algo así... ¿Orfeo? No era la primera vez que lamentaba poseer una educación tan excéntrica y fragmentaria. Sabía mucho de unas pocas cosas, y muy poco de muchas. Estaba dando los pasos necesarios para poner remedio a aquella situación, leyendo todo lo que podía, escribiendo sus poemas, pero de vez en cuando su ignorancia lo desafiaba mirándolo a la cara descaradamente. Admitía que ése era uno de los peligros de su profesión. Y en mitos y referencias clásicas se hacía un poco de lío, por no decir, más bien, que con ellos tenía una gran laguna.

Volvió a concentrarse en el cartel. Sólo la mitad superior de la cabeza había sobrevivido en esa ocasión. Arabescos de pelo azotado por el viento, y ojos muy abiertos sobre el borde arrancado del papel, como si, pensó Lysander, observara horrorizada desde detrás de una sábana. Mientras unía mentalmente los tres fragmentos de la imagen para formarse una idea del cuerpo de la diosa, Lysander se descubrió estimulado, sexualmente, durante un breve instante. Una mujer desnuda, joven, hermosa, vulnerable, enfrentada a un monstruo escamoso, sin duda fálico, a punto de forzarla... Aquélla era, por supuesto, la intención de los carteles y era evidente, además, que era también lo que había provocado la mojigata y burguesa indignación que había llevado a algún ciudadano de bien a destrozar el cartel. Todo muy moderno. Todo muy vienés, suponía.

Lysander reemprendió la marcha, mientras analizaba con detalle su estado de ánimo. ¿Por qué le excitaba ese cartel en que se representaba la posible violación de una mujer mitológica? ¿Era algo natural? ¿Tenía algo que ver, para ser más exactos, con la postura, las manos que cubrían y sostenían al mismo tiempo los pechos suaves de aquella mujer, coqueta y a la defensiva? Suspiró. ¿Quién, en cualquier caso, podía responder aquellas preguntas? La mente humana resultaba siempre desconcertante, compleja y perversa. Se detuvo. Sí, sí, sí. Por eso exactamente había acudido a Viena.

Cruzó el Schottenring y la vasta extensión de la plaza frente a la inmensa mole ennegrecida del edificio de la universidad. Ahí era donde debía acudir para saber más sobre Perséfone, preguntarle a algún alumno especializado en latín y griego..., aunque había algo que no lo dejaba tranquilo; no recordaba que en la historia de Perséfone intervinieran monstruos... Se fijó en el nombre de las calles que atravesaba. Ya casi había llegado. Se detuvo para dejar pasar a un tranvía eléctrico, y

dobló a la derecha al llegar a Berggasse, y después a la izquierda en Wasagase. Número 42.

Tragó saliva, con la boca de pronto seca, pensando: «Tal vez debería dar media vuelta, hacer el equipaje, regresar a casa, a Londres, seguir con mi plácida existencia». Pero se recordó a sí mismo que si lo hacía, su problema concreto seguiría sin resolver... Los anchos portones que daban acceso al edificio del número 42 estaban abiertos, y accedió directamente al vestíbulo de los carruajes. No había rastro de portero ni conserje. Un ascensor de rejilla metálica podría haberlo subido a la segunda planta, pero prefirió utilizar la escalera. Una planta. Dos. Barandillas de hierro forjado, pasamanos de madera pulida, peldaños de una especie de granito punteado, un friso de madera con la pared, con baldosas verde oscuro por abajo y pintura al temple blanca por arriba. Se concentraba en aquellos detalles, intentando no pensar en las docenas, tal vez los centenares de personas que lo habían precedido en ese ascenso.

Llegó al rellano. A cada lado se alzaba una puerta forrada de madera, con ventanilla. En una de ellas se leía «*Privat*», y en la otra había atornillada una pequeña placa de latón sin pulir, sobre el timbre. «Dr. J. Bensimon». Contó hasta tres y llamó, convencido de pronto de lo acertado de su acción, seguro de ir en busca de un futuro mejor para sí mismo.

## 2. LA SEÑORITA BULL

La recepcionista del doctor Bensimon (una mujer flaca, con lentes, de aspecto severo) lo había acompañado hasta una pequeña sala de espera y en tono amable le había comentado que llegaba a la cita unos cuarenta minutos antes de la hora acordada, por lo que si no le importaba esperar... «Ha sido fallo mío. Qué tonto soy». «¿Café?». «No, gracias».

Lysander se sentó en una butaca de cuero negro, baja y sin brazos, de las cuatro que ocupaban la habitación, dispuestas en semicírculo y encaradas hacia una chimenea con repisa de escayola, y una vez más invocó la calma para sosegar su ánimo agitado. ¿Cómo podía haberse anticipado tanto? Hubiera jurado que la hora convenida para aquella consulta debería habersele grabado a fuego en la mente. Miró a su alrededor y descubrió un bombín en el colgador de la esquina. Supuso que pertenecía al paciente que le precedía. Al verlo, cayó en la cuenta de que sí habría podido regresar al parque a por el suyo. «Maldita sea», dijo para sus adentros. Y después, «joder», regodeándose en la obscenidad. Aquel *canotier* le había costado una guinea.

Se puso en pie y estudió los cuadros de la pared, que eran grabados de grandes edificios en ruinas cubiertos de musgo, entre los que crecían hierbas y arbustos, remates de piedra volcados, frontones rotos, columnas caídas, que le resultaban vagamente familiares. No le venía a la mente el nombre de ningún artista; otra laguna en su apolillada educación. Se acercó a la ventana y observó el pequeño patio central del edificio de pisos. Había un árbol, un sicomoro (al menos era capaz de identificar algún árbol), que crecía en un rectángulo de hierba reseca y pisoteada, flanqueado por la cochera en desuso y los establos, y mientras permanecía allí, mirando, salió de ellos una mujer con delantal, cargando con esfuerzo un cubo lleno hasta arriba de carbón. Él se volvió y se paseó de un lado a otro, y con la punta del pie alisó a conciencia el pico levantado de una alfombra persa raída que cubría el suelo de madera.

Oyó unas voces, excepcionalmente imperiosas, alzadas, que provenían de la antesala de la recepcionista. Al momento se abrió la puerta, y entró una mujer que la cerró de golpe.

—*Entschuldigung* —dijo secamente, mirándolo, antes de sentarse en una de las butacas.

Rebuscó en el bolso hasta encontrar un pañuelo, y se sonó con él.

Lysander regresó en silencio junto a la ventana; percibía la incomodidad de aquella mujer, su tensión, que partía de ella en ondas, como si, en su interior, una dinamo generase aquel estado febril, aquella (le vino a la mente el término alemán, y experimentó placer al recordado). *Angst*.

Se volvió, y sus ojos se encontraron. Los de aquella mujer eran de lo más excepcional, de un color avellana palidísimo. Y muy grandes, muy anchos (el blanco

del ojo rodeaba visiblemente el iris), como si observara con gran atención o sintiera espanto ante algo. Un rostro hermoso, pensó: nariz bonita, estrecha, barbilla perfilada. Piel aceitunada. ¿Extranjera? Llevaba el pelo recogido bajo un bonete rojo sangre, una chaqueta de terciopelo gris claro y una falda negra. En la solapa, un broche grande lacado en forma de loro, de colores chillones. «Artista», pensó Lysander. Botines bajos, de cordones, pies pequeños. De hecho, era una mujer menuda y joven. Nerviosa.

Sonrió, se volvió una vez más y observó el patio. La casera vieja y corpulenta avanzaba de nuevo, decidida, hacia el establo, con el cubo vacío. ¿Para qué querría tanto carbón en pleno verano? Seguramente...

—*Sprechen Sie Englisch?*

Lysander se volvió.

—Soy inglés, de hecho —dijo, desconfiado—. ¿Cómo lo ha sabido?

Le irritaba llevar su nacionalidad como una insignia.

—Tiene un número del *Graphic* en el bolsillo —dijo ella, señalando el periódico doblado—. Lo delata bastante. Pero, además, la mayoría de los pacientes del doctor Bensimon son ingleses. No me ha costado mucho adivinarlo.

Hablaba con acento de persona educada, también era indudablemente inglesa, a pesar de su tono de piel algo exótico.

—Supongo que no tendrá cigarrillos, ¿verdad? —preguntó—. Por un vago y venturoso azar.

—Pues resulta que sí los tengo, pero... —Lysander señaló un cartel impreso apoyado en la repisa de la chimenea. «*Bitte nicht rauchen*».

—Ah, sí, claro. ¿Le importaría que le robara uno para más tarde? Lysander se sacó la pitillera del bolsillo de la chaqueta, la abrió y se la alargó. Ella cogió un cigarrillo y dijo:

—¿Puedo?

Le quitó otro sin esperar respuesta, y se metió los dos en el bolso.

—Tengo que ver urgentemente al doctor Bensimon —dijo directa, expeditivamente—. Así que espero que no le importe que me cuele.

Le dedicó una sonrisa tan inocente, tan radiante, que Lysander estuvo a punto de parpadear.

Pensándolo mejor, Lysander descubrió que, de hecho sí le importaba, pero dijo «Claro que no», y le devolvió la sonrisa, inseguro. Regresó de nuevo junto al cristal, se llevó la mano al nudo de la corbata y carraspeó.

—Siéntese, si quiere —dijo la joven.

—Estoy muy bien de pie. Estas butacas bajas y sin brazos me resultan bastante incómodas.

—Sí que lo son. Bastante. ¿Verdad?

Lysander se preguntaba si debía presentarse, pero comprendió que la sala de espera de un médico era de esos lugares donde la gente, los desconocidos, tal vez

preferiera mantener el anonimato; después de todo, no se estaban conociendo en una galería de arte, ni en el vestíbulo de un teatro.

Oyó un ruido amortiguado y volvió la cabeza. La mujer se había puesto en pie, se había acercado a uno de los grabados de las ruinas (¿cómo se llamaba el artista?), y usaba el cristal a modo de espejo, para meterse en el bonete los mechones de pelo que habían escapado de él, y para recolocarse unos rizos pequeños por delante de las orejas. Lysander se fijó en que la chaqueta de terciopelo corta permitía adivinar las curvas rotundas de caderas y nalgas, que se intuían bajo la falda negra. Los tacones de sus botines eran de más de ocho centímetros, y aun así se veía diminuta.

—¿Qué está mirando? —preguntó ella abruptamente, atisbándolo en el reflejo del cristal.

—Admiraba sus botines —improvisó Lysander rápida y convincentemente—. ¿Los ha comprado en Viena?

Ella no llegó a responderle, porque la puerta de la consulta del doctor Bensimon se abrió en ese momento y dos hombres salieron por ella, conversando y ahogando unas risas. Lysander supo al momento cuál de ellos era el doctor Bensimon, el mayor de los dos, de poco más de cuarenta años, más bien calvo, con una barba castaña bien recortada, salpicada de canas. A juicio de Lysander, todo en el otro hombre anunciaba a los cuatro vientos que era militar: traje azul marino de chaqueta cruzada, corbata a rayas bajo un cuello rígido, pantalones estrechos y unos zapatos tan lustrados que parecían de charol. Era alto, ascéticamente delgado, con un bigotillo oscuro y recortado.

Pero la joven entró al momento en un estado de gran agitación, los interrumpió, pronunció el nombre del doctor Bensimon, disculpándose y a la vez insistiendo en que necesitaba verlo, en que era absolutamente esencial, una emergencia. El soldado dio un paso atrás y la dejó pasar mientras el doctor Bensimon, mirando a Lysander, hacía entrar rápidamente en el consultorio a aquella mujer estridente. Lysander oyó que, mientras lo hacía, el doctor le decía en voz baja, severa: «Esto no puede volver a ocurrir, señorita Bull», antes de que la puerta del consultorio se cerrara.

—Vaya, vaya —comentó secamente el joven de aspecto marcial. También era inglés—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Debo reconocer que parecía muy agitada —comentó Lysander—. Me ha pedido dos cigarrillos.

—¿Dónde vamos a ir a parar? —se preguntó el hombre, levantando el bombín del colgador de madera. Lo sostuvo entre las dos manos, mirando directamente a Lysander.

—¿Nos conocemos?

—No lo creo.

—Me resulta vagamente familiar, no sé de qué.

—Será que me parezco a alguien que conoce.

—Sí, será eso. —Le extendió la mano—. Soy Alwyn Munro.

—Lysander Rief.

—Pues el nombre también me suena. —Se encogió de hombros, ladeó la cabeza, entornó los ojos como si rebuscara en su memoria, y sonrió, rindiéndose, antes de dirigirse hacia la puerta—. Yo no le daría más cigarrillos. Me ha parecido algo peligrosa.

Se fue, y Lysander prosiguió con su minuciosa observación del pequeño patio interior. Registraba todos y cada uno de los detalles de la vista: la colocación en espiga de los adoquines, la moldura dentada del arco que daba acceso al establo, la mancha de humedad sobre los ladrillos, causada por un grifo mal cerrado. Mantenía la mente ocupada. Minutos después, la joven salió del consultorio del doctor Bensimon, sin duda más calmada, más recompuesta. Recogió el bolso.

—Gracias por dejar que me colara —dijo alegremente—. Y por los pitillos. Es usted muy amable.

—No hay de qué.

Le dijo adiós y salió con paso lento, moviendo la falda a un lado ya otro. Antes de cerrar la puerta se volvió para mirarlo, y Lysander entrevió una última vez aquellos ojos raros, de un marrón muy claro, aquellos ojos color avellana. Pensó que eran como los de un león. Pero se llamaba Bull<sup>[1]</sup>.

### 3. EL BAJORRELIEVE AFRICANO

Lysander había tomado asiento en el consultorio del doctor Bensimon, y miraba a su alrededor mientras el médico anotaba sus detalles personales en el libro de registros. La habitación era espaciosa, con tres ventanas en una de las paredes. Estaba amueblada con sencillez y decorada casi por completo en distintos tonos de blanco. Las paredes eran blancas, lo mismo que las cortinas de lana. Había una alfombra blanca sobre el parqué color miel, y un bajorrelieve de aspecto primitivo, de plata batida, colgado sobre la chimenea. En un ángulo se encontraba el escritorio de caoba, y tras él varias librerías con puertas de cristal que ocupaban la pared entera, de suelo a techo. Frente a la chimenea había un sillón de respaldo alto, cubierto por una funda holgada de lino crudo, y al otro lado un diván bajo una manta de rayas gruesa, de lana, y dos cojines con bordados. Ambas piezas daban la espalda al escritorio, y Lysander, que había optado por el sillón, descubrió que debía torcer el cuello, en un gesto incómodo, si quería ver al doctor. La habitación era muy silenciosa (ventanas dobles) y a Lysander no le llegaban los sonidos de las calles de la ciudad: el chirrido de los tranvías eléctricos, el traqueteo de carretas y coches de punto, el rumor de los automóviles. La calma era ideal.

Lysander se fijó en el bajorrelieve de plata. Unas figuras africanas fantásticas, mitad hombres, mitad animales, con tocados extravagantes, sobresalían con tracerías de pequeñas perforaciones realizadas sobre el metal blando. Era extraño, muy hermoso y, pensó, cargado de toda clase de oportuno simbolismo.

—Señor L. U. Rief —dijo Bensimon. En el silencio del consultorio, Lysander oía el garrapateo de su pluma. Tenía un ligero acento de algún punto del norte de Inglaterra, Yorkshire o Lancashire, pero muy amortiguado, por lo que determinar el lugar exacto resultaba imposible. Lysander se jactaba de ser muy bueno identificando acentos... En cuestión de uno o dos minutos ya lo habría descubierto—. ¿A qué corresponden las iniciales?

—Lysander Ulrich Rief.

—Un nombre maravilloso.

«De Manchester —pensó Lysander—. Por las aes abiertas».

—Rief ¿Es escocés?

—Inglés antiguo. Según algunos, significa «exhaustivo», «detallista». Y también me han dicho que es una variante dialectal anglosajona de «lobo». Todo muy confuso.

—Lobo detallista. Detallismo lobuno. ¿Y qué hay de Ulrich? ¿Tiene algo de alemán?

—Mi madre es austriaca.

—¿De Viena?

—De Linz, en realidad.

—¿Fecha de nacimiento?



—¿La mía?

—Diría que la edad de su madre no es muy relevante.

—Sí claro, disculpe. El 7 de marzo de 1886.

Lysander volvió a torcer el cuello. Bensimon estaba cómodamente apoyado en el respaldo de su silla, sonriendo, los dedos entrelazados en la nuca.

—No se moleste en volverse a cada rato. Piense en mí como en una voz incorpórea.

## 4. WIENER KUNSTMATERIALEN

Lysander bajó despacio la escalera del apartamento de Bensimon, con la mente llena de pensamientos, algunos agradables, algunos insatisfactorios, otros inquietantes. El encuentro había sido breve, de unos quince minutos. Bensimon había anotado sus detalles personales, le había comentado las posibles formas de pago (al contado o mediante un abono quincenal), y finalmente le había preguntado si deseaba exponerle la naturaleza de su «problema».

Lysander se detuvo al llegar a la calle y encendió un cigarrillo, preguntándose si ese proceso en el que acababa de embarcarse le ayudaría realmente, o si habría sido mejor acudir, por decir algo, a Lourdes. O tomarse la pócima de algún curandero. O hacerse vegetariano y empezar a usar ropa interior de ese tal doctor Jaeger, como George Bernard Shaw. Frunció el ceño, confuso de pronto, un estado de ánimo nada conveniente, nada alentador. Había sido su mejor amigo, Greville Varley, quien le había sugerido el psicoanálisis (Greville era la única persona al corriente de su problema, y sólo muy superficialmente), y Lysander había secundado la idea como un fanático, ahora se daba cuenta de ello, cancelando todos sus planes futuros, retirando todos sus ahorros, trasladándose a Viena, buscando al doctor adecuado. ¿Había sido un arrebato imprudente o se trataba sólo de una prueba más de su desesperación?

Doble a la izquierda en Berggasse, le había dicho Bensimon, y después siga recto hasta la pequeña plaza, donde confluyen todas las calles, al fondo. Encontrará la tienda enfrente (WKM), no tiene pérdida. Lysander se puso en marcha, con la mente aún ocupada por aquel momento crucial.

BENSIMON: ¿Cuál parece ser, pues, la naturaleza del problema?

LYSANDER: Es un problema... sexual.

BENSIMON: Sí, suele serlo. En el fondo.

LYSANDER: Cuando inicio la actividad lujuriosa... Es decir, durante mis lances amatorios...

BENSIMON: Por favor, no recurra a eufemismos, señor Rief. Hable con sencillez, es la única vía. Sea tan directo y tan brusco como desee. Use el lenguaje de la calle. A mí nada me ofende.

LYSANDER: De acuerdo. Cuando estoy follando, no puedo hacerlo.

BENSIMON: ¿No tiene erección?

LYSANDER: No tengo problemas con la erección. Al contrario, no tengo queja en ese sentido. Mi problema tiene que ver con la... emisión.

BENSIMON: Ah, eso es muy frecuente. Eyacula demasiado pronto. *Ejaculatio preacox*.

LYSANDER: No, no eyaculo en absoluto.

Lysander descendía por la suave pendiente de Berggasse. La consulta del doctor Freud quedaba por allí. ¿No debería haber acudido a él? ¿Cómo era aquella expresión francesa? ¿Por qué hablar con los apóstoles cuando puedes dirigirte directamente a Dios? Pero estaba el problema de la lengua; Bensimon era inglés, lo que constituía una gran ventaja, una bendición, incluso, que no podía obviarse. A Lysander le vino a la mente el prolongado silencio que se produjo cuando reveló a Bensimon la naturaleza de su disfunción sexual.

BENSIMON: Así que usted inicia el acto sexual, pero no se produce el orgasmo.

LYSANDER: Exacto.

BENSIMON: ¿Qué ocurre?

LYSANDER: Bien, puedo seguir durante bastante rato, pero la conciencia de que no va a ocurrir nada me lleva finalmente a destensarme, por decirlo de alguna manera.

BENSIMON: Detumescencia.

LYSANDER: Al final, sí.

BENSIMON: Voy a tener que pensar en ello. Es de lo más atípico. Anorgasmia. Es el primer caso que me encuentro. Fascinante.

LYSANDER: ¿Anorgasmia?

BENSIMON: Es lo que le ocurre. Así se llama su problema.

Y eso había sido todo, salvo por el consejo que le había dado.

Bensimon le preguntó si llevaba algún diario, algún libro de anotaciones. Lysander respondió que no. Escribía poesía, dijo, con cierta regularidad, y algunos de sus poemas habían sido publicados en periódicos y revistas, pero, se encogió de hombros, humilde, era un poeta aficionado, le gustaba ejercitarse en el verso, pero no concedía mérito a las líneas que se le ocurrían, y no, no llevaba ningún diario.

—Pues quiero que empiece a anotar las cosas —le pidió Bensimon—. Los sueños que tenga, pensamientos fugaces, cosas que vea y oiga y que le intriguen. Cualquier cosa. Todo. Estímulos de todo tipo: sexuales, olfativos, auditivos, sensuales, cualquier cosa, lo que sea. Traiga esas notas a la consulta y léamelas en voz alta. No censure nada, por más chocante, por más banal que le parezca. Me proporcionará un acceso directo a su personalidad y su naturaleza..., a su mente inconsciente.

—A mi «ello», quiere decir.

—Veo que ha hecho usted los deberes, señor Rief. Estoy impresionado.

Bensimon le había pedido que anotara aquellas impresiones y observaciones lo más rápidamente posible después de que se produjeran, y que no las alterara ni embelleciera de ningún modo. Y, más aún, no debía escribirlas en pedazos de papel. Lysander debía adquirir un cuaderno de tapas de piel y con hojas de buena calidad, y convertirlo en un verdadero documento personal, algo con vocación de permanencia y durabilidad, no sólo un conjunto de anotaciones recogidas al azar.

—Y póngale un título —le sugirió—. Sí, ya sabe, algo así como «Mi vida interior» o «Reflexiones personales». En otras palabras, otórguele formalidad. Su diario de sueños, su dietario de sí mismo, su *Seelenjournal*, debería ser algo que usted apreciara y valorara transcurrido el tiempo. Una crónica de su mente en estas próximas semanas, de su mente tanto consciente como inconsciente.

Lysander pensaba, mientras cruzaba la calle y se acercaba a la tienda de productos para pintores que le había recomendado Bensimon, la Wiener Kunstmaterialen, que al menos aquello sería algo concreto, una especie de crónica permanente de su estancia. Toda aquella conversación, y todas las conversaciones que iban a sucederse, eran sólo palabras perdidas en el aire. Al empujar las puertas batientes del establecimiento, empezó a convencerse de que tal vez el doctor tuviera razón, de que tal vez, después de todo, aquello sí le haría bien.

La WKM ocupaba un local espacioso y bien iluminado; racimos de bombillas eléctricas colgaban del techo, distribuidas en modernas arañas de aluminio, y los resplandecientes halos se reflejaban en el suelo de linóleo marrón, brillante. El olor a trementina, a pintura al óleo, a madera sin tratar y a lienzo, hizo que Lysander se sintiera cómodo al momento. A él le encantaban aquellos establecimientos: pasillos llenos de materiales artísticos amontonados, como cornucopias culturales, partían en distintas direcciones; estantes donde se apilaban muchas clases de papel; tarros llenos de lapiceros afilados, un bosquecillo de caballetes grandes y pequeños, hileras de tubos de pinturas dispuestos según una secuencia cromática, botellas anchas y relucientes de aceite de linaza y disolvente, delantales de lona, taburetes plegables, montañas de paletas, latas cuadradas de acuarelas, cajas planas de ceras, con las tapas abiertas, exhibiendo su luminoso contenido de «cigarrillos» multicolores. Siempre que entraba en comercios como ése se convencía de que debía convertir el dibujo en un pasatiempo serio, o la acuarela, o el grabado en linóleo, o cualquier cosa que le proporcionara la ocasión de adquirir aquellos atractivos productos.

Giró por un pasillo y se encontró una estantería pequeña llena de resmas de papel y cuadernos. Les echó un vistazo y separó uno que, con sus centenares de páginas, parecía un diccionario. No, no.

Demasiado intimidatorio. Necesitaba algo más modesto, más realista. Cogió un cuaderno de tapas blandas de piel, de buen papel blanco, con ciento cincuenta hojas. Le gustó su peso en la mano, y le cabría en el bolsillo, como una guía de viajes, una guía de su psique. Perfecto. Se le ocurrió un título: *Investigaciones autobiográficas, de Lysander Rief*. Sí, aquello sonaba exactamente a lo que Bensimon...

—Volvemos a encontrarnos.

Lysander se volvió y vio a la señorita Bull. A una señorita Bull simpática, sonriente.

—Ha venido a comprarse su cuaderno, ¿verdad? —dijo convencida—. A Bensimon deberían pagarle comisión aquí.

—¿Usted también?

—No, yo dejé el mío hará un par de semanas. El problema es que no soy demasiado verbal, ¿sabe? Yo visualizo..., veo las cosas en imágenes, no en palabras. Prefiero dibujar a escribir.

Levantó lo que había ido a comprar: un paquete de cuchillos de formas raras, algunos afilados, otros con punta triangular, como palas pequeñas.

—Pues con eso no se dibuja —dijo Lysander.

—Yo esculpo —le explicó ella—. He venido a encargar más arcilla y escayola. WKM es la mejor tienda de la ciudad.

—Escultora... Qué interesante.

—Escultora no, escultor.

Lysander bajó la cabeza, disculpándose.

—Sí, claro.

La señorita Bull se acercó más a él y habló en voz baja.

—Me gustaría disculparme por mi conducta de hace un rato...

—No tiene la menor importancia.

—Estaba algo... alterada. Me había quedado sin mi medicina, ¿entiende? Por eso he tenido que ir a ver al doctor Bensimon. A buscar mi medicina.

—Entiendo. ¿El doctor Bensimon también administra medicamentos?

—Esto..., no. Más o menos. Pero me ha puesto una inyección. Y me ha proporcionado más reservas. —Dio unas palmadas al bolso—. Es un producto maravilloso, debería probarlo si alguna vez se siente bajo de moral.

Estaba claro que parecía muy distinta como resultado de la medicina del doctor Bensimon, pensó Lysander mirándola, mucho más segura de sí misma. De alguna manera, con un mayor dominio de todo...

—Tiene usted un rostro de lo más interesante —dijo la señorita Bull.

—Gracias.

—Me encantaría esculpirlo.

—Es que ahora tengo un poco...

—No hay prisa.

Metió la mano en el bolso y le alargó su tarjeta.

Lysander la leyó: «Señorita Esther Bull, artista y escultor. Clases particulares». Y figuraba una dirección de Bayswater, en Londres.

—Está algo anticuada —dijo—. Llevo dos años en Viena. Mi teléfono está anotado en el reverso. Acaban de instalárnoslo. —Lo miró, desafiante. A Lysander no le pasó por alto la primera persona del plural—. Vivo con Udo Hoff.

—¿Udo Hoff?

—El pintor.

—Ah, sí, me sue... Sí, Udo Hoff.

—¿Y usted tiene teléfono? ¿Se aloja en un hotel?

—Ni una cosa ni la otra. Vivo en una habitación alquilada. No tengo ni idea de cuánto tiempo vaya tener que quedarme.

—Tiene que venir al estudio. Anóteme su dirección. Le enviaré una invitación a una de nuestras fiestas.

Sacó un pedazo de papel del bolso y Lysander escribió en él sus señas. Algo a regañadientes, debía admitir, porque deseaba estar solo en Viena para resolver su problema (su anorgasmia, ya tenía nombre) por sí mismo, solo. En realidad, no necesitaba ni deseaba mantener ninguna vida social. Le devolvió el papel.

—Lysander Rief —leyó ella—. ¿No lo he oído en alguna parte?

—Lo dudo.

—Yo soy Hettie, por cierto —dijo ella—. Hettie Bull.

Y extendió la mano. Lysander se la estrechó. La mujer apretaba con fuerza.

## 5. EL RÍO DEL SEXO

«¿Por qué me inquieta este encuentro con HB? ¿Por qué también me siento vagamente excitado? No es “mi tipo” en absoluto, y sin embargo ya me siento algo atraído por su vida, lo quiera o no, por su órbita. ¿Por qué? ¿Y si nos hubiéramos conocido en un concierto, en alguna fiesta particular? No nos habríamos prestado la menor atención, estoy seguro. Pero como nos conocimos en la sala de espera del consultorio del doctor Bensimon ya sabemos un secreto el uno del otro. ¿Eso lo explica todo? Los heridos, los incompletos, los desequilibrados, los disfuncionales, los enfermos, se buscan entre sí; los iguales se atraen. Sé que ella no me dejará tranquilo. Pero no quiero ir al estudio de Udo Hoff, quienquiera que sea. He venido a Viena para evitar el contacto social, y apenas le he dicho a nadie adónde iba, me he limitado a informar que “al extranjero” a aquellos que exigían más detalles. Mi madre lo sabe, Blanche lo sabe, Greville lo sabe, claro, y pocos más, los indispensables. Quiero considerar Viena una especie de hermoso sanatorio lleno de perfectos desconocidos, como si estuviera tísico y hubiera, simplemente, desaparecido hasta estar curado. No sé por qué, pero creo que a Blanche no le gustaría HB, en absoluto».

El repicar de los nudillos en la puerta resultó apenas audible. De hecho, fue más un rasguño que un golpe. Lysander dejó la pluma sobre la mesa y cerró el cuaderno, sus *Investigaciones autobiográficas*, que metió en un cajón del escritorio.

—Adelante, herr Barth —dijo.

Herr Barth entró de puntillas y cerró la puerta tan silenciosamente como pudo. A pesar de tratarse de un hombre corpulento, procuraba moverse con ligereza y lo más discretamente posible.

—*Nein, Herr Rief* No «Adelante». *Herein*.

—*Verzeihung* —se disculpó Lysander, acercando otra silla al escritorio.

Herr Barth era un profesor de música que, además, provenía de una familia de larga tradición en la enseñanza musical. Su padre había visto tocar a Paganini en 1836 y, cuando unos años después, como correspondía, tuvo un hijo, lo llamó Nikolas en honor al acontecimiento. En su juventud, herr Barth se tomó muy en serio aquella identificación, y empezó a llevar el pelo largo y gruesas patillas, al estilo de Paganini, un tributo que nunca había abandonado. Incluso ahora, cuando se acercaba a los setenta, se teñía sus cabellos grises, largos, y sus patillas, de negro, y seguía llevando aquellos cuellos grandes y anticuados, aquellas casacas largas con botones plateados. A pesar de ello, su instrumento no era el violín, sino el contrabajo, que había tocado en la orquesta del Lustspiel Theater de Viena muchos años antes de pasarse al ejercicio de la profesión familiar. Conservaba el viejo instrumento en su funda de piel cuarteada, apoyado en la pared, a los pies de la cama de su pequeño dormitorio, situado al fondo del pasillo, el más pequeño de los tres que se alquilaban en la

pensión Kriwanek. Afirmaba ser capaz de enseñar a tocar cualquier instrumento que «se pudiera llevar o sostener en la mano», hasta que el alumno lo dominara, ya fuera de cuerda, viento o metal. A Lysander no le constaba que hubiera ningún alumno interesado en su oferta, pero él había aceptado con gusto la fría sugerencia de herr Barth, planteada un día después de que se mudara a la pensión, de ayudarlo a mejorar su alemán, por cinco coronas a la hora.

Herr Barth se sentó despacio, se retiró con las dos manos los mechones de pelo que reposaban en el cuello de su camisa y sonrió, señalándolo con un dedo acusador.

—Sólo en alemán, herr Rief. Es la única manera de que avance usted en nuestra maravillosa y hermosa lengua.

—Hoy me gustaría practicar los números —replicó Lysander— en alemán.

—Ah, los números, los números... La gran trampa.

Practicaron los anodinos números durante una hora: cuentas, fechas, precios, cambios, sumas, restas, hasta que la cabeza de Lysander era una Babel tambaleante de cifras y sonó el timbre que anunciaba la cena. Herr Barth sólo pagaba por el alojamiento y el desayuno, por lo que se excusó, y Lysander recorrió el pasillo hasta el comedor forrado de madera, donde frau Kriwanek ya lo esperaba.

Frau K. (así era como los tres huéspedes se referían a ella) era una mujer inflexiblemente pía y decorosa. Había enviudado a los cuarenta y pocos años, llevaba ropas austriacas tradicionales: vestidos verde musgo con corpiño, casi siempre, con blusas bordadas y delantales, y zapatos de hebillas anchas, y se desenvolvía con una corrección tan exasperante en los modales que Lysander no había tardado en constatar que sólo resultaba soportable mientras duraba la cena. Su mundo sólo admitía y contenía personas, opiniones o sucesos que fueran «buenos» o «agradables» (*nett* o *angenehm*). Eran sus dos adjetivos favoritos, que pronunciaba en cuanto tenía ocasión. El queso estaba bueno; la temperatura era agradable. La joven esposa del príncipe heredero parecía buena persona. La nueva oficina de correos tenía un aspecto muy agradable. Y así sucesivamente.

Lysander le dedicó una sonrisa neutra al ocupar su lugar habitual. Sentía que se quitaba años por momentos: frau K. tenía la virtud de hacerle sentir de nuevo adolescente o, peor aún, pre-púber. En su presencia se convertía en un hombre sin autoridad, extrañamente acobardado y respetuoso, alguien a quien no reconocía: un hombre sin opiniones.

Vio que había un servicio preparado para una tercera persona, el otro huésped de la pensión, el teniente Wolfram Rozman, que, al parecer, estaba ausente, o llegaba tarde. La cena se servía a las ocho en punto. A frau K. le caía bien Lysander, era bueno y agradable, e inglés (buena gente), pero Lysander intuía que el teniente no gozaba de la plena aprobación de frau K. No era agradable, y tal vez no fuera siquiera buena persona.

El teniente Wolfram Rozman había hecho algo malo. No quedaba claro qué exactamente, pero su presencia en la pensión Kriwanek constituía un descrédito. Se



trataba de un asunto militar, según herr Barth le había contado a Lysander. No lo habían degradado, pero sí había sido apartado temporalmente del cuartel a causa de aquel escándalo, fuera lo que fuese, y obligado a vivir allí hasta que se celebrara el juicio y se decidiera su futuro militar. El teniente Rozman no se veía excesivamente preocupado, al parecer, se alojaba en la pensión desde hacía casi seis meses, pero cuanto más tiempo pasaba allí, más lo consideraba frau K. un hombre poco agradable, exponencialmente. En las dos semanas que Lysander llevaba siendo testigo de sus conversaciones, ya había detectado una acusada dureza en el tono, una creciente y gélida formalidad.

En realidad, a Lysander le caía bien Wolfram, como lo había invitado a llamarlo desde el primer momento, aunque aquélla era una información que ocultaba deliberadamente a frau. Ella le dedicó una sonrisa tibia e hizo sonar la campanilla par llamar al servicio. La doncella, Traudl, apareció casi al instante con una sopera que contenía una sopa clara de col con picatostes. Ése era siempre el primer plato de la cena en la pensión Kriwanek, ya fuera invierno o verano. Traudl, joven de unos dieciocho años de cara redonda, que se sonrojaba cuando hablaba y cuando le dirigían la palabra, dejó la sopera en la mesa con tan poca delicadeza que su contenido salpicó sobre el mantel blanco, immaculado.

—Pagarás tú la limpieza del mantel, Traudl—sentencio frau K. sin alterarse.

—Cómo no, señora —respondió Traudl, ruborizándose, antes de dedicarles una reverencia y desaparecer.

Frau K. bendijo la mesa con los ojos cerrados, la cabeza recta —Lysander bajó la suya—, y sirvió los dos platos de sopa de col con picatostes.

—El teniente se retrasa —observó Lysander.

—Tiene la cena pagada, allá él si no se la come. —Volvió a sonreírle—. ¿Ha tenido usted un día agradable, herr Rief?

—Muy agradable.

Tras la cena (pollo estofado con páprika)] la costumbre era que frau K. se ausentaba y a los caballeros se les permitía fumar. Lysander encendió un cigarrillo y volvió a ser el que era, ahora que la casera ya no estaba, y empezó a preguntarse, como solía hacer cuando pasaba un tiempo con ella, si no debería trasladarse a algún hotel o a alguna otra casa de huéspedes, pero, mientras sopesaba los pros y los contras, se dio cuenta de que se sentía a gusto en la pensión Kriwanek y que, exceptuando aquella única comida diaria en compañía de frau K., la vida allí le resultaba conveniente.

La pensión era, en realidad, un apartamento espacioso que ocupaba la tercera planta de un edificio de aspecto nuevo, situado en el flanco sur de un patio que daba a Mariahilferstrasse, a unos ochocientos metros del *Ring*. Disponía de calefacción, agua caliente y luz eléctrica. El espacioso cuarto de baño que los huéspedes compartían era

moderno (incorporaba un inodoro con cadena) y limpio. Cuando Lysander consultó a la agencia de viajes sobre su desplazamiento, solicitó que la lista de casas de huéspedes que le facilitaran se limitara a aquellas que pudieran ofrecerle un dormitorio cómodo con armario ropero espacioso, servicio de lavandería profesional (sus exigencias sobre el uso del almidón eran muy específicas) y cercanía a alguna parada de tranvía. La primera dirección que visitó fue la pensión Kriwanek, donde vio que su dormitorio se componía, en realidad, de un saloncito, una alcoba separada de él por una cortina, con cama matrimonial, y un anexo pequeño, cuadrado, que hacía las veces de vestidor, con numerosos anaqueles y armarios para la ropa. Ya no se había molestado en seguir buscando, y aquello era probablemente lo que, después de las cenas, lo llevaba a pensar en mudarse: ¿no debería haber seguido indagando lo que Viena podía ofrecerle? Pero lo cierto era que contaba incluso con un profesor particular en su lugar de residencia, dato que no podía subestimar.

Cuando se accedía al apartamento a través del portón de doble hoja del rellano de la tercera planta, uno se encontraba con un vestíbulo ancho, lo bastante para alojar dos butacas con respaldo de rejilla y una mesa redonda que tenía, como decoración central, un búho disecado protegido por una urna de cristal. Desde ese recibidor, un pasillo largo conducía al comedor, a las tres habitaciones de los huéspedes, las de Lysander, Wolfram y herr Barth, y al cuarto de baño que compartían. Al fondo de aquel corredor había una puerta con una placa en la que se leía «Privat» y que debía de conducir a la zona de la cocina suponía él, así como a las habitaciones de frau K. Nunca la había franqueado, no se había atrevido. Traudl también vivía en la casa, por lo que habría algún rincón para ella en alguna parte. Parecía existir un pasadizo de servicio, paralelo, que unía a cocina con el comedor, que contaba con dos salidas, pero, más allá, su idea de la geografía de la pensión era vaga: ¿quién sabía qué se extendía del otro lado de aquel «Privat»? El apartamento era cómodo, y cada quien se ocupaba de sus asuntos. El desayuno lo servían en las habitaciones, y la cena había que pagar a parte. Si se solicitaba con un día de antelación, proporcionaban un almuerzo preparado y listo para llevar. Debía admitir que, curiosamente, se sentía como en casa.

Traudl entró y empezó a retirar los platos del postre

—¿Cómo está, Traudl? —le preguntó Lysander.

Traudl era una muchacha robusta y corpulenta, y se desenvolvía con torpeza.

Al oír la pregunta, se le cayó una cucharilla de postre en la alfombra.

—No muy contenta, señor —respondió ella, recogiénola y limpiando la mancha de crema con una servilleta.

—¿Y eso por qué?

—Tengo tantas multas que pagar a frau Kriwanek que este mes no voy a ganar nada.

—Es una lástima. Debe andar con más cuidado.

—¿Traudl? ¿Con cuidado? ¡Del todo imposible! —atronó una voz de hombre.

—Buenas noches, teniente —lo saludó Traudl, ruborizándose. Wolfram Rozman acercó una silla y se dejó caer en ella.

—Traudl, mi pequeña gallinita, tráigame un poco de pan con queso.

—Ahora mismo, señor.

Wolfram alargó el brazo sobre la mesa y dio una palmadita en el hombro a Lysander. Llevaba un traje azul celeste y una pajarita lila. Era un hombre muy alto, algo más que Lysander, y se movía con esa lentitud desgarrada propia de las personas de gran estatura. Se desparramó en su asiento, apoyó un brazo en el respaldo de la silla contigua y encajó las piernas por debajo de la mesa. Lysander vio aparecer a su lado las perneras azul celeste de sus pantalones y las polainas. Tenía la mirada soñolienta, ojeras, y un bigote rubio, espeso, con las puntas enceradas y retorcidas hacia arriba, sobre unos labios carnosos.

Lysander le ofreció un cigarrillo, que el teniente aceptó y que, tras la infructuosa búsqueda de una caja de fósforos en los bolsillos, encendió con el mechero del inglés.

—Supongo que ya figuro en la más negra de sus listas —dijo Wolfram, soltando unos anillos de humo perfectos por la boca—. Negra como el carbón.

—Simplemente, no es usted «muy agradable», digámoslo así.

—Venía corriendo para no llegar tarde y he pensado: «Dios mío, no, *Herrgott Sakra*, no lo soporto». Y me he metido en un café a beber *schnapps*.

—¿Por qué no se olvida de la cena, como Barth? Así no tendrá que verla.

—Yo no pago nada. Lo paga todo el ejército.

Traudl entró con una bandeja de pan negro ya cortado y un poco de queso cremoso.

—Gracias, mi pequeña mangosta.

Traudl pareció a punto de decir algo, pero lo pensó mejor, le dedicó una reverencia y desapareció tras la puerta de servicio.

Wolfram se echó hacia delante.

—Lysander... Ya sabe que puede montar a Traudl si le paga veinte coronas, ¿verdad?

—¿Montar?

—Poseer.

—¿Está seguro?

Lysander realizó una operación mental rápida: veinte coronas no llegaban a una libra.

—Yo lo hago un par de veces por semana. A la muchacha le hace falta el dinero. De hecho, es bastante complaciente. —Wolfram apagó el cigarrillo en el cenicero, extendió el queso sobre el pan y empezó a comer—. Una campesina joven y robusta. Esas chicas saben más de dos truquitos... Se lo digo por si le interesa.

—Gracias. Lo tendré en cuenta —dijo Lysander, algo desconcertado por aquella revelación.

¿Qué diría frau K. si supiera lo que ocurría en su casa? A partir de ese momento,

miraría a Traudl con otros ojos.

—Parece sorprendido —comentó Wolfram, sin dejar de masticar su pan con queso.

—Es que lo estoy. No tenía ni idea. Y en este lugar, nada menos. En la pensión Kriwanek. Muy engañoso.

El teniente lo apuntó con el cuchillo.

—Este lugar, esta pensión Kriwanek, es como Viena. Arriba está el mundo de frau K. Tan buena y tan agradable. Todo el mundo sonríe cortésmente, nadie se tira pedos ni se hurga la nariz. Pero por debajo de la superficie, el río fluye, oscuro, impetuoso.

—¿Qué río?

—El río del sexo.

## 6. EL HIJO DE HALIFAX RIEF

—«Estoy en el bar de platea del teatro Majestic, en el Strand. Me abro paso entre la multitud de damas de sociedad elegantemente vestidas, jóvenes y de mediana edad. Chismorrear y conversan, y de vez en cuando alguna me mira fugazmente. Apenas me prestan atención, a pesar de que yo ando completamente desnudo».

Lysander hizo una pausa. Le estaba leyendo a Bensimon una página de sus *Investigaciones autobiográficas*.

—Sí... —dijo el doctor Bensimon despacio—. Interesante. ¿Y lo soñó anoche?

—Sí, lo anoté inmediatamente.

—Pero me pregunto por qué un teatro.

—Es evidente —respondió Lysander—. Raro sería si no fuera un teatro. Eso sí resultaría más interesante.

—No le sigo.

—Soy actor —le aclaró Lysander.

—¿Actor profesional?

—Me gano la vida actuando sobre los escenarios, sobre todo los del West End de Londres.

Oyó que Bensimon se levantaba y cruzaba la habitación para ir a sentarse en la punta del diván, frente a él. Lysander se volvió en la butaca. El doctor lo miraba fijamente.

—Rief —dijo—. Ya decía yo que me sonaba de algo. ¿Tiene alguna relación con Halifax Rief?

—Era mi padre.

—¡Dios mío! —Bensimon parecía sinceramente asombrado—. Vi su *Rey Lear* en... ¿Dónde fue?

—En el Apollo.

—Exacto, sí, en el Apollo... Murió, ¿verdad? En plena representación, o algo así.

—En el 99. Yo tenía trece años.

—Vaya, vaya. Así que es usted el hijo de Halifax Rief. Qué extraordinario. —Bensimon observaba a Lysander como si lo viera por primera vez—. Creo que sí encuentro cierto parecido. Y usted también es actor. Caramba.

—Sin tanto éxito como mi padre, aunque me gano bastante bien la vida.

—A mí me encanta el teatro. ¿Cuál fue la última obra en la que actuó?

—*El ultimátum amoroso*.

—No la conozco.

—Es de Kendrick Balston..., una comedia de salón. Ha estado en cartel hasta hace muy poco, tras cuatro meses en el Shaftesbury. Después me vine aquí.

—Caramba... —repitió Bensimon, asintiendo ligeramente, como si algo le hubiera sido revelado. Regresó a su escritorio, y Lysander se concentró en el bajorrelieve. Le parecía que empezaba a resultarle muy familiar, a pesar de que

aquella era sólo su segunda sesión con el doctor.

—De modo que está usted en el bar de platea del Majestic. ¿Se siente excitado?

—Me gusta estar ahí, supongo. No me avergüenza estar desnudo delante de esa gente. No me incomoda.

—Y no hay carcajadas, ni risitas, ni nadie le señala ni se burla de usted.

—No. Parecen tomárselo como lo más normal del mundo. Una vaga curiosidad sería su emoción más intensa. Se limitan a mirarme y prosiguen con sus conversaciones.

—¿Le miran el pene?

—Sí, claro. Me lo miran.

Se hizo un silencio. Lysander cerró los ojos. Oía el garrapateo de la pluma de Bensimon. Para apartar la mente de su conversación durante unos instantes, se obligó a sí mismo a recordar los placeres del último fin de semana. Había tomado el tren de Puchberg y había pasado la noche en el hotel de la estación de la localidad. Después se había montado en el funicular hasta Hochschneeberg y había subido (se había llevado las botas de montaña) hasta el pico Alpengipfel, y había regresado. Como le sucedía siempre que caminaba por la montaña o que daba alguno de sus paseos, había sentido que se le despejaba la mente y que mejoraba su humor. Tal vez, pensó, aquella era la mejor de las razones por las que se había trasladado a Austria: nuevas rutas, nuevos paisajes. Podría tomar un tren distinto cada fin de semana y recorrer las montañas, vaciar la mente, ignorar sus problemas. Andar para curarse...

—¿Se trata de un sueño recurrente? —preguntó Bensimon.

—Sí, con variaciones. A veces hay menos gente.

—Pero básicamente es usted..., desnudo..., entre mujeres totalmente vestidas.

—Sí. Pero no siempre en un teatro.

—¿Por qué cree usted que sueña con eso?

—Esperaba que me lo dijera usted.

—Retornaremos esta conversación el próximo día —dijo Bensimon, dando por concluida la sesión.

Lysander se puso en pie y se desperezó. Se sentía extrañamente cansado. Demasiada concentración. Se metió el cuaderno en el bolsillo.

—Siga anotándolo todo —le pidió Bensimon, señalándole la puerta—. Estamos haciendo progresos.

Se dieron la mano.

—Hasta el miércoles —dijo Lysander.

—El hijo de Halifax Rief. Increíble.

Lysander estaba tomándose un *Kapuziner* en el Café Central y pensando en su padre. Como de costumbre, intentaba invocarlo mentalmente, pero no lo conseguía. Lo único que conservaba era la imagen de un hombre alto y corpulento, de un rostro

carnoso y cuadrado, de un pelo abundante, entrecano. Oía su célebre voz, claro, aquel tono constante, grave, resonante, pero lo que le había quedado más grabado de su padre era su olor, el perfume de la brillantina que usaba, una mezcla exclusiva para él que le preparaban sus barberos. Un toque inicial agudo, astringente, a lavanda, subrayado por el aroma más denso de la malagueta. «Un hombre muy perfumado, mi padre», pensó Lysander. Y entonces se murió.

Echó un vistazo al gran café, de techos altísimos y cúpula de cristal. Todo estaba en calma. Había varias personas leyendo los periódicos, una madre con dos niñas pequeñas inspeccionando el carrito de los dulces. El sol se colaba oblicuamente por los altos ventanales, e iluminaba los rombos color rubí y ámbar de los cristales. Lysander hizo una seña a un camarero y le pidió un coñac, porque le apetecía prolongar la calma del momento. Cuando se lo trajo, lo vertió en el *Kapuziner* y sacó del sobre la carta de Blanche. La primera que recibía desde su llegada a Viena; él le había escrito cuatro veces. Aplanó las hojas. Tinta azul francia, y su letra poderosa, desmadejada, llenando del todo las páginas, sin respetar los márgenes.

Querido Lysander:

Estarás enfadado conmigo, lo sé, pero te echo de menos, mi hombre adorable, de veras, y siempre quiero escribirte, pero ya me conoces y ya sabes lo frenético que es todo. Hicimos la primera lectura del texto de *Un junio encendido*, pero al parecer algo estaba mal, y tuvimos que reunirnos de nuevo dos días después. Es un papel magnífico para mí, y estaba pensando en que hay un joven Guardia en el que tú estarías perfecto. ¿Le digo a nuestro querido Manley que podría interesarte? Hace todo lo que le pido, el pobre tonto. Pero tienes que volver enseguida a casa, mi tesoro. Sería estupendo que volviéramos a trabajar juntos. ¿Funciona tu «cura» misteriosa? ¿Va a durar siglos? ¿Ya tomas baños de sol, te das duchas frías, bebes leche de burra y todas esas cosas? Yo le digo a la gente que tienes una «dolencia» y ellos dicen: «Oh, ah, sí, claro. Entiendo», y se van con cara muy seria. Mañana iré a Borehamwood a que me hagan una «prueba de cinematógrafo». Dougie dice que tengo el rostro perfecto para el celuloide, así que ya veremos. He recibido una nota encantadora de tu madre en la que me pregunta si ya hemos fijado la fecha para el «gran día». Piensa en ello, mi cielo. Yo le enseño a la gente el anillo y ellos me preguntan «¿Cuándo?», y yo me río (mi risa de campanilla), y les digo que no tenemos prisa. Pero he pensado que una boda en invierno sería de lo más especial. Podría llevar pieles...

Dobló la carta y volvió a guardársela en el bolsillo, algo aturdido. Era como si oyera su voz al oído recordándole lo que le había llevado hasta Viena, obligándolo a enfrentarse a la realidad de su problema concreto. No podía casarse con Blanche en aquellas circunstancias. No quería ni imaginar la noche de bodas...

Encendió un cigarrillo. Blanche había tenido amantes, lo sabía. A él

prácticamente lo había invitado a meterse en su cama, pero él había insistido en mostrarse respetuoso y decente, y ahora estaban prometidos. Extrajo el cuaderno de notas del bolsillo y realizó un cálculo rápido. La última vez que había intentado mantener una relación sexual con una mujer fue con aquella buscona joven que había encontrado en Piccadilly. Echó la cuenta: hacía tres meses y una semana. Pocos días antes, se había declarado a Blanche, y ése era un experimento necesario. Recordaba el cuarto pequeño de olor rancio, en Dover Street, la única lámpara de gas, las sábanas más o menos limpias en la cama estrecha. La muchacha era bastante guapa, a su manera obscena, y llevaba maquillaje, pero tenía un diente negro que mostraba al sonreír. Él había empezado bien, pero se había producido el resultado inevitable. Nada. Podemos volver a intentado, le había dicho ella cuando él le entregó el dinero, esta vez no cuenta, cuando no pasa nada no cuenta, ¿verdad? Pero hay que pagar igualmente; aunque el cartucho esté vacío, el disparo se oye igual.

Lysander sonrió con amargura; algún cliente, algún soldado se lo habría dicho, y a ella le había quedado en la memoria. Apagó el cigarrillo. Tal vez debería contarle a Bensimon que estaba prometido con Blanche Blondel, quizá aquel nombre le impresionara tanto como el de Halifax Rief.

Pagó la cuenta —recordó ponerse el sombrero— y salió a la calle. La tarde era tibia y soleada, y se detuvo en los peldaños del café, pensando que podía regresar a pie a la pensión Kriwanek (¿saltarse la cena, tal vez?), y preguntándose dónde podría ir el siguiente fin de semana, a Baden, quizá, o incluso a Salzburgo, recorrer un poco la zona, el Tirol...

—¿Señor Rief?

Lysander se sobresaltó sin querer. Un hombre alto, flaco, de rostro anguloso, bigote oscuro, recortado.

—No era mi intención asustarle. ¿Cómo está? Alwyn Munro.

—Lo siento... Estaba en las nubes. —Se dieron la mano—. Claro, claro, nos conocimos en el consultorio del doctor Bensimon. Qué coincidencia —dijo Lysander.

—Si frecuenta el Café Central, tarde o temprano acabará encontrándose a toda Viena —comentó Munro—. ¿Está disfrutando de su estancia?

A Lysander no le apetecía embarcarse en conversaciones intrascendentes.

—¿Es usted paciente del doctor? —le preguntó.

—¿De John? No. Es un amigo. Fuimos juntos a la universidad. A veces le consulto cosas. Es un hombre muy listo. —Pareció captar la resistencia de Lysander a seguir conversando—. Tiene prisa, lo noto. Siga, siga, no se preocupe. —Hundió la mano en el bolsillo y le alargó una tarjeta de presentación—. Aquí me alojo en el Embassy, por si alguna vez necesita algo. Me ha alegrado verle.

Se llevó el dedo índice al ala del bombín y se metió en el café. Lysander regresó a Mariahilferstrasse, disfrutando del sol. Se quitó la chaqueta y se la colgó al hombro. El Tirol, pensó, sí... Montañas de verdad. Poco después, cuando estaba a punto de cruzar el Opernring, vio otro de aquellos carteles profanados, rasgados. En esa



ocasión sobrevivía la cabeza del monstruo, una mezcla de dragón y cocodrilo, y el nombre completo del compositor, Gottlieb Toller. Pensó que le preguntaría a herr Barth si sabía algo de él. Oyó entonces el sonido de una banda que tocaba la versión militar de un vals de Strauss, y cambió el paso para adaptarlo al ritmo del tambor. Recordó el rostro alargado y hermoso de Blanche, sus muñecas finas, huesudas, cubiertas de pulseras que tintineaban, su altura, su delgadez. La quería y deseaba casarse con ella, se dijo a sí mismo. No era ninguna farsa, ni una convención social. Le debía el intento de volver a ponerse bien, de ser un hombre normal felizmente casado con una mujer maravillosa. Tenía que solucionarlo.

Atravesó el *Ring* con la debida precaución y, mientras lo hacía, la banda cambió el ritmo y empezó a tocar un *quickstep* o una polca. Se sintió animado al instante por aquel ritmo mientras avanzaba por Mariahilferstrasse y la música se borraba lentamente tras él, confundándose con el rumor del tráfico, y la banda desfilaba hacia su cuartel, cumplido ya su deber cívico tras haber entretenido a las buenas gentes de Viena durante una hora o algo más. Lysander sintió que el sol le calentaba los hombros, y le asaltó una curiosa amalgama de emociones: orgullo por lo que había conseguido él solo (buscar curación por sus propios medios), placer por estar paseando por las calles de una ciudad extranjera que ya le resultaban familiares y, de fondo, más amortiguada, una tenue y placentera melancolía por encontrarse tan lejos de Blanche y de sus ojos cómplices, comprensivos.

## 7. LA ADICCIÓN PRIMORDIAL

—¿Y la masturbación? —le preguntó Bensimon.

—Normalmente me funciona. Digamos que nueve de cada diez veces. En ese aspecto no tengo problemas, en realidad.

—Ah, la adicción primordial.

—¿Cómo dice?

—En expresión de Freud... —Bensimon dejó la pluma suspendida en el aire—. ¿Cuál es su estímulo?

—Varía. —Lysander carraspeó—. Yo... esto... tiendo a pensar en personas, mujeres, por las que he sentido atracción en el pasado, y entonces imagino una... —Hizo una pausa. Ahora comprendía por qué resultaba útil no tener que mirar a su interlocutor a la cara—. Imagino una situación en la que todo va bien.

—Claro. Ésa es una hipótesis. El mundo perfecto hipotético. La realidad se presenta mucho más compleja.

—Sí, ya sé que es una fantasía —dijo, intentando disimular el tono de irritación.

A veces Bensimon le resultaba demasiado literal.

—Pero es útil, es útil —dijo el doctor—. ¿Ha oído hablar del «paralelismo»?

—No. ¿Debería?

—No, no, en absoluto. Se trata de una teoría que he desarrollado como una especie de anexo a la línea general de psicoanálisis del doctor Freud. Tal vez regresemos a ella en otro momento.

Silencio. Oía que el doctor Bensimon emitía unas pequeñas explosiones con los labios. *Pop, pop, popo* Irritante.

—¿Vive su madre?

—Ya lo creo.

—Hábleme de ella. ¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y nueve años.

—Describámela.

—Es austriaca. Habla un inglés muy fluido, sin apenas acento. Es muy elegante. Muy elegante y muy moderna.

—¿Guapa?

—Supongo. De joven lo era mucho. He visto fotografías.

—¿Cómo se llama?

—Anneliese. Casi todo el mundo la llama Anna.

—Señora Anneliese Rief.

—No. Lady Faulkner. Volvió a casarse después de la muerte de mi padre, con lord Faulkner.

—¿Cómo se lleva usted con su padrastro?

—Muy bien. Crickmay Faulkner es mayor que mi madre..., bastante mayor. Tiene más de setenta años.

—Ah.

Lysander oyó una vez más el garrapateo de la pluma.

—¿Piensa alguna vez en su madre de manera sexual?

Lysander logró reprimir un suspiro de desconfianza. No esperaba tan poco de Bensimon.

—No —dijo—. En absoluto. Nunca. No.

## 8. UN GALLARDO OFICIAL DE CABALLERÍA

Lysander observaba a Wolfram, atónito. Se lo había encontrado en el vestíbulo ataviado con su uniforme militar, el sable arrastrando por el suelo, el chacó bajo el brazo, las botas negras con espuelas y protectores de rodilla. Se veía imponente y magnífico.

—Dios mío —dijo Lysander, admirado—. ¿Se dirige usted a algún desfile?

—No —respondió Wolfram algo temeroso—. Hoy se celebra el juicio militar.

Lysander dio una vuelta a su alrededor. El uniforme era negro, con mucho cordón dorado en la pechera. Llevaba un dolmán de piel vuelta colgando de un hombro. Su chacó lucía una pluma roja a juego con el cuello de la casaca, y con las franjas laterales de los pantalones.

—¿Dragones? —aventuró Lysander.

—Húsares. ¿Tiene algo de beber, Lysander? Algo fuerte. Debo confesarle que estoy algo nervioso.

—Me queda algo de *whisky* escocés, si quiere.

—*Perfekt*.

Wolfram entró en su habitación y se sentó, golpeando el suelo con el sable al hacerla. Lysander le sirvió un poco de *whisky* en un vaso pequeño, que él se bebió de un trago, y que le alargó para que volviera a llenárselo.

—Un *whisky* muy bueno, diría yo.

—No creo que le convenga presentarse ante el tribunal con el aliento cargado.

—Me fumaré un puro antes de entrar.

Lysander se sentó, contemplando aquella imagen ideal, de ensueño, de un gallardo oficial de caballería. Cuando se encasquetara el chacó, pensó Lysander, pasaría de los dos metros de altura.

—¿Qué asunto va a tratar el tribunal? —le preguntó.

Le parecía que, ahora que había llegado el día del juicio, podía intentar indagar la causa que había llevado a Wolfram a encontrarse en el limbo de la pensión Kriwanek.

—Un caso de desaparición de fondos en la cantina de oficiales —respondió Wolfram sin inmutarse.

Y se lo explicó: el coronel del regimiento se jubilaba, los oficiales habían colaborado en la creación de un fondo para comprarle un regalo espléndido. Las donaciones se habían realizado de manera anónima, el dinero se introducía por la ranura de una caja de caudales cerrada con llave y dispuesta en una cómoda del comedor. Cuando finalmente la abrieron, apenas encontraron dinero suficiente para comprarle...

—... una arqueta mediana de puros trabuco, o un par de botellas de champán húngaro —dijo Wolfram—. O bien habíamos aportado muy poco dinero para nuestro amado coronel, o bien alguien lo había sisado.

—¿Quién estaba en posesión de la llave?

—Aquel a quien, según la rotación semanal, le correspondiera ser oficial supervisor. La caja permaneció en su sitio tres meses. Tres meses equivalen a doce semanas, que a su vez equivalen a doce sospechosos. Cualquiera de ellos dispuso de mucho tiempo para obtener una copia de la llave y llevarse el dinero. Yo era uno de esos doce oficiales supervisores.

—Pero ¿por qué sospechan de usted?

Lysander empezaba a sentir una punzada de indignación en nombre de Wolfram.

—Porque soy esloveno en un regimiento alemán. Quiero decir de austriacos germanófonos. Hay un par de checos, pero los oficiales alemanes siempre sospecharán de los eslovenos... Y por eso he pasado seis meses aquí hasta que decidan qué hacer conmigo.

—Pero eso es ridículo. ¿Sólo porque es usted esloveno?

Wolfram le dedicó una sonrisa fatigada.

—¿Cuántos países componen nuestro gran imperio?

—Austria, Hungría y... —Lysander rebuscó en su memoria—. Y Croacia ...

—No ha empezado siquiera. Carnolia, Moravia, Galitzia, Bosnia, Dalmacia...; es una macedonia, una ensalada inmensa y apestosa. Por no mencionar a italianos y ucranianos. Me tomaré otro *whisky*.

Lysander se lo sirvió.

—Está Austria. —Wolfram apartó la botella y dejó el vaso a su lado—. Y está Hungría. El resto de nosotros somos como un harén para esos dos poderosos sultanes. Nos toman cuando les apetece, nos violan cuando sienten la necesidad. Así pues, ¿quién robó el dinero del coronel? Tuvo que ser un taimado esloveno.

Llamaron a la puerta y Traudl asomó la cabeza y se sonrojó.

—Teniente Rozman, señor, su *Fiaker* ya está aquí.

Wolfram se puso en pie, se abotonó el cuello de la casaca, se puso los guantes y sujetó el sable con la mano.

—Buena suerte —le dijo Lysander, y se dieron la mano—. Es inocente, no tiene nada que temer.

Wolfram sonrió y se encogió de hombros.

—Ningún ser humano es enteramente inocente.

—Es cierto, supongo. Pero usted ya sabe a qué me refiero.

—Me irá bien —dijo Wolfram—. El taimado esloveno guarda algunas sorpresas en la manga. —Le dedicó una leve inclinación de cabeza, dio un golpe de tacón (las espuelas chasquearon secamente) y se fue.

Lysander regresó a su despacho y abrió el cuaderno de sus *Investigaciones autobiográficas* con cierta sensación de desapego. Ganara o perdiera, la estancia de Wolfram en la pensión estaba a punto de concluir; o bien regresaría al cuartel, repuesto su honor, o bien, caído en desgracia, sería arrojado a la deriva del mar de la vida civil. Empezó a anotar algunos de los hechos del caso del teniente Wolfram Roznan. «Ningún ser humano es enteramente inocente», anotó, y se le ocurrió que, si

alguien planeaba robar algo, sería sin duda una argucia inteligente asegurarse de que hubiera otros doce posibles sospechosos. Un grupo de sospechosos rodeando al culpable. Subrayó la frase: «Ningún ser humano es enteramente inocente». Tal vez hubiera llegado la hora de contarle a Bensimon su secreto más oscuro, más vergonzo o...

Volvieron a llamar a la puerta. Consultó la hora en su reloj de pulsera. Todavía faltaba una hora para la clase con herr Barth.

—Adelante —dijo.

Traudl volvió a aparecer y, una vez dentro, cerró la puerta.

—Hola, Traudl. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Frau Kriwanek ha ido a visitar a su hermana y herr Barth está durmiendo en su cuarto.

—Muy bien, le agradezco la información.

—Antes de irse, el teniente Rozman me ha dado veinte coronas y me ha pedido que viniera a verle.

—¿Para qué?

—Para darle placer.

Dicho esto, se echó hacia delante, se levantó los faldones y el delantal hasta la cintura y, en la penumbra que proyectaban, Lysander entrevió las pálidas columnas de sus muslos y el triángulo oscuro de su vello púbico.

—No será necesario, Traudl.

—¿Y las veinte coronas?

—Quédatelas. Le diré al teniente Rozman que he pasado un rato muy agradable.

—Es usted un hombre muy bueno y amable, herr Rief —dijo Traudl, dedicándole una reverencia.

»Ningún ser humano es enteramente inocente, pensó Lysander, mientras se acercaba a la puerta y la abría para dejar salir a la doncella. Buscó en los bolsillos del pantalón al o de calderilla, con la idea de darle una pequeña propina, pero sólo encontró una tarjeta de visita. De todos modos, aquella propina no era en absoluto necesaria: la muchacha acababa de ganar veinte coronas.

—Puedo volver en otro momento —dijo Traudl.

—No, no. Así está bien.

La dejó salir y cerró la puerta. Un río de sexo, en efecto. Se fijó en la tarjeta que sostenía. ¿De quién era?

«Capitán Alwyn Munro, Cruz al Mérito en Acto de Servicio —leyó—. Agregado Militar. Embajada Británica, Metternichgasse, 6, Viena III».

Otro maldito soldado. La dejó sobre el escritorio.

## 9. INVESTIGACIONES AUTO BIOGRÁFICAS

Es el verano de 1900. Tengo catorce años y vivo en Claverleigh Hall, East Sussex, en la residencia campestre de lord Faulkner, mi padrastro. Mi padre lleva un año muerto. Mi madre se casó con lord Faulkner nueve meses después del funeral. Es su segunda esposa, la nueva lady Faulkner. Todos en la zona se alegran por el viejo lord Crickmay, un hombre franco y amable de casi sesenta años, viudo y con un hijo mayor.

Yo sigo sin saber del todo qué pensar sobre esa nueva situación, esa nueva familia, ese nuevo hogar. Claverleigh y su finca son todavía, en gran medida, *terra incognita* para mí. Más allá de los dos jardines cerrados por muros se extienden bosques y prados, arboledas y campos, cercados y un par de granjas que ocupan diversas colinas de East Sussex. Se trata de una finca grande y bien mantenida, y yo me siento permanentemente ajeno a ella, aunque los criados de la casa, los lacayos, las doncellas, los cocheros y los jardineros se muestran muy amables conmigo. Me sonríen cuando me ven y me llaman «señorito Lysander».

Me han sacado de mi escuela en Londres (la Escuela Experimental para Niños de la señora Chalmers), y recibo clases particulares de un religioso local, el reverendo Farmiloe, un solterón mayor y muy leído. Mi madre me dice que, con toda probabilidad, en otoño me enviarán a un colegio interno.

Es sábado y no tengo clase, pero el reverendo Farmiloe me ha pedido que lea un poema de Alexander Pope titulado *El rizo robado*. Me está resultando muy difícil. Después del almuerzo cojo el libro y me lo llevo al gran jardín tapiado, en busca de un banco discreto donde retomar mi laboriosa lectura. La poesía, en general, me gusta. No me cuesta memorizarla, pero Alexander Pope me resulta prácticamente incomprensible, a diferencia de Keats y de mi poeta favorito, Tennyson. Los jardineros y los muchachos se encuentran en los parterres, arrancando malas hierbas, y me saludan cuando paso por su lado. «Que tenga usted un buen día, señorito Lysander». Yo los saludo. Para entonces ya los conozco casi a todos. Al viejo Digby, el jefe de jardinería, a Davy Bledlow y a su hijo Tommy. Tommy es un par de años mayor que yo, y me ha preguntado si me gustaría ir a cazar conejos con él. Tiene un hurón de presa llamado *Ruby*. Yo le digo que no, gracias. No quiero ir de caza, no quiero matar conejos, me parece cruel. Tommy Bledlow es un chico grande, con la nariz partida y aplastada, lo que da a su rostro un aspecto raro, de payaso amenazador. Abandono el jardín cerrado y, franqueando la verja, me interno en el bosque de Claverleigh.

El sol ilumina las hojas verdes de los viejos robles, de las hayas. Encuentro un rincón musgoso entre dos de las raíces retorcidas y prominentes de un roble inmenso. Estoy tumbado sobre un recuadro de sol, disfrutando de la tibieza del aire. A lo lejos oigo el resoplido del tren que recorre la línea de Lewes a Pevensey. Los pájaros cantan, un tordo, creo, un mirlo. Hay una calma ideal. Un cálido día de verano, a

principios del nuevo siglo, en el sur de Inglaterra.

Abro el libro y empiezo a leer, intentando concentrarme. Me interrumpo momentáneamente para quitarme las botas y los calcetines. Muevo los dedos de los pies. Sigo leyendo.

A través de unos blancos cortinajes Sol envió sus rayos  
Y dio vida a los ojos que al día debían eclipsar.

En el Londres del siglo XVIII, una joven hermosa está tendida en su lecho, a punto de despertar, se viste y da inicio a su vida social; hasta ahí está bastante claro. Me acomodo para que la cabeza me quede en la sombra y el cuerpo al sol.

Belinda a su almohadón tetudo se abrazaba.

«Tetudo» no. «Mullido». ¿Por qué he leído «tetudo»? La asociación de un almohadón mullido, una muchacha en camión, un camión arremangado y tal vez lo bastante abierto para mostrar... Vuelvo la página.

Creyendo asombro que ha dormido demasiado  
Da un brinco, y con la lengua al ama ha despertado.

¿Quién es ese «Asombro»? Pero estoy pensando en la doncella de la planta baja. ¿No se llama Belinda? Creo que sí, la alta, la de los mofletes grandes. Ella sí que tiene unos «almohadones mullidos». Aquella vez que la vi arrodillada, avivando el fuego, con la blusa remangada y los botones desabrochados. Sé lo que significa «ama», pero ¿cómo ha podido despertarla con la lengua?

Siento que el pene se agita agradablemente bajo los pantalones. El sol me calienta la entrepierna. Miro a mi alrededor. Estoy solo. Me desabrocho el cinturón y me desabotono la bragueta, y me bajo los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas. El sol calienta. Me toco.

Pienso en Belinda, la doncella de abajo. Pienso en pechos suaves como almohadones, en una lengua que despierta a un ama. Me la agarro. Despacio, empiezo a mover el puño arriba y abajo...

Lo siguiente que recuerdo es que mi madre me está llamando por mi nombre.

—¿Lysander? Lysander, cielo...

Estoy soñando. Pero entonces me doy cuenta de que no lo estoy. Despierto lentamente, como si me hubieran administrado algún medicamento. Abro los ojos, parpadeo y veo a mi madre de pie, su silueta recortada por el sol cegador. Mi madre está ahí plantada, mirando hacia abajo. Muy disgustada.

—Lysander, cielo, ¿qué ha sucedido?



—¿Qué?

Todavía estoy medio dormido. Bajo la mirada, siguiendo la trayectoria de la suya. Todavía tengo los pantalones y los calzoncillos bajados hasta las rodillas. Veo mi pene flácido y la breve mata de pelo oscuro sobre él.

Me subo los pantalones, me acurruco, hecho un ovillo, y empiezo a llorar incontrolablemente.

—¿Qué ha sucedido, cielo?

—Tommy Bledlow —respondo entre sollozos, Dios sabe por qué—. Me lo ha hecho Tommy Bledlow.

## 10. UNA PECULIAR SENSACIÓN DE EXCLUSIVIDAD

Lysander dejó de leer. Sentía arder en él la vergüenza retrospectiva, como la yesca más seca, encendida, consumiéndose, chisporroteando de calor. Tenía la boca reseca. «Vamos, hombre, crece de una vez —se dijo a sí mismo—, ya tienes veintisiete años, es una historia muy vieja».

Permaneció en silencio, allí sentado, un rato más. Bensimon debía ser el que hablara primero.

—De acuerdo —dijo Bensimon—. Sí. Entonces... Esto ocurrió cuando usted tenía catorce años.

—Creo que llevaba unas dos horas dormido. A la hora del té se dieron cuenta de que no estaba. Mi madre se preocupó, y salió a buscarme. Los jardineros le dijeron que me había internado en el bosque.

—Y empezó a masturbarse...

—Y me quedé dormido. Como un tronco. El sol, el calor. Un buen almuerzo... y entonces mi madre me encontró allí, aparentemente inconsciente, con los pantalones bajados, y medio desnudo. No me extraña que se asustara.

—¿Qué le pasó al joven jardinero?

—El capataz de la finca lo despidió al momento, sin paga y sin referencias. Era eso o denunciarlo a la policía. Su padre protestó, aseguró que su hijo no había hecho nada, aunque tuvo que admitir que aquella tarde no había estado trabajando en el jardín, y también lo despidieron.

—¿Quién iba a desconfiar del joven señorito Lysander?

—Sí, exacto. Me siento muy culpable. Aún hoy. No tengo ni idea de qué fue de ellos. Sé que también perdieron la cabaña que ocupaban en la finca. Yo enfermé. Recuerdo que pasé varios días llorando y estuve un par de semanas en cama. Después mi madre me llevó a un hotel en Margate. Me examinaron unos médicos, me dieron toda clase de medicinas «para los nervios», y después me enviaron a un espantoso internado.

—¿Y nunca más se habló del tema?

—Nunca. Yo era la víctima, ¿entiende? Enfermo, destrozado, pálido. Cada vez que alguien me preguntaba por el incidente, rompía a llorar. De modo que todos eran muy cuidadosos conmigo, les preocupaba mucho todo lo que había tenido que «soportar». Pasaban por mi lado de puntillas, ya me entiende.

—¿Qué interesante que echara la culpa al hijo del jardinero... —Bensimon anotó algo—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Tommy Bledlow.

—Todavía lo recuerda.

—Es poco probable que llegue a olvidarlo.

—Le había pedido que fuera a cazar con él... y con su hurón.

—Y yo le dije que no.

—¿Tenía sentimientos homosexuales hacia él?

—Oh... no. O al menos yo no era consciente de ello. Era la última persona con la que había hablado. En mi terror, con la urgencia del momento, fue su nombre lo que primero me vino a la mente.

Lysander regresó en tranvía a Mariahilferstrasse. Se sentó algo amodorrado mientras, entre chirridos y traqueteos, recorría la ciudad. Bensimon era la única persona a la que había contado la verdad sobre aquel día de verano de principios de siglo, y debía admitir que relatar su aciago y oscuro secreto había operado en él una forma de catarsis. Se sentía extrañamente leve, distanciado de su pasado y, al mirar a su alrededor, del mundo por el que se movía y de sus ciudadanos. Observaba a los demás pasajeros del tranvía K., los veía leyendo, charlando, perdidos en sus pensamientos, mirando fijamente la ciudad que pasaba tras los cristales; y experimentaba una peculiar sensación de exclusividad. Como ese hombre que lleva el boleto premiado de un sorteo de lotería (o el asesino que regresa del lugar del crimen sin que nadie lo haya visto), se percibía, a la vez, por encima de ellos y separado de ellos, casi superior. Si supierais lo que acabo de revelar hoy mismo..., si supierais que, en mi vida, a partir de ahora, todo va ser distinto...

Se percató al momento de que eso era un deseo vano. Lo que había ocurrido aquella tarde de junio de 1900 era la página borrada en el relato de su vida, un gran espacio en blanco entre dos paréntesis en el recuento de sus días de joven de catorce años. No había vuelto a pensar en ello desde que sucedió —erigiendo un impenetrable cordón sanitario—, previniendo todo catalizador que pudiera despertar recuerdos no deseados. Había paseado muchas veces por el bosque de Claverleigh; su madre y él estaban muy unidos. Había conversado con los jardineros y los empleados de la finca sin que la imagen de Tommy Bledlow hubiera regresado a su mente siquiera una vez. El hecho había desaparecido, el incidente estaba desterrado, perdido, efectivamente, en el tiempo, como si le hubieran extirpado e incinerado un órgano dañado, o un tumor.

Se detuvo al bajar del tranvía en su parada, preguntándose por qué había escogido aquella imagen sin pensar. No. Se alegraba de habérselo contado todo a Bensimon. Tal vez, en esencia, eso era todo lo que el psicoanálisis era capaz de conseguir: te autorizaba a hablar sobre asuntos cruciales, elementales, que no podías confiar a nadie más, y lo hacía bajo la apariencia de un discurso terapéutico formal. ¿Qué iba a decirle ahora Bensimon que no pudiera decírselo él mismo? El acto en sí de la confesión constituía una forma de liberación, y él no sabía si, de hecho, le haría falta volver a ver al doctor. Fuera como fuese, se sentía casi físicamente distinto del hombre que había anotado los sucesos de aquel día. Ponerlos por escrito también era

importante, ahora lo entendía. Algo había cambiado; había sido una especie de purga, un abrirse, un limpiarse por dentro.

Avanzaba despacio, pensativo, desde la parada del tranvía hasta sus habitaciones, y se detuvo sólo para comprar cien cigarrillos ingleses Virginia en el estanco situado en la esquina de Mariahilferstrasse y el patio de la pensión. Se dijo a sí mismo, fugazmente, que tal vez estuviera fumando demasiado: lo que le convenía era una excursión de treinta kilómetros por la montaña. Empezó a deleitarse pensando en los posibles destinos para el próximo fin de semana.

Traudl estaba quitando polvo a la urna del búho cuando él abrió la puerta. No le pasó por alto que no le dedicaba la reverencia de rigor, ni que su sonrisa era menos inocente. Era normal, pensó Lysander, ahora que los dos compartían un secreto.

—El teniente quiere verle, señor —le dijo, y entonces, mirando a su alrededor, añadió—: Recuerde lo de las veinte coronas.

—No se preocupe. Él dará por sentado que nosotros dos..., ya sabe...

—Sí. Bien. Asegúrese de decirle eso, por favor, señor.

—Lo haré, Traudl. Quédese tranquila.

—Y le he dejado correspondencia en su dormitorio.

—Gracias.

Lysander llamó a la puerta de Wolfram y entró cuando éste le invitó a hacerla. Por la sonrisa de su rostro y la botella de champán metida en un cubo con hielo supo que todo había ido bien en el tribunal. Volvía a vestir ropa civil: un traje de *tweed* color caramelo y una camisa marrón chocolate.

—¡Absuelto! —dijo Wolfram con gesto de director de orquesta, los brazos levantados y separados, antes de estrecharle la mano afectuosamente.

—Enhorabuena. Espero que no haya sido muy desagradable. Wolfram se lanzó a descorchar y a servir el champán.

—Te asustan todo lo que pueden, claro —dijo—. Todos esos oficiales de alta graduación con sus uniformes de gala y sus gestos de censura, sus rostros tan solemnes... Te tienen horas esperando. —Llenó la copa de Lysander hasta el borde—. Pero si no pierdes la calma, si mantienes tu dignidad, tienes la mitad ganada. —Sonrió—. Su excelente *whisky* me resultó de lo más útil en ese sentido.

Brindaron y bebieron.

—De modo que todo ha terminado —dijo Lysander—. ¿Y qué les ha llevado a entrar en razón?

—Una abrumadora falta de pruebas. Yo, además, les he dado algo en que pensar. He desplazado el foco de atención del taimado esloveno.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—En el regimiento hay un tal capitán Frankenthal. No le caigo bien. Es un hombre arrogante, y yo me las he ingeniado para recordar a mis superiores que Frankenthal es un apellido judío. —Wolfram se encogió de hombros—. Frankenthal tuvo la llave en su poder durante una semana, igual que yo.

—¿Y qué tiene que ver que sea judío?

—No lo es. Su familia se convirtió al catolicismo una generación atrás. Pero, aun así... —Wolfram sonrió, travieso—. Deberían haberse cambiado el apellido.

—No le sigo.

—Mi querido Lysander... Si no pueden encasquetarle el delito a un esloveno, un judío es aún mejor. —Wolfram apuró su copa—. De todos modos, le está bien al tipo ese. Y a mí me han concedido un mes de permiso, a modo de disculpa por las «molestias», así que todavía me verá un poco más por aquí. Después, a finales de septiembre, nos vamos de maniobras. —Sonrió—. ¿Qué tal con la campesina?

—Ah, Traudl, sí. Muy agradable. Muchas gracias.

Lysander cambió de tema rápidamente.

—¿Qué habría hecho si no lo hubieran absuelto?

Wolfram permaneció pensativo durante unos instantes.

—Lo más probable es que me hubiera quitado la vida. —Frunció el ceño, como si estuviera repasando sus opciones racionalmente—. Un tiro en la sien, casi seguro. O veneno.

—¡Seguro que no! ¡Dios mío!

—No, no, debe comprender, Lysander, que aquí, en Viena, en este tambaleante imperio nuestro, el suicidio es una salida perfectamente razonable. Así todo el mundo sabrá cuáles son tus verdaderos motivos, y que no has tenido más remedio que hacerlo. Nadie te condenará ni te culpará.

—¿En serio?

—Sí. Una vez que entienda eso, nos entenderá a nosotros. —Wolfram sonrió—. Es algo que llevamos en lo más hondo de nuestro ser: *Selbstmord*, Matarse a uno mismo. Se trata de una despedida honrosa de este mundo.

Se terminaron la botella, y Lysander entró en su dormitorio sintiendo los efectos del alcohol. Pensó que tal vez se saltaría la cena esa noche, que tal vez iría a algún café a seguir bebiendo. Se sentía exultante, feliz por Wolfram, claro, y feliz por haber abierto al fin la urna sellada de su pasado.

Encontró la correspondencia sobre el escritorio. Una carta era de Blanche, otra de su banco de Londres y un tercer sobre llevaba sello austriaco, y no reconoció la letra. Lo abrió. Era una invitación al *vernissage* de una exposición sobre la «obra reciente» del pintor Udo Hoff en una galería de arte, la Bosendorfer-Renz Galerie für Moderne Kunst, situada en el centro de la ciudad. En el margen inferior, con tinta verde y una caligrafía grande, bulbosa, había un añadido: «¡No falte! Hettie Bull».

## 11. PARALELISMO

A instancias de Bensimon, Lysander había abandonado la butaca y se había tendido en el diván. Aún no sabía bien qué implicaría el desplazamiento y ese cambio de posición corporal, pero el doctor había insistido en ello. Con la cabeza apoyada en los almohadones, Lysander seguía viendo perfectamente el bajorrelieve africano.

—¿Cuántos años tenía su madre cuando su padre murió? —le preguntó Bensimon.

—Treinta y cinco... Treinta y seis. Sí.

—Una mujer joven, todavía.

—Supongo que sí.

—¿Y cómo se tomó ella la muerte de su padre?

Lysander recordó su propia sorpresa, el espanto, la absoluta desolación que sintió cuando le dieron la noticia. Entre la niebla densa de sus desgraciados recuerdos, regresó a su mente la devastación de su madre.

—Se lo tomó muy mal, de hecho, y era normal. Ella adoraba a mi padre, vivía para él. Renunció a su carrera cuando se casaron. Lo acompañaba en todos sus viajes. Cuando yo nací, también me llevaban a mí. Él era propietario de una compañía teatral, ¿sabe? Además de su trabajo en los teatros de Londres. Ella le ayudaba a gestionarlo, le llevaba el papeleo del día a día. Estábamos siempre de gira por Inglaterra, Escocia, Irlanda. Vivíamos en casas alquiladas, en apartamentos. De hecho, nunca tuvimos residencia propia. Cuando murió, nos alojábamos en un piso de South Kensington. A pesar de su fama y su éxito, mi padre murió prácticamente arruinado. Había invertido todo su dinero en la compañía teatral de Halifax Rief. A mi madre le quedó muy poco. Recuerdo que tuvimos que trasladarnos a unas habitaciones en Paddington. Eran dos piezas, con chimenea. Y compartíamos cocina y baño con otras dos familias.

Lysander recordaba aquellas habitaciones con gran precisión. Ventanas mugrientas, sucias, un hule desgastado y remendado en el suelo. El olor a hollín de la estación cercana, los pitidos y silbidos en las vías muertas, los chasquidos metálicos y el tronar de los vagones, y el rumor constante, amortiguado, del llanto de su madre, día y noche. Y entonces, él no sabía cómo, conoció a Crickmay Faulkner y todo cambió.

Lysander lo pensó un poco antes de añadir:

—Durante una época, se dio bastante a la bebida. Muy discretamente. Pero en los meses posteriores al funeral, bebía mucho. Nunca llegó a perder la compostura, pero cuando venía a la cama, yo le oía el alcohol en el aliento.

—¿Venía a la cama?

—En aquellas habitaciones, teníamos un saloncito y un dormitorio —aclaró Lysander—. Compartíamos la cama. Hasta que lord Faulkner le propuso matrimonio y nos instaló en una casa más espaciosa en Putney, donde tuve un cuarto para mí solo.

—Entiendo. ¿Cómo conoció su madre a su padre? ¿Vino él a Viena?

—No. Mi madre cantaba en el coro de una compañía alemana itinerante de ópera. En 1884 fueron de gira por Inglaterra y Escocia. Ella tenía, tiene, una voz de *mezzosoprano* muy bonita. Estaba en Glasgow actuando en el *Tristan* de Wagner, en el King's, que se alternaba con la producción de *Macbeth* que representaba la compañía teatral de Halifax Rief. Se conocieron entre bambalinas. Amor a segunda vista, decía mi padre.

—¿Por qué a segunda vista?

—Porque decía que no podía considerarse que, a primera vista, sus sentimientos hubieran sido «amorosos». No sé si me entiende.

—Le entiendo, le entiendo. Amor a segunda vista. Todo un cumplido.

—¿Por qué me pregunta todas esas cosas sobre mi madre, doctor Bensimon? Sepa usted que no soy Edipo.

—Dios no lo quiera. No, estoy seguro de que no lo es. Pero creo que lo que me contó, lo que me leyó la última vez, encierra la clave de su posible recuperación. Sólo intento disponer de un contexto más amplio de su persona, de su vida.

Lysander oyó el arañazo de la silla en el suelo al retirarse. La sesión había terminado.

—¿Recuerda que le pregunté si había oído hablar de paralelismo?

Bensimon había cruzado la sala y había aparecido en el extremo de su campo de visión. Una sombra con la mano extendida. Lysander encogió las piernas en el diván y se puso en pie, mientras el doctor le tendía un librito pequeño, apenas más grueso que un folleto. Lysander lo cogió. Cubiertas azul marino con letras plateadas. *Nuestras vidas paralelas. Una introducción*, del doctor J. Bensimon, licenciado en Medicina y Ciencias (Ed. Oxon).

—Lo mandé imprimir particularmente. Ahora trabajo en la versión ampliada. Mi *magnum opus*. Me temo que me está llevando bastante tiempo.

Lysander le dio la vuelta al libro.

—¿Puede adelantarme un poco de qué se trata?

—No es fácil. Digamos que el mundo es, en esencia, neutro: plano, vacío, desprovisto de sentido y significado. Somos nosotros, nuestra imaginación, quienes lo hacemos vívido, lo llenamos de color, de sentimiento, propósito, emoción. Una vez que comprendemos eso, podemos modelar nuestro mundo como queramos. En teoría.

—Suenan muy radical.

—Al contrario. Una vez que se coge el tranquillo, interviene mucho el sentido común. Échele un vistazo y ya me dirá lo que piensa. —Miró a Lysander, interrogándolo—. No estoy seguro de si debo decírselo, y casi nunca me aventuro tanto, pero tengo la sensación de que el paralelismo le curará, señor Rief, lo creo sinceramente.

## 12. ANDRÓMEDA

Lysander se sentía incómodo y extrañamente inseguro de sí mismo el día del *vernissage* de Udo Hoff. No había dormido bien, y ya al afeitarse aquella mañana se había sentido algo inquieto y raro, atípicamente nervioso ante la perspectiva de volver a ver a Hettie Bull. Empapó la brocha en el cacillo de afeitarse y se cubrió de espuma las mejillas, la barbilla y la mandíbula, preguntándose automáticamente, mientras apretaba los labios y se pasaba la brocha bajo la nariz, si no debería dejarse bigote. La respuesta habitual, instantánea, fue negativa. Ya lo había intentado antes, y no le quedaba bien. Se veía sucio, pensó, como si hubiera olvidado limpiarse un resto de sopa de rabo de buey del labio superior. A su tono castaño no le iba bien el bigote. En su opinión, en los rostros jóvenes hacía falta un contraste acusado que lo justificara, como ese tipo, Munro, de la embajada, negro y recortado, como si lo llevara pegado con cola.

Se vistió con esmero; escogió el traje de verano azul marino, los zapatos estilo Oxford, y una camisa blanca de cuello rígido que combinó con una corbata granate de topitos. Un toque de atrevimiento en el color para demostrar lo artístico que era él también. A su padre no le habría gustado. Hombre elegante y con un gusto especial para la ropa, Halifax Rief mantenía siempre que debían transcurrir cinco minutos, como mínimo, antes de que nadie se fijara en tu estilo, o en el cuidado y la atención dedicados al atuendo de un hombre. Cualquier forma de ostentación resultaba vulgar.

Lysander decidió acercarse al Burgring a visitar el Kunsthistorisches Hofmuseum. Se trataba sólo de un gesto, lo sabía, un gesto inútil, además, pero se imaginaba a sí mismo en la galería en la que se inauguraría la exposición de Hoff, la sala llena de gente, todos expertos y con opiniones formadas sobre arte moderno y antiguo. ¿Qué podía decirles él a aquellos intelectuales, críticos de arte, coleccionistas y entendidos? Volvía a ser consciente, una vez más, de las inmensas lagunas de su cultura general. Era capaz de citar de memoria fragmentos de Shakespeare, Marlowe, Sheridan, Ibsen, Shaw, o al menos de los personajes de las obras teatrales que había tenido que representar a lo largo de su vida. Había leído mucha poesía del siglo XIX, una poesía que le encantaba, pero sabía muy poco de lo que se consideraba «vanguardia». Compraba periódicos y revistas y se mantenía informado de los acontecimientos mundiales y la política internacional, hasta cierto punto, y no ignoraba que, en una primera impresión, aparecía como una versión plausible de hombre de mundo, bien informado y educado, pero se daba cuenta de lo endeble que resultaba su disfraz cada vez que conocía a alguien realmente inteligente. «¡Eres actor! —se regañó a sí mismo—. ¡Actúa con astucia!». «Hay mucho tiempo para adquirir conocimientos —pensaba—, tú no eres nada tonto, cuentas con una gran capacidad cerebral innata. No es culpa tuya que hayas recibido una educación deficiente, que hayas ido de colegio en colegio. Tu vida adulta se ha centrado en tu carrera teatral: audiciones, ensayos,



pequeños papeles haciéndose más importantes con el tiempo». Sólo de la última obra en la que había participado, *El ultimátum amoroso*, podría decirse con propiedad que era el protagonista, o segundo protagonista, en todo caso: su nombre escrito en el cartel con el mismo tamaño de letra que el de la señora Cicely Brightwell, nada menos; el mejor indicador de lo lejos que había llegado en sólo unos años. Su padre habría estado orgulloso de él.

En el museo, se paseó por las grandes galerías de la primera planta, contemplando las imágenes oscuras, barnizadas, de santos y vírgenes, de dioses mitológicos y crucifixiones melancólicas, acercándose a los cuadros para leer los nombres de los pintores al pie de los marcos y cotejándolos mentalmente. Caravaggio, Tiziano, Bonifacio, Tintoretto, Tiepolo. Conocía aquellos nombres, por supuesto, pero ahora ya podría decir: «¿Conoce usted el *Venus y Adonis* de Bordone? Hoy, precisamente, he estado admirándolo (sí, qué curioso, ¿verdad?), en el Hofmuseum. Espléndido. Muy conmovedor». Empezó a relajarse un poco. Se trataba, después de todo, de una actuación, y ése era su oficio, su talento, su vocación.

Siguió recorriendo salas. Ahora eran los maestros flamencos: Rembrandt, Frans Hals, Hobemma, Memling. ¿Y qué era eso? *Ataque a una caravana*, de Philips Wouwerman. Oscuro y potente, los malhechores, de piel curtida, armados con alfanjes plateados y alabardas puntiagudas. «¿Conoce la obra de Wouwerman? Muy impactante». ¿Dónde estaban los alemanes? Ah, ahí estaban: Cranach, D’Pfenning, Alberto Durer... Pero los nombres empezaban a fundirse y a distorsionarse en su mente, y sintió que un cansancio súbito se apoderaba de él. Demasiado arte. Fatiga de museo. Era hora de fumarse un cigarrillo y tomarse un *Kapuziner*. Ya había retenido los suficientes nombres en la mente para mantener una conversación superficial. Nadie iba a entrevistarle para un puesto de comisario de exposición, por el amor de Dios.

Encontró un pequeño establecimiento en el *Ring* y se acodó en la barra, mientras se fumaba un Virginia y daba sorbos al café. Era, sin duda, un bulevar espléndido, pensó, nada que ver, ni remotamente, con ninguna calle londinense. El Mall era el único posible competidor, aunque salía perdiendo en la comparación; la sucesión circular de avenidas que rodeaban la ciudad antigua, la estudiada ubicación de los inmensos edificios y palacios, sus parques y jardines. Muy hermoso. Consultó el reloj de pulsera. No podía presentarse en la galería hasta transcurrida una hora, como mínimo. Sentía curiosidad por saber cómo sería Udo Hoff. Muy pretencioso, probablemente, pensó, la clase de hombre capaz de atraer e impresionar a Hettie Bull.

Caminó despacio en dirección a la aguja del Rathaus. Al acercarse oyó unos gritos amplificadas, y pronto vio un corro de varios centenares de personas congregadas en el pequeño parque situado frente al ayuntamiento. Habían levantado un estrado de madera, de un metro y medio de altura, y sobre él un hombre con megáfono arengaba a su público.

Pasaban automóviles y diligencias a motor, y el calor del día empezaba a perder

intensidad. Se iniciaba la segunda hora punta de la jornada: los trabajadores regresaban a sus casas. Había turistas montados en coches de caballos que avanzaban sonoramente muy cerca de las aceras, como vestigios de otra época. Bicicletas por todas partes, maniobrando entre el tráfico. Lysander cruzó el bulevar camino del Rathaus, sin apartar la vista de los vehículos que se acercaban, y se sumó a la multitud susurrante.

Eran todos obreros, al parecer, y habían acudido al encuentro vestidos simbólicamente con sus ropas de trabajo. Los carpinteros llevaban pantalones anchos y martillos al cinto, los albañiles sus delantales de cuero, los mecánicos, sus monos con peto, los chóferes sus guantes y sus chaquetones cruzados, los forestales con sus sierras de doble asa. Había incluso un grupo de varias docenas de mineros, ennegrecidos por la carbonilla, los dientes amarillos asomando a sus rostros tiznados, el blanco de los ojos muy marcado, inquietante.

Lysander se acercó más a ellos, movido por la curiosidad, extrañamente fascinado por aquellos rostros y aquellas manos tan negras. Cayó en la cuenta de que era la primera vez que veía a unos mineros de verdad, y desde tan cerca, y no en las imágenes de ellos que aparecían en revistas y en libros. Prestaban mucha atención al orador, que atronaba sobre empleos y salarios y sobre la mano de obra de la inmigración es lava, causante de la reducción de los sueldos de los trabajadores austriacos. A medida que el discurso se volvía más incendiario, los vítores y los aplausos se sucedían. Un hombre tropezó con él y se disculpó, amablemente, por no decir con un exceso de efusividad.

—No se preocupe —dijo él, volviéndose a mirar.

Se trataba de un joven de poco más de veinte años, tocado con sombrero gris de fieltro desprovisto de cinta, el pelo largo, oscuro, cubriéndole el cuello. Llevaba una barba irregular y mal afeitada. Y, curiosamente, a pesar de la bondad del clima, se cubría con un impermeable encerado de color amarillo. Lysander vio que, debajo, no llevaba camisa; un vagabundo, un loco. Desprendía el olor acre de la pobreza.

La multitud estalló en vítores tras alguna andanada del orador.

—Esta gente no entiende —farfulló iracundo el hombre del impermeable a Lysander—. Palabras vanas, aire caliente.

—Políticos —coincidió Lysander, poniendo los ojos en blanco para mostrarle su apoyo—. Son todos iguales. Las palabras salen baratas.

Empezaba a percatarse de que había gente que lo miraba. ¿Quién era ese joven de corbata de topos que habla con el loco? Había llegado el momento de alejarse de allí. Rodeó al grupo de mineros, trogloditas negros que habían ascendido desde el inframundo para ver la ciudad moderna. De pronto, Lysander sintió que crecía en su interior la idea para un poema.

La galería Bosendorfer-Renz estaba en una bocacalle de Graben. Lysander, al

llegar, se mantuvo a una distancia prudencial, atento a si otros invitados entraban antes que él; necesitaba la seguridad de otros cuerpos. Se acercó a la puerta, con la invitación en la mano, aunque allí nadie parecía comprobar la identidad de los invitados, por lo que se la guardó de nuevo en el bolsillo y siguió a una pareja mayor hasta lo que le pareció más una tienda de antigüedades que una galería de arte. En el pequeño escaparate había dos sillas profusamente talladas, y una naturaleza muerta de la escuela flamenca apoyada en un caballete (manzanas, uvas y melocotones con la inevitable mosca posada sobre uno de ellos). Al fondo de aquella primera habitación se abría un pasillo, unas luces brillantes que anunciaban algo y el rumor creciente de unas voces. Lysander aspiró hondo y se dirigió hacia allí.

La sala era espaciosa y de techos altos, como un almacén reconvertido, iluminado por tres arañas eléctricas. El espacio estaba dividido por largas hileras de paneles de madera montados sobre ruedas. Y bastante concurrido; Lysander se alegró al comprobar que ya habían llegado unas cuarenta o cincuenta personas. Podría perderse entre ellas. Los lienzos de Hoff colgaban de un raíl elevado; aquí y allí pequeñas esculturas y maquetas se mostraban en pedestales estrechos, a la altura de los ojos.

Las obras de Hoff, a primera vista, parecían convencionales, nada excepcional: paisajes, escenas urbanas, uno o dos retratos. Pero, al observadas con más detenimiento, Lysander captó algunos efectos de luz extraños y sutiles. La vista de un prado con un bosque a lo lejos parecía bañada del resplandor de unas luces voltaicas, las sombras proyectadas densamente negras, afiladas. Convirtiendo un paisaje anodino en algo siniestro y apocalíptico, que te llevaba a preguntarte qué luz abrasadora en el cielo causaba aquella iridiscencia siniestra. Un sol sahariano iluminando un valle del norte de Europa. Había otra puesta de sol que resultaba tan escabrosa que parecía que el cielo mismo estuviese enfermo, podrido. En un paisaje rural, *Aldea nevada*, Lysander descubrió de pronto que dos de las casas carecían de puertas y ventanas, y que la iglesia, en lugar de cruz en lo alto del chapitel, tenía una O redonda. ¿Qué secretos albergaba aquel pueblo humilde?

Mientras avanzaba por la sala, descubriendo aquellas poderosas anomalías, Lysander se sentía cada vez más impresionado por la mirada sutilmente oblicua e inquietante de Hoff. El cuadro de mayor tamaño era un retrato a tamaño natural de una mujer muy maquillada, vestida con un caftán bordado, sentada en una silla, *Retrato de fräulein Gustl Cantor-De Castro*, pero una contemplación más detallada revelaba que el caftán estaba desabotonado a la altura del regazo, y dejaba ver el pubis. El triángulo de vello oscuro parecía formar parte del motivo repetitivo de aquella tela profusamente bordada. Al darse cuenta, al ver lo que estaba contemplando, Lysander sintió un verdadero escalofrío de asombro. La mirada fija de la mujer de rostro duro parecía dirigirse exclusivamente a él, haciéndole parecer o bien cómplice en la exhibición de su sexo (se había desabrochado aquellos botones sólo para él), o bien un *voyeur* pillado *in fraganti*.

Se volvió y vio a un camarero que pasaba entre la gente llevando una bandeja

llena de copas de vino. Lysander cogió una, un riesling, no del todo frío, y se retiró a un rincón a observar a la gente, que en su mayoría parecía más interesada en conversar con los demás que en admirar las nuevas pinturas de Udo Hoff. Se preguntaba quién de ellos sería el pintor. Resultaba fácil reconocer a los pintores; había uno que llevaba la cabeza rasurada, otro que iba sin corbata, un tipo con barba y un guardapolvo ligeramente manchado de pintura, como si acabara de salir de su estudio. A Lysander le parecía absurdo destacarse de ese modo. Qué poca clase. En cualquier caso, no había ni rastro de Hettie Bull por ninguna parte.

Dejó la copa vacía sobre una mesa y se acercó a echar un vistazo a las obras que colgaban de los paneles móviles. Se detuvo en seco, casi cómicamente, al darse cuenta de lo que estaba mirando. Al pasar al otro lado para ver qué había en el reverso de un panel lleno de dibujos pequeños, enmarcados, de jarras y botellas, se vio de pronto frente al cartón, al diseño original, de un cartel teatral. Ahí estaba, una mujer casi desnuda cubriéndose los pechos con las manos mientras un dragón monstruoso de cara redondeada, como una anguila con escamas, la amenazaba, un único ojo anaranjado, brillante, y una lengua bífida, extendida hacia sus muslos. Escrito sobre él podía leerse «ANDROMEDA UND PERSEUS eine Oper in vier Akten van GOTTLIEB TOLLER». De modo que había sido Udo Hoff el autor de aquel cartel tan ofensivo, cuyos pedazos rasgados se iba encontrando por toda Viena. Un misterio resuelto. Y era Perseo, no Perséfone.

Lysander dio un paso atrás para contemplado mejor. Se trataba, sin duda, de una imagen provocativa e inquietante. El cuello escamoso y la cabeza del monstruo, con su ojo séptico, solitario. Incluso el burgués más inocente vería qué se pretendía simbolizar allí, sin duda. Y la representada, Andrómeda, parecía ...

—¿Llegó a verla? —preguntó una voz inglesa, con acento de Manchester.

Lysander se volvió. Y ahí estaba el doctor Bensimon, con ropa formal: pajarita blanca, frac. Se había recortado la barba hacía poco.

Se dieron la mano. A Lysander se le hacía raro ver allí a su doctor, fuera de su contexto. Entonces recordó que la señorita Bull también era su paciente.

Parecía claro que Bensimon había pasado por un razonamiento similar.

—Me sorprende encontrarlo aquí. Cuando lo he visto no podía creerlo.

—La señorita Bull me ha invitado.

—Ah, eso lo explica todo. —Volvió a concentrarse en el cartel y lo señaló—. Sólo hubo tres funciones de la ópera, en un *cabaret* llamado El Infierno, Die Halle. Fue el único lugar que aceptó representarla. Después, las autoridades la prohibieron.

—¿Prohibida? ¿Por qué?

—Por indecencia manifiesta. Yo, personalmente, la habría prohibido por la música. De una atonalidad y una estridencia intolerables. Como si Richard Strauss se hubiera vuelto loco. —Sonrió—. Yo sólo soy anticuado para una cosa: la música. Me gustan las buenas melodías.

—¿Y qué tenía de indecente?

—La señorita Bull.

—¿Cantaba?

—No, no. Ella era Andrómeda, o algo así. ¿No aprecia el parecido en el cartel? Ya conoce el mito. Andrómeda está encadenada a unas rocas junto la costa, a modo de ofrenda, para apaciguar a un monstruo marino, Ceto. Llega Perseo, mata a Ceto, la rescata, se casan, etcétera, etcétera. Pues bien, la cantante que interpretaba a Andrómeda, he olvidado el nombre, podría haber pasado perfectamente por boxeador de los pesos pesados. De modo que a Toller se le ocurrió la idea de presentar a una Andrómeda sustituta para la escena del ataque del monstruo, a nuestra señorita Bull. Se trataba, en realidad, de un juego de sombras bastante impresionante, un efecto de marionetas orientales para el monstruo, que no sé cómo se proyectaba en la pared trasera del escenario, enorme. Perseo se colocaba en la parte delantera y cantaba un aria de tenor interminable, de veinte minutos, o eso me pareció, mientras Andrómeda era acosada. La soprano se encontraba fuera del escenario, aullando y soltando alaridos. La única palabra que se me ocurre es «cacofonía».

Lysander sentía curiosidad.

—¿Y qué tenía de indecente la Andrómeda de la señorita Bull?

—Que estaba completamente desnuda.

—Ah, entiendo. Claro, sí...

—Bueno, en realidad iba envuelta en metros y metros de una especie de gasa semi transparente. Pero digamos que nada se dejaba a la imaginación del espectador.

—Muy valiente por su parte.

—Audacia no le falta a nuestra señorita Bull. En cualquier caso, ya imaginará usted la indignación. El alboroto. Clausuraron el teatro, arrancaron todos los carteles que encontraron. Al pobre Taller lo acusaron de todo: inmoralidad, indecencia, pornografía. Sobre él recayó todo el peso de la ley. —Bensimon se encogió de hombros—. Y se suicidó.

—¿Qué?

—Sí. Se ahorcó en el mismo teatro, en El Infierno. Una declaración de lo más dramática. Y triste, claro.

Permanecieron allí contemplando el cartel unos segundos, en silencio. Ahora que se fijaba en el rostro de Andrómeda, y no en su cuerpo desnudo, Lysander veía el gran parecido que guardaba con Hettie Bull.

—Tengo que irme —dijo Bensimon—. Debo asistir a una cena oficial. Por eso me he vestido así. Estará lleno de médicos, por desgracia. ¿Ha visto ya a la señorita Bull?

—No —respondió Lysander. Echaron un vistazo a la sala, atestada de gente. Y de pronto la vio. Tan menuda. Señaló en su dirección—. Ahí está.

—Deberíamos ir a saludarla —decidió el doctor. Y se abrieron paso entre la gente, hacia ella.

Hettie Bull estaba de pie, acompañada por tres hombres. Al acercarse a ella, Lysander se fijó en que vestía con unos bombachos de odalisca color cereza, una

chaqueta de raso negro con botones de pedrería, solapas y corbata. Se había recogido el pelo sobre la cabeza con varias peinetas de carey, y llevaba un bolso de fieltro colgado de un cordón trenzado, que le llegaba casi hasta las rodillas. Cuando se volvió para saludarlos, Lysander oyó una especie de tintineo que provenía del suelo y, al bajar la mirada, vio que en el empeine de los zapatos tenía cosidas unas campanillas plateadas. Bensimon se despidió y se fue. Hettie Bull se volvió hacia Lysander. Sus ojos grandes, color avellana.

—¿Qué le parecen las pinturas de Udo? —le preguntó.

—Me gustan. Mucho. En serio.

Ella lo miraba fijamente, pero parecía serena y segura de sí misma. Tal vez hubiera tomado más medicina del doctor Bensimon. Se veía vagamente andrógina con aquella chaqueta de solapas y la corbata.

—Entonces debe decírselo usted mismo —dijo. Campanilleando, se adelantó un poco y dio una palmada en el codo a un hombre que se encontraba a medio metro de ella, conversando con dos mujeres tocadas con sombreros blandos. Hettie se lo llevó.

—Udo Hoff... El señor Lysander Rief.

Lysander le estrechó la mano. Hoff era un hombre fuerte y corpulento, de algo más de treinta años, más bajo que Lysander, muy ancho de hombros y de pecho, con la cabeza rasurada y una perilla puntiaguda. Parecía musculado en exceso, como un forzudo de circo. Los botones de la pechera parecían a punto de saltar por los aires y el cuello de la camisa le apretaba más de la cuenta.

—El señor Rief también se visita con el doctor Bensimon —le explicó Hettie—. Así nos conocimos.

Al momento, Lysander deseó que Hettie no le hubiera contado aquello, porque Hoff pareció repasado de arriba abajo con hostilidad, y una especie de sonrisa burlona recorrió fugazmente su rostro.

—Ah, la cura vienesa —dijo—. ¿Es ésa la última moda en Londres? A pesar de su acento alemán, se expresaba bien en inglés.

—No. En absoluto —respondió Lysander a la defensiva.

Aquel hombre, de pronto, parecía interesado en provocarlo. Así pues... Templanza, encanto. Sería bueno y agradable. Frau K. estaría orgullosa de él.

—Admiro mucho su pintura. Muy impactante. Muy intrigante.

Hoff agitó la mano en un gesto disuasorio, como si le molestara una mosca.

—¿Le gusta la ciudad? —preguntó, con voz monótona.

Lysander no sabía si se trataba de una especie de broma, o de una prueba, pero decidió tomarse la pregunta en serio.

—Mucho. Precisamente esta noche, mientras paseaba por el *Ring* antes de acercarme hasta aquí, pensaba en lo impresionante que me parece. Excepcionalmente bien trazado, con una generosidad de escala que no se encuentra en...

—¿Le gusta a usted el *Ring*? —le interrumpió Hoff, incrédulo.

—Definitivamente. Creo que es...

—¿Sabe que todos los edificios son nuevos, que tienen unos pocos decenios, a lo sumo?

—He leído mi guía atentamente y...

Hoff le clavó el dedo índice en el brazo y arqueó las cejas con gesto angustiado.

—Yo detesto el *Ring* —soltó, con voz temblorosa—. El *Ring* es un grotesco decorado burgués. Una ofensa a la vista, al sentido de lo correcto, a los valores más elementales. Cuando yo paso por el *Ring*, cierro los ojos. Esos edificios nuevos que se hacen pasar por antiguos... Vergonzoso. Nosotros, los artistas vieneses, vivimos en un estado de vergüenza permanente.

Volvió a clavarle el dedo en el brazo, como para dar más énfasis a sus palabras, y se alejó.

—Dios mío... Lo siento —dijo Lysander a Hettie—. No tenía idea de que fuera un tema tan sensible.

—No, se supone que a los artistas no nos gusta el *Ring* —dijo ella; bajando la voz añadió—: Aunque le confieso que a mí sí me gusta.

—A mí también. En Londres no tenemos nada parecido.

Ella levantó el rostro para mirarlo.

«Es tan niña —pensó Lysander—. Uno podría levantarla con una sola mano».

—¿Cuándo me va a dejar esculpirlo? —le preguntó ella—. No se va de la ciudad, ¿verdad?

—No... De momento no tengo planes de abandonada. De hecho, las cosas me van bastante bien con el doctor Bensimon. Estaré por aquí al menos un mes más.

—Entonces pase por mi estudio una tarde, haré algunos bocetos preliminares. —Rebuscó en el bolsito y anotó una dirección en un pedazo de papel—. Está a las afueras. Puede tomar el tren hacia Ottakring y caminar desde la estación. O tomar un taxi la primera vez, para mayor seguridad. ¿Le viene bien el lunes a las cuatro?

—Sí, claro. —Lysander leyó las señas. ¿Era prudente todo aquello? Pero se sentía curiosamente tentado—. Gracias.

Ella le puso la mano en el brazo.

—Magnífico. Tiene usted un rostro muy interesante. —Miró a su alrededor—. Será mejor que vaya a buscar a Udo, no sea que se enfade todavía más. Nos vemos el lunes.

Sonrió y, al alejarse, el tintineo de sus campanillas se perdió rápidamente entre el rumor de las conversaciones.

## 13. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Al hombre creó Dios con las manos, primero,  
Y a la mujer, de arcilla más hermosa,  
Le sobró polvo negro y materia herrumbrosa  
Y con ellos creó y dio forma al minero.  
Minero, excavador, no trepador  
Minero, del mundo subterráneo diseñador  
Minero, viajero (?)  
Minero, dinero/estercolero/ agüero/sincero

Bastante satisfecho con el primer verso. Algo bloqueado.

Hettie Bull. Hombre-toro. Udo Hoff. Toro en tienda de porcelana. Toreador. Matador. Chaqueta torera. Camisa blanca y corbata. Toro de lidia.

«La gente feliz nunca es brillante. El arte precisa fricción». ¿Quién lo dijo? Tonterías. El arte es la búsqueda de un tipo de armonía e integridad. Una vida armoniosa llena de integridad es artística. Ergo. Q. E. D.

Sueño. Me estaba afeitando y, de repente, mi cara se convertía en la de mi padre. ¿Cómo estás, hijo mío?, me decía. Estoy bien, padre, le decía yo. Atraviesa el espejo y ven conmigo entonces, me decía él, vamos, muchacho. Yo tocaba el espejo y su cara volvía a ser la mía.

Recuerdo una discusión que tuve con Blanche porque me dejó una nota escrita a lápiz. Yo le dije que aquello denotaba falta de respeto; me escribía como si anotara la lista de la compra, y no se escribía así a la persona que se amaba. Ella me llamó necio arrogante y remilgado. Y tenía razón. A veces creo que mi peor rasgo es un remilgo fundamental. Tal vez no sea tanto que tengo remilgos como que me preocupo o concedo mucha importancia a cosas que no la tienen en absoluto.

Ser buen actor consiste en ser capaz de decir: «Pásame la sal, por favor» sin sonar forzado, artificial, tonto o engolado. Ser buen actor es ser capaz de decir: «¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!», sin sonar forzado, artificial, tonto o engolado.



La vida es más que amor. Pueden invertirse los términos: el amor es más que vida. Tiene tanto sentido una como otra. La afirmación no es tan cierta si se formula  $AMOR = SEXO + AMOR$ . La vida es más que sexo + amor. El sexo + amor no es más que la vida. Cierto. ¿No fue Dostoievski quien dijo algo parecido? No nos bañamos dos veces en el mismo río, y de la misma manera nunca se da un pensamiento simple, único. El más simple de los pensamientos puede calificarse una y otra vez. Tengo dolor de cabeza porque bebí demasiado *schnapps* con Wolfram, que me hizo reír. Un simple dolor de cabeza tiene su historia, su zona de penumbra, y está tocado por mi vida anterior al dolor de cabeza y (espero) por mi vida posterior al dolor de cabeza. Todo es increíblemente complicado. Todo.

## 14. LA FUNCIÓN FABULADORA

—He leído su librito —dijo Lysander mientras se tendía en el diván—. Muy interesante. Creo que lo entiendo..., más o menos.

—Se trata, básicamente, de usar la imaginación —le explicó Bensimon—. Hoy, si no le importa, voy a correr las cortinas.

Lysander le oyó cerrar las tres que cubrían las ventanas, y la luz del consultorio se volvió tenue y tenebrosa. Sólo la lámpara del escritorio del doctor permanecía encendida. Al regresar a su asiento, su sombra gigantesca parpadeó, proyectándose en la pared, cerca de la chimenea.

Por lo que Lysander creía comprender, la teoría del paralelismo de Bensimon funcionaba más o menos de la siguiente manera: la realidad era neutra, como le había explicado; «demacrada» era el término que usaba en numerosas ocasiones para describirla. Este mundo, cuando no es percibido por nuestros sentidos, permanece ahí, como un fantasma, empobrecido y desapasionado. Cuando abrimos los ojos, cuando olemos, oímos, tocamos, saboreamos, añadimos la carne a esos huesos según nuestra naturaleza y según lo bien que nos funcione la imaginación. Así, el individuo transforma «el mundo», la mente de la persona teje su propio cobertor sobre una realidad neutra. Ese mundo es creado por nosotros como una «ficción», es sólo nuestro, y es único e intransferible.

—Creo que la idea de que el mundo sea «ficticio» me resulta algo tramposa.

—Es puro sentido común —dijo Bensimon—. Usted sabe bien cómo se siente cuando se levanta de buen humor. El primer café del día le sabe más delicioso que nunca. Sale a pasear y se fija en los colores, los sonidos, en los efectos de la luz sobre una pared de ladrillo. Por el contrario, si despierta usted triste y deprimido, no tiene apetito. El cigarrillo le sabe amargo y le irrita la garganta. En las calles, el chirrido de los tranvías le enerva, los transeúntes son feos y egoístas. Y así sucesivamente. Todo ello sucede sin que lo pensemos. Yo intento convertir ese poder, que todos tenemos, en algo consciente, llevarlo a la parte frontal de nuestra mente.

—Sí, entiendo a qué se refiere.

Lysander admitía que tenía sentido. Bensimon prosiguió.

—Así pues, los seres humanos aportamos al mundo lo que el filósofo francés Bergson llama *la fonction fabulatrice*, la función fabuladora. ¿Conoce usted la obra de Bergson?

—Pues no.

—Yo me he apropiado en parte de su idea y la he reelaborado. El mundo, nuestro mundo, es para cada uno de nosotros una mezcla única, una unión, una fusión, de esa imaginación individual con la realidad.

Lysander no dijo nada y, mientras se concentraba en el bajorrelieve de la chimenea, se preguntaba cómo iba a curarle la anorgasmia aquel paralelismo.

Bensimon volvió a hablar.

—Ya sabe usted lo que se dice: «En África, los dioses son siempre africanos». Ésa es la ficción que ha creado la mente africana, su fusión de imaginación y realidad.

«Tal vez eso explique lo del bajorrelieve», pensó Lysander.

—Eso lo entiendo —dijo, cauto—. Entiendo que sea así. Un dios africano no va a ser chino. Pero ¿cómo se aplica eso a mi problema concreto?

Lysander oyó que Bensimon retiraba su silla del escritorio y la situaba junto al extremo del diván. Oyó el crujir del cuero cuando se sentó.

—Exactamente así —dijo—. Si el mundo cotidiano, la realidad cotidiana, es una ficción que nos creamos, entonces lo mismo puede decirse de nuestro pasado; el pasado es una suma de realidades ficticias que ya hemos experimentado: nuestros recuerdos. Lo que quiero intentar es que modifique esas ficciones antiguas con las que ha estado viviendo.

A Lysander le parecía que todo aquello era demasiado complejo.

—Voy a usar con usted un poco de hipnosis ligera. Una hipnosis muy suave, muy superficial. Por eso el consultorio está en penumbra. Cierre los ojos, por favor.

Lysander obedeció.

La voz de Bensimon cambió de registro, se volvió más profunda, y extrañamente monótona. Empezó a hablar muy despacio, remarcando mucho las palabras.

—Relájese. Intente relajarse totalmente. Está inerte, inmóvil.

Siente que la relajación total empieza en sus pies. Lentamente empieza a ascender por sus piernas. Ahora la siente en las pantorrillas. Ahora ha alcanzado las rodillas... Los muslos... Respire lo más despacio que pueda. Aspire... Espire. Aspire... Espire. Sube por su cuerpo, ya está en el pecho, llena su cuerpo, relajación total.

Lysander sintió una especie de desvanecimiento. Estaba completamente consciente, pero sentía una especie de semiparálisis, como si no pudiera levantar un dedo, y flotaba un par de centímetros por encima de la manta. Bensimon inició una cuenta atrás con su voz monocorde, profunda.

—Veinte, diecinueve, dieciocho... Está completamente relajado..., quince, catorce, trece...

Ahora Lysander sentía que la fatiga lo envolvía, se le cerraban los ojos, y la voz de Bensimon le llegaba distante y amortiguada, seguía contando hasta cero.

—Vuelva a pensar en aquel día —le ordenó Bensimon—. Es usted joven, tiene catorce años. Sostiene el libro en la mano. *El rizo robado*. Atraviesa el jardín cerrado. Saluda a los jardineros. Trepa el murito de la valla y se adentra en el bosque. Es un día de sol glorioso, tibio, balsámico, los pájaros cantan. Avanza por el bosque y se sienta a los pies de un roble viejo. Empieza a leer. El sol le calienta. Cabecea. Se duerme. Se queda profundamente dormido. Duerme durante dos horas. Va a llegar tarde al té. Despierta. Recoge el libro y regresa a casa, donde su madre lo espera. Se disculpa por el retraso, y los dos entran en el salón a merendar...

—Abra los ojos.

Una palmada seca. *Plas. Plas.*

Lysander despertó al momento, tenso de pronto, y tardó un poco en saber dónde estaba. Se había quedado dormido. ¿Le habría pasado por alto algo importante?

—Me he quedado dormido. Siento muchísimo si ...

—Han sido sólo unos segundos. Es muy natural. Recordará todo lo que le he dicho.

—Recuerdo haberme disculpado por llegar tarde al té.

—Exacto. —Bensimon volvió a su sitio—. No estaba en trance. Simplemente, imaginaba que se encontraba en un mundo paralelo. Un mundo en el que se durmió en un bosque una tarde soleada, despertó y regresó a casa a tomar el té. Concéntrese en ese día de su mundo paralelo. Llénelo con detalle y concéntrese en las emociones que ese día generó. Use su *fonction fabulatrice*. En ese mundo paralelo no sucedió nada malo. La realidad y la imaginación se fusionan para formar la ficción mediante la que vivimos. Ahora ya dispone de una alternativa.

Lysander pidió un coñac en el Café Central. Pensó en lo que había ocurrido durante la sesión, obedeciendo la consigna de Bensimon de concentrarse en los detalles de aquel mundo paralelo que había creado, aquel día soleado en el que no había sucedido nada, sólo que él se había adormilado mientras leía, allí sentado bajo el roble del bosque de Claverleigh. Sí, se veía a sí mismo caminando, frotándose los ojos, poniéndose en pie algo agarrotado, tambaleante, recogiendo su libro y regresando a casa. Trepando junto a la reja, atravesando el jardín cerrado, sin jardineros, que ya se habían ido, entrando en el vestíbulo por una puerta lateral, subiendo a la Carrera la escalinata que conducía al saloncito donde su madre lo esperaba, donde ya habían servido el té en la mesa redonda. Pensando, sí, ella ha hecho sonar la campanilla para que nos traigan más agua caliente, porque me he retrasado y el té se ha enfriado. Habría tostadas con mantequilla cortadas en triángulos, mermelada de fresa y un pedazo de bizcocho de semillas, mi favorito. Me siento y me sacudo una brizna de hierba que se me ha pegado a los pantalones. Mi madre sostiene la tetera de plata... no, es de porcelana verde pálido, con un dibujo de hiedras en espiral, y tiene la tapa desportillada, y mientras me llena la taza me pregunta: «¿Cómo va la lectura, cielo?».

Lysander hizo una pausa, y la copa de coñac quedó suspendida en el aire, a medio camino entre la mesa y sus labios. Era muy real. Completamente real y, para él, absolutamente cierto. Había decidido entrar en un mundo paralelo, y había puesto a funcionar su imaginación. Extraordinario. Su madre llevaba... ¿Qué? Un batín color mandarina de mangas muy anchas. Una pulsera de jade que tintineaba al rozar la taza de té. Stevens, el lacayo, se llevaba la bandeja. Era tan fácil. ¿Cómo se llamaba? Su *fonction fabulatrice*. Había construido un mundo conocido y había creado un día en el que no había ocurrido nada malo. Sólo sentía felicidad... Tal vez debería leer un

poco más sobre ese tal Bergson. Dio un sorbo al coñac, sintió que su calor descendía por la garganta, su suavidad ahumada y dulce, y sonrió para sus adentros.

## 15. EL ESTUDIO DE OTTAKRING

Aquella mañana encontró una carta de Blanche en su buzón. Rasgó el sobre con el pulgar y, durante un breve segundo, le llegó un resto de perfume a agua de rosas, la esencia que ella usaba. Había rellenado cuatro páginas por las dos caras con su letra grande, desmadejada, en tinta azul francia.

Mi querido y único amor:

*Un junio encendido* va a ser un éxito clamoroso, tengo ese presentimiento, va a estar en cartel meses y más meses. ¿Cuándo vuelves? ¿Te sientes mejor contigo mismo? Tu gatita quiere acurrucarse en tu regazo una vez más. Me han dado un papel en un film, ¿puedes creerlo? Me pagan un montón de dinero. Cuando regreses, debes presentarte a una prueba de pantalla. Es facilísimo. No hay que aprenderse ningún texto. Creo que tu precioso rostro encajará perfectamente, y la experiencia, en general, es muy divertida, y pan comido comparada con lo que hacemos noche tras noche en el teatro...

Dejó la carta sobre la mesa, decidió terminar de leerla más tarde.

Le irritaba un poco constatar que Blanche no respondía a ninguna de sus preguntas. Cartearse era, supuestamente, establecer una forma de diálogo, una conversación, pero Blanche escribía como si el tráfico viajara en una sola dirección, una declamación sobre sus sentimientos, sobre sus planes, en la que no tenía en cuenta para nada las respuestas que él le enviaba. La correspondencia debía alimentar a las dos partes. Los monólogos, por más vivos e íntimos que fueran, no resultaban necesariamente interesantes.

Su estado de ligera irritación persistía cuando entró en la *Stadtbahn* y compró un billete de ida y vuelta a Ottakring. Una vez en el vagón, se dedicó a mirar por la ventanilla, mientras el pequeño convoy traqueteaba sobre las vías, rumbo a su destino. De pronto, había dejado de apetecerle posar para la señorita Bull, dejarse dibujar por ella. ¿Por qué había aceptado? Pero la señorita Bull era persistente, ya había descubierto que no era fácil llevarle la contraria.

Al llegar a Ottakring le mostró la dirección del estudio al cochero de un *Fiaker* tirado por dos caballos, y se montó en el coche. Se pusieron en marcha, en dirección oeste, dejando atrás parcelas y huertos de manzanos, y un gran cementerio con cercado de madera, y finalmente doblaron al llegar a un camino embarrado. El coche se detuvo frente a una reja pintada de rojo chillón, y Lysander bajó y pagó el modesto importe de la carrera. Pensó entonces en el trayecto de regreso. Tomar un coche en la estación no era difícil, pero ¿cómo iba a hacer para regresar hasta allí? Se quedaría una hora, no más.

Desde la reja de entrada, un sendero pavimentado conducía hasta un viejo granero de piedra que se alzaba al borde de un campo flanqueado por árboles, en el que pacían dos caballos percherones. Había varios tiestos con flores junto a la puerta del granero, cuajados de margaritas y de cinias. Empujó la verja para abrirla e hizo sonar una campana de latón, montada sobre un fragmento de metal plano, en espiral, que sonó con estrépito. La señorita Bull apareció en el quicio de la puerta casi de inmediato. Se dieron la mano. Ella llevaba puesto un guardapolvo de lona que le llegaba a la rodilla, cubierto de manchas de arcilla y escayola.

—Señor Lysander Rief. Ha venido de verdad. ¡No me lo creo! —exclamó, y lo condujo hasta su estudio.

El viejo granero se había reconvertido en un taller de escultura espacioso, sin ventanas ni falso techo. Una parte considerable de las tejas había sido sustituida por cristales. En un rincón se distinguía una estufa grande y rectangular de la que salía un tubo dividido en segmentos que, formando distintos ángulos, alcanzaba el tejado. Junto a la pared se alineaban varios tableros sostenidos con caballetes, cubiertos de bandejas, tarros y bloques de madera de distintos tamaños. Al fondo, se amontonaban algunos rollos de alambre. En otro rincón había una zona de estar: cuatro sillas de mimbre alrededor de una mesa baja, cubierta con una colcha alegre y, sobre ella, una jarra con anémonas. En el centro mismo del taller, sobre una mesa giratoria alta se alzaba una gráfica escultura de barro, de un metro de altura, que representaba a un minotauro agachado: una cabeza redondeada, bovina, de cuernos cortos, dispuesta sobre un cuerpo macizo, musculoso. Junto a ella había una pequeña tarima, con un retal de alfombra cortado de manera que cubriera toda su superficie. Lysander miró a su alrededor.

—Una luz fantástica —dijo él, pensando que ésa era la clase de comentario que había que hacer cuando se entraba en el estudio de un artista.

La señorita Bull se quitó el guardapolvo y Lysander vio que llevaba una blusa de muselina color crema y una falda negra de sarga que le cubría la mitad de la pantorrilla. Calzaba zuecos de madera, e iba despeinada, con el pelo recogido sobre la cabeza, del que escapaban largos mechones en todas direcciones. Había dos pinturas expuestas.

—¿Hoff trabaja aquí? —preguntó Lysander.

—No, no. Vivimos al otro lado del campo, a menos de un kilómetro. En la casa familiar de Udo. Intentamos trabajar los dos en el mismo estudio, pero fue un desastre, no hacíamos más que pelearnos. Así que yo alquilé este sitio tan viejo y lo renové un poco. —Señaló arriba—. Para que entrara luz natural. —Le indicó una puerta que había al fondo—. Y ahí hay un dormitorio, por si me apetece dormir un rato, un lavabo y un fregadero. La letrina está fuera, en la parte trasera.

—Muy bonito. —Se corrigió a sí mismo—. Ideal.

—Tómese un madeira conmigo —dijo ella, acercándose a uno de los tableros con caballetes y sirviendo el vino en dos vasos. Lysander la siguió, brindaron y bebieron.

A él, en realidad, no le gustaban los vinos generosos —el jerez, el oporto y esas cosas,— y al momento sintió un dolor de cabeza incipiente sobre el arco de un ojo.

—Es impresionante —dijo, señalando hacia el minotauro agachado.

—Voy a fraguarlo en bronce —comentó la señorita Bull—. Si puedo permitírmelo. Udo me sirvió de modelo. Nunca más. No paraba de protestar, de quejarse. Yo poso desnuda para él constantemente. No es justo. —Dejó el vaso en la mesa y cogió un cuaderno grande de bocetos y un carboncillo—. Por cierto, ¿empezamos?

—¿Tengo que colocarme en la tarima?

—Sí, pero antes debe desnudarse.

Lysander sonrió, pensativo, dando por sentado que aquélla era una broma procaz típica de ella.

—¿Desnudarme? Qué divertido.

—Yo no esculpo figuras vestidas. Así que no tiene sentido que lo dibuje con ropa.

—La señorita Bull sonrió y le señaló la puerta del fondo—. Puede cambiarse ahí.

—Sí, claro. Muy bien.

Era un dormitorio pequeño, sencillo, de paredes encaladas y un suelo de tablones de madera cubierto con una jarapa. Había una cama individual con estructura de hierro, y encima una manta. Junto a ella, un tocador con jofaina y aguamanil. En el alféizar de una ventana pequeña que daba a un huerto ahogado por las malas hierbas, había una jarrita de cristal llena de plantas secas, el único toque personal.

Lysander permaneció ahí de pie, inmóvil, pensando en qué debía hacer. ¿Qué estaba ocurriendo? Durante un segundo se planteó abrir la puerta, salir y decide que era imposible, que debía irse. Pero sabía que la señorita Bull lo despreciaría si lo hacía. No quería que lo viera como a un mojigato, como a un envarado inseguro. Así que intentó no pensar demasiado y empezó a desvestirse.

Cuando iba por los calcetines y los calzoncillos, empezó a sentir un cosquilleo de emoción por lo atrevido de la situación que estaba a punto de vivir. Miró la ropa que había dejado ordenadamente sobre la cama. Última oportunidad. Se quitó los zapatos y se desanudó la tirilla de los calzoncillos. Al despojarse de ellos, sintió frescor en los genitales. Había una toalla en un toallero, se la ató a la cintura, y volvió a entrar en el estudio. La señorita Bull estaba sentada en una de las sillas de mimbre que había acercado a la tarima. Le alargó algo que parecía una especie de tirachinas de cuero.

—Se me acaba de ocurrir. ¿Prefiere ponerse un *cache-sexe*? A mí no me importa.

—Oh, no. *Au naturel*. No tengo ningún problema.

Se subió a la tarima y notó la aspereza de la alfombra en las plantas de los pies. A los oídos, de pronto, le llegaban los fuertes latidos de su corazón.

—Cuando esté listo, empezamos.

Lysander dejó caer al suelo la toalla y concentró la mirada en el tubo manchado de hollín que se elevaba sobre la estufa, frente a él. Sólo oía el trazo apresurado del carboncillo sobre el papel. Irguió los hombros y, una vez más, se dijo que debía



relajarse. No era el hombre más alto del mundo, pero sabía que poseía una cintura fina y unos hombros anchos, su sastre siempre lo alababa por sus hechuras. «Clásico, señor Rief. El “ideal masculino”. Tendría usted que ver a mis otros clientes. ¡Dios santo!».

—¿Podría volverse un poco hacia la izquierda? Perfecto.

Lysander lo hizo, procurando pensar en sí mismo como en un griego olímpico, un lanzador de disco, o de jabalina, desnudo para la celebración de los juegos. Además, ¿por qué tanto revuelo con el cuerpo desnudo? Y más en el contexto del arte... No había más que pensar en todos los desnudos pintados a lo largo de la historia, en todas las esculturas creadas sin ropa visibles en los parques públicos, el *David* de Miguel Ángel, las innumerables venus, los dioses y gladiadores que mostraban las nalgas. Aspiró hondo, y se permitió rozarse los muslos con los dedos. Relájate. Relájate.

—¿Podría apoyar las manos en las caderas?

Lysander obedeció, apretando sin querer las nalgas, asustado de pronto al imaginar que Udo Hoff cruzaba el prado desde su propio estudio para ver cómo estaba su amante... «No, no dejes que tus pensamientos te lleven hasta ahí. Piensa en un mundo paralelo, en tu mundo paralelo...». Cerró su mente a cal y canto.

Oyó que las patas de la silla arañaban el suelo al echarse hacia atrás, y hasta él llegaron los pasos estruendosos de la señorita Bull, que primero se alejaron, y después regresaron.

—¿Descansamos un poco? —propuso—. Se ha ganado usted otro vaso de madeira.

Ahora ya podía mirarla. Estaba ahí, de pie, sonriente, alargándole el vaso. Él se agachó a recoger la toalla, la sostuvo frente a él, indiferente y, bajando hasta el suelo, aceptó el vaso. Pero ahora no podía cubrirse con la toalla, no tenía las dos manos libres. «Qué más da», pensó. Estaba disfrutando aquella sensación; podrían haber estado en cualquier bar, en cualquier café, conversando. La señorita Bull no parecía incómoda en absoluto. Para ella era otro apunte tomado del natural a partir de un modelo, claro.

—Se ha mantenido usted muy quieto. Admirable.

—Gracias.

—Cualquiera diría que ya lo ha hecho antes.

—Pues no. Es la primerísima vez.

Dio un buen trago al vino, y otro más. Demasiado dulce para su gusto, pero necesitaba el golpe del alcohol.

—¿Quiere ver lo que he hecho?

La señorita Bull le acercó el cuaderno de bocetos, dedicándole una sonrisa rara. Parecía, a la vez, absurdo y de lo más natural que él estuviera ahí de pie, desnudo en aquel taller, con apenas una toalla que le cubría «las vergüenzas», como solía decirse, a medio metro de una mujer joven, completamente vestida con su blusa de muselina,

su falda de sarga, sus zuecos de madera. Ella le sujetó el vaso y, a cambio, le entregó el cuaderno.

Lysander estudió el dibujo. Muy detallado y tridimensional, el carboncillo difuminado, sombreado por las yemas de sus dedos. Un trazo fuerte, confiado, una dibujante muy capaz. Notó que se le agarrotaba la garganta, y un escalofrío nervioso le recorrió los hombros.

Carraspeó.

—¿Cómo llamaría usted a esto? ¿Un estudio de los genitales masculinos?

—Tiene usted un prepucio tirando a corto, según he podido ver —dijo ella en tono confidencial, bajando la voz—. Por un momento me ha parecido que estaba circuncidado, como Udo. —Dio un paso hacia él—. Pero, al observar mejor, he descubierto que no.

—No, no estoy circuncidado —logró articular, mientras notaba un calor que le recorría el cuello y el pecho.

El vino de Madeira empezaba a surtir efecto. Notó que el miembro se agitaba y se ensanchaba, como si fuera consciente de que se estaba hablando de él y estuviera respondiendo.

La señorita Bull se permitió mirarlo por debajo de su cintura y, con una mano, retiró la toalla.

—A esto sí lo llamo yo estudio de los genitales masculinos —dijo. Lysander sintió su otra mano recorriéndole despacio la espalda, haciéndolo estremecer. Le pasó las uñas por las nalgas.

—¿Vamos a la cama? —le preguntó, apoyándose en él, levantando la vista, sonriendo, sus ojos grandes, castaños, llenos de risa.

## 16. UN PLAN DIABÓLICO

El doctor Bensimon lo miraba desconcertado.

—Pues debo admitir que es algo extraordinario.

—Lo sé —dijo Lysander, negando con la cabeza, sin salir, él tampoco, de su asombro.

—¿Y todo funcionó?

—Absolutamente, sin problemas. Normalmente. De hecho, volví a hacerlo para demostrarme que no había sido una coincidencia, o algo así.

—¿Dos veces?

—En el espacio de cuarenta minutos, más o menos.

Lysander volvió a recordarlo. Dos días después del acontecimiento, todavía se sentía incrédulo y maravillado. Habían entrado en aquel cuarto pequeño y entonces, tras el remolino de ropa (la suya salió disparada de la manta, y la señorita Bull se despojó de blusa, falda, combinación, enagua y bragas), estaban ya en la pequeña cama de hierro, el cuerpo de ella menudo, delgado, firme, tenso y ondulante entre sus brazos, la excitación de él terca, exigente. Ciertos detalles quedaron grabados al principio en su mente: el pelo oscuro extendido sobre la almohada, los pechos, Sorprendentemente hinchados, de pezones pequeños y muy redondos, las puntas de los dedos oscurecidas por el carboncillo; pero a partir de entonces pareció entrar en una especie de trance sexual, ya medida que se concentraba, todo se volvía borroso. Y cuando llegó el estallido y se produjo el orgasmo, a él le pilló por sorpresa, absolutamente, hasta tal punto que gritó «¡Dios mío!», con una mezcla de asombro y placer, y ella le preguntó si se sentía bien.

Se separaron, se revolvieron en la cama, y él enterró la cabeza bajo la almohada fina, sintió lágrimas en sus ojos, mientras Hettie (atrás había quedado lo de señorita Bull) se levantaba en busca del vino y los vasos. Bebieron, se acariciaron, conversaron.

—Todo esto ha sido un plan diabólico, ¿verdad? —la acusó él.

—Sí, lo admito, lo confieso. Desde el primer día que nos vimos en el consultorio del doctor Bensimon. Cuando me viste en aquel estado, ¿recuerdas?

—Sí.

—Pero, aun así, no lograba apartarte de mi mente, no sé por qué. Tal vez porque dejaste que me colara y fuiste tan comprensivo. Porque no fuiste antipático, sino amable. Y guapo.

—Y por eso urdiste tu plan, pensaste y pensaste hasta que se te ocurrió este plan demoníaco.

—Aunque me preocupaba que no funcionara. Podrías haberte largado de aquí enfadadísimo, indignado. Pero, siendo actor, pensé...

—¿Cómo supiste que soy actor?

—Le pregunté al doctor Bensimon a qué te dedicabas... Así que pensé que,

siendo actor, tal vez estuvieras a la altura del desafío.

—Eso de estar «a la altura» lo dices sin doble intención.

—Ya puedo llamarte Lysander, ¿verdad? —dijo, besándolo en la barbilla y tendiéndose a su lado.

—No es que puedas, es que debes.

Y entonces volvieron a hacer el amor, y Lysander experimentó y disfrutó de su segundo orgasmo, que, de algún modo, le resultó más satisfactorio que el primero, porque ahora todo era más deliberado, y si su mente hubiera querido interponerse, habría tenido mucho tiempo de margen para estar sobre aviso. Milagrosamente, alcanzó sin demora una segunda explosión de sensaciones y llegó al clímax a su debido tiempo.

El doctor Bensimon daba golpecitos en la superficie de cuero del escritorio con la punta de la pluma mientras pensaba y pensaba.

—¿Quién fue su pareja? ¿Una prostituta?

—Eh... No.

—¿Alguien que se ajustaba a sus preferencias sexuales? Su «tipo» de mujer, quiero decir.

—De hecho, no. No es en absoluto mi tipo.

—Muy intrigante. ¿Cómo se lo explica?

Lysander volvió a pensar en ello.

—No lo sé. Tal vez, en cierto modo, me ha ayudado usted... Con todas nuestras conversaciones. Tal vez fuera el paralelismo...

## 17. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Hettie Bull... ¿Quién lo habría dicho? Pero ¿cómo explicarlo? ¿Cómo describir y entender el efecto que ejerce sobre mí? Me sentí atraído por ella desde el principio, ahora lo veo, lo que desafía a la lógica, o al menos a mi lógica emocional, porque sé que yo me fijo siempre en esas chicas y mujeres altas y esbeltas, de cuellos largos y muñecas finas, mujeres altas y esbeltas como Blanche. ¿Cómo y dónde se generan esos gustos sensuales? ¿Por qué uno reacciona más ante unos cabellos castaños que ante unos rubios? ¿Ante la redondez más que ante la delgadez, por decir algo? ¿Qué hay en la configuración de un rostro (en las cejas respecto de una nariz, en la altura de la frente, en lo carnosos de los labios, en la geometría variable de una sonrisa), que me lleva a mí, concretamente, y no a otro, a acelerarme y a reaccionar? ¿Es el despertar de alguna noción atávica de la pareja reproductora ideal, nuestra naturaleza sexual primitiva que reemplaza a nuestra mente racional civilizada («Es ella, es ella»), y que, por tanto, nos lleva a perdernos?

Así que... Hettie Bull. Me pregunto si todo empezó con la yuxtaposición de ese nombre formal, sólido: hija de John Bull, icono inglés, y aquella chica andrógina de piel aceitunada, ojos grandes, enigmática, psicológicamente inestable, que es la realidad física de la joven que ves. ¿Ha habido alguna vez un nombre que encaje menos con la persona que lo lleva? Son tantas las preguntas... Pero debo declarar aquí a favor del catalizador poderoso, innegable, de su cuerpo delgado, desnudo, tan menudo y grácil, tan «entusiasta»... ¿Tal vez sea ésa la clave? Es tan desinhibida, tan descarada. Cuando un hombre sabe que es deseado... Cuando un hombre sabe que es deseado hasta el punto de que se ha urdido una trampa elaboradísima para atraparlo, una trampa tan retorcida que ese hombre acaba despojándose voluntariamente de la ropa y queda expuesto, desnudo, ante la mujer que va tras él... Una presencia física ineludible, más un deseo manifiesto, más una ausencia de vergüenza, más la ocasión perfecta. Imposible resistirse.

¿Me ha curado Hettie Bull? ¿Puedo volver a Londres y estar con Blanche con plena confianza sexual, al fin? Ella me llevará a su cama, lo sé, prácticamente me lo ha dicho con esas mismas palabras. Así pues, ¿por qué no regreso a casa?

Sé sincero. Hettie Bull ha lanzado un sortilegio sobre ti. Su hechicería funciona, y deseas volver a verla, tienes que volver a verla, estás impaciente por verla... Pero dos ideas me corroen: la sensación de que mi implicación con Hettie Bull, me lleve a donde me lleve a partir de ahora, me traerá problemas de una u otra clase; y el hecho de que cuanto más me enrede con Hettie, más imperdonable será mi traición a Blanche.

Al regresar a casa aquella noche (el trencito me devolvía a Viena, adentrándose en el anochecer imparable), me metí en mi habitación y me desnudé. Tenía huellas de carboncillo marcadas en la piel, como cardenales muy juntos, apenas visibles, el polvo del carboncillo pegado a las yemas de sus dedos trazando el recorrido de sus

manos rápidas sobre mi cuerpo. Me las limpié con un paño húmedo y me cambié de ropa, borradas ya sus huellas fácilmente. Pero, mientras estoy aquí sentado, escribiendo esto, veo, mentalmente, retazos tentadores de su cuerpo, recuerdo vívidamente los momentos que hemos compartido. Sus pechos suspendidos al inclinarse sobre mí para coger el vaso de vino. Su desnudez, mantenida mientras yo me vestía, y ella me observaba entre las sábanas revueltas y la manta, con la cabeza apoyada en una mano. Y después, cuando me iba, ella bajándose de la cama y buscando el orinal que había debajo. Yo he permanecido observándola mientras ella se acuclillaba sobre él, y entonces me ha echado de la habitación entre risas. Creo que voy a tener serios problemas. Sé que voy a tenerlos. Pero ¿qué puedo hacer?

## 18. AGITACIONES MENTALES

Lysander empezaba a descifrar cierto patrón en las preguntas que le formulaba el doctor Bensimon.

—¿Qué ropa llevaba puesta su madre cuando regresó a casa aquel día?

—Llevaba un batín, uno de sus favoritos, de raso, color cobre, con muchos encajes y cintas en el cuello.

—¿Hay algo más que recuerde al respecto?

—En la boca de las mangas y en el dobladillo llevaba un remate de marta cibelina. Y mucha pedrería en el corpiño.

El doctor repasó sus notas.

—Tomaron tostadas con mantequilla y mermelada de fresa.

—Y bizcocho de semillas.

—¿Y no había otras mermeladas, ni otros condimentos?

—Había paté de anchoa. Y miel. Mi madre siempre toma miel en el desayuno y a la hora del té.

—Describa la sala en la que se encontraban.

—La llamamos el Salón Verde, se encuentra en la primera planta, junto al rellano de la escalinata oeste. Las paredes están lacadas de un verde esmeralda intenso. Una de ellas está decorada con unas treinta pinturas en miniatura: paisajes de la finca y de la casa con la naturaleza de fondo, realizadas, creo, por una tía de lord Faulkner. De buena factura, aunque se benefician de los marcos, no sé si me explico. Se trata de una estancia pequeña pero cómoda. El salón principal es enorme, y da al jardín orientado al sur. Allí cabrán unas cuarenta personas o más.

—De modo que se dirigió instintivamente al Salón Verde.

—Era donde siempre tomábamos el té.

—¿Y qué hay en el suelo?

—Una alfombra bastante buena, de Shiraz, y un parque normal.

Lenta pero inexorablemente, las preguntas le arrancaban detalles cada vez más precisos. Lysander se daba cuenta de que aquel día paralelo, durante el que no había ocurrido nada malo, iba adquiriendo, despacio, una realidad táctil: textura, profusión, que ya empezaba a despojar a la jornada original, desastrosa, de su amalgama de recuerdos apretujados, indistintos. Aquella tarde fatal empezaba a difuminarse gradualmente, a desaparecer, enterrada bajo los hechos y los detalles minuciosos de su nueva vida paralela. A medida que las sesiones proseguían, Lysander descubría que le resultaba más fácil invocar aquel mundo nuevo que el viejo; sus nuevos recuerdos ficticios, espoleados por su *fonetion fabulatrice* se hacían concretos, desterraban sus memorias dolorosas, las convertían en sombras vagas, hasta el punto de que empezaba a preguntarse si no serían, simplemente, los detalles de una pesadilla que recordaba a medias.

Pronto, cuando terminaron de tomar el té, él le pidió a su madre que se sentara al

piano (uno de cola, pequeño) y le cantara un *Sehubertlied* con su poderosa voz de *mezzosoprano*. Lord Faulkner, atraído por la música, se unió a ellos, y se fumó un puro mientras escuchaba. El humo hizo estornudar a Lysander. Lord Faulkner pidió más té, y especificó que fuera de Assam, su favorito. Que todo aquello fuera un ejercicio de autosugestión no devaluaba aquellos «recuerdos» en absoluto. Ahora lo comprendía. Mediante un mero acto de su voluntad, su persistencia y su precisión, su mundo paralelo había llegado a dominar su memoria, tal como Bensimon había vaticinado, y las emociones domésticas, inofensivas, de aquel nuevo día ficticio suplantaban todo lo que le había causado angustia y le había provocado una vergüenza insoportable.

Cuando salió del consultorio y estaba recogiendo el panamá del perchero, la secretaria de Bensimon, adusta, apareció muy seria, con las gafas puestas, sosteniendo un sobre. La factura, supuso, con los honorarios de los últimos meses.

—Herr Rief —le dijo, sin mirarle a los ojos—. Han dejado esto para usted.

Lysander lo abrió, y leyó la nota al salir, ya en las escaleras.

Era de Hettie.

«Ven el próximo miércoles a las seis de la tarde. U. se va a Zúrich. Tráete una muda y quédate a pasar la noche».

Lysander fue consciente de la excitación irreprimible que se apoderó de él. Se sentía como un niño con razón justificada para faltar a la escuela a mitad de curso, esa sensación de libertad no buscada, de liberación inesperada. Después, mientras regresaba a pie hasta la pensión, le asaltaron pensamientos menos halagüeños, reproches. Estaba muy bien sentirse agradecido a Hettie por haberlo «curado», pero lo cierto era que había sido cazado, que había caído ingenuamente en su trampa, todo había sido preparado para que lo que había ocurrido pareciera inevitable. Su conciencia podía perdonarlo, más o menos (había sido una caída momentánea, su honor estaba tocado, pero no irreparablemente), un momento de pasión incontrolable que podía considerarse agua pasada y olvidarse. Nadie lo sabía, nadie había sufrido. Pero si volvía a verla y pasaba con ella una o dos noches, la cosa cambiaba. Por el bien de su compromiso, de su relación y su futuro con Blanche, debía responder a su nota y declinar la propuesta. Aquello no podía va ver a suceder, o estaría perdido, lo sabía.

Cruzó el *Ring* a la altura del Burgtheater, y al momento se acordó de Udo Wolf y sus recriminaciones arquitectónicas, que desencadenaron en él, una vez más, un cosquilleo de emoción ante la idea ver de nuevo a Hettie. Empezó a imaginar cómo sería pasar una noche con ella en aquella cama estrecha, despertar por la mañana, soñoliento, caliente, sus muslos rozándose, darse la vuelta y abrazarla...

Ya en la pensión, se sentó y escribió de inmediato a Blanche, rompiendo su compromiso. Era la única salida honrosa, por más que para hacerlo se dedicara a contarle una mentira tras otra. Le dijo que las varias consultas con médicos y psicoanalistas en Viena le habían convencido de que su curación, si llegaba a



producirse, sería lenta y complicada. Además, le preocupaba lo profundo y severo de sus «agitaciones mentales» y, por tanto, en aquellas circunstancias, sentía que «para ti, querida Blanche, lo justo es que te libere de tus compromisos y votos». Le suplicaba perdón y comprensión, y la instaba a hacer lo que mejor le pareciera con el anillo que le había regalado: arrojarlo al Támesis, venderlo, legárselo en herencia a alguna sobrina o ahijada, lo que considerara oportuno. Él recordaría mientras viviera su bondad y su belleza, y lamentaba muchísimo que aquellas «desafortunadas circunstancias concretas» le impidieran convertirse en su amante esposito.

Cerró el sobre invadido por una mezcla de emociones, culpa, tristeza, excitación; así como con cierta satisfacción personal por cortar de raíz aquella duplicidad, combinadas con la poderosa sensación de haberse liberado. Ya era un hombre libre, su maldita anorgasmia, un recuerdo horrible, algo que pertenecía al pasado. ¿Quién podía decir adónde le llevaría aquella relación con la señorita Hettie Bull? Pero se prometió a sí mismo no pensar en el futuro más allá de su siguiente encuentro con ella. Existía un elemento real de peligro que se añadía a la excitación, por supuesto: un amante engañado al acecho, por no hablar de las inestabilidades de la propia Hettie (él mismo las había visto asomar la cabeza, no le pasaban por alto), pero por el momento, sólo quería centrarse en el próximo miércoles a las seis de la tarde.

Durante la cena, aquella noche, Wolfram le dijo:

—Parece de excelente humor esta noche, Lysander.

—Lo estoy —confesó—. Me he dado cuenta de que venir a Viena ha sido lo mejor que he hecho en mi vida.

—Me alegro de oírlo, herr Rief —intervino frau K.—. Yo siempre he dicho que Viena es la ciudad más agradable de Europa.

—Del mundo —apostilló Lysander—. La ciudad más agradable del mundo.

## 19. LA PARÁBOLA DE UNA AVENTURA AMOROSA

A finales de septiembre, Lysander y Hettie acordaron pasar un fin de semana juntos en Linz. Viajaron por separado, y para guardar las apariencias cada uno reservó una habitación en el hotel Goldener Alder. Hettie le explicó a Hoff que deseaba echar un vistazo a una veta de mármol que acaban de desenterrar en una cantera, cerca de Urfahr. Según le contó, él no pareció sospechar nada.

Estar lejos de Viena supondría un cambio considerable, pensaba Lysander. Sus tardes robadas y sus escasas noches en el granero estaban impregnadas de una persistente ansiedad soterrada, del temor a ser descubiertos. No era sólo la idea de que Hoff los pillara juntos, también podía tratarse de algún vecino, de un amigo que se presentara por allí sin previo aviso. Pasar dos noches enteras como amantes normales afectaría, sin duda, a su estado de ánimo. Todo sería distinto. A Lysander le entusiasmaba la idea, pero Hettie, al principio, se mostró irritable y nerviosa. Por primera vez la vio inyectarse la medicina de Bensimon. Vertió un poco de polvo blanco en un vaso de agua para preparar una solución, llenó una jeringuilla con ella y se la inyectó en la vena, a la altura del codo, con la precisión que da la práctica.

—¿Cómo se llama?

—Coca.

—¿Y duele?

—Al contrario. Me calma —le explicó—. Me da más confianza y seguridad en mí misma.

—No es morfina, ¿verdad?

—La venden en la farmacia. Pero tienes que darles tu nombre y tu dirección. Como yo no quiero hacerlo, me la proporciona el doctor Bensimon. Además, la suya es de mejor calidad, o eso dice él.

El efecto fue rápido. Al poco, ya estaba sonriendo y besándolo. Le contó que había tenido una «bronca acaloradísima» con Hoff antes de salir, y que aquello la había alterado mucho. En el tren a Linz llegó a convencerse de que alguien la seguía, y había dado un gran rodeo desde la estación hasta el hotel para dar esquinazo a aquella persona.

—Me sentía cansada y nerviosa —dijo—. Y ahora ya no. Ahora estoy calmada ¿Lo ves? ¿Quieres probar un poco?

Lysander la estrechó en sus brazos.

—Si me sintiera más feliz, explotaría. —La besó—. Tú eres mi medicina, Hettie. No necesito ninguna sustancia.

—El doctor Freud también usa la coca —explicó ella, algo a la defensiva—. Por eso la conoce el doctor Bensimon.

Caminaron por el paseo del Danubio y comieron *Linzer Torte* en el Volksgarten, donde una banda tocaba marchas militares. De vuelta en la habitación de Lysander (la más espaciosa de las dos), Hettie lo desnudó: le quitó la camisa y la corbata, le

desabrochó el cinturón y le desabotonó la bragueta. Era algo que le gustaba hacer, le dijo, antes de desvestirse ella. Para Lysander, se trataba de un eco inconsciente de aquel primer día, del día en que su anorgasmia lo abandonó para siempre, por lo que no tenía queja.

El domingo, aprovechó su estancia en Linz para buscar a una prima de su madre, una tal frau Hermine Gantz. Su madre le había facilitado su dirección cuando él comentó que le gustaría conocer a algún pariente austriaco. Pensaba pasar y dejar una tarjeta de presentación, pero en la casa de la Burgerstrasse no habían oído hablar nunca de frau Gantz. Lysander supuso que su madre se habría equivocado; hacía más de veinte años que no volvía al país.

Al día siguiente, cuando hacían el equipaje para regresar a Viena, vio que Hettie se preparaba otra solución de coca. Por precaución, le aclaró, por si Hoff sigue de mal humor. Era un hombre muy malcarado.

\* \* \*

Mi querido Lysander:

No servirá de nada. Voy a ignorar tu carta. No pienses en mí, piensa en ti mismo. Recupera la salud, y tu naturaleza bondadosa y amable, y vuelve a casa con tu chica. Te amo, querido mío, y si no te apoyara en tus momentos de zozobra y angustia, ¿qué clase de esposa sería? No, no y mil veces no. Estamos hechos el uno para el otro, y aunque aplaudo tu ternura y generosidad al ofrecerme renunciar a mis votos, no quiero oír hablar más de ello. Tómate tu tiempo, mi amor, todo el tiempo que necesites: tres meses más, seis meses, un año. Yo estaré esperándote. Todo el mundo me dice que en Viena están los mejores doctores del mundo, así que estoy segura de que estás en el lugar adecuado para encontrar las respuestas adecuadas. Voy a romper tu carta y a quemarla ahora mismo. (Hace un frío espantoso en Londres, tengo el fuego encendido desde la hora del desayuno). Esto no ha sucedido. Tú no la has escrito. Yo no la he leído. Mi amor por ti es tan constante y tan cierto como El Peñón de Gibraltar (ya me entiendes).

Con todo mi amor, mi cielo,

*Tu Blanche*

\* \* \*

El café Sorgenfrei se convirtió en apartado de correos particular. Era un local pequeño, oscuro, bastante sucio y bohemio, y se encontraba en una callejuela cercana al Hoher Markt. Hettie le había contado que a Hoff le habían prohibido la entrada cuando estudiaba Bellas Artes, y que había jurado no volver a poner los pies allí, por lo que constituía el lugar perfecto. Ella le dejaba mensajes tras la barra; los lugares y

las horas en las que podían encontrarse, cuándo creía que era seguro que acudiera al granero. Lysander se comunicaba con ella del mismo modo. A veces le dejaba una nota en la que le decía, simplemente, «Tengo que verte», y anotaba el nombre de algún hotel sórdido cercano a la estación de tren, o con vistas al canal del Danubio, y le hacía saber con un par de días de antelación que había reservado una habitación, con la esperanza de que ella encontrara la manera de escaparse. Ella la encontraba siempre, y Lysander empezó a temer que, con tantas idas y venidas, Hoff sospechara algo. No, le decía ella, él sólo piensa en sí mismo. Siempre y cuando sus ausencias no le perjudicaran, seguiría sin importarle lo más mínimo lo que hiciera y adónde fuera.

¿Sabes quién es la niña de mis sueños?

Me sonrío en diamantes de rocío

Cuando el alba deshace la neblina

Y los astros se ocultan con el frío.

Oigo su canto leve entre la brisa,

y a veces yo la veo si hace sol,

Después leo en sus ojos el asombro

Y en su rostro las nubes de arrebol.

Ella es siempre mi niña más hermosa,

Un encanto con talle de bambú

Si la llamo sabrás de quién te hablo:

Responde por «Amor» y eres tú.

\* \* \*

Lysander desarrolló un plan de perfeccionamiento personal para los días intercalados entre sus citas con Hettie. No podía limitarse a matar las horas en los cafés, escribiendo poemas de amor, y se impuso un programa educativo. Aumentó el número de lecciones de alemán con herr Barth, y también empezó a tomar clases de conversación en francés, idioma que conocía bastante bien, con un maestro de escuela jubilado, un tal herr Fuchs, que vivía unas calles más arriba, en Mariahilferstrasse.

Acudía diariamente a los numerosos museos de Viena, asistía a la ópera y a conciertos, frecuentaba exposiciones en galerías de arte, y recorría la ciudad siguiendo las recomendaciones de su guía de viajes, visitando todas las iglesias importantes que figuraban en ella. Alguna vez realizaba excursiones de un día fuera de la ciudad para conocer los caminos del Wienerwald, o para ascender por senderos de montaña rumbo a sus cimas lejanas, un mapa en una mano y un recio bastón de fresno en la otra.

Wolfram, finalmente, dejó la pensión, para alivio manifiesto de frau K., y se unió

a su regimiento en unas largas maniobras en Galitzia. Se despidieron algo emocionados, pero Lysander y él decidieron mantener el contacto aunque la vida los llevara por caminos distintos. Wolfram prometió pasar a verlo cuando le concedieran el siguiente permiso: «Iremos a Spittelberg, nos emborracharemos y nos buscaremos a dos muchachas alegres». El huésped que lo reemplazó era un ingeniero de mediana edad llamado Josef Plischke. Taciturno, correcto y algo pomposo, era el acompañante ideal de frau K. durante las cenas. Lysander cambió su régimen de estancia por el de alojamiento y desayuno, prefiriendo la pobreza a un aburrimiento soporífero. Debía ahorrar, le comunicó a frau K., y era cierto, sus ahorros menguaban. Su aventura con Hettie le salía cara. Lo pagaba todo él; ella dependía económicamente de Hoff. Lysander había descubierto, para su sorpresa, que Hoff era bastante rico, gracias a la herencia que le habían dejado sus difuntos padres, así como a los precios cada vez más elevados que alcanzaban sus pinturas.

Lysander le envió un telegrama a su madre preguntándole si podía enviarle otras veinte libras.

El invierno llegó con toda su fuerza en diciembre: escarcha, nieve y vendavales, y la estufa del viejo granero, a pesar de su imponente tamaño, resultó una fuente de calor escasa. Cuando se quedaba a pasar la noche, bajaba el colchón de la cama lo arrastraba hasta el taller y lo colocaba frente a ella, con las dos puertecillas abiertas para poder ver las llamas.

Hettie había encontrado un libro de grabados pornográficos japoneses en la biblioteca de Hoff y lo llevó al granero para experimentar. Ella se introdujo su pene en la boca. Él intentó, sin éxito, sodomizarla. Emularon algunas de las contorciones que aparecían en las ilustraciones, estudiando las páginas como arquitectos que analizaran planos.

—Se supone que tienes que pasarme la pierna por encima del hombro, no por debajo de la axila.

—Si la pongo ahí, me la rompo.

—¿Estás dentro? No te siento.

—Estoy a un palmo de ti. No llego, es imposible

Ella seguía desnudándolo, decía que le encantaba el momento en que le bajaba los pantalones y los calzoncillos y su «niño» quedaba libre.

Un día, cuando estaban tendidos en la cama de su sórdido hotel con vistas al canal del Danubio, ella le preguntó:

—¿Por qué no me besas los pechos? A todos los hombres que conozco les encanta hacerlo.

Lysander pensó: «Mejor mantener a raya la anorgasmia». Pero dijo:

—Lo cierto es que no sé por qué no lo hago... Tal vez me resulta algo infantil.

—Ser infantil no es nada malo. Ven aquí.

Hettie se sentó en la cama, lo atrajo hacia sí, y él se amorró. Ella se levantó un pecho y, con cuidado, le acercó el pezón sujeto entre dos dedos a la boca.

—¿Lo ves? Está bien. A mí me gusta, al menos.

\* \* \*

Hettie insistió para que asistiera a la fiesta de año nuevo que Hoff y ella daban en su estudio. Lysander se mostró reacio al principio, pero Hettie lo animó.

—¿No entiendes que, si vienes, será incluso menos sospechoso?

Él no se huele nada. Tienes que venir. Quiero besarte a las doce de la noche.

Así que Lysander, obediente, fue y se sintió fuera de lugar en medio de aquella ruidosa concentración de artistas, mecenas y dueños de galerías. Buscaba los rincones del espacioso estudio, conformándose con observar a Hettie, que recorría la sala con sus pantalones balineses, su chaqueta de damero y sus zapatos tintineantes. Udo Hoff no parecía saber quién era. Habían cruzado sus miradas varias veces, y los ojos del pintor se limitaban a observar a un desconocido más en su casa.

Inmediatamente después de la medianoche, Hettie se lo llevó hasta un pasillo oscuro, forrado de abrigos colgados, bufandas y sombreros, y lo besó, hundiendo la lengua hasta el fondo de su boca. Él posó las manos en sus pechos. Segundos después se encendió la luz y apareció Hoff, claramente borracho. Hettie se puso a rebuscar algo entre los abrigos.

—Ah, estás aquí, *mein Liebling*. El señor Rief se va... Ha venido sólo a decir hola y adiós.

—Es más fácil encontrar un abrigo con la luz encendida.

—El señor Rief no encontraba el interruptor.

Lysander y Hoff se dieron la mano. Hoff, ahora sí lo miró fijamente, aunque con los ojos algo turbios.

—Gracias. Una fiesta estupenda —dijo Lysander.

—Usted es el inglés, ¿verdad?

—Sí ése soy yo.

—Feliz año nuevo. ¿Cómo va la cura?

—Estoy bastante curado, diría yo. Sí creo que puede decirse así

Hoff le dio la enhorabuena y le pidió a Hettie que le ayudara a encontrar más champán, dijo. Cuando se dio media vuelta para ausentarse, ella le sopló un beso a Lysander y se fue tras Hoff.

Cinco minutos después, Lysander logró encontrar su abrigo y su sombrero y salió a la calle, todavía tembloroso. Había estado a punto de pillarlos. Una aventura amorosa no describía una parábola, como había oído decir, sino más bien una línea

variable dibujada en un gráfico, ondulada, o dentada. Nunca era suave, por más placer que uno obtuviera de ella en el día a día. Se puso en marcha, calle abajo. Caía la nieve en copos grandes, esponjosos, y el camino hacia la estación se cubría ante sus ojos de un blanco aún no manchado por las roderas. El mundo quedaba en silencio, amortiguado, mientras unas últimas campanadas, en la distancia, seguían anunciando la llegada de 1914.

\* \* \*

—Creo que tiene razón —dijo Bensimon—. Ya lo hemos hecho todo. Hemos sido exhaustivos. Será mejor aceptarlo y dejarlo aquí.

—Nunca se lo agradeceré lo bastante, doctor. He aprendido mucho.

—Y está usted absolutamente seguro de que el problema ha desaparecido.

Lysander hizo una pausa. A veces se preguntaba si Bensimon sabía o intuía que Hettie y él eran amantes. ¿Cómo podía contarle que ella había le había demostrado muchísimas veces que su problema ya había dejado de serlo? Seguía siendo su paciente.

—Digamos que la experiencia reciente, las experiencias recientes, me han convencido de que todo funciona con normalidad.

Bensimon le sonrió, de hombre a hombre, y permitió que su inescrutable máscara profesional se retirara durante un instante.

—Me alegro de que Viena le haya proporcionado otras compensaciones —dijo, lacónico, mientras lo conducía hasta la puerta—. Si no le importa, quiero escribir sobre su caso (merece la pena documentar las curaciones de anorgasmia) y presentarlo en forma de artículo en nuestra próxima conferencia, tal vez publicarlo en alguna revista especializada. —Volvió a sonreír—. No se preocupe, aparecerá camuflado tras una inicial, o un seudónimo. Sólo usted y yo sabremos de quién se trata.

—Me gustaría leerlo —dijo Lysander—. Le daré mis señas..., la dirección de mi familia. Allí siempre podrá localizarme.

Se dieron la mano, y Lysander volvió a darle las gracias. El doctor Bensimon le caía bien, le había contado sus secretos más íntimos, Y le parecía que era alguien en quien podía confiar plenamente, y sin embargo debía admitir que, en realidad, apenas lo conocía.

Saldó la cuenta final con la adusta secretaria, a la que logró arrancar una sonrisa fugaz cuando se estrecharon la mano, despidiéndose, y dio su paseo ya cotidiano por el Franzenring desde el consultorio de Wasagasse. «Ésta es la última vez», se dijo, algo triste, pero a la vez alegrándose de que su propósito básico al trasladarse a Viena se hubiera visto cumplido con creces. ¿Qué era lo que había dicho Wolfram? Un «río de sexo» fluyendo bajo la ciudad. Eso había sido su salvación; eso, y el paralelismo

del doctor Bensimon. Se sentía bien, la vida debería ser más sencilla, el camino que tenía por delante, despejado, y sin embargo, desde que había llegado allí, todo le resultaba cien veces más complejo. Tenía a Hettie en Viena y a Blanche en Londres, y ni la menor idea de qué hacer.

Pasó por delante del gran café, el Landtmann, y cayó en la cuenta de que, en todos aquellos meses, no había entrado en él ni una sola vez. Volvió sobre sus pasos. Era espacioso y sobrio, algo más caduco y señorial que los establecimientos que frecuentaba. «Un lugar al que venir en verano —pensó— para instalarse en la terraza de la calle». Se sentó a una mesa encajada entre bancos desde la que se veía pasar a gran velocidad el tráfico por el *Ring*. Encendió un cigarrillo, pidió un café y un coñac, y abrió su cuaderno. *Investigaciones autobiográficas*, por Lysander Rief. Lo hojeó un poco. Estaba lleno de notas, descripciones de sueños, algunos bocetos, borradores de poemas; un legado más de su estancia en Viena. Bensimon le había recomendado que siguiera escribiendo como parte de su terapia. «Tal vez le parezca algo banal e intrascendente —le había dicho—, pero cuando pasen unos meses regresará a él y quedará fascinado».

El café estaba tranquilo, en ese paréntesis de sopor que va de la animación del almuerzo, gran signo de puntuación de la jornada vienesa, a la llegada de los primeros clientes de la tarde en busca de café y pasteles. Algunos camareros sacaban brillo a los cubiertos y doblaban las servilletas, otros extendían manteles blancos de hilo, o se apoyaban en la barra, en la zona reservada al servicio, e intercambiaban chismes. De más al fondo provenía el entrecocar de platos que alguien apilaba. El jefe de sala se peinaba discretamente, usando una bandeja apoyada contra la pared a modo de espejo. Lysander observó a su alrededor: pocos clientes, pero su mirada se desplazó hasta un hombre sentado unas mesas más allá, vestido con traje de *tweed* y que llevaba un corbatín anticuado, leía el periódico y fumaba un puro. Tendría poco menos de sesenta años, supuso Lysander, y el pelo entrecano, poco abundante, muy bien peinado. La barba era totalmente blanca, y la llevaba pulcramente recortada. Lysander cerró el cuaderno y se acercó a su mesa.

—Doctor Freud —dijo—. Disculpe la interrupción, pero sólo quería estrecharle la mano. He sido tratado con gran éxito por uno de sus más fervorosos discípulos, el doctor Bensimon.

Freud alzó la vista, dobló el periódico y se puso en pie. Se dieron la mano.

—Ah, John Bensimon —exclamó Freud—. Mi otro inglés. Hemos tenido nuestras discrepancias, pero es un buen hombre.

—Bien, yo no sé cuáles serán, pero sí que me he sometido a unas sesiones de psicoanálisis de lo más enriquecedoras con él. Sé lo mucho que lo respeta. Se refiere a usted constantemente.

—¿Es usted inglés?

—Sí. Bueno, mitad inglés y mitad austriaco.

—Eso explica su excelente acento alemán.



—Gracias. —Lysander, cortésmente, dio un paso atrás, disponiéndose a iniciar la retirada—. Es un honor estrecharle la mano. No quiero distraerle más de la lectura del periódico.

Pero Freud parecía no querer poner fin a su conversación y, con un leve movimiento de su puro, le invitó a quedarse.

—¿Cuánto tiempo ha estado visitándose con el doctor Bensimon?

—Varios meses.

—¿Y ya está curado?

—Siento, digamos, que por lo que a mí respecta mi problema psicossomático es cosa pasada.

Freud dio una calada al puro, pensativo.

—Eso sí es rápido —dijo—. Impresionante.

—Ha sido su teoría del paralelismo la que finalmente me ha servido. Extraordinaria.

—Ah, el paralelismo —repitió Freud casi con sorna—. Entonces no digo nada. Que tenga usted un buen día, señor. Le deseo lo mejor.

«El gran hombre en persona», pensó Lysander mientras regresaba a su mesa, orgulloso de sí mismo por haber tenido el valor de acercarse a él. Aquél había sido, sin duda, un encuentro digno de figurar en sus memorias.

\* \* \*

Llevaba cuatro días sin ver a Hettie y la añoraba muchísimo. De hecho, según sus cálculos, hacía una semana que no la veía... Había sido la ausencia más prolongada desde que había empezado su aventura. Le escribió una nota y decidió llevarla en ese mismo momento al café Sorgenfrei. Tal vez ella también le hubiera dejado algún sobre. En la calle hacía frío, pero no tanto, y la nieve de año nuevo se iba convirtiendo en barro. Las ruedas de los automóviles que pasaban salpicaban aquella masa marrón y la lanzaban a las piernas de los transeúntes que se acercaban demasiado a la calzada.

Mientras observaba con atención los vehículos en movimiento, Lysander se preguntó, y no era la primera vez que lo hacía, si no debería aprender a conducir. Tal vez pudiera incorporarlo como parte de su educación vienesa, pero de inmediato cayó en la cuenta de que apenas podía permitirse el coste de las clases de conducción. Acababa de pagarle la mensualidad a frau K., y le quedaban poco más de cien coronas. Había cancelado sus clases de alemán y francés hasta nuevo aviso, y había telegrafiado a su madre una vez más pidiéndole dinero. Se sentía incómodo por ello; ¿por qué tenía que financiar su madre su aventura con Hettie?, pensaba. Admitía que durante las últimas semanas había vivido en una especie de limbo autoimpuesto en el que no existían decisiones que tomar, feliz de flotar en el aquí y el ahora. El problema

era, y debía enfrentarse a él, porque el dinero se acababa, y el retorno a Londres se imponía, que empezaba a resultarle muy difícil imaginarse el futuro sin Hettie. ¿Era aquello el principio? ¿La fascinación sexual convirtiéndose en amor? Y, sin embargo, durante todas las semanas de su aventura, a pesar de todas las muestras de afecto y las confesiones de emoción profunda por ambas partes, ella no había hablado ni una sola vez de dejar a Hoff.

¿Qué hacer?... Empujó la puerta batiente del café Sorgenfrei y retiró con el codo la pesada cortina de terciopelo que protegía de las corrientes de aire. En el aire permanecían suspendidos varios estratos de humo, que le obligaron a forzar la vista a medida que se acercaba a la barra para entregar su sobre. Allí estaba el camarero joven, con su chaleco granate, ¿cómo se llamaba?, y sus absurdas patillas de guardia de dragones del ejército.

—Buenas tardes, herr Rief —le dijo mientras recogía la carta de Lysander—. Por aquí también tenemos algo para usted. —Se agachó y sacó de detrás de la barra un paquete plano atado con una cuerda. Lysander sintió un pinchazo de alegría. Su querida Hettie. Debían de haber estado pensando el uno en el otro simultáneamente. Pidió una copa de riesling y se llevó el paquete hasta una mesa junto al ventanal. Lo abrió con cuidado y vio que contenía un libreto. *Andromeda und Perseus eine Oper in vier Akten van Gottlieb Toller*. La cubierta era una reproducción en color del cartel de Hoff: Hettie en toda su desnudez... Agitó un poco las hojas, suponiendo que habría alguna nota escondida entre ellas, y al no encontrarla regresó a la página del título en busca de alguna dedicatoria. En efecto, ahí estaba: «Para Lysander, con todo mi Amor, Andrómeda». Y más abajo, en una sucesión de líneas separadas, leyó:

Hay veces en que siento una confianza absoluta en el destino de HB  
Pero en otras ocasiones me parece que no soy  
completamente sincera  
superficial  
miro en dos direcciones  
Cobardemente.

\* \* \*

Lysander se preguntaba por qué, dados sus escasos recursos económicos, había decidido pagar el suplemento de dos coronas para cenar aquella noche con frau K. y Josef Plischke. Tal vez, simplemente, deseara algo de compañía, por más cargante y mediocre que le resultara. El plato principal, tras la sopa de col con picatostes, era *Tafelspitz*, un guiso de buey muy historiado, pensó Lysander, preparado hacía días, y que había cocido interminablemente en algún fogón de la cocina invisible. Aun así, la salsa estaba aguada y la carne fibrosa y dura. Plischke comió con entusiasmo,

alabando a frau K. por sus dotes culinarias, en un tono de obsequiosidad cargante que provocó la sonrisita de ésta.

Mientras conversaban sobre una exhibición aérea que había tenido lugar aquel verano en Aspern, en la que habían participado una docena de artefactos voladores, Lysander se dedicaba a echar cuentas mentalmente; había teleografiado a su madre hacía dos días pidiéndole otras veinte libras. Con suerte, llegarían a su cuenta bancaria al día siguiente, y con más suerte aún, y si las dosificaba bien, le permitirían sobrevivir uno o dos meses más. Decidió no pensar en lo que ocurriría más allá del momento en que el dinero volviera a terminársele. Tal vez debiera intentar encontrar trabajo, enseñando inglés a los vieneses. Pero dos meses más en Viena eran dos meses más con Hettie. Constató con asombro que estaba empezando a organizar su vida alrededor de ella...

Oyó que llamaban con fuerza a la puerta y que Traudl iba a abrir. Por un momento imaginó que se trataba de Wolfram que, borracho, había llegado para llevárselo a los burdeles de Spittelberg.

Traudl apareció junto a puerta del comedor, colorada y temblorosa.

—Señora —balbució—, es la policía.

Frau K. compuso un gesto de desagrado ante aquella violación de la honorabilidad de su establecimiento y se dirigió al vestíbulo. Plischke empezó a mondarse los dientes con un palillo, en busca de restos de *Tafelspitz*. Lysander lo miraba; había impostado demasiado rápido aquel gesto de imperturbabilidad. ¿En qué andarás metido, Josef Plischke?

Frau K. reapareció en el quicio de la puerta.

—Desean verlo a usted, herr Rief.

Lysander imaginó al momento lo que ocurría y notó que se le cerraba la boca del estómago. Su madre. ¿Muerta? ¿Gravemente enferma? Sintió náuseas, y dejó la servilleta sobre la silla.

Había tres policías en el recibidor. Uniformes grises, cintos negros de cuero. Gorras de plato, brillantes, rematadas en punta, con chapa frontal. Uno de ellos llevaba una capa corta y fue quien lo saludó y se presentó como el inspector Strolz.

—¿Es usted herr Lysander Rief?

—Sí. ¿Qué ocurre? ¿Hay algún problema?

—Me temo que sí. —El inspector sonrió, como excusándose—. Queda usted bajo arresto.

Lysander oyó el grito ahogado de frau K. desde la puerta del comedor.

—Eso es absolutamente ridículo. ¿Por qué me detienen?

—Por violación.

Durante un momento, Lysander creyó que iba a perder el conocimiento.

—Esto es absurdo. Se trata, sin duda, de un error.

—Acompañenos, por favor. Si hace lo que le decimos, no hará falta que lo esposemos.

—¿Puedo recoger algunas pertenencias de mi dormitorio?

—Por supuesto.

Lysander entró en sus habitaciones, con su mente convertida en un hervidero de suposiciones y contrasuposiciones. Permaneció unos instantes paralizado (Strolz lo vigilaba desde la puerta), intentando pensar en qué podía necesitar. El abrigo, el sombrero, la billetera. ¿El cuaderno de notas? No. De pronto tuvo miedo y se sintió muy solo, y se le ocurrió algo. Rebuscó en el cajón de su escritorio y encontró lo que quería.

Regresó al vestíbulo, evitando en todo momento cruzar la mirada con frau K., y preguntó a Strolz si podía decirle algo a su amigo, herr Barth.

—Lo más rápidamente posible.

Strolz se plantó tras él mientras Lysander llamaba a la puerta de su profesor de alemán y le oía decir «Un momento, por favor», y, al poco, «Adelante».

Lysander cayó en la cuenta de que, a pesar de los meses que llevaban viviendo puerta con puerta, ésa era la segunda vez que entraba en el cuarto diminuto de herr Barth. Vio las pilas tambaleantes de partituras, el atril sobre el que tenía tendida ropa interior húmeda de lana, el inmenso contrabajo en su funda, en el rincón, junto a la cama hundida, con su colcha bordada.

—¿He oído la palabra *policía*, herr Rief? No me buscarán a mí, ¿verdad?

—No, no. Es a mí a quien detienen. Se trata de un inmenso error, pero debo acompañarlos. ¿Podría ponerse en contacto con esta persona e informarle de que me han arrestado? Se lo agradecería mucho. Él sabrá qué hacer.

Y le entregó la tarjeta de Alwyn Munro.

—Está en la embajada británica.

Herr Barth la aceptó, radiante al saber que no era a él a quien buscaban.

—Cuenta conmigo, herr Rief. Lo haré a primera hora de mañana. —Miró por encima del hombro de Lysander, y al ver a Strolz ahí de pie, a unos pasos de ellos, bajó la voz—. Los policías son unos necios ignorantes. Sea extremadamente educado con ellos, eso es todo lo que entienden. Quedarán impresionados. No le ocurrirá nada.

Lysander regresó al vestíbulo, donde vio que la puerta principal estaba abierta. Frau K. se había plantado frente a ella, con las manos entrelazadas y una expresión de puro odio en los ojos, que dirigía al hombre que había llevado la desgracia a su casa.

—Se trata de un error lamentable —dijo Lysander al pasar junto a ella, seguido de los tres policías—. No he hecho nada. Mañana estaré de vuelta.

Pero algo le decía que no sería así y que, de no haber habido testigos presentes, frau K. le habría escupido en la cara.

Los policías lo escoltaron hasta la calle, donde un furgón aguardaba en la esquina de Mariahilferstrasse. Abrieron las puertas traseras, y se montó en él. A través del ventanuco lateral sin vidrio, protegido por una rejilla, veía alejarse las panorámicas nevadas de Viena, la Ópera, el palacio Hofburg, el teatro Hofburg, todos los monumentos de aquella ciudad vieja/nueva que resplandecían a su paso, como si los

proyectara un estereoscopio, hasta que llegaron a la *Polizeidirektion*, situada en el Schottenring.

## 20. ¿NIÑO o NIÑA?

El furgón dobló a la derecha, abandonó el Schottenring y pasó bajo una arcada gigantesca que daba acceso a un patio central. Unas inmensas puertas de madera empezaron a cerrarse tras su paso, lenta, sordamente. Introdujeron a Lysander en el edificio y, por un pasillo ancho, lo llevaron hasta una sala de interrogatorios. Olía a desinfectante, Y en los corredores desiertos reverberaban desconcertantes sonidos de pasos que provenían de otras zonas del edificio, como si el lugar estuviera poblado por los fantasmas de prisioneros pasados a los que escoltaran hasta sus celdas para sacarlos después de ellas, una y otra vez, incesantemente.

Lysander tomó asiento frente al impassible y eficiente Strolz, instalado tras un escritorio. El inspector anotó sus datos en un grueso libro de registros, con pluma de caña y tintero, como si se tratara de un secretario victoriano. Lysander no se había quitado el abrigo, sostenía el sombrero en la rodilla e intentaba dominar su indignación creciente, acompañada de unos matices intermitentes de pánico. Cuando la acusación contra él quedó formalizada, decidió que había llegado el momento de formular algunas preguntas básicas.

—¿Y a quién, exactamente, se supone que he violado?

Strolz consultó su cuaderno de notas.

—A fraulein Esther Bull. El 3 de septiembre, o en torno a esa fecha, del pasado año, 1913.

—Eso es del todo imposible. —Intentaba recordar. El 3 de septiembre tenía que corresponder a aquella primera vez, a aquel primer día en que fue al granero—. Es imposible porque... —prosiguió, incapaz de aplacar el temblor de la ofensa, de la injusticia, instalado en su voz— porque fraulein Bull y yo hemos estado viviendo una... —Se detuvo—. Somos amantes desde hace cuatro meses. En estas circunstancias, no entiendo que pueda acusarme de violación. ¿No lo comprende, inspector? No se «viola» a nadie y después se disfruta de una aventura amorosa... una aventura pasional, ardiente, amorosa, con la víctima durante los meses siguientes. Eso es algo que desafía a la lógica y a la justicia.

Strolz lo escuchaba atentamente, asintiendo.

—Por más que sea así, esa información no es en absoluto relevante aquí y ahora, herr Rief. Tal vez ante un tribunal de justicia adquiera más peso.

—Pero ¿por qué habría de inventarse esa historia de la violación?

—Fraulein Bull está embarazada de cuatro meses. Alega que usted la violó en esa fecha, el 3 de septiembre. Al parecer, es el día en que fue concebido el hijo que espera.

Lysander permaneció en su sitio, mudo, profundamente impresionado. ¿Concebido? Había visto a Hettie hacía apenas una semana y no le había comentado nada... ¿Embarazada de cuatro meses? ¿Qué estaba ocurriendo?

—Si trae usted a la señorita Bull hasta aquí —logró decir al fin—, todo se

aclarará. Esta farsa, este galimatías se...

—Desgraciadamente, no va a ser posible. Es más, los cargos contra usted son conjuntos, y los han presentado tanto fraulein Bull como su marido de hecho... — Strolz volvió a consultar su cuaderno—. Herr Udo Hoff. En realidad, ha sido éste quien se ha puesto en contacto con la policía. —Cerró el libro de registros y se puso en pie—. Mañana comparecerá usted ante magistratura, donde se leerá su imputación formal, de modo que esta noche será nuestro invitado. ¿Tiene todo lo que necesita? ¿Cigarrillos? ¿Quiere que pida que le bajen café?

Lysander fue escoltado hasta su celda, situada en el semisótano del edificio, al que se accedía a través de un tramo de escaleras. Una vez en el interior, cerraron la puerta con llave, desde fuera. Había una bombilla eléctrica protegida por un aplique de cristal encajado en el techo, una cama de madera con colchón de paja y una manta, un lavabo con un solo grifo y un orinal de latón con tapa de bisagra. En la pared que daba al exterior había una ventana alta, pequeña, con barrotes. A través del ventanuco de la puerta, una voz le informó de que la luz se apagaría en diez minutos.

Diez minutos después ya estaba tumbado en la carpa, a oscuras, con el abrigo puesto, fumando, intentando imaginar la posible secuencia de los hechos. ¿Cuándo había descubierto Hettie que estaba embarazada? ¿Por qué se lo dijo a Hoff? Decidiría hacerlo por algún motivo personal e inimaginable, supuso, y entonces Hoff, escandalizado, habría acudido a la policía. Después, siguió elucubrando, Hettie debía de haber mentido para salvarse, y se inventó aquella historia sobre su visita al estudio, durante la cual, en algún momento de la tarde él, Lysander, la habría forzado sexualmente. Sobre su aventura posterior no habría confesado nada, por supuesto. Pero ¿por qué no, al saber que estaba embarazada? ¿Y cómo podía estarlo? Le había dicho que era estéril; aseguraba que apenas menstruaba algunos meses, y que casi no lo notaba. Él, en consecuencia, nunca había usado profilácticos. ¿Le había mentado? ¿Había pretendido atraparlo de algún modo?

Después, durante un minuto o dos, experimentó una especie de rabia incoherente hacia Hettie, una sensación de injusticia ejercida contra él que lo dejó casi sin aire por la desfachatez, la malicia demente que todo aquello suponía. Se incorporó, jadeando, como si se ahogara, y se dijo que debía sosegar. La cabeza le daba vueltas, estaba casi mareado, y empezó a preocuparse por su tensión. No ganaba nada dejando que sus sentimientos se desbocaran tan descontroladamente. El razonamiento lógico y claro era su mejor arma. No conseguiría nada enfermando.

Logró calmarse, pero la noche avanzaba y la preocupación fue creciendo de nuevo, a medida que repasaba mentalmente las distintas posibilidades y opciones. Cada vez veía más claro que su única defensa pasaba por revelar su aventura con ella, dejar que el mundo (y Hoff) conociera los detalles precisos de su relación. ¿Qué podría decir Hoff a la luz de la evidencia? Nada. Y el caso, sin duda, sería desestimado, ¿no?

Permanecía echado, a oscuras, o se levantaba a caminar de un lado a otro en la

pequeña celda. Se terminó los cigarrillos esperando el alba, incapaz de dormir, de descansar, pensando a intervalos, frenéticamente. Sólo podía seguir una línea de acción: desmontar la descabellada historia de Hettie y desenmascarar su mentira. Pensó en el libreto de Andrómeda que ella le había regalado, y en su críptica dedicatoria escrita junto al título. Ahora comprendía que se trataba de su confesión preventiva, y se preguntó también si habría pretendido que le sirviera de advertencia.

El furgón lo condujo a él y a dos malhechores de aspecto siniestro hasta la magistratura a primera hora de la mañana. A las 8.10, Lysander se encontraba ya ante un juez soñoliento; un resto de clara de huevo alojado entre los pelos de su mostacho manchado de nicotina. Allí fue formalmente acusado, se le denegó la libertad bajo fianza (no se contemplaba en casos de violación, según le aclaró el juez), y se fijó el 17 de mayo de 1914 como fecha para la celebración del juicio. Como no contaba con abogado, lo llevaron de nuevo a la comisaría central de la policía, y volvieron a encerrarlo en su pequeño calabozo. A las diez de la mañana le dieron un cuenco de sopa de zanahoria y un pedazo de pan negro. Preguntó si podía hablar con el inspector Strolz, pero le dijeron que estaría de permiso durante las siguientes dos semanas.

Lysander empezaba a experimentar una especie de terror creciente ante su impotencia, que reconocía como un principio de desesperación. ¿Cómo iba a encontrar un abogado? Se suponía que el tribunal le asignaría uno para el juicio de mayo. Faltaban más de tres meses. ¿Acaso pensaban mantenerlo en aquella celda hasta entonces, o lo trasladarían a alguna cárcel? Empezaba a maldecir a Hettie por su odiosa y ridícula mentira. ¿Por qué no le había contado a Hoff la verdad pura y simple? ¿Qué creía que conseguiría con aquella pesadilla, con el lío espantoso en que lo había metido?

Golpeó la puerta hasta que apareció alguien. Pidió papel y lápiz, pero se lo negaron.

Orinó en el orinal.

Se lavó la cara y las manos en el lavabo, y se las secó en el forro del abrigo.

Se tendió en el camastro y consiguió adormilarse durante una hora. Se quitó el abrigo y la corbata y realizó algunos ejercicios físicos básicos, flexiones, saltos con los brazos en cruz, carrerillas, hasta que le faltó el aire.

Orinó en el orinal.

Se sentó en la cama y se obligó a pensar, a recordar la secuencia y los detalles de su aventura. Fechas, momentos, lugares. Recordó los nombres de todos los hoteles en los que se habían alojado, todos los hechos que hacían de su relación algo concreto e irrefutable. Al poco, su mente acabó llevándolo hasta Hettie, y hasta el hecho ineludible de que esperaba un hijo suyo. Estuvo a punto de echarse a llorar. Sollozó, tosió, aspiró hondo, y se obligó a sentir rabia al pensar que casi con toda probabilidad



abortaría, otra consecuencia espantosa de la situación atroz que había creado. Hoff se encargaría de que fuera así, sin duda. Se descubrió a sí mismo preguntándose si sería niño o niña. ¿Niño o niña?

Le trajeron una porción de salchicha fría y grasienta, un trozo de queso con pan negro y un tazón de café tibio.

Consultó el reloj de pulsera. Eran las 14.30.

El día pareció tardar una semana de tiempo subjetivo en llegar a su fin. Vio oscurecerse el pequeño rectángulo de cielo que se divisaba desde el ventanuco de la celda, cuando el sol empezaba a ponerse. La base de las nubes se tiñó ligeramente de bermellón. Las horas pasaban lentamente, pero los sonidos de fondo se sucedían, sin cambios: entrechocar metálico, gritos, pasos, el rumor de ruedas de carritos, alguna risa ocasional, el arañazo de un cepillo de cerdas ásperas sobre el suelo del pasillo, repetido una y otra vez.

Cuando la oscuridad era casi absoluta, se encendió la luz eléctrica. Hizo algunas flexiones más, sin saber bien por qué le había dado ese arrebató para mantenerse en forma. Con el borde de un botón, grabó una muesca en la pared. Día uno. Llegó a esbozar una sonrisa irónica ante su gesto melodramático. ¿Por qué se habría fumado todos los cigarrillos aquella noche?

La puerta se abrió y un policía asomó la cabeza.

—Sígame —le ordenó.

Lysander, obediente, fue tras él escaleras arriba, hasta otro pasillo, donde lo metieron en un cubículo sin ventanas, con una mesa y dos sillas. Se sentó, intentando no pensar en nada. ¿Podría haber ido Hettie; decidida a rescatarlo? Dos minutos después, Alwyn Munro entraba en el cuarto.

Lysander tuvo que reprimir el deseo de levantarse y abrazarlo.

Herr Barth había hecho lo que había prometido; qué maravilloso, qué gran amigo era herr Barth, la sal de la tierra. Adoraba a ese hombre. Estrechó afectuosamente la mano de Munro.

—Menudo lío, ¿no? —le dijo él en tono jocosó, sentándose y ofreciéndole un cigarrillo.

—No es cierto. Tengo una aventura con ella desde hace meses.

Lysander aspiró el humo con tantas ganas que sintió que se mareaba.

Munro le acercó una tarjeta de visita.

—Éste es su abogado. Muy bueno. Me temo que no ha conseguido que le impongan una fianza. Es el problema de los casos de violación. Por suerte para usted, parece que la señorita Bull ha modificado su declaración repentinamente y ahora habla de «agresión». En esos casos, la fianza es elevada: diez mil coronas.

—Pero eso es absurdo —protestó Lysander—. ¿Agresión? ¿Se supone que he «agredido» a la señorita Bull? Yo no soy ningún delincuente. ¿Y cómo hago para conseguir tanto dinero? ¿Por qué han impuesto una fianza tan elevada?

—Al parecer, el padre de Hoff era jefe de policía de distrito, con amigos en las

altas esferas. Ministros, funcionarios de alto rango, jueces. Realmente parece algo exagerado.

—Yo no puedo reunir esa suma. ¿Quién se creen que soy?

—No se preocupe. La hemos pagado nosotros. —Munro sonrió—. Considérelo un préstamo, aunque... ¡Ah! No sin intereses.

Una alegría súbita se apoderó de Lysander. Tragó saliva. Le temblaban las manos.

—Dios mío... Le estoy muy agradecido. ¿Eso significa que puedo irme?

—No exactamente. Existen unas condiciones especiales. —Munro se apoyó en el respaldo de la silla, como si quisiera obtener una perspectiva más objetiva—. No puede salir de las instalaciones de la embajada británica hasta que se celebre el juicio. En realidad, no de la embajada, sino del consulado temporal en el que trabajamos los agregados. —Sonrió—. En todo caso, un pedacito de *Grossbritannien* en Viena.

—¿Y por qué retenerme ahí?

—Es evidente que creen que se fugará usted sin esperar al juicio, y dado que somos nosotros los que hemos asumido el coste de la fianza, nos consideran responsables de velar porque no huya.

La alegría de Lysander empezaba a evaporarse.

—De modo que cambio una celda austriaca por otra británica.

—Diría que va a estar usted bastante más cómodo. —Munro se encogió de hombros—. No hemos podido conseguirle nada mejor. Aquí son muy serios con delitos como la violación, los asesinatos con móvil sexual, las agresiones, etcétera.

—Yo no he violado ni agredido a nadie.

—Claro, claro. Yo sólo le explico por qué han exigido esas condiciones. Disponemos de sitio para usted en la zona trasera. Con un jardín pequeño. No lo tendremos encerrado, pero no podrá abandonar el recinto. —Munro se puso en pie—. ¿Nos vamos?

## 21. UNA PEQUEÑA VILLA DE ESTILO CLÁSICO

El edificio que ocupaba el consulado temporal era, de hecho, una villa pequeña de estilo clásico, algo destartada, a unas tres calles de la propia embajada de Metternichgasse, frente al jardín botánico. La «cárcel» de Lysander era un pabellón de verano de dos plantas y forma octogonal, construido en piedra, que se alzaba al fondo de un parterre flanqueado por altos muros que partía de la terraza trasera de la villa. Disponía de un dormitorio octogonal en la planta alta y de un salón octogonal en la baja, con una pequeña chimenea. No contaba con baño, ni con lavabo, pero era lo bastante cómoda, debía admitirlo. Y, siempre que le apetecía respirar aire puro o quería estirar las piernas, podía pasearse por los senderos de grava del jardín descuidado, en el que crecían las malas hierbas. Tres veces al día le traían comida en una bandeja desde un restaurante cercano, le encendían la chimenea, todas las mañanas le traían una jofaina con agua caliente para que realizara sus abluciones, le recogían la ropa sucia y se la devolvían limpia (se había hecho traer sus pertenencias desde la pensión Kriwanek), y le vaciaban y cambiaban el orinal con gran discreción distintos miembros del servicio de la embajada, que parecían alternarse casi a diario. Él apenas veía un mismo rostro más de dos veces. Le habían informado de que le cobrarían por la comida y por la limpieza de la ropa. Todos los costes generados se sumarían al préstamo de diez mil coronas que ya debía al Gobierno de Su Majestad, por no hablar de unos honorarios legales que no dejaban de incrementarse.

Lysander mantuvo varias reuniones con su abogado, un tal herr Feuerstein, hombre serio, de la misma edad que Lysander, aproximadamente, con quevedos y barbita recortada, que mientras revisaba los hechos del caso con Lysander chasqueaba la lengua, fruncía mucho el ceño y murmuraba para sus adentros, decidido, al parecer, a privar a su cliente del más mínimo ápice de esperanza u optimismo. Sin embargo, sí convino en que su mejor defensa pasaba por revelar su aventura amorosa, por lo que se dedicó a anotar, con su letra menuda, muy caligrafiada, todo lo que Lysander recordaba de sus decenas de encuentros con Hettie. Se ofreció a visitar los hoteles que habían frecuentado en Viena, Linz y Salzburgo para obtener copia de las hojas de registro, y, tal vez, incluso, tomar algunas fotografías clandestinas del granero-estudio de Hettie. Le pidió a Lysander que le dibujara un plano detallado del edificio y que le proporcionara un inventario detallado de su contenido. Tal vez fuera un pesimista, pensó Lysander, pero al menos era un pesimista exhaustivo.

Lysander también recibía las visitas diarias de Alwyn Munro y del otro agregado, el agregado naval, un hombre llamado Jack Fyfe-Miller. Fyfe-Miller era un joven rubio y corpulento de poco más de treinta años, de barba poblada y también rubia, marinera, ideal en un agregado naval, pensó Lysander, que había ganado un trofeo deportivo en Cambridge. Tras sus primeros encuentros, Lysander decidió incluirlo en la categoría de los tontos. Fyfe-Miller lo había visto actuar en Londres (en *La fierecilla domada*), y sólo parecía interesado en el mundo teatral en general y en las

actrices en particular. No dejaba de preguntar: «¿Conoce a Ellen Terry?», «¿Ha visto alguna vez a Dolly Baird?», «¿Cómo es en realidad la señora Mabel Troubridge?». Con todo, de vez en cuando pronunciaba algún comentario que denotaba un mayor bagaje cultural, y Lysander empezó a sospechar que su sinceridad y su simpleza eran en parte impostadas.

Tras una semana en el pabellón de verano del jardín, ya se sentía del todo amoldado. Había establecido sus rutinas, y vivía algo aproximado a una vida normal. Decidió preguntarle a Munro si existía alguna posibilidad de organizar un encuentro con Hettie.

—No estoy seguro de que sea buena idea —respondió el agregado.

—Si pudiera hablar con ella, aunque sólo fueran cinco minutos, estoy seguro de que todo se aclararía.

Estaban paseando por los senderos mullidos, musgosos, del jardín, alrededor de una pequeña balsa de cemento con una fuente seca en su centro. Sobre un montículo de piedras volcadas, ennegrecidas, un querubín de piedra cubierto de líquenes sostenía a un pez con la boca muy abierta, como si, más que servir de canal para la salida de un agua que ya nunca volvería a brotar, al animal le faltara el aire.

—Mire —dijo Lysander señalando una puerta despintada del muro del fondo—. Cuélela por ahí y nadie se enterará. Deme sólo un momento para estar con ella a solas... y retirará los cargos.

Munro permaneció pensativo unos instantes, alisándose el bigote con el índice.

—Veré qué puedo hacer.

## 22. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Hettie. Esta locura total. ¿Cómo has podido hacer me esto? No. Primero los hechos. El diálogo. Llegó anoche, poco antes de las once. Jack Fyfe-Miller la hizo entrar por la puerta del jardín trasero y permaneció junto al pabellón mientras conversábamos. Se quedó veinte minutos.

Nos besamos como amantes que llevan mucho tiempo juntos y han adquirido práctica, con pasión verdadera, como si nada de todo aquello hubiera sucedido. Se abrazó a mí y me dijo que me echaba mucho de menos, y me preguntó cómo me encontraba. Fui consciente de lo grotesco de la situación, como si yo hubiera tenido la gripe y ella no me hubiera visto mientras había estado enfermo. Durante unos instantes se apoderó de mí una rabia incontrolable, y tuve que alejarme de ella y darle la espalda.

HETTIE: ¿Va todo bien? ¿Tú estás bien?

YO: ¿Que si estoy bien? Estoy muy mal. Estoy destrozado. Me siento fatal. ¿Cómo crees que estoy?

HETTIE: Pues la casita que tienes parece muy acogedora. Es una monada. ¿Y el jardín es tuyo?

YO: Hettie, estoy preso, bajo fianza. Me van a juzgar por agresión. Por «agredirte sexualmente» a ti.

HETTIE: Lo sé. Lo siento muchísimo. Cuando Udo lo descubrió, no se me ocurrió qué otra cosa decirle. Así que solté lo primero que se me pasó por la cabeza. Lo que fuera con tal de que dejara de gritarme.

Con la emoción del encuentro, había olvidado que estaba embarazada, que esperaba un hijo suyo y mío. Le acerqué la mano al vientre. Parecía muy plano.

YO: No pareces embarazada.

HETTIE: No tenía ni idea de que lo estaba. Ya sabes que yo creía que era estéril. Estaba convencida de ello, de verdad. Y no me mareé, ni nada. No engordé, no había el menor indicio de nada. Pero después empezaron a oscurecerse los pezones, y Udo lo vio y me llevó al médico, que tras examinarme dijo que estaba embarazada de cuatro meses.

YO: Pues yo no me di cuenta de nada distinto en tus pezones.

HETTIE: Porque tú me los veías con frecuencia. No te habías dado cuenta, el cambio fue gradual. Si te soy sincera, yo tampoco me lo vi. Udo, en cambio, llevaba semanas sin verme los pezones. Le impresionaron tanto que me llevó al médico enseguida. Cuando supo que estaba embarazada, le dio uno de sus ataques de ira, y yo le confesé que tú eras el padre.

YO: Pero yo no te violé, ni te agredí, no sé si lo recuerdas. Permíteme que te recuerde que, de hecho, fuiste tú quien me desnudó a mí.

HETTIE: Porque sabía que a ti te gustan esas cosas.

YO: ¿De qué hablas?

HETTIE: Leí tus fichas, en la consulta del doctor Bensimon. Un día, cuando estaba allí, él tuvo que ausentarse y se dejó tu carpeta sobre el escritorio. Estuvo fuera unos diez minutos y yo me aburría, y vi tu carpeta. Sentí curiosidad y...

YO: ¡Eso es indignante!

HETTIE: Pues no recuerdo que te quejaras. Que yo conociera tus sueños, tus fantasías...

YO: No, no. Todo parte de la terapia. Sin coste adicional...

HETTIE: No seas cínico. Pero fue Udo el que dijo que debías haberme atacado, y yo más o menos le di la razón, le dije, sí, supongo que sí, debió de atacarme. No sé por qué lo hice. Estaba tan furioso... Le dije que me habías subyugado, y sin saber cómo ya estaba dándole la razón. Habría hecho cualquier cosa con tal de que dejara de gritar. Lo siento mucho, amor mío. Tienes que perdonarme. Me invadió el pánico.

Sentí que una gran laxitud se apoderaba de mí, una especie de fatiga terminal.

YO: ¿Y por qué Udo no pensó que el hijo podía ser suyo?

HETTIE: Porque..., bueno..., porque él y yo ya no mantenemos relaciones sexuales normales. Hace más de un año. Supo al momento que el niño no era suyo.

YO: El niño o la niña.

HETTIE: Es niño. Lo sé.

YO: Pero supongo que eres consciente de que cuando me lleven a juicio diré toda la verdad, sobre nosotros, sobre nuestra aventura.

HETTIE: ¡No! ¡No! ¡No puedes hacer eso! Udo me matará a mí y matará al bebé.

YO: Qué tontería. No lo hará. No es ningún monstruo.

HETTIE: Tú no sabes de qué es capaz. Me echará de casa, encontrará la manera de destruirme, de castigarme a mí y al bebé, a nuestro bebé.

YO: Entonces déjalo. Márchate. Ven a Londres conmigo, viviremos juntos. ¿Qué le debes? Nada...

HETTIE: Se lo debo todo. Cuando lo conocí en París yo estaba... Estaba metida en un lío muy serio. Udo me salvó. Me trajo a Viena. Sin él estaría muerta. O algo peor. Te lo imploro, Lysander. Te lo suplico... Que no se entere de lo nuestro.

YO: Y no vas a abortar.

HETTIE: Nunca. Es nuestro. Tuyo y mío, mi amor.

En ese preciso instante apareció Fyfe-Miller y llamó a la puerta acristalada. Hettie se despidió de mí con un beso y me susurró unas últimas palabras: «Te lo ruego,

Lysander. No digas nada. No me destruyas».

Esta mañana me he reunido con herr Feuerstein y le he preguntado qué pena me impondrían en el caso de que me declarasen culpable. «De ocho a diez años de cárcel, con suerte —me ha respondido—. Pero no van a declararlo culpable, herr Rief. El caso quedará desmontado a partir del momento en que preste usted declaración y aporte sus pruebas. —Me mostró un dossier—. Lo tengo todo. Los hoteles de Viena, Linz, Salzburgo. Testimonios de los trabajadores. ¿Cómo dicen ustedes? “Pan comido”». —Esbozó, incluso, una de sus escasas sonrisas. Y yo pensé: «Si Feuerstein demuestra tal confianza, Hettie no tiene nada que hacer». «Ya estoy impaciente —añadió el abogado—. Tengo ganas de que llegue el 17 de marzo».

Ahora estoy esperando a Munro y a Fyfe-Miller, que vienen a reunirse conmigo aquí, en el pabellón de verano. Voy a decirles que sólo hay una cosa que puede hacerse. Este caso no puede llegar a juicio.

## 23. UNA LLAVE DE COBRE NUEVA

Lysander se encontraba en su salón octogonal, frente a Alwyn Munro y Jack Fyfe-Miller. La nieve se arremolinaba frente a las puertas de cristal, y el fuego de la chimenea plantaba cara como podía al frío de aquel día. Por algún motivo, Fyfe-Miller iba vestido con el uniforme de la armada, con la pechera llena de medallas, lo que le daba un aspecto más serio e importante, de oficial de mando. Munro, por su parte, llevaba un traje de *tweed* de tres piezas, como si estuviera a punto de irse de caza a Perthshire.

—En estos últimos días he estado pensando —dijo Lysander, tanteando el terreno—. Y hay algo de lo que ya no me cabe la menor duda. No puedo arriesgarme a ir a juicio.

—Feuerstein me cuenta que su defensa es inexpugnable —comentó Munro.

—Todos sabemos que las cosas pueden torcerse en un momento.

—De modo que pretende huir —dijo Fyfe-Miller encendiendo un cigarrillo.

Lysander vio, una vez más, que tras su apariencia anodina se ocultaba una mente rápida.

—En una palabra, sí.

Los dos agregados se miraron. Munro sonrió.

—Habíamos apostado sobre cuánto tiempo tardaría en llegar a esa conclusión.

—Es la única manera, según lo veo ahora.

—Existen problemas serios —dijo Munro, y pasó a resumírselos. La embajada británica, como todas las embajadas de Viena estaba plagada de informadores. Él suponía que uno de cada tres miembros del personal cobraba también un sueldo del Ministerio del Interior austriaco. Y añadió que se trataba de algo absolutamente normal, con lo que ya contaban. Lo mismo ocurría en Londres—. Por tanto —añadió—, si nos abandonara, lo echarían de menos enseguida. Está siendo observado constantemente, aunque no lo parezca. Alguien alertaría a la policía.

Fyfe-Miller intervino entonces.

—Además, nosotros somos sus carceleros, por así decirlo, y nuestro honor nos obligaría a denunciar su ausencia a las autoridades. Y, claro está, no nos devolverían el importe de su fianza.

Lysander decidió ignorar aquello último.

—Pero ¿y si escapara en plena noche? Tardarían horas en descubrirlo.

—No tantas. Seguramente, huir en plena noche sería la peor decisión. Los vigilantes, los policías de la puerta, el personal nocturno... Todos están más alerta cuando se pone el sol. Estoy seguro de que hay un par de policías de paisano ahí fuera, sentados en un coche, las veinticuatro horas del día, vigilando, vigilando. En pleno día laborable sería mucho más discreto. —Munro sonrió—. Paradójicamente.

—Si huyera —dijo Fyfe-Miller, especulando—, contaría, como máximo, con una hora de ventaja, diría yo. Si nadie más lo denunciara, entonces tendríamos que



denunciarlo nosotros... Transcurrida una hora.

—Es mejor calcular una ventaja de no más de quince minutos —intervino Munro—. Esta gente no es tonta.

—¿Y hacia dónde te dirigirías tú, Alwyn? —le preguntó Fyfe-Miller, con interés fingido.

—Hacia Trieste. Es una ciudad prácticamente italiana. Allí odian a los austrohúngaros. Diríjase a Trieste y suba a un barco que le lleve a Italia. Eso es lo que haría yo.

Lysander captó el mensaje subliminal. Había empezado a ser plenamente consciente de lo que estaba ocurriendo allí. Munro y Fyfe-Miller estaban trazando un plan de acción, prácticamente una lista de instrucciones para que él la pusiera en práctica. Haz lo que te decimos, le estaban diciendo, y no te pasará nada.

—¿Desde qué estación salen los trenes para Trieste, por cierto? —preguntó Lysander, imitando el mismo tono de curiosidad inocente.

—De la Südbahnhof. Se hace transbordo en Graz. Y después, un trayecto de doce horas —dijo Fyfe-Miller.

—Yo iría directamente a la sucursal de Lloyds en Trieste y compraría un billete de barco a... —Munro frunció el ceño, pensando—. A Venecia no.

—No. Demasiado obvio. A Bari, tal vez... A algún lugar situado mucho más al sur de lo que nadie imaginaría.

Lysander no decía nada, se contentaba con escuchar, consciente de lo que se cocía en aquel diálogo a dos bandas.

Munro levantó un dedo de advertencia.

—Debería usted contar con que la policía acudiría a todas las estaciones.

—Sí, por lo que tendría que llevar algún tipo de disfraz. Claro que la policía también daría por sentado que se dirigiría usted al norte, que regresaría a Inglaterra. Por lo que poner rumbo al sur sería lo sensato.

—Y le haría falta dinero —dijo Munro, haciendo aparecer su cartera, contando doscientas coronas y colocando los billetes sobre la mesa en forma de abanico. ¿Qué día es hoy? ¿Martes? Mañana por la tarde, diría yo. Para estar en Trieste la madrugada del jueves.

—Pan comido.

Los dos hombres miraron a Lysander muy serios, sin rastro de conspiración ni segundas intenciones en sus ojos. Su acusada falta de doblez llevaba implícito un mensaje: aquí hemos estado manteniendo sólo una conversación, una simple charla. Una conversación sobre un viaje hipotético. No interprete nada más. Nosotros no nos responsabilizamos de nada.

—Los riesgos son serios —añadió Munro, como para subrayar eso último.

—Si lo pillaran, sería como admitir su culpabilidad —añadió Fyfe-Miller.

—Tendría que actuar con inteligencia. Anticiparse a los hechos. Imaginar qué podría suceder, qué hacer en caso de eventualidad. —Recurrir a su ingenio.

Munro se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, seguido de Fyfe-Miller. El dinero había quedado sobre la mesa.

Lysander se acercó a la puerta y la abrió para dejar que salieran. Ahora sabía qué se esperaba exactamente de él.

—De lo más interesante. Gracias.

—Hasta mañana —dijo Munro. Fyfe-Miller le dedicó un saludo formal, y Lysander los vio alejarse a buen paso hacia el consulado, bajo la nieve que seguía cayendo.

Al anochecer, ya había dejado de nevar. Los setas bajos de los parterres estaban cubiertos de un manto blanco de dos dedos de espesor. Lysander salió a pasear por el jardín, porque necesitaba pensar. Tenía el dinero en el bolsillo. Munro y Fyfe-Miller le habían indicado la mejor ruta para abandonar Austria. Una vez se encontrara en Trieste, no tendría problemas, allí había veinte italianos por cada austriaco. Algún barco de pasajeros con servicio discrecional, algún carguero, lo llevaría a Italia por unas pocas coronas. En ese momento, algo llamó su atención: un brillo, un destello de luz. Se acercó.

En la cerradura de la puerta del jardín, en el muro del fondo, había una llave de latón que antes no estaba, reluciente, novísima, que resplandecía a la luz tenue del crepúsculo. Lysander se la guardó en el bolsillo. Ya estaba decidido. «Mañana por la tarde, después del almuerzo», pensó. La carrera hacia la libertad.

## 24. INGENIO

Lysander dejó sin tocar la mitad del plato, cerdo estofado con rábanos. Le dijo al malcarado tipo de dientes grandes que vino a recogerlo que no se sentía bien y que quería acostarse. Tan pronto como se ausentó, se puso el abrigo, seleccionó los cuatro objetos básicos que pudo distribuir en los bolsillos, recogió el sombrero del colgador y salió al jardín.

Era un día algo ventoso, de nubes veloces. Casi toda la nieve se había fundido. Dio una vuelta al jardín para que pareciera que iniciaba su habitual paseo de después de las comidas, y al llegar a la puerta del muro trasero, la abrió con la llave y en un momento estuvo fuera. Una vez en la calle, la cerró también con llave. A continuación se desprendió de ella lanzándola al jardín por encima del muro. Miró a su alrededor, una calle lateral anónima del distrito de Landstrasse, que no formaba parte de la Viena con la que él estaba más familiarizado. Caminó hasta la travesía principal, y vio que se llamaba Rennweg. Ahora sí se orientaba. Se encontraba a unos cinco minutos a pie de la Estación de Ferrocarril del Sur, donde podría tomar el tren a Trieste. Pero sabía que, antes, debía recurrir al ingenio. Vio dos taxis que aguardaban en el exterior de la Imprenta Estatal, y cruzó Rennweg para subirse a uno.

Llegó a Mariahilferstrasse en quince minutos. Quince minutos era la ventaja que Munro y Fyfe-Miller habían dicho que debía concederse. En ese momento habría podido estar ya en la Südbahnhof, con un billete a Trieste en la mano. ¿Estaba cometiendo un error? Recorra a su ingenio, le había dicho Munro. No era tanto un consejo como una advertencia, pensó.

Lysander llamó al timbre de la pensión Kriwanek, rezando entre dientes: «Que frau K. no esté en casa —solía salir después del almuerzo, de compras o a visitar a conocidos—, y que herr Barth sí esté». La puerta se abrió, y tras ella apareció Traudl, que empezó a gesticular su sorpresa, su gran asombro. Se sonrojó tanto que el rubor le llegó a la raíz del pelo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Herr Rief! ¡No!

—Hola, Traudl. Sí, soy yo. ¿Está frau Kriwanek en casa?

—No. Por favor, ¿qué está haciendo aquí, señor?

—¿Y el señor Barth?

—No, él tampoco está.

Una buena noticia y otra mala, se dijo Lysander, apartando suavemente a Traudl, y se coló en el vestíbulo. Allí seguían las dos butacas de rejilla y el búho disecado bajo la urna de cristal, reliquias de su anterior vida feliz, pensó Lysander, y sintió rabia por haberse visto obligado a abandonada.

—¿Podrías abrir las habitaciones de herr Barth, por favor, Traudl?

—No tengo la llave.

—Claro que la tienes.

Sumisa, la criada se volvió y enfiló el pasillo hacia el dormitorio de herr Barth,

sacándose un manojito de llaves del bolsillo del delantal. Abrió la puerta.

—No le digas a nadie que he estado aquí, Traudl, ¿entiendes? Yo ya se lo explicaré todo más tarde a herr Barth. Pero no debes decirle nada a nadie.

—Frau Kriwanek lo sabrá, herr Rief. Ella lo sabe todo.

—No lo sabe todo. No sabe lo tuyo con el teniente Rozman...

Traudl bajó la cabeza.

—No me gustaría tener que contarle a frau Kriwanek lo que hacías con el teniente.

—Gracias, herr Rief. Le estaría muy agradecida si mantuviera silencio sobre ese asunto.

—Y recuerda, me debes veinte coronas, Traudl.

—No se lo contaré a nadie. Lo juro.

Lysander hizo una seña a Traudl para que entrara en el dormitorio de herr Barth.

—Tú primero —dijo, y la siguió.

## 25. TRIESTE

Lysander miraba por la ventanilla del expreso de Graz, contemplando el golfo de Trieste bañado por el sol tenue del amanecer, descubriendo retazos de mar entre los numerosos túneles que el tren atravesaba en su descenso hacia la costa y la ciudad. Aquellas vistas del Adriático y su perfil montañoso eran símbolos de su salvación, se decía; debía almacenados en el archivo de su memoria. Ahí estaba él, llegando al borde mismo de Austria-Hungría, que dejaría atrás en cuestión de horas. Tenía hambre, no había comido nada desde que, el día anterior, se había dejado el almuerzo a medio comer, y se prometió un buen desayuno en el restaurante de la estación apenas llegara. Le quedaban poco más de cien coronas, suficientes para reservar plaza en un vapor a Ancona, no hacía falta llegar tan al sur, hasta Bari. Una vez en Ancona se trasladaría a Florencia, y se haría enviar más dinero, y desde allí emprendería el viaje a casa a través de Francia. Ahora que casi se encontraba en Trieste, aquellos planes le parecían enteramente razonables y lógicos.

Entre chirridos lastimeros, el expreso de Graz fue reduciendo la velocidad hasta detenerse en la Stazione Meridionale de Trieste, y Lysander bajó al andén. Ver carteles escritos en italiano fue suficiente para él. Lo había conseguido. Era libre.

—¿Rief?

Se volvió muy despacio y vio a Jack Fyfe-Miller bajando del vagón de primera clase con un maletín de cuero.

Lysander sintió que se le aflojaban las tripas ante aquella pequeña salvación.

—Bravo —le dijo Fyfe-Miller, dándole una palmada en el hombro—. Seguro que tiene hambre. Permítame invitarlo a desayunar.

Entraron en el café Orientale, situado en el edificio de la Lloyds, en la piazza Grande, donde Lysander pidió y engulló una tortilla de seis huevos acompañada de una gruesa loncha de jamón y de varios bollos. Fyfe-Miller se tomó un *spritzery* encendió un cigarrillo.

—Nos ha impresionado mucho —comentó.

—¿A qué se refiere?

—Munro y yo fuimos a la Südbahnhof en su busca. Creíamos que no iba a aparecer nunca. Debo decir que me pareció que había salido demasiado tarde. Enviaron a la policía enseguida. Empezábamos a preocuparnos... y entonces apareció usted, maldiciendo en italiano, cargado con un contrabajo.

—Recurrí a mi ingenio, tal como se me indicó.

Lysander se había metido una de las almohadas de la cama de herr Barth bajo la camisa y se había abotonado el abrigo por encima de su nueva panza. Se había llevado también su vieja chistera de fieltro duro, que rajó con un cuchillo. El gran contrabajo, metido en su funda de piel, le resultó sorprendentemente ligero, a pesar de su tamaño. Había encerrado a Traudl en el cuarto de herr Barth, y había parado un taxi en Mariahilfer Strasse para que lo llevara a la estación. Una vez allí, adquirió el

billete a Trieste (en tercera clase), y entre numerosos *Mi scusi*, *Attenzione* y *Lasciami passare*, se había ido abriendo paso ruidosamente hasta el andén. La gente se volvía a su paso, vio a algunos niños sonreír y señalar en su dirección, y unos policías lo miraron. Un porteador le ayudó a subir el contrabajo al vagón. Nadie andaba buscando a un contrabajista italiano, gordo y con sombrero grasiento. Encontró sitio junto a la ventana, y esperó lo más serenamente que pudo a que el silbato anunciara su partida.

—A veces lo llamativo es el mejor disfraz —dijo Lysander.

—Ya lo hemos visto, sí... ¿Qué ha hecho con el contrabajo?

—Lo dejé en el tren cuando hicimos transbordo en Graz. Me siento algo culpable por ello.

—Nos impresionó mucho a Munro y a mí. Nos reímos bastante antes de subir al tren, siguiéndole la pista.

—¿Y denunciaron mi desaparición?

—Por supuesto. Después de una hora. Pero ya lo sabían. Los informantes de la embajada nos llevan mucha ventaja. Con todo, nos mostramos convincentemente indignados y nos disculpamos mucho. Muy compungidos.

Tras el desayuno, Fyfe-Miller le compró el billete a Ancona y caminaron juntos por el puerto nuevo en busca del muelle donde se encontraba atracado el correo de vapor.

Fyfe-Miller le estrechó la mano a los pies de la pasarela.

—Adiós, Rief. Muy bien hecho. Estoy seguro de que ha tomado la decisión acertada.

—Lamento tener que irme —dijo Lysander—. Dejo muchos asuntos sin zanjar en Viena.

—No va a poder volver, eso seguro —replicó Fyfe-Miller con su franqueza habitual—. Ahora es usted un fugitivo de la justicia austrohúngara.

Pensarlo en esos términos le resultó deprimente. La chimenea del vapor emitió un primer bocinazo.

—Gracias por toda su ayuda, suya y de Munro —dijo Lysander—. No lo olvidaré.

—Nosotros tampoco —coincidió Fyfe-Miller, sonriendo de oreja a oreja—. Le debe al Gobierno de Su Majestad una considerable suma de dinero.

Se dieron la mano una vez más, Fyfe-Miller le deseó *bon voyage* y Lysander se subió al destartalado carguero. Retiraron la pasarela, soltaron amarras y la pequeña embarcación abandonó la concurrida bahía de Trieste. Lysander permaneció de pie en la cubierta trasera, apoyado en la barandilla, observando la ciudad alejarse, con su castillo en lo alto de la discreta colina, admirando el esplendor de la rocosa costa dalmata. Todo muy hermoso, bañado por el sol invernal —admitía—, mientras sentía que una paz melancólica se apoderaba de él, y se preguntaba si alguna vez volvería a ver aquel país, y pensaba amargamente que el asunto que allí quedaba pendiente (Hettie y su hijo) permanecería, casi con total seguridad, sin resolver para siempre.

## SEGUNDA PARTE

*Londres, 1914*

# 1. MEDIDA POR MEDIDA

Lysander carraspeó, se sonó, se disculpó ante resto del elenco y consultó el texto una vez más. Las puertas y las ventanas estaban abiertas de par en par, por lo que, suponía, el polen estival que circulaba por la sala era prácticamente el mismo que el del jardín, de ahí su ataque de estornudos. Veía a Gilda Butterfield en la otra punta de la mesa, abanicándose el cuello sudoroso con las puntas de los dedos. Un junio ardiente, claro, pensó, y su mente volvió de inmediato hacia Blanche. Había acertado de lleno en su vaticinio, la obra gozaba de un éxito prolongado y superlativo, y ella seguía con su interminable gira. ¿Dónde estaban ahora? En Dublín, creía. ¿O era en Edimburgo? Sí, lo sabía, debería intentar...

—Cuando quieras, Lysander —dijo Rutherford Davison. Lysander se dio cuenta de que todavía llevaba puesta la chaqueta a pesar de que los demás hombres se habían despojado de las suyas a causa del calor. Consultó el texto.

... que librar vuestro cuerpo a tal sujeto  
O bien dejar morir a vuestro hermano  
¿Qué haríais vos?

Davison levantó la mano.

—¿Por qué crees que dice eso?

—Porque está desesperado. Consumido por el deseo carnal. Y amargado.

—¿Amargado?

—Es un hombre decepcionado.

—Es un aristócrata, gobierna toda Viena.

—Viena no protege contra la amargura.

Todos rieron, según constató Lysander con agrado, por más que su intención no había sido en absoluto humorística, y que sus palabras eran producto de un sentimiento inconsciente. Había olvidado por completo que la acción de *Medida por medida* transcurría en Viena: aquella obra rara sobre la lascivia y la pureza, sobre la corrupción moral y la virtud, que le hacía pensar con incomodidad sobre el lugar y la historia reciente que allí había vivido. Demasiado tarde para echarse atrás. No podría explicar sus motivos. Con todo, Davison no había sonreído siquiera ante su chiste involuntario. Estaba decidido a mostrarse combativo, provocador, Lysander lo notaba, siguiendo las nuevas tendencias de los directores de escena. La noche anterior, precisamente, Greville y él habían estado comentando lo fatigosa e innecesaria que resultaba aquella nueva moda.

—Hemos terminado por hoy —dijo Davison, como si notara lo asfixiante e incómodo que resultaba estar sentado allí una tarde de viernes—. Que descanséis. El lunes empezaremos con *La señorita Julia*.



Las conversaciones animadas y el ruido de las sillas al retirarse pusieron punto final al ensayo. Se encontraban en una nave de la iglesia de Saint John's Wood, un espacio muy adecuado, con un pequeño jardín al fondo para los momentos en los que convenía un poco de aire puro. La International Players' Company, pues así se llamaba el grupo, la había fundado el propio Rutherford Davison en un intento, como él mismo decía, de llevar el mejor teatro extranjero a un público londinense saciado y acomodaticio. Se trataba de un plan bastante inteligente, admitió Lysander mientras recogía su chaqueta del respaldo de la silla. La idea consistía en representar alguna obra conocida y respetada, en función doble, seguida de otra pieza nueva, extranjera, más atrevida. Durante la temporada anterior, la propuesta había sido montar *La caja de plata*, de Galsworthy, junto con *El jardín de los cerezos*, de Chéjov. Ese año representarían *Medida por medida* y *La señorita Julia* de Strindberg. O, más bien, *Fröken Julie*, como Davison insistía en llamarla, pensando que el título extranjero despistaría al censor. Al parecer, la obra había sido prohibida en 1911. Davison había adquirido una nueva traducción de una compañía americana, Y confiaba en que el título sueco desviara la atención de su fama de obra impúdica. Lysander no había leído *La señorita Julia* aún, pero su intención era hacerla ese mismo fin de semana, si disponía de tiempo. Su papel era el de Jean, el criado, todo un reto, puesto que también representaba a Angelo en *Medida por medida*. Gilda Butterfield y él eran los actores más experimentados de la International Players' Company, por lo que debía sentirse halagado, suponía, y si las obras obtenían una buena recepción, ello supondría un avance significativo para su carrera y su fama. Todo aquello estaba muy bien, pensó, pero si Davison seguía provocándole, tal vez el trabajo no le resultara tan estimulante como había imaginado.

—¿Planes para el fin de semana?

Lysander se volvió y vio a Gilda Butterfield, la señorita Julia en persona, y la Isabela de *Medida*. Iban a tener que pasar muchas horas juntos durante las próximas semanas. Tenía la piel muy clara y una mata de pelo rubio recogido en una cola de caballo con una cinta de terciopelo, muy escandinava, suponía. Algunas pecas se resistían al camuflaje de los polvos de arroz y le salpicaban el puente de la nariz y las mejillas. Era una joven de caderas y pechos generosos. Atlético, amante de las actividades al aire libre. Estaba interesada en él, lo notaba. Se preguntaba si el trabajo le aportaría el plus de una aventura amorosa.

—Me voy a Sussex —dijo, abriendo la pitillera. Ella le aceptó un cigarrillo y él se lo encendió—. Un tío mío vuelve después de pasar dos años explorando África. Vamos a darle la bienvenida.

Lysander se encendió el suyo, y los dos se dirigieron juntos hacia la puerta.

—¿En qué parte de Sussex? —dijo ella, anudándose mejor el lazo de la nuca con las dos manos, mientras sostenía el cigarrillo entre los labios.

Al situar las dos manos por detrás del cuello, los senos se levantaron y quedaron aplastados contra la pechera plisada de la blusa. Durante un segundo, Lysander

observó la despreocupada carnalidad de la pose, pero al momento se recordó a sí mismo que no estaba preparado para otra aventura. No después de Hettie.

—Claverleigh —dijo—. ¿Lo conoces? Está un poco más allá de Lewes. Y no lejos de Ripe.

—Mi hermano vive en Hove —dijo ella, satisfecha con la firmeza del nudo. Exhaló, y al hacerlo le apartó el humo del cigarrillo—. Tal vez coincidamos algún fin de semana.

—Me encantaría.

Vaya, vaya, aquello sí era descarado, pensó Lysander. Iba a dar mala fama al gremio de las actrices. Ay, cuando se lo contara a Greville. Sostuvo la puerta abierta para ceder el paso a Rutherford Davison y a ella.

—Ah, Lysander, ¿puedo hablar un momento contigo?

Lysander notaba que el sudor le resbalaba por la espalda. Debería haber tomado el autobús, no el metropolitano. Hacía calor, claro, pero sabía bien que estaba sudando más de la cuenta porque se había dejado llevar por la irritación. Davison lo había retenido veinte minutos cuando los demás ya se habían ido, y se había dedicado a formularle preguntas absurdas sobre su personaje, Angelo. ¿Era hijo único o tenía algún hermano? Y, si los tenía, ¿de qué sexo? ¿Qué creía él que había estado haciendo antes de su gran discurso del segundo acto? ¿Era una persona viajada? ¿Ocultaba algún problema de salud? Lysander había hecho esfuerzos por responder seriamente, porque sabía que Davison había viajado a Rusia un año antes, había conocido a Stanislavski y había caído bajo el influjo de sus nuevas teorías sobre interpretación y dramaturgia, y estaba convencido de que todo aquel material externo e información que cada quien inventaba proporcionaba entidad al personaje y potenciaba el texto. A Lysander le hubiera apetecido decirle que si Shakespeare hubiera querido que supiéramos que Angelo era una persona viajada, o que sufría hemorroides, habría incorporado un verso o dos sobre el tema en la obra. Pero en aras del entendimiento y la convivencia pacífica, había asentido y le había dicho «qué interesante» o «una idea intrigante» y «déjame que piense un poco más sobre el tema». Angelo era un papel destacado, y era mejor, en general, tener al director de su parte.

En un determinado momento, Davison le había dicho:

—Hay un libro que tal vez te interese leer, que podría resultarte útil para tu Angelo: *Die Traumdeutung*, de Sigmund Freud. ¿Has oído hablar de él?

—Conozco a su autor —respondió Lysander. Y el director ya no le dijo nada más.

Sonrió al recordar aquella tarde en el café Landtmann. Davison lo había mirado con un respeto nuevo. Tal vez, finalmente, acabarían llevándose bien.

El convoy subterráneo se detuvo en el andén de Leicester Square, y Lysander se bajó y se puso el canotier. Pensó que tal vez se metiera en algún *pub* a tomarse un

refrescante combinado de cerveza con limonada para aplacar la sed, intentar dejar de sudar tanto, de sentirse tan incómodo. Salió a la calle y aspiró, oliendo el aire: olía a Londres en junio, a junio caluroso, a boñiga de caballo cociéndose al sol.

Greville Varley y él compartían un piso alquilado en Chandos Place, y allí, en la esquina con William IV Street, había un *pub* que le gustaba, el Peace and Plenty. Pequeño, sencillo, con suelos de tarima y zócalos de madera, y no como aquellos otros, tan abigarrados, tan llenos de cristales esmerilados y papel pintado de terciopelo, que tanto abundaban en Londres. De todos modos, Greville no estaría, tenía *matiné*. No, no podía ser. Era viernes. La *matiné* era al día siguiente.

—Buenas tardes, señor Rief. ¿Contento con el calor de hoy?

—Sí, gracias, Molly, pero ¿podría suavizármelo un poco mañana, por favor? Me voy al campo.

—Qué bien viven algunos, señor Rief.

Molly era la camarera y la sobrina del encargado, y era de Devon, ¿o era de Somerset? Una joven de cara redonda que le recordaba a Traudl.

Obediente, vergonzosa Traudl, de la pensión Kriwanek, pensó Lysander mientras se llevaba la pinta de cerveza a una mesa de la esquina, y se dijo que aquélla era su vida no hacía tanto, que aquéllos eran sus detalles cotidianos, sus texturas. Alguien se había dejado un periódico olvidado, y él lo cogió para leer los titulares, pero lo dejó casi al momento. No le interesaba el estatuto de autonomía de Irlanda ni la amenaza de huelga de los mineros del carbón. «Y entonces, ¿a ti qué te interesa? —se preguntó a sí mismo, con rabia—. ¿Tu vida? ¿Tu trabajo? ¿Tus amigos? ¿Tu familia?».

Buena pregunta. Daba sorbos a la cerveza, analizando sus distracciones, sus placeres... Desde que había regresado de Viena tan precipitadamente, se había mudado y había encontrado aquel apartamento con Greville. Eso estaba bien. Había conseguido un papel en una película de tres bobinas y había ganado cincuenta libras por dos días de trabajo. Ninguna queja al respecto. Se había presentado a numerosas audiciones, y le habían dado aquellos dos buenos papeles en la International Players' Company, que no era poco. Y, ah, sí, claro, Blanche Blondel había cancelado la boda por propia iniciativa.

Se apoyó en el respaldo de la silla y se quitó el *canotier*. Blanche... Había temido aquel primer encuentro entre ellos, y con razón, según se demostró. Él estaba nervioso, extrañamente callado y de mal humor.

—Hay otra mujer en Viena, ¿verdad? —le preguntó Blanche al cabo de cinco minutos.

—No. Sí..., bueno... La ha habido. Ya se terminó. Completamente.

—Eso dices tú. Pero haces muy bien el papel de enamorado triste que sufre por su chica. —Se quitó el anillo y se lo devolvió. Estaban en un asador del Strand, cenando después de la representación—. Seguiré siendo tu amiga, Lysander —dijo en tono conciliador—, pero no tu prometida. —Se inclinó y le apretó la mano—. Aclárate, cielo. Y, si todavía te apetece, vuelve a pedirme la mano y ya veremos qué decido.

Lysander se acercó a la barra a pedir otra cerveza. Eran sólo las cuatro y ya iba por la segunda. Vio a Molly servírsela, dos tiradas largas de grifo, y ahí estaba, con su remate de espuma. Dejó en el mostrador un puñado de monedas que se había sacado del bolsillo, y ella recogió las que sumaban la cantidad exacta. Los tirabuzones artificiales que cubrían sus sienes estaban húmedos de sudor y se le pegaban a la piel. Lysander pensó que debería casarse con Blanche y dejarse de tonterías. Todo en aquella mujer le convenía.

—¿Greville? ¿Estás en casa? —dijo en voz alta mientras cerraba la puerta del apartamento. No obtuvo respuesta. Dejó las llaves en un cuenco dispuesto sobre la mesa del recibidor. La señora Tozer, que se ocupaba de las tareas domésticas, había estado limpiando y ordenando, y el olor a cera de abeja impregnó al momento sus fosas nasales. Había apilado el correo en dos montones bien diferenciados para sus dos «caballeros», y comprobó con cierto enojo que el de Greville abultaba el doble que el suyo. El apartamento ocupaba la última planta de un edificio señorial construido hacía menos de diez años. Desde el dormitorio de Greville se veía a Nelson apostado en su columna de Trafalgar Square. Se componía de un salón, dos dormitorios de buen tamaño, una cocina con lavadero y un baño con inodoro. Habían convertido el cuarto de servicio en un vestidor conjunto; tanto Greville como él tenían un exceso de ropa. Munro le había enviado enseguida a Londres todas las pertenencias que se había dejado en el pabellón de verano; era como si jamás lo hubiera ocupado.

Revisó el correo: una factura, otra factura, una postal desde Dublín («Ojalá estuvieras aquí. B»), un telegrama de su madre («POR FAVOR RECOGE HUEVOS CHORLITO EN FORTNUM») y, se le secó la boca al instante, un sobre con sello austriaco, el emperador Francisco José de perfil, reenviado desde su dirección anterior, con un matasellos de hacía dos semanas.

Se fue al salón y lo abrió con el abrecartas. Sabía qué contenía y permaneció un minuto sentado frente al escritorio, sin atreverse a meter la mano y extraer la hoja que contenía.

«¡Vamos! ¡No seas patético!», se dijo en voz alta.

Una sola hoja. Con la letra infantil, informal, de Hettie.

Mi querido Lysander:

Con gran felicidad te escribo para anunciarte que ha nacido nuestro hijo. Ya te dije que sería niño. Vino al mundo a las 10.30 del 12 de junio. Es un bebé grandote, pesó casi cuatro kilos, y tiene buenos pulmones. Yo habría querido ponerle Lysander, pero no ha podido ser, obviamente, por lo que he decidido que se llamará Lothar. Si dices varias veces, muy deprisa, Lysander-Lothar, casi suenan igual, o eso quiero creer.

Te echo muchísimo de menos y te agradezco con toda mi alma lo que hiciste por mí. Tu huida fue un gran escándalo aquí en Viena y apareció en algunos periódicos. La policía ha sido muy criticada por su inutilidad y su ineficacia. Ya imaginarás lo que sentí cuando supe que te habías ido y que el juicio no se celebraría.

Siempre puedes escribirme al café Sorgenfrei, Sterngasse, Viena.

Pero supongo que ya sólo te quedará odio en el corazón para mí, después de lo que te hice. Pero si no me quieres a mí, quiere a nuestro hijito Lothar. Pronto te enviaré una fotografía suya.

Recibe nuestro amor,

*Hettie y Lothar*

Cerró los ojos y notó que unas lágrimas tibias resbalaban por sus mejillas. Hettie y Lothar. Estuvo lloriqueando unos momentos, como el bebé Lothar, con la cabeza entre las manos, echado hacia delante en el escritorio. Después se puso en pie, se dirigió al mueble-bar y se sirvió un dedo de coñac, brindó por Lothar Rief, deseándole una larga vida llena de salud, y apuró la copa. Oyó la llave de Greville en la cerradura y se secó los ojos. Pero no sirvió de nada. Su compañero de piso entró y, al verlo, dijo:

—Dios mío. ¿Qué te ha ocurrido, hombre?

Y Lysander se echó a llorar de nuevo.

## 2. NOCHE DE VERANO

Tomó un taxi desde la estación de Lewes hasta Claverleigh Hall. Al franquear la verja y adentrarse en el jardín, dejando atrás la casa isabelina de los guardeses, con sus retorcidas chimeneas de ladrillo, sintió que regresaba a casa, aunque, apenas hubo tomado nota de aquella emoción inicial, pasó a cuestionársela, como hacía siempre. Era cierto que durante la mitad de su vida ése había sido su hogar, si se entendía por «hogar» el lugar en el que vivía tu progenitor vivo. Mantenía su viejo dormitorio sobre el ángulo de las cocinas, construido en la zona trasera de la casa en la época en que ésta había sido objeto de una profunda remodelación para adaptarla al «estilo italiano», a finales del siglo anterior (la fachada era enlucida, el porche con cuatro columnas tos canas era un añadido), pero tras el reconocimiento de aquella primera impresión, la conciencia de que, en cierto modo, sólo estaba de visita, volvió a instalarse en él. Ésos serían siempre los dominios de los Faulkner, e incluso un hijastro que llevaba muchos años siéndolo, apellidado Rief, era una especie de intruso.

Claverleigh Hall era una mansión de dimensiones moderadas, que contaba con dos plantas más la buhardilla con mansardas. Su rasgo arquitectónico más destacado era su escalinata principal, «imponente», que ascendía describiendo una curva hacia la pequeña cúpula inspirada en el estilo de John Soane desde el vestíbulo principal. Los nueve altos ventanales de la primera planta correspondían enteramente al salón con galería, caldeado por dos chimeneas. El techo se consideraba sobrecargado, profusamente decorado con molduras que imitaban telas, penachos, flores, frutas y angelotes colgados de las cuatro esquinas. Era, en cualquier caso, un hogar cómodo, y los Faulkner llevaban más de un siglo viviendo allí, desde que el segundo barón la adquirió con la fortuna amasada gracias a sus buenas inversiones en plantaciones de caña de azúcar del Caribe.

Marlowe, el mayordomo de lord Faulkner, abrió la puerta principal, le cogió la maleta y lo condujo a su habitación de siempre.

—¿Cómo va todo, Marlowe?

—Muy bien, señor, aunque el comandante ha excusado su presencia esta noche.

—Qué lástima. ¿Qué ha ocurrido?

El comandante era su tío, comandante Hamo Rief, condecorado con la Cruz Victoria, explorador no demasiado famoso.

—Se siente indispuerto —le confió Marlowe—. Aunque no es nada grave, según se nos ha informado.

—Entonces ¿quién cenará en casa?

Marlowe respondió que sólo la familia: lord y lady Faulkner, el honorable Hugh Faulkner (el hijo de Crickmay), su esposa, May, y «las dos niñas». Las autoridades locales que esperaban dar la bienvenida al comandante Rief habían sido avisadas, y no acudirían hasta que estuviera restablecido. Lysander se relajó. Su hermanastro,

Hugh, le caía bien. Era un hombre alto, bondadoso, medio calvo y cuarentón que parecía parpadear el doble que el resto de los mortales. Era conocido como el dentista con más clase de Harley Street. Lysander suponía que se trataba de una profesión sorprendente en alguien llamado a convertirse en el sexto barón Faulkner, pero se ganaba muy bien la vida, y su título nobiliario hacía de él un profesional muy solicitado entre la alta sociedad londinense. Su esposa, May, era alegre y vitalista, y las dos niñas, Emily, de doce años, y Charlotte, de diez, divertidas y muy poco consentidas.

Así pues, una cena familiar, pensó Lysander. Muy bien. Tal vez, al día siguiente fuera hasta Winchelsea y visitara al comandante. Había treinta kilómetros o algo más desde Claverleigh hasta Winchelsea, por caminos de campo, una excursión a pie de un día entero, pero nada podía convenirle más en las actuales circunstancias, pensó. Enviaría un telegrama y anunciaría sus planes a Hamo.

Extrajo con cuidado las dos docenas de huevos de chorlito que llevaba en la maleta y se las entregó a Marlowe.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó.

—Lady Faulkner está en el jardín tapiado, señor.

Lysander empujó el portón del alto muro de ladrillo que daba acceso al menor de los jardines de la casa, y vio a su madre decapitando dalias con gran empeño. Llevaba un guardapolvo vaporoso de loneta, color *chartreuse*, encima del vestido y un sombrero de paja de ala ancha sujeto a la cabeza con un pañuelo de seda. Le besó la mejilla y aspiró su perfume a violetas y lavanda, un pequeño rastro fantasmal de su padre que todavía se aferraba a ella.

Ella lo cogió de la mano, se lo llevó hasta un banco de madera dispuesto en ángulo en una esquina del muro, y lo sentó, mirándolo fijamente. Hacía varias semanas que no se veían, y a Lysander le pareció que estaba guapísima, en consonancia con la informalidad de su atuendo de jardinera aficionada, y con aquellos mechones sueltos de pelo gris agitados por la brisa. Sabía que esa noche, durante la cena, su aspecto sería muy distinto, que aparecería muy maquillada y con carmín en los labios, alta, elegante, los cabellos recogidos en un moño alto, el vestido entallado, el fajín realzando su cintura de avispa aún juvenil. Por las noches se ponía su *décolletage* escotado, la generosa curva de sus pechos oculta a medias por algún tejido translúcido. Ella también había pisado los escenarios, se recordaba Lysander a sí mismo en aquellas ocasiones, y ese personaje glamuroso y nocturno que encarnaba era el único que mantenía ya, su única oportunidad de ser secretamente observada y deseada.

—Pareces cansado, querido —dijo, acariciándole la cara con los nudillos—. Seguro que trabajas demasiado. ¿Qué obra preparas?

—Son dos. Ése es el problema. *Medida por medida* y otra, sueca, que se titula *La*

señorita Julia.

—¿Ésa no es terriblemente inmoral? ¡Qué maravilla!

—No la he leído aún. La traigo conmigo.

—Recuerdo cuando tu padre hizo un Ibsen. *Hedda Gabler*. La gente quedó conmocionada. No sé qué tienen esos escandinavos.

—Intentamos provocar una reacción, creo. En cualquier caso, debería ser interesante. —Hizo una pausa—. Madre, tengo una noticia bastante importante que comunicarte.

No le había contado nada sobre las circunstancias en las que había abandonado Viena. Ella creía que se trataba, simplemente, del final programado de su estancia. Sí le había dado a entender que había tenido una aventurilla, un flirteo, y también sabía que su compromiso con Blanche se había roto.

—Ya sabes que te dije que tuve algo con una joven mientras estaba en Viena.

—Sí, la inglesa, la señorita Bull. ¿Cómo olvidar un nombre como ése? La que hizo que Blanche se enfadara tanto... Yo estoy de su parte, por cierto...

—Sí. Esto... He recibido una carta de la señorita Bull. Ha tenido un hijo.

Su madre lo miró. Primero abrió mucho los ojos y después los entornó.

—No te habrá dicho que es tuyo.

—Lo es. Sin duda. Es niño y se llama Lothar. Tu primer nieto.

Su madre se puso en pie, se sacó un pañuelo de la manga y se alejó secándose unas lágrimas en un gesto que a Lysander le pareció excesivamente teatral.

—Cuando iba al colegio, había un niño que se llamaba Lothar —dijo ella sin detenerse, volviendo un poco la cabeza—. Lothar Hinz. —Cuando recobró la compostura, regresó al banco, se sentó y le cogió las dos manos—. Hablemos con franqueza, querido, con sinceridad. Recuerda, me casé con un actor, así que no creo que haya nadie de mentalidad más abierta que yo. ¿Qué problemas acechan a esta ocasión maravillosa y feliz?

—El niño es mío, pero no sé cuándo ni cómo vaya poder verlo.

—¿Hay otro hombre en escena?

—Sí, el marido de hecho de la señorita Bull, como se dice ahora. Un hombre desagradable. Un pintor llamado Udo Hoff.

—Los pintores son siempre difíciles. Pero al menos mantienes contacto con la señorita Bull. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Esther.

—Suena religioso. ¿Es religiosa?

—En absoluto. La llaman Hettie.

—Hettie Bull. Aquí tenemos a una doncella que se llama Hettie.

—Hettie Bull es... una persona extraordinaria. Yo estaba completamente... —Hizo una pausa—. Ella me ayudó, y yo perdí la cabeza. Me impresionó. Nos impresionamos mutuamente.

—Así que fue todo muy apasionado.



—Mucho.

—Y el resultado es el pequeño Lothar.

Permanecieron unos momentos en silencio.

—¿Y tienes alguna fotografía de esa Hettie Bull?

—Pues lo cierto es que no. Me fui tan precipitadamente... Lo único que conservo es esto.

Lysander se sacó del bolsillo el libreto de *Andromeda und Perseus* y se lo alargó.

—Ésta es ella. Posó para el personaje de Andrómeda.

—Qué atrevida. Está completamente desnuda. Pero es bonita. ¿Es alta?

—No, es diminuta. Muy poquita cosa. Parece un muchachito. Es eléctrica.

A Lysander se le ocurrió de pronto que aquello era una buena señal, una indicación más de que su cura vienesa había sido un éxito, porque lo cierto era que prácticamente estaba hablando de sexo con su madre. Ella se acercó y le apartó una pelusa de la solapa.

—Creía que te gustaban las chicas altas, como Blanche.

—Y me gustaban. Hasta que conocí a Hettie.

Ella volvió a fijarse en la cubierta del libreto.

—¿Puedo quedármelo? Parece interesante. ¿Oíste la música? A este compositor no lo conozco.

—Al parecer era muy moderna. Pero no, no la oí. Quédatelo.

—¡Lysander! ¿Por qué no nos ha dicho nadie que estabas aquí?

Alzaron la vista y vieron que, en ese momento, franqueaba la puerta de la tapia el honorable Hugh Faulkner. Al momento volvió la cabeza y se puso a gritar.

—¡Niñas! ¡El tío Lysander está aquí!

Siguieron al anuncio unos grititos de alegría, y segundos después Emily y Charlotte llegaron corriendo.

—Creo que por el momento debemos mantener a la familia al margen de la noticia —dijo su madre en voz baja—. ¡Cuidado, niñas! ¡No vayáis a caer y a mancharos vuestros preciosos vestidos!

Crickmay Faulkner ofreció un puro a Lysander.

—Tu madre me ha contado que vas a actuar en una obra indecente.

—Prefiero un cigarrillo, gracias. Sí, es sueca y se llama *La señorita Julia*.

—Sólo por cómo suena, ya me gusta. Quiero entradas para el día del estreno, y en la primera fila. —Crickmay sonrió—. Quiero que me corrompan antes de morir.

—Yo también —intervino Hugh, encendiéndose el puro—. Yo también quiero ser corrompido. Pero todavía te quedan unos añitos de vida, papá. —Le pasó el decantador de aporro a Lysander—. ¿De qué trata?

—De una mujer rica y de buena familia que tiene una aventura con un criado.

—Maravilloso. Pero nunca os dejarán representarla.

Se echaron a reír. Crickmay encendió su puro, tosió y se dio unas palmadas en el pecho.

—No se lo cuentes a tu madre. Se enfadará conmigo. Lysander pensó que, sin duda, se veía mayor últimamente, el rostro gradualmente más hundido, aquellas grandes ojeras bajo los ojos lagrimosos, aquellas mejillas descolgadas. Al poblado bigote canoso no le vendría mal un arreglo.

Los tres hombres estaban sentados en el comedor con la chaqueta del esmoquin puesta, bebiendo aporro. Las mujeres se habían retirado al salón. Lysander se llenó la copa hasta el borde, sintiéndose algo borracho. Contarle a su madre lo de Hettie y Lothar le había animado a beber más de lo que quería. Un coñac con soda antes de la cena, demasiado clarete con el cordero asado, y ahora el aporro. Si pretendía ir a pie hasta Winchelsea al día siguiente, sería mejor que dejara de beber.

—¿Vamos a reunirnos con las damas? —dijo Crickmay, poniéndose en pie con cierta dificultad y acercándose, tambaleante, a la puerta.

—Tráete el aporro, Lysander —dijo Hugh—. ¿Piensas ir a la iglesia mañana? Si tú no vas, yo tampoco.

Lysander cogió el decantador.

—No. Mañana quiero ir a pie a Winchelsea para ver cómo sigue el comandante.

—Un tipo extraordinario. ¿Por dónde andaba?

Recorrieron el amplio pasillo que llevaba al Salón Verde.

—Por África occidental, creo. Explorando las fuentes del río Benue, o eso fue lo último que supe. Ha estado dos años de viaje.

Entraron en el salón, donde May tocaba el piano, al tiempo que su madre buscaba una canción entre las partituras. Ése era su numerito, un guiño a su pasado que todos le consentían y disfrutaban. Lysander se acercó a la chimenea y permaneció allí, contemplándola admirado mientras ella, junto a la cola del piano, apoyaba una mano en el atril y mantenía la barbilla muy erguida, a punto de cantar. Todavía había algo de claridad en el exterior; el azul intenso de la breve noche estival apenas empezaba a derrotar la iridiscencia del sol en el cielo. Lysander sentía un peso en la base de la columna, y le invadía una sensación de paz. Tenía un hijo. Era como si acabara de procesar la información. Tenía un hijo llamado Lothar. Se preguntaba si algún día lo llevaría a Claverleigh Hall a conocer a su abuela. Le parecía un sueño imposible. Su madre empezó a cantar, y su voz cálida y vibrante inundó el aire.

*Arm und Nacken, weiss und lieblich,  
Schimmern in den Mondenseheine ...*

Reconoció la música. Brahms, uno de sus favoritos. *Noche de verano*. «Blancos y adorables, sus brazos y su cuello resplandecen a la luz de la luna». Sintió una emoción profunda, un poema tan simple. Hettie, pensó al momento. No la había olvidado, en absoluto. Se fue hacia la ventana mientras su madre seguía cantando.

Observó, más allá de su propio reflejo en los cristales, el jardín oscurecido, el sol que ya se había puesto, aunque su luz seguía impregnando e iluminando el aire, de un gris azulado. Los viejos tilos, los robles y los olmos del recinto tapiado parecían solidificarse, perder su carácter de árboles individuales y convertirse en grandes monolitos opacos, enmarañados que, a medida que el resplandor del sol se retiraba de ellos, mostraban mejor, en cierto modo, la maestría de trazo del paisajista que, un siglo atrás, había distribuido los ejemplares jóvenes aquí y allá, en las pendientes de los montículos, al borde del estanque, y los había agrupado en las suaves hondonadas, para crear un paisaje humano casi perfecto que él mismo no llegaría a ver jamás.

### 3. LA CAMINATA HASTA WINCHELSEA

Lysander se levantó a las seis en punto y bajó a la cocina, donde se tomó un té y pidió que le preparasen un par de sándwiches de queso con pepinillos. Había encontrado unos pantalones de pana y unas botas de montaña en su armario. Los combinó con la chaqueta de hilo y el panamá, y decidió que ya estaba listo. Según creía, la distancia hasta Winchelsea era de unos treinta y siete kilómetros en línea más o menos recta, por caminos de campo que atravesaban los pueblos de Herstmonceux y Battle antes de unirse, brevemente, a la carretera principal que lo llevaría hacia la costa y hasta Winchelsea.

Hacía calor, pero había riesgo de algún chaparrón, según Marlowe, por lo que metió en la mochila una capellina impermeable junto con sus sándwiches y el texto de *La señorita Julia*, y se puso en marcha, avanzando por el jardín en busca del primero de los caminos de carro que lo llevaría a Herstmonceux.

Progresaba a buen ritmo por la llanura, fresca a esas horas de la mañana, y cuando el paisaje se elevaba un poco y miraba a su derecha, entreveía retazos de mar, y valles que se extendían hacia el sur. Se sentía a gusto consigo mismo, como siempre que salía a caminar con un propósito, la mente vacía de todo salvo de lo que veía y oía a su alrededor, sorteando bosquecillos de fresnos y robles, recorriendo trechos más hundidos de los caminos, flanqueados por carpes y endrinos, oyendo a un cuco remolón repetir sus dos notas, fijándose en las pequeñas granjas desde lo alto de los senderos, cruzando las carreteras lo más rápidamente que podía, impaciente por alejarse del tráfico y los ruidosos recordatorios del siglo xx.

Mientras caminaba constataba que ya habían empezado a cortar el heno. Los segadores avanzaban por los campos y el aire se impregnaba del aroma intenso y dulzón de la hierba cortada. Hacia media mañana se percató de que se había desorientado un poco. Llevaba más de una hora sin ver el mar y, aunque sabía que se dirigía hacia el este (la posición del sol así se lo indicaba), en los últimos dos kilómetros no se había tropezado con un solo cartel, un señal que le confirmara la proximidad de algún núcleo habitado. Poco después se encontró con una carreta tirada por cuatro caballos que venía por la vía, y preguntó al muchacho que la llevaba dónde podía encontrar el camino a Herstmonceux. El joven le informó de que ya lo había pasado de largo, y que debía retroceder. Pero si seguía recto, llegaría a una iglesia, y allí había una señal con indicaciones.

Se detuvo al llegar al templo, un edificio antiguo y sólido con fachada de piedra gris, torre fortificada y camposanto en el que crecían las malas hierbas. A lo largo del muro del cementerio crecían unos manzanos retorcidos, doblados. Allí se comió el primero de sus sándwiches de queso y pepinillo, que le dio sed, por lo que decidió seguir hasta Battle. En un hito viejo, junto al camino, vio que el pueblo y sus *pubs* quedaban a cuatro kilómetros de allí. Iba bien de tiempo. Una pinta de cerveza, un

cigarrillo, y estaría listo para ponerse en marcha otra vez.

En Battle encontró un *pub* llamado The Windmill; eran apenas las doce del mediodía, no lejos de la abadía. Pidió una pinta de cerveza turbia, que le costó seis peniques, y se sentó en un banco junto a la ventana a observar a tres segadores que, con sus guardapolvos sucios, jugaban al dominó. Sacó el texto de *La señorita Julia* de la mochila, pensando en que debía hacer el esfuerzo de leerlo entero antes del primer ensayo, al que estaban convocados al día siguiente, por la tarde, en Saint John's Wood. Leyó una o dos páginas antes de cerrarlo, convencido de que August Strindberg no formaba parte de ese mundo y de que constituía una especie de afrenta, tanto para Strindberg como para el *pub* de Battle en el que se encontraba, obligarlos a conocerse.

Sentado en aquel pequeño *pub* de suelos frescos, de piedra, oyendo los murmullos de los segadores y el repicar de las fichas de dominó contra la mesa, bebiendo cerveza en pleno verano, allí, en Inglaterra, en 1914, sintió de pronto que una gran quietud se apoderaba de él, como si empezara a sufrir una especie de parálisis mental, como si el tiempo se hubiera detenido y el mundo hubiera dejado de girar. Era una sensación rara, de que quedaría atrapado para siempre jamás en ese día de finales de junio de 1914 como una mosca en el ámbar, el pasado tan irrelevante para él como el futuro. Una inmovilidad perfecta, la inercia más deseable.

Y entonces, súbitamente, el momento pasó, la sensación se disipó cuando un camión, acercándose lentamente, hizo sonar la bocina, y el mundo volvió a ponerse en movimiento. Recogió la mochila, se la cargó a los hombros y llevó el vaso vacío al mostrador.

Al salir de Battle empezó a lloviznar, pero decidió seguir adelante, y abandonó en cuanto pudo la concurrida carretera de Hastings, optando por un camino de carro en el que unos guardabosques que serraban un aliso longitudinalmente le dijeron que si seguía campo a través llegaría a Guestling Thorn. Desde allí debería seguir por el arcén de la carretera principal, con su tráfico rodado, dos o tres kilómetros más, pero de ese modo llegaría directamente a Winchelsea y podría reunirse con el comandante.

Le gustaba ese pueblo, pensó mientras entraba en Winchelsea por una de sus calles anchas, en dirección a la casa de campo de Hamo. Todas las calles de los pueblos deberían tener esa amplitud, se dijo. Era un municipio lleno de luz, abierto al sol desde su alto acantilado. La casa de Hamo, blanca, con fachada de listones encabalgados, se encontraba en el extremo más occidental, y tenía una buena vista sobre Rye Bay, en dirección a Camber Sands y, más allá, sobre las llanuras pantanosas de Romney Marsh. Llamó a la puerta con los nudillos.

## 4. UN MUCHACHO MUY DULCE

—Bien, me ha parecido que debías estar al corriente de la situación —dijo el comandante—. Ya sabes lo que digo siempre, Lysander: la honestidad lo es todo en la vida. El puntal de todas las relaciones. Yo no me ando por las ramas, como supongo que ya sabes. No lo he hecho nunca y no voy a hacerlo ahora.

El comandante estaba de pie, dando la espalda a un fuego que apenas ardía en la chimenea del salón. Llevaba un viejo batín acolchado, de terciopelo rojo, corbatín y un casquete blanco, con cuentas, sobre la calva. Se veía flaco y curtido, muy bronceado aún, las mejillas surcadas por arrugas profundas, como si se hubiera pasado meses enteros apretando mucho los dientes. En aquel rostro oscuro, sus ojos, de un azul muy pálido, ponían la nota discordante.

—Lo entiendo perfectamente, Hamo —dijo Lysander—. Eso ya lo sabes. Y no me importa lo más mínimo.

Entró entonces en la sala un muchacho africano muy joven, con una bandeja en la que llevaba una botella de *whisky*, dos vasos y un sifón.

—Gracias, Femi —dijo el comandante.

El muchacho —que tendría unos diecisiete o dieciocho años—, sonrió y dejó la bandeja sobre una mesa.

—Femi, éste es mi sobrino, Lysander Rief.

—Encantado de conocer, señor —dijo Femi, estrechando la mano que Lysander le ofrecía.

Llevaba un traje de dril color caqui y una corbata negra de punto. Era alto, de frente despejada. Un rostro africano elegante, hermoso, pensó Lysander.

—Cuando voy con él a Rye, de compras, causa un poco de revuelo, claro, como te imaginarás —comentó el comandante con cierta dosis de malicia—. Pero yo le digo a todo el mundo que es un príncipe africano de visita en nuestro país, y se sosiegan al instante.

Femi les dedicó una leve inclinación de cabeza y se retiró a la cocina.

—Déjame ir un momento a ver cómo va la cena —dijo Hamo, y salió tras el chico. Lysander, curioseando un poco, se paseó por el salón, que estaba lleno de los objetos que su tío se había traído de sus viajes por el África occidental y central: estatuillas, cerámicas, cuencos de calabaza, pieles de animales en el suelo, incluida una entera de cebra extendida frente al fuego. Apoyada contra una pared había una vitrina de cristal llena de armas: hachas y dagas ceremoniales, lanzas de filo alargado, profusamente talladas, así como el rifle con el que Hamo cazaba elefantes, de carga frontal, y su martini-henry mark II, que conservaba desde la guerra de Sudáfrica. «El arma más precisa del mundo, desde una distancia de hasta cuatrocientos metros —le había comentado Hamo en una ocasión—. La bala blanda, de plomo, lo destroza todo». Junto a él había un relieve de ébano tallado donde se representaba gran

cantidad de criaturas fantásticas: duendes de orejas enormes, con muchas extremidades, y lo que parecían hermafroditas, que a Lysander le recordó el bajorrelieve de Bensimon. Fue consciente de que echaba de menos sus encuentros con el doctor.

Se volvió al oír que Hamo regresaba al salón.

—Femi fue mi guía en el Níger. Me salvó la vida en al menos tres ocasiones —añadió, sin inmutarse. Miró con afecto en dirección a la cocina—. Es un muchacho muy dulce. Y su inglés mejora por momentos.

Sirvió otro *whisky* a Lysander, y le llenó el vaso con soda.

—Así que has venido a pie desde Claverleigh. Tendré que llevarte conmigo en mi siguiente expedición.

Hamo Rief había sido condecorado con la Cruz Victoria en 1901, durante la guerra de Sudáfrica. Cuando empezaba a ponerse fin al sitio de Ladysmith, él había descubierto que una tropa montada de bóers se llevaba dos piezas de artillería de campo, y consiguió, él solo, expulsar a los saqueadores y recuperar las armas, matando a cuatro e hiriendo a cinco más, no sin antes resultar él mismo herido en tres partes de su cuerpo. Licenciado con honores de su regimiento como consecuencia de las heridas, descubrió que la sed de aventuras que lo había llevado a alistarse en el ejército seguía intacta en él, por lo que decidió convertirse en explorador aficionado, se afilió a la Royal Geographical Society y, en 1907 sufragó de su bolsillo los gastos de una expedición al África occidental que tenía por objeto cruzar el continente desde el río Níger hasta el Nilo. De hecho, sólo consiguió llegar hasta el lago Chad, donde contrajo las fiebres del dengue. Allí pasó varios meses restableciéndose, y aprovechó el tiempo libre de que disponía para reunir especímenes y realizar estudios antropológicos sobre las tribus locales. El libro que escribió y publicó a su regreso, *El lago perdido de África*, se convirtió en un éxito de ventas inesperado, y le sirvió para financiar su última aventura hasta la fecha, consistente en explorar no las fuentes del río Benue, como Lysander creía, sino varias islas del golfo de Benín.

Lysander se alegraba mucho de reencontrarse con su tío tras dos años de ausencia. Aunque había sido una figura bastante distante para él durante su infancia (Hamo había pasado muchos años con su regimiento en India), había llegado a sentir un gran aprecio por su tío al ir conociéndolo mejor, tras la muerte de su padre. Le causaba una profunda admiración su arrojo absoluto tanto en lo militar como en lo social. Hamo no se parecía a su hermano mayor, era calvo y flaco, de cabeza pequeña, pero, para Lysander, era el único vínculo de sangre que le quedaba con su difunto padre. Hamo hablaba de él sin que hubiera que pedírselo, y repetía a menudo que la única persona a la que había querido de verdad era a su hermano Halifax.

—Halifax me comprendía perfectamente, me comprendió desde mi más tierna edad —le confió Hamo en una ocasión a Lysander—. Cuando a los catorce o quince años le confesé que creía que las chicas no me interesaban, él me dijo que a Alejandro Magno tampoco. Y después me leyó algunos sonetos de Shakespeare, y yo

ya no volví a dudar jamás.

Cenaron cordero frío acompañado de patatas hervidas. Femi se sentó con ellos. Después, su tío sacó medio queso stilton y un plato con galletas saladas, y decantó otra botella de clarete a la luz de una vela, para enseñarle al muchacho que, al iluminar el cuello de la botella, uno se aseguraba de que el sedimento no traspasara al decantador.

—Sentí tener que cancelar mi «cena de bienvenida» en Claverleigh —dijo—. Escribiré a tu madre en uno o dos días para explicárselo. No me sentía con ánimos, no sé si me entiendes...

—Lo entiendo perfectamente.

—No me apetecía tener que ver al alcalde de Lewes, ni a sir Humphrey Bumphrey y a su señora esposa, etcétera, etcétera. Y no creo que el joven Femi estuviera preparado aún para superar esa prueba de fuego.

—Si te soy sincero, creo que al viejo Crickmay no le importó demasiado. Últimamente se cansa enseguida. Y a mi madre, tampoco. Pensaron que te haría ilusión, ya sabes, matar a la ternera cebada, un poco de opulencia tras tus años de escasez en África.

Hamo se sirvió más vino.

—Tu madre es una mujer sensata y encantadora. Le agradezco mucho el gesto. En todo caso, debo dar una conferencia en Londres. Invitaré a todo el mundo a asistir. —Se volvió hacia Femi y le posó la mano en el brazo—. ¿Estás bien, mi querido niño?

—Sí, señor. Muy bien.

Hamo volvió a concentrarse en Lysander.

—¿Y qué es lo que se cuece en el pervertido mundo del teatro? ¿Sabías que Ellen Terry tenía una casa de campo aquí mismo, en Winchelsea? Vivía en pecado con Henry Irving. Bailaba descalza en su jardín, en camisón. Somos un pueblecito muy tolerante. Calles anchas, mentes anchas.

Femi se fue a dormir apenas la mesa estuvo recogida, y Hamo y Lysander se sentaron frente a la chimenea a fumar y a charlar.

Como Lysander esperaba, la conversación no tardó en llevarlos hasta Halifax Rief.

—Es algo que me causa un dolor profundo. Y me ocurre constantemente. A Femi, sin pensar, le dije: «Tienes que conocer a mi hermano Halifax». Y después me acordé de que llevaba años muerto. No dejo de decirme: «Esto tienes que contárselo a Halifax. Cómo se va a reír». Es desesperante.

—Yo era demasiado joven. No le presté la suficiente atención para llegar a conocerle bien. Él era sólo «mi padre», ya sabes. Siempre fuera de casa, en el teatro, o de gira.

Hamo lo señaló con la boquilla de la pipa.

—El pueblo de Femi profesa un gran respeto a los actores. De hecho, es un



respeto que se da en toda África; a los actores, los bailarines, los músicos, la gente que se dedica al espectáculo. Tendrías que ver a algunos hombres de la tribu de Femi, son capaces de imitar extraordinariamente a algunos animales: garcetas, leopardos, monos. Increíble. Unos brochazos de pintura, unas cuantas plumas y un palo. Y con apenas unos pocos gestos, quedan inmóviles..., es irreal. Crees estar viendo a una garza que pesca en una ciénaga, atrapando peces con el pico. Halifax se habría quedado pasmado.

—¿Cuál fue la última obra que le viste representar?

Lysander conocía la respuesta, pero le apetecía avivar los recuerdos.

—Fue su *Rey Lear*. Sí... Una semana antes de su muerte. Yo estaba de permiso en Londres, debía regresar a India con el regimiento. Una actuación absolutamente aterradora. Tu padre era alto y corpulento, ya lo sabes, pero en aquella obra lo veías encogerse, lo veías con tus propios ojos, menguaba, empequeñecía físicamente. Ya conoces ese monólogo: «¡Soplad, vientos, que os revienten las mejillas!».

—La escena de la tormenta. —Lysander extendió los brazos y declamó—: «¡Rugid! ¡Soplad! ¡Verted cataratas y huracanes hasta anegar los campanarios y los gallos que los coronan!».

—Exacto. Aunque él lo recitaba en voz baja. Ahí plantado, muy quieto, sin apenas moverse. Sin aspavientos. Te ponía la piel de gallina. ¿Te apetece otro *whisky*, amiguito?

—Pues sí... Tengo una noticia bastante importante. Y quiero pedirte consejo.

Dos vasos de *whisky* después, Lysander le contó a su tío toda la historia de Hettie, la acusación de violación, su arresto y la huida de Viena a Trieste. Y el nacimiento de su hijo Lothar.

—¿Cómo se llama? Repítelo.

—Lothar. Lothar Rief.

—Pero ahora ya no puedes volver a Austria, supongo. ¿Ni siquiera disfrazado?

—No creo que pueda correr el riesgo.

—Puedo ir yo en tu lugar. Encuentro a la chica y contacto con ella discretamente. Nadie sospechará de un viejo como yo.

—¿Lo harías?

—Con los ojos cerrados. —Lysander vio que sus ojos azules, pálidos, brillaban de emoción—. Podría encontrar al niño. Ver cómo es ese artista, ese Hoff. Fingir que me interesa comprar un cuadro suyo. Ver cuál es la situación, y después venir y contártelo a ti.

—Podría funcionar... —Lysander empezó a considerar la posibilidad, cada vez más entusiasmado—. Y tengo un amigo allí, un teniente de los húsares. Podría serte de utilidad.

—No hablo la lengua, claro.

—Wolfram Rozman habla un inglés excelente.

—Lo planearemos bien, Lysander, lo solucionaremos. Traeremos al pequeño

Lothar donde debe estar. Tal vez lo secuestre...

Dedicó a Lysander una media sonrisa rara de las suyas y le guiñó un ojo.

A la mañana siguiente, Lysander se levantó y salió temprano para coger el tren de Rye a Claverleigh. Femi estaba en la cocina, vestido con una túnica estampada de algodón que le llegaba hasta los tobillos. Iba descalzo. De pronto, allí, en la pequeña cocina de aquella casa de campo, se veía muy africano, con el hervidor silbando sobre el quemador, los platos alineados en el escurrerplatos de madera. Estrechó la mano de Lysander.

—El comandante habla de ti, mucho, mucho —dijo.

Lysander se sintió conmovido, y se fue con una sensación renovada de propósito y, por primera vez desde que había tenido constancia del nacimiento de Lothar, con un atisbo de esperanza. Había un plan que empezaba a tomar cuerpo. Se montó en la tartana que esperaba junto a la posada de Winchelsea y llegó a la estación a tiempo de coger el tren de las 7-45 a Brighton, con parada en Hastings y Lewes. Su vagón iba lleno de los pasajeros que tomaban el tren los lunes por la mañana para ir al trabajo, hombres de rostro hueco, con sus trajes grises, sus cuellos duros y sus bombines, que leían sus periódicos, que contaban las horas que faltaban para tomar el tren de regreso a casa. Lysander viajaba con ellos, incongruente con sus pantalones anchos de pana, su panamá y su mochila al hombro, pensando en el plan de Hamo. Su corazón cantaba de alegría y, sin darse cuenta, se le escapó una sonrisa.

## 5. UN GROTESCO INSULTO AL BARDO

Todavía sentía el zumbido en la cabeza. Experimentaba aquella extraña combinación de gran fatiga mental y excitación pura, alimentada por la adrenalina, que le asaltaba cada vez que bajaba del escenario tras un estreno, sobre todo si el papel era importante. Podía durarle una hora, como mínimo, lo sabía, mientras sentía que los párpados se le cerraban, le pesaban cada vez más. Gilda le decía algo, pero él no tenía energía para escucharla. Volvía a pensar en su interpretación de Angelo. Le preocupaba haber recitado atropelladamente el gran monólogo del segundo acto. Sin duda, Rutherford se lo confirmaría por la mañana...

El taxi traqueteó al pasar sobre unos adoquines, y Lysander salió de su sopor. Gilda se agarró a su brazo para no perder el equilibrio.

—Ah, lo siento —dijo—. ¿A ti no te lo parece?

—¿Me parece qué?

—No me estás escuchando, bruto.

—¿Crees que he recitado demasiado atropelladamente? «¿Es culpa suya o mía? El tentador o el tentado: ¿quién peca más?». Me parece que tal vez he ido muy deprisa.

—No me lo ha parecido. Lo que te decía era: ¿estamos locos?

—¿En qué sentido?

—Por representar también *La señorita Julia*. El estreno es en dos semanas. No termino de creerlo.

—Sólo dura noventa minutos y no hay entreacto.

—Sí, supongo que sí, pero es muy intensa. Creo que acabaremos agotados. ¿Dónde nos hemos metido?

El asiento trasero del taxi estaba impregnado de su perfume, un olor persistente, farináceo, a lirios y a canela. Matins de Paris, le había dicho ella que se llamaba cuando se lo había preguntado. Había aceptado esperada al terminar la función, pero ella había tardado cuarenta minutos en ponerse sus mejores galas. Ahora se miraba en su espejito compacto, se retocaba el pelo, el carmín, de un rosa palidísimo. Le sentaba bien.

—Vamos a llegar los últimos —comentó Lysander.

—Entonces haremos una entrada triunfal. Ésta es nuestra noche.

—Que Rutherford no te oiga decir eso.

Gilda se rio, con su risa auténtica, constató Lysander, bastante profunda y ronca, y no con su risita falsa, una especie de gritito infantil. Ahora que pasaban tanto tiempo juntos, ensayando *Medida por medida* y *La señorita Julia*, ya podía distinguir las con facilidad, como también distinguía a la verdadera Gilda Butterfield de la señorita «Gilda Butterfield», esta última cubierta con muchas capas de falsa exquisitez, pretenciosidad, coquetería y demás afectaciones, entre las que la risa era la menor de todas. Ya estaba hablando una vez más.

—Rutherford me formuló una de sus preguntas sobre *La señorita Julia*, y yo no supe qué decirle.

—Ah, sí, una de sus «preguntas Stanislavski». —Ya estaba despierto. La emoción había vencido al agotamiento—. ¿Qué te preguntó?

—Me dijo: «¿Qué crees que ocurre cuando Julia y Jean salen fuera, justo antes de la escena del ballet?».

—¿Y tú qué respondiste?

—Le dije que suponía que se besaban.

—Vamos, Gilda. Tú eres una mujer de mundo.

—Entonces ¿qué hacen?

Lysander decidió correr el riesgo. Había algo en Gilda que le llevaba a atreverse. Era actriz, por el amor Dios. Bajó la voz.

—F... Fornican, claro.

—¡Lysander! Eso sí es llamar al pan, pan.

Pero se echó a reír de nuevo.

—Disculpa la crudeza. Pero es obvio. Y, además, resulta muy importante que, cuando los dos regresan, el público se dé cuenta de ello. Cuando los dos regresamos...

—Lo explicas de una manera que, sí, ahora sí entiendo qué quieres decir...

Volvió a concentrarse en el espejito, avergonzada, supuso él, preguntándose si había ido demasiado lejos.

—Cuando Jean y Julia regresan después del ballet todo ha cambiado —prosiguió Lysander—. No se han limitado a darse besitos y a hacerse arrumacos en la rosaleta. Han estado..., ya sabes..., apasionada, irresistiblemente... —Hizo una pausa—. Eso afecta a toda la obra. Por eso tú te suicidas.

—Hablas igual que Rutherford —dijo ella—. ¿No habrás estado leyendo mucho a D. H. Lawrence?

Avanzaban por Regent Street en dirección al café Royal. Era una noche tibia, despejada, no demasiado bochornosa, teniendo en cuenta que estaban ya a finales de julio. El taxi se detuvo, Lysander pagó al conductor y ayudó a Gilda a bajar con cuidado. Llevaba una falda de medio paso estrechísima, que no le permitía avanzar ni un palmo a cada zancada, y una blusa de seda sin mangas adornada con volantes y cintas. Tenía puesta una gargantilla de perlas y unos guantes blancos larguísimos, que le llegaban casi hasta las axilas. Y el pelo, rubio, aparecía oculto bajo numerosos ornamentos. Él le entregó el echarpe de *chiffon* y ella lo dejó caer sobre los hombros desnudos.

—Estás guapísima, Gilda —le dijo Lysander—. Y has estado magnífica esta noche haciendo de Isabella —añadió, sincero.

—Basta. Vas a hacerme llorar.

Le ofreció el brazo, y franqueando las puertas giratorias entraron en el café, donde les recibió un griterío de conversaciones y risas solapadas, y una pantalla

borrosa de humo de cigarrillo.

—Venimos a la fiesta de Rutherford Davison —indicó Lysander al *maître*.

—Arriba, primera planta —respondió el hombre—. En la más pequeña de las dos salas.

Subieron por la escalera. Al llegar al descansillo, oyeron las voces y las carcajadas de los demás miembros de la compañía a través de la puerta abierta del reservado, que parecían haber dejado sin cerrar para hacerles saber que los esperaban, que eran bienvenidos. Llegó hasta ellos el estallido de un tapón de champán, seguido de unos aplausos. Gilda lo sujetó del brazo y lo retuvo. Permanecieron unos instantes en la penumbra del corredor. Ella miró a su alrededor, le cogió la mano y lo atrajo hacia sí. Sus rostros estaban muy juntos.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Lysander.

Ella lo besó apasionadamente en los labios y se apretujó contra él. Lysander sintió la lengua empujando, moviéndose, y abrió la boca. Entonces ella dio un paso atrás, comprobó que los volantes de la blusa estuvieran en su sitio y se colocó bien el echarpe. Lysander se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó por los labios, para quitarse los posibles restos de carmín. Ella lo miró fijamente, una mirada que provenía de la verdadera Gilda Butterfield.

—Será mejor que entremos —dijo—, o la gente empezará a preguntarse qué ha sido de nosotros.

Volvió a agarrarse de su brazo, y entraron juntos en el reservado. La compañía en pleno se puso en pie y aplaudió.

Lysander dejó que el camarero le sirviera más champán mientras escuchaba lo que le decía Rutherford Davison. No le quitaba la vista de encima a Gilda, que se encontraba en la otra punta de la sala, y que también miraba mucho en su dirección. Se sentía en una especie de disyuntiva. Decidió esperar y ver qué le deparaba la noche. Una noche para el instinto, resolvió, no para la razón.

—No —le decía Rutherford—. Creo que haremos dos semanas completas de *Medida*, y después, rápidamente, anunciaremos *La señorita Julia*. Tengo la horrible sensación de que la prohibirán en cuanto empiecen a aparecer las críticas, por lo que nos interesa haber representado el máximo número de funciones.

—Pero en Birmingham la representaron este año, tú mismo lo dijiste. O sea, que existe un precedente.

—Un precedente de un montaje muy aburrido, mojigato y nada arriesgado. Espera a que vean lo que hacemos nosotros, lo que tengo pensado...

—La compañía es tuya.

Lysander había llegado a apreciar a Rutherford. En fin, tal vez «apreciar» no era la expresión correcta, pero era cierto que confiaba cada vez más en su intuición y su inteligencia. No era una persona afectuosa ni abierta por naturaleza, pero parecía

saber lo que hacía, y se mantenía firme en sus propósitos. Había dicho que *Medida por medida* y *La señorita Julia* formaban un programa doble perfecto, porque ambas obras trataban fundamentalmente de sexo, aunque hubieran sido escritas con casi tres siglos de diferencia. Sin duda, los énfasis y los sobrentendidos que se habían sucedido aquella noche habían provocado murmullos audibles del público en varias ocasiones. No sabía qué dirían las críticas, aunque él no pensaba leerlas. Rutherford aseguraba que él sólo las leía en busca de adjetivos y adverbios; esperaba un «escandaloso», un «osado», e incluso un «lamentable» le parecería bien. Estamos aquí para remover, para agitar, había afirmado ante los miembros de la compañía. Mostremos un Shakespeare tan preocupado y mundano como el de sus sonetos. Ese cisne de Avon se ha caído a una cloaca.

Lysander se alejó y se paseó por el reservado. Comió un par de canapés y conversó con algunos de los actores y sus amigos, consciente de que Gilda avanzaba también en dirección contraria, en el sentido contrario a las agujas del reloj, y estaba a punto de completar la vuelta. Ya eran más de las doce. Regresó a la barra y pidió un *whisky* con soda.

—¿Me da fuego, por favor, señor, si es tan amable? —Acento *cockney*. Lysander se volvió.

Y ahí estaba Gilda, con el cigarrillo metido en una boquilla, al acecho. Algo achispada, pensó. Se sacó el mechero del bolsillo, prendió la llama y la acercó a la punta del cigarrillo. Ella aspiró, comprobó que encajara bien en la boquilla y soltó el humo por la comisura de los labios. Bajó la voz hasta convertirla en una confidencia susurrada, acercándole los labios al oído. Él notó su aliento en el cuello. Piel de gallina.

—¿No crees, Lysander, cielo, que estrictamente en aras de la autenticidad dramática, deberíamos practicar nuestra fornicación de *La señorita Julia*? ¿Quizá?

—Siempre y cuando sea por el bien de la obra... ¿Qué puede haber de malo en ello?

—Nada. Incluso a Rutherford le parecería bien.

—En ese caso lo considero una idea excelente. No vivo lejos. Y esta noche estoy solo. Podremos practicar sin que nos moleste nadie.

Greville se había ido a Manchester con su gira de *Nance Oldfield*, donde formaba pareja artística con Virginia Farringford. «El tentador o el tentado», ¿quién peca más?, pensó, sintiéndose muy tentado. La miró a los ojos, y ella le sostuvo la mirada.

—¿Por qué no bajas tú primero —le propuso Gilda, sonriendo—, paras un taxi y yo me reúno contigo en cinco minutos?

Le lanzó un beso frunciendo los labios y se alejó. Lysander sentía aquella opresión, aquella asfixia en el pecho, aquel calor en el cuello y las orejas, que eran señales de su excitación. Era, seguramente, una idea malísima, pésima, y sin duda lo lamentaría mientras duraran las representaciones, pero por primera vez desde su estancia en Viena, desde Hettie, le apetecía estar con una mujer, le apetecía estar con

Gilda Butterfield, para ser exactos.

Se despidió de todos y bajó. El *maître* hizo salir a un botones para que llamara a un taxi, y él permaneció allí esperando, canturreando una canción entre dientes, *My Melancholy Baby*, impaciente, intentando no pensar en que esa noche también iba a ser la prueba de fuego para la cura de Bensimon. Con Hettie nunca había tenido problemas, pero desde Hettie no había habido ninguna otra... Vio que un hombre que le resultaba conocido recogía el sombrero y el abrigo del guardarropía. Se miraron a los ojos y se reconocieron al instante. Alwyn Munro se dirigió hacia él.

—Lysander Rief, el gran escapista. ¡Qué sorpresa! —Se dieron la mano. Lysander no sabía por qué, pero constató que se alegraba de ver a Munro—. ¿De celebración? —le preguntó, señalando el ojal de su chaqueta.

—Noche de estreno. *Medida por medida*.

—Enhorabuena. Es curioso, pero hoy mismo hemos estado hablando de usted —le comentó Munro, dedicándole una mirada astuta—. ¿Dónde vive? Tengo algo que enviarle.

Lysander le dio su dirección de Chandos Place.

—¿Todavía en Viena? —preguntó.

—No, no. Ya nos hemos ido casi todos. Ahora que la guerra parece inevitable...

—¿La guerra? Yo creía que era un ruido de sables generalizado. Austria y Serbia, ya sabe.

—Y los rusos, y los alemanes, y los franceses también agitan los suyos. En pocos días, nos tocará a nosotros. Espere y verá.

Lysander se sintió como un idiota.

—He estado muy metido en los ensayos —dijo sin convicción.

—Todo se mueve muy deprisa —lo excusó Munro—. Ni siquiera yo logro mantenerme al día.

—Su taxi ha llegado, señor —anunció el botones, y Lysander sacó unos peniques del bolsillo para dejárselos de propina. Con el rabillo del ojo vio que Gilda bajaba lentamente la escalera. Sería mejor que subiera deprisa al taxi: no estaría bien que los vieran irse juntos.

—Debo irme —le dijo a Munro, rozándole el codo a modo de disculpa—. Buena suerte con su guerra.

Gilda tenía un cuerpo bastante extraordinario, pensó Lysander. No se parecía a nada que hubiera conocido hasta ese momento; no es que fuera un experto en cuerpos de mujer desnudos, pues sólo había estudiado cinco o seis, en sus tiempos. Pero Gilda le parecía casi una mujer de otra especie, tan increíblemente pálida, con aquellas pecas bajo el cuello, sobre sus pechos pequeños y respingones, los pezones de un rosado clarísimo, casi invisibles. Las pecas también le salpicaban los hombros y la espalda, y aquí y allí, sobre las costillas, en los brazos, en los muslos, tenía unos

lunares pequeños, planos, cabezas de alfiler formando constelaciones, como si fueran nebulosas de pintura marrón. Supuso que era la pigmentación de la piel, que no había salido bien del todo, que aquellas pecas eran como tatuajes diminutos, medio borrados. Cuando empezó a desnudarse, él se preguntó cómo reaccionaría ante aquella palidez translúcida, pero descubrió que su blancura y sus lunares le resultaban muy atractivos.

Él insistió en usar profiláctico, y ella, a su vez, insistió en ponérselo. Aquello marcó un tono de diversión cómplice que se mantendría a lo largo de la noche.

—Le viene como un guante de un solo dedo, señor —dijo ella con su acento *cockney*.

—Y usted es como un plátano que se ha pasado demasiado tiempo en el frutero. Una especie de criatura marina, ya sabes.

—Muchísimas gracias. No, no sé.

—Tengo la sensación de que debería ser capaz de leerte como se leen las hojas de té.

—¡Ja, ja! Estoy pensando en quitármelas.

—Ni se te ocurra. Eres única. Como un huevo de codorniz.

—Qué piropos tan bonitos. Criatura marina, huevo de codorniz... Todo un seductor, señor Rief, claro que sí.

El orgasmo llegó a su debido tiempo, para su intenso placer, pero no lo intentaron una segunda vez. Era tarde y los dos admitieron que, entre el estreno y la fiesta, se sentían muy cansados. Tal vez por la mañana.

Y ahora ella seguía durmiendo en su cama, mientras él se vestía, un muslo largo y blanco destapado, la sábana arrugada que no llegaba a cubrir el borde definido de aquel triángulo de vello dorado. La señorita Julia... Vaya, vaya, vaya. Se anudó el corbatín y se puso la chaqueta. En el piso no había leche, ni té, ni azúcar, ni pan, ni mantequilla. Sólo un tarro de mermelada. Se le ocurrió bajar un momento a comprar provisiones. Podían desayunar en la cama y ver qué surgía a partir de ahí. Rutherford no los esperaba en el teatro hasta la tarde.

Pasó por encima de la pila de ropa de Gilda (falda, blusa, enagua, corsé, camisola, bragas, medias, ligas, zapatos), y abandonó la habitación sin hacer ruido. Bajó la escalera de buen humor. Tal vez, después de todo, no resultara tan desastroso iniciar una aventura breve con Gilda, pensó. Tal vez Blanche se pusiera celosa si la gente empezaba a chismorrear y a murmurar de ellos.

Salió a Chandos Place. Se acercaría corriendo a Covent Garden, sí, eso sería lo más rápido, y le compraría un ramo de flores.

Entonces vio que Jack Fyfe-Miller, con uniforme naval, cruzaba la calle y avanzaba hacia él.

—¡Rief! ¡Buenos días! Ahora mismo iba a dejarle esto en el buzón. Munro quería que lo tuviera lo antes posible.

Le entregó un sobre marrón, rígido.



—¿Qué es?

—Una sorpresa... Tiene usted muy buen aspecto. Su obra ha recibido una crítica pésima en el *Mail* esta mañana. «Escandalosa», dice. «Un grotesco insulto al Bardo».

—Es más o menos lo que pretendíamos.

Fyfe-Miller parecía mirarlo atentamente.

—¿Va todo bien?

—Sólo pensaba que... la última vez que lo vi fue en el muelle de Trieste. No sé por qué, pero sabía que volveríamos a vernos.

—Y ya hemos vuelto a vernos. Los he visto, a usted y a Munro, con menos de veinticuatro horas de diferencia. Qué coincidencia, ¿verdad?

—¿Verdad?

—¿Vuelve usted a hacerse a la mar?

—No, no. Han ordenado a todas las flotas británicas que regresen a sus bases de guerra. Yo salgo para Portsmouth.

—¿Bases de guerra? ¿En serio? ¿Significa eso que...?

—Sí. La cosa pinta mal. —Sonrió y le dedicó un saludo—. Nos veremos pronto, seguro —dijo y, dando media vuelta, se alejó en dirección a Trafalgar Square.

Lysander se guardó el sobre en el bolsillo y se acercó corriendo a Covent Garden a hacer sus compras. No quería que Gilda despertara antes de su regreso.

## 6. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

No podía creer lo que contenía el sobre que me había entregado Fyfe-Miller. Lo he abierto al irse Gilda (hacia las diez; una segunda vez: muy satisfactoria) y he encontrado una factura oficial de la Oficina de Guerra donde se detallaba la cantidad que adeudo al Gobierno de Su Majestad. Las diez mil coronas de la fianza no recuperada se han convertido en cuatrocientas setenta y cinco libras esterlinas. Los honorarios y los gastos de herr Feuerstein ascienden a la exorbitante cantidad de trescientas cincuenta libras, y la manutención y el servicio de lavandería se estiman en una cifra igualmente absurda: treinta y cinco libras. La suma total es de ochocientos sesenta libras. Me he echado a reír. «Agradecemos abone la cantidad consignada a la mayor brevedad posible». Gano ocho libras con diez chelines por semana en la International Players' Company. Prácticamente me quedé sin ahorros tras mi prolongada estancia en Viena. Debo a mi madre más de cien libras. Los gastos de mi vida diaria (alquiler, ropa, manutención, etcétera) son considerables. Haciendo un cálculo aproximado, supongo que si trabajara cincuenta y dos semanas al año (y no conozco a un solo actor que lo haga), podría pagar la deuda en cinco años... En 1919. Por si fuera poco, a lo que debo se suma un interés anual del cinco por ciento. He roto la factura.

Estoy profundamente agradecido a Munro y a Fyfe-Miller; fueron fundamentales en mi huida de Viena, pero, visto desde cierta perspectiva malintencionada, la mía, lo admito, todo parece un astuto plan del Foreign Office para sacar dinero. Podría pasarme gran parte de mi vida pagando esta deuda.

\* \* \*

Ensayo de *La señorita Julia* esta mañana. Lo cierto es que no tengo problemas para aprenderme el texto. No puede decirse lo mismo de Gilda. Encuentro los dos idiomas, el de Shakespeare y el de Strindberg, idealmente distintos. Las réplicas que me aprendo parecen ocupar cubículos diferentes de mi cerebro. Las cosas son distintas para Gilda, que todavía debe leer el texto, para irritación de Rutherford. Su exasperación de esta mañana ha estado a punto de hacer que ella rompiera a llorar. Yo la he consolado, y nos hemos dado un beso furtivo, eso es todo lo que hemos logrado desde aquella primera noche (y mañana) de la fiesta del estreno. Más bien parece haberse enfriado un poco, como si lamentara haberse entregado a mí. Se muestra muy simpática, sí, pero cuando acaba la función siempre tiene cosas que hacer. Su madre enferma, amigos que han venido a visitada a la ciudad... Siempre tiene una buena excusa.

Rutherford quiere que los dos regresemos del ballet con la ropa arrugada y

briznas de paja en el pelo. Ha llegado a sugerir, de hecho, que yo entre en escena abotonándome la bragueta. Gilda aboga por un mayor decoro, pero me doy cuenta de que Rutherford se muestra inflexible. Se avecinan batallas. Está decidido a que prohíban la obra en veinticuatro horas, a más tardar.

Sueño extraño con Hettie. Yo estaba dibujándola, ella estaba desnuda, en el granero. Llamaban con fuerza a la puerta, y los dos nos asustábamos, creyendo que era Hoff. Pero el que entraba era mi padre.

He oído esta conversación en la estación del metropolitano de Leicester Square, mientras esperaba en el andén. Era entre dos mujeres (de clase obrera, pobres), una tendría unos veinticinco años, y la otra menos, dieciséis, aproximadamente.

MUJER: Primero la he visto en Haymarket y después en Burlington Arcade.

JOVEN: A mí me contó que trabajaba fabricando sombreros en Mayfair.

MUJER: Sombreros no fabrica, maquillada como va.

JOVEN: Me dijo que estaba triste. Por eso bebía.

MUJER: Yo también estoy triste. Todos estamos tristes. Y no por eso nos comportamos así.

JOVEN: Me dijo que podría haber sido la doncella de una señora. Cinco libras al año y las comidas pagadas. Ahora gana cinco libras a la semana, dice.

MUJER: Acabará en un burdel, me apuesto lo que quieras. Vendiéndose por tres peniques a cualquier limpiabotas.

JOVEN: Es buena chica, Lizzie.

MUJER: Está medio loca y tres cuartas partes borracha.

Un tema para el señor Strindberg, si siguiera entre nosotros. El río del sexo fluye con la misma fuerza en Londres que en Viena.

5 agosto. Anoche, a las once, declaramos la guerra a Alemania, me dijo Greville al llegar a casa. He salido esta mañana a buscar un periódico, pero ya se habían agotado. Esta noche había apenas veinte personas en platea, pero hemos interpretado la obra con el mismo empeño que habríamos puesto si hubiera estado la sala llena. Rutherford, muy afectado, dice que tendremos que cerrar al final de la semana. Así que el mundo se va a quedar sin ver a Lysander Rief y a Gilda Butterfield en *La señorita Julia* de August Strindberg. Gilda estaba muy disgustada. Yo he comentado que las tropas alemanas habían entrado en Bélgica y atacado Lieja, y que, comparados con ese hecho, nuestros problemas teatrales y nuestras lamentaciones

parecían insignificantes. «A mí no me lo parecen», ha replicado ella con fiereza. Por un momento he temido que fuera a darme un bofetón.

7 de agosto. Veo en el periódico que el buque de guerra *Amphion* ha sido hundido por una mina frente a las costas de Yarmouth. No sé por qué, pero me he preguntado si el *Amphion* sería el barco de Fyfe-Miller, y ese pensamiento me ha hecho ver de pronto la guerra como algo vivo, de un modo que no me habían hecho sentir los titulares de los periódicos durante todos estos días. La guerra se ha personalizado en forma de un Fyfe-Miller imaginado, ahogado en Yarmouth. Me ha invadido el frío y el temor.

\* \* \*

Me estaban tomando las medidas para un traje ayer, en mi sastrería, y le comenté a Jobling que, de hecho, me gustaría que me hiciera una chaqueta entallada de faldón corto. «Muy americano, señor», me dijo él, como si con ello zanjara la cuestión. Yo repliqué que creía que era un corte favorecedor. «Sí, y después me pedirá bolsillos al bies», insistió Jobling, ahogando una risita. «No es mala idea», contraataqué yo. «Su padre se retorcería en su tumba», dijo, y se puso a hablar de puños Grosvernor y de cuellos dobles. Y eso fue todo. El fantasma de mi padre sigue determinando lo que puedo y lo que no puedo ponerme.

Ha llegado carta de Hettie en el correo de la tarde. El sello era suizo.

Querido Lysander:

¿No es horrible? No dejo de llorar ante la tremenda locura de todo. ¿Por qué Inglaterra nos declara la guerra? ¿Qué le ha hecho Viena a Londres o a París? Udo dice que es solamente una cuestión balcánica y que los demás países la están usando como excusa. ¿Es cierto?

Estoy muy, muy asustada, y quería enviarte esta carta con urgencia para comunicarte lo que hemos decidido hacer en estas lamentables circunstancias. Mi posición es difícil, como ya sabrás. Soy una súbdita británica residente en un país con el que Gran Bretaña se encuentra en estado de guerra. Udo se ha ofrecido a adoptar a Lothar, tanto para protegerlo como para asegurar su nacionalidad. A mí podrían internarme, pero Lothar estaría a salvo, de modo que he aceptado su oferta, cómo no. Una vez que los papeles se aprueben, el niño adoptará el apellido de Udo y pasará a ser Lothar Hoff. Es por su bien, querido mío. Yo sólo puedo y debo pensar en Lothar, y no en mí, ni en tus sentimientos, aunque no me cueste imaginarios.

Lothar está muy bien, es un niño sano y feliz. Espero que pronto lleguen tiempos mejores, más seguros y alegres.

Con amor de los dos,

*Hettie*

\* \* \*

Hamo ha intentado consolarme, ha sido muy afectuoso, muy cariñoso conmigo. Piensa en el pequeñín, me ha dicho, es por su bien. Yo viajé anoche (domingo) hasta Winchelsea para estar con Hamo y Femi. Hamo también se está planteando la posibilidad de adoptar a Femi, según me contó, puesto que ya ha habido combates en África occidental entre las colonias británicas y alemanas. Togolandia ha sido invadida por tropas británicas e imperiales.

Anoche nos quedamos despiertos hasta tarde, charlando. Le dije que suponía que todos sus planes para viajar a Viena debían abandonarse.

—Ahora no se puede, querido —dijo—. Pero en cuanto termine esta maldita guerra, allí estaré. Con un poco de suerte, tal vez no dure tanto.

Estoy sentado en el dormitorio de invitados, bajo los aleros del tejado de esta casita de campo, escribiendo estas notas, preguntándome qué debo hacer, mientras todo parece conspirar en mi contra. Esta noche sopla una galerna impresionante y arranca las primeras hojas de los árboles. Supongo que debería buscarme otro trabajo. Los teatros no dan la menor muestra de ir a cerrar, pero la idea de presentarme a más audiciones me da náuseas. En la calle, la tapa de un cubo de basura ha salido volando por los aires y rebota con estrépito en los adoquines. Su golpetear discordante, enervante, puntúa las súbitas ráfagas de viento que llegan desde el mar.

## 7. EXTRANJEROS ILEGALES Y ENEMIGOS

Había empezado a caer una llovizna fina cuando el camión, traqueteando, se detuvo frente al campo. Lysander y el nuevo destacamento de guardias bajaron saltando por detrás.

—Me cago en mis huesos —soltó el cabo Merrilees—. Y me cago en la lluvia.

—Se supone que despejará esta tarde —replicó Lysander, quitándose la gorra y alzando la vista para ver la masa de nubes grises. Unas gotas frías golpearon su rostro vuelto hacia arriba.

—Para ti no hay ningún problema, ¿verdad, actor? Sin pasar frío, tan a gusto...

Merrilees condujo a su sección alrededor de la alambrada, y Lysander se sacudió el barro de las botas antes de pisar los peldaños que conducían al club.

El Campo de Internamiento de Bishop's Bay había sido el Club de Golf de Bishop's Bay antes del inicio de la guerra, cuando fue requisado por el Ministerio del Interior para convertirlo en instalación para la custodia de «extranjeros ilegales y enemigos». Situado a pocos kilómetros al oeste de Swansea, en la costa, al otro lado del cabo de Mumbles, se había transformado en un campo de prisioneros vallado, de unos cuarenta barracones de madera con capacidad, cada uno de ellos, para veinte personas distribuidas en literas, y repartidos por los dieciocho hoyos. El edificio del club social se había convertido en el centro administrativo, y el bar-restaurante de los socios, en la cantina del campo, donde, si era necesario, podían servirse tres comidas diarias a doscientos presos en un mismo turno. La población del campo fluctuaba entre los cuatrocientos y los seiscientos internos, hombres, mujeres y niños. Otras zonas del campo de golf se habían cercado con alambradas para convertirlas en canchas de fútbol y pistas de hockey, pero no había demasiada demanda de aquellos juegos, según había constatado Lysander. Los internos se sentían víctimas de la injusticia y no estaban para deportes. Su pasatiempo principal era una letargia de murmullos e indignación.

Lysander llamó a la puerta del responsable del campo. «Capitán J. St. J. Teesdale», se leía en un cartel improvisado. Cuando el capitán ordenó «¡Adelante!», entró en el despacho y se obligó a sonreír y a dedicarle un «Buenos días, señor». Teesdale había llegado hacía apenas dos semanas, y su nuevo cargo constituía para él todo un reto, además de una carga. Tenía diecinueve años y, por más que se esforzaba, no terminaba de crecerle el bigote.

—Buenos días, Rief —respondió él—. Un día bastante desagradable para mediados de mayo.

—Hasta el 4 de mayo no te quites el sayo —dijo Lysander.

—¿Cómo ha dicho?

—Es un refrán. El verano no empieza hasta que termina mayo.

—Sí, claro. —Consultó unos papeles esparcidos sobre su escritorio—. Me temo que la primera es frau Schumacher. Insiste en volver a ver al médico.

Lysander recogió su libreta y un montón de carpetas y formularios vacíos, y siguió a Teesdale desde la oficina de secretaría hasta el bar del «hoyo 19». Allí, un par de mecanógrafas de mediana edad y residentes en Swansea se ocupaban de las cuestiones administrativas, con la ayuda de un único teléfono, sentadas en un extremo de la estancia alargada, mientras, en el otro, frente a un ventanal con repisa, había un tablero con caballetes en torno al cual tenían lugar las reuniones y las entrevistas. A través del cristal se divisaba parte del canal de Bristol, con su ejército de nubarrones grises, amenazadores, más allá de los campos y del primer *tee*. De las paredes colgaban fotografías enmarcadas de golfistas del pasado: equipos de cuatro, ganadores de la medalla mensual, campeones aficionados de la fraternidad golfista Gales del Sur sosteniendo sus trofeos de plata. Habían eliminado las botellas y las copas de cristal de la barra, y en los estantes se alineaban archivadores de cartón, uno por interno. A Lysander le parecía uno de los espacios más deprimentes que había conocido en su vida.

Frau Schumacher ya estaba sentada a la mesa de los caballetes, de espaldas a la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud beligerante, el ceño fruncido, el gesto adusto, implacable en su rostro rechoncho. Al ver entrar a Lysander y a Teesdale se puso a toser. Lysander se sentó frente a ella, y Teesdale alejó su silla del radio de acción de aquel recital de toses secas. Lysander abrió la carpeta.

—*Guten Morgen, frau Schumacher, wie geht es Ihnen heute?*

Tardó una hora en convencer a frau Schumacher de que regresara a su barracón, y sólo lo logró tras prometerle por escrito que en un máximo de veinticuatro hora sería examinada por un médico, si es que encontraban a alguno en Swansea. A Lysander no le caía mal, a pesar de estar obligado a verla un día sí y otro no, o casi, puesto que, como prácticamente todos los retenidos en el Campo de Internamiento de Bishop's Bay, su lista de agravios verdaderos era larga, no siendo el menor de ellos la privación de libertad a la que era sometida. Allí había marinos mercantes —entre ellos media docena de turcos taciturnos y malcarados— cuyos barcos alemanes habían sido retenidos en los muelles de Swansea tras la declaración de guerra, unos veinte escolares de Múnich (que esperaban ser repatriados) que se encontraban de vacaciones en Gales, realizando una excursión en bicicleta a finales de verano, numerosos propietarios de pequeños negocios, un enterrador, algunos profesores de música, con apellidos o antepasados alemanes. La propia frau Schumacher se había desplazado hasta Gales para visitar a una prima en Llanelli, casada con un galés apellidado Jones. Habían irrumpido en su casa en plena noche del 5 de agosto y habían detenido a frau Schumacher, que debía regresar a Bremen al día siguiente.

«Qué mala suerte, qué pésima suerte», pensó Lysander mientras salía a respirar un poco de aire puro, fatigado ya tras una hora traduciendo las recriminaciones y los agravios de la mujer.

Se levantó el cuello de la guerrera, se caló bien la gorra y se palpó los bolsillos en busca de sus cigarrillos. Los encontró, encendió uno y avanzó algunos pasos por un

camino que llevaba hasta una línea de dunas bajas y que seguía hasta la playa estrecha que se extendía tras ellas. Alguien le gritó: «¡Eh, actor!», y él, divertido, respondió levantando mucho el dedo corazón.

Todavía lloviznaba, pero le daba igual, le apetecía estar solo en la playa, observando el viento azotando y levantando la espuma del mar embravecido, acerado. Ilfracombe quedaría enfrente, calculó, a muchos kilómetros de allí, más allá del alcance de su vista, al otro lado del ancho canal. Había pasado unas vacaciones allí, una vez, en 1895, cuando tenía nueve años. Recordaba haber insistido a su padre para que lo acompañara a pescar gambas, sin éxito. «No, querido niño, la pesca de la gamba no es para mí». Se terminó el cigarrillo, arrojó la colilla a las olas y regresó al club. Ya se había formado una pequeña cola de internos, y todos observaron a Lysander inexpresivamente cuando pasó junto a ellos.

—Un día ajetreado —le dijo Teesdale mientras veían entrar al primer hombre—. ¿Cómo es que hablas tan bien el alemán, Rief?

—Viví en Viena antes de la guerra —respondió Lysander, pensando: «Qué frase tan fácil de pronunciar, apenas siete palabras, pero cuánto encierran...». Debería pedir que las grabaran en su tumba, a modo de epitafio.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo, pues percibía que a Teesdale le apetecía charlar un poco más.

—¿En qué colegio estudió, por cierto?

—Estudié en muchos, señor. Tuve una infancia peripatética.

De todas las decisiones tontas que había tomado en su vida, pensó Lysander, tal vez la más tonta de todas la tomó la mañana en que, tras salir de la casa de campo de Hamo, en Winchelsea, se dirigió a Rye para tomar el tren de regreso a Londres. Como todavía disponía de media hora, decidió pasear sin rumbo por el pueblo. Su mente seguía llena de pensamientos amargos sobre Hettie y su hijo, Lothar, al que no había visto nunca, que pronto sería hijo de Hoff, o, al menos, llevaría su apellido. En el escaparate de una frutería vacía vio una gran pancarta con un lema: «E. S. L. I. THE MARTLETTS. ¡MUCHACHOS! ¡APORTAD VUESTRO GRANO DE ARENA POR INGLATERRA!». Había un sargento rechoncho apostado junto a la puerta, y cuando Lysander pasó por delante, le miró a los ojos.

—Tienes muy buena planta, joven. Eres fuerte y vivaz, seguro. Justo lo que necesitamos.

Y Lysander había escuchado aquel insólito canto de sirena, había entrado en el establecimiento y se había alistado. Se convirtió así en el soldado raso 10099 del batallón (de servicio). 2/5.º del Regimiento de Infantería Ligera de East Sussex. Dos días después se presentó en el destacamento del E. S. L. I. de Eastbourne para someterse a las seis semanas de instrucción básica. Era, se decía a sí mismo, más un acto de penitencia que de deber. Al menos así hacía algo, y lo único que pedía era



someterse sin pensar a una rutina, a una disciplina. Iría a Francia y lucharía contra el enemigo común, y en algún lugar recóndito de su mente romántica, se veía a sí mismo desfilando triunfante sobre Viena para exigir un primer encuentro feliz con su hijo.

—Buenas noches, señor Rief —se despidió una de las mecanógrafas al irse, terminada su jornada. Lysander se encontraba en el vestíbulo del club social, esperando el camión que había de llevarlo al alojamiento de su compañía, en Swansea. Aquella imagen romántica se había esfumado deprisa. Swansea era lo más cerca de Francia y del frente que había llegado. El batallón (de servicio). 2/5.º del E. S. L. I. había sido destinado a la salvaguarda de las defensas costeras de Gales del Sur. Tras varios meses patrullando los muelles de Swansea y Port Talbot, instalando alambradas en playas o sentados en gélidas trincheras junto a baterías de artillería desde las que se controlaba el canal de Bristol, había llegado cierto alivio cuando la compañía C del batallón, que era la suya, había recibido la orden de turnarse en la guardia del perímetro, y de actuar como escolta de los prisioneros del recién creado Campo de Internamiento de Bishop's Bay. Lysander se había ofrecido voluntario para traducir las numerosas peticiones de los internos, se había vuelto imprescindible, y había empezado a pasar sus días de servicio sentado a la larga mesa del bar de aquel club de golf. Ya estaban en mayo de 1915. Greville Varley se encontraba en Mesopotamia, ascendido a teniente del regimiento de Dorsetshire. El *Lusitania* había sido hundido. El desembarco de Gallipoli no parecía haber salido bien. Italia había declarado la guerra al Imperio austro-húngaro. Aquel monstruoso conflicto global se encontraba ya en su décimo mes, y él ni siquiera había...

—¿Dispone de un par de minutos, Rief?

Vio a Teesdale apoyado en el quicio de puerta. Volvió a entrar en el despacho, donde su superior le ofreció asiento y le invitó a un cigarrillo. Lysander se sentía muy viejo, allí, frente al joven Teesdale y su bigotillo casi invisible. Viejo y cansado.

—¿No ha pensado nunca ofrecerse para alguna comisión? —le preguntó Teesdale.

—No quiero ser oficial, señor. Me conformo con ser soldado raso.

—Llevaría una vida más cómoda. Dispondría de servicio. De una cama como Dios manda. Comería en plato.

—Estoy muy bien como estoy, señor.

—Es un error, Rief. Es usted un pez fuera del agua. Un hombre educado que habla una lengua extranjera con fluidez envidiable.

—Aunque no lo crea, estoy muy contento aquí —mintió.

—¿Qué hacía antes de la guerra?

—Era actor.

Teesdale se incorporó en su silla.

—Lysander Rief. Lysander Rief. ¡Claro! ¡Sí! Pues sepa que creo que lo vi actuar una vez. —Arrugó la frente y tamborileó los dedos, intentando recordar—. En 1912.

Sociedad Dramática de Bachillerato Superior del Horsham College. Organizaron una salida a Londres... ¿Qué obra vimos?

Lysander repasó mentalmente las obras en las que había actuado durante 1912.

—*Evangeline, No fue culpa de nadie, Cortad las rosas hoy...*

—Ésa. *Cortad las rosas hoy*. Con Blanche Blondel. Una mujer espléndida. Una criatura impresionante.

—Muy guapa, sí.

—Lysander Rief. ¡Qué extraordinario! Y digo... ¿no me firmaría un autógrafo?

—Cómo no, señor.

—Dedíqueselo a James.

Lysander, sentado en la cama, se quitó las botas y empezó a desanudarse las polainas. La compañía C se alojaba en un antiguo aserradero, y el espacio olía a savia, a madera recién cortada, a serrín. Se trataba de un lugar seco y bien sellado, y contenía cuatro hileras de camas con estructura de madera y somier de malla de gallinero, más una gran letrina comunitaria cavada en el exterior. Les daban de comer con regularidad, y copiosamente, y abundaban los *pubs* en las inmediaciones. En su mayoría, los hombres de la compañía C pasaban borrachos sus horas libres, cuanto más mejor. Había siempre diez o doce de servicio. El patio del almacén había sido barrido centenares de veces, y sus paredes, y el edificio mismo, se habían beneficiado de al menos siete capas de pintura. Los sargentos chusqueros ponían a trabajar duramente aquellas manos ociosas, ebrias. Lysander no quería problemas.

Estaba tendido sobre el colchoncillo de paja, oyendo chasquear y chirriar la malla de gallinero bajo su peso, y cerró los ojos. Dos días más y estaría de permiso. Londres.

—¡Eh, actor!

Alzó la vista. Plantado junto a él estaba el cabo Merrilees. Frank Merrilees tenía la piel muy oscura y la barbilla muy poco pronunciada. De poco más de veinte años, era listo y malintencionado.

—¿Te vienes al *pub*?

Sabía bien que a los demás les gustaba ir a beber con él porque tenía más dinero y pagaba más rondas. A él no le importaba en absoluto estar a la altura de sus expectativas y, de ese modo comprar, no popularidad, sino paz. Los hombres lo dejaban tranquilo y no lo obligaban a participar en sus discusiones tontas, en sus persecuciones y sus burlas.

—Buena idea —dijo, sentándose en la cama y acercándose las botas.

El *pub* preferido de Merrilees se llamaba The Anchor. Lysander se preguntaba si estaría cerca del puerto; a pesar de llevar varias semanas en el aserradero, seguía sin orientarse y no sabía en qué distrito de Swansea se alojaban. Los llevaban de su lugar de residencia al campo de internamiento en la parte trasera de un camión. Las calles

discretas, brillantes de lluvia, de Swansea, adivinadas por entre las lonas que, al agitarse, se abrían a ratos, constituían las fronteras geográficas de su guerra.

The Anchor estaba a unas calles a pie, no hacía falta transporte, lo que tal vez explicara su éxito. Había un salón grande y un reservado más pequeño al que los soldados del E. S. L. I. tenían prohibido el acceso. Además de Merrilees, se apuntaron otros cuatro soldados, sus compañeros de tragos, a los que Lysander conocía bien: Alfie Doig *El Dedos*, Nelson Waller, Mick Eltherington y Horace Lefroy. Cuando alguno de ellos pagaba una ronda, él se hacía cargo de los licores —*whisky*, coñac, ron, ginebra— que acompañaban las pintas de cerveza aguada. Por eso lo toleraban. El lenguaje en el que se expresaban era descaradamente soez, un «joder» aquí, un «coño» allí, y, como en el caso de los internos, su conversación también era una dura letanía de resentimientos y agravios sufridos, actos supuestos de venganza brutal o fantasías de satisfacción sexual.

—¡Vamos a cerrar el grifo, muchachos! —gritó la camarera.

—Yo pago la última ronda —sugirió Lysander.

—Eres un oficial y un caballero, actor —dijo Merrilees, con la mirada turbia.

Los demás mostraron su conformidad con gran vehemencia. Lysander se llevó la bandeja con las seis pintas y los seis vasos de licor vacíos hasta la barra, e hizo el pedido a la camarera. Mientras ella tiraba las pintas, se dedicó a observarla, una vez más. La reconocía, pero se había teñido el pelo desde la última vez que habían estado allí, y ahora lo llevaba de un color entre panocha y zanahoria. Creía recordar que antes era rubia. Era menuda, y el corpiño le comprimía los pechos y se los levantaba, y el cuello en pico de la blusa de raso permitía adivinar el inicio del escote. Menuda como Hettie, se descubrió pensando. Tenía la nariz ligeramente aguileña y un hoyuelo vertical en la barbilla que parecía un reflejo del canalillo que se abría entre sus pechos. Tenía las cejas pobladas, oscuras.

—Y tres ginebras y dos *whiskies* —añadió, al ver que terminaba de servir las pintas—. Le queda muy bien el pelo. Se ha hecho algo.

—Gracias —respondió ella—. En realidad soy pelirroja. Estoy volviendo a lo natural.

Tenía un marcado acento galés.

Lysander quitó su pinta de la bandeja y le hizo una seña a Waller para que viniera a llevársela. El *pub* empezaba a vaciarse, pero prefería charlar un rato con aquella joven que seguir maldiciendo y soltando tacos con los soldados.

—Chicos, vienen mucho por aquí.

—Es nuestro *pub* preferido —dijo él—. Nos alojamos en el viejo aserradero, junto a la carretera.

—Pero usted no es como los demás, ¿verdad? Se lo noto en la voz.

—¿Cómo se llama? —le preguntó.

—Cerridwyn —respondió ella—. Un viejo nombre galés. Significa «la buena poetisa».

—Cerridwyn —repitió él—. Un nombre precioso para una poetisa. Yo también escribo poemas de vez en cuando.

No sabía por qué lo había dicho.

—¿Ah, sí? Bueno, como todos, ¿no? —Su escepticismo era evidente—. Recíteme uno o dos versos, entonces.

Lysander, casi sin pensar, empezó:

Ella es siempre mi niña más hermosa,  
Un encanto con talle de bambú.  
Si la llamo sabrás de quién te hablo:  
Responde por Amor, y eres tú.

Notó que Cerridwyn estaba impresionada, tal vez, incluso, conmovida. Quizá nadie le hubiera recitado nunca un poema.

—Eso no lo ha escrito usted —dijo—. Lo ha aprendido.

—No puedo demostrárselo. Pero es todo mío, me temo.

—Pues a mí me parece muy bonito. ¿Cómo era la última parte?

—«Responde por “amor” y eres tú».

Lysander sintió el deseo repentino de poseerla, de desabrocharle aquella blusa de raso, de soltarle aquel pelo chillón. En un instante, también, se dio cuenta de que ella había captado el cambio en su mirada. «¿Cómo suceden estas cosas? —se preguntó—. ¿Qué señales atávicas enviamos sin saberlo?».

—Mi día libre es el lunes —dijo, descaradamente.

—El lunes me voy a Londres de permiso —replicó él.

—Yo nunca he estado en Londres.

—¿Por qué no viene conmigo?

—Supongo que podría enseñarme un poco la ciudad.

—Me encantaría. —Aquello era una locura, Lysander lo sabía—. Nos vemos en la estación de Swansea el lunes. A las nueve en punto. En la taquilla.

—Bah. No irá.

—Sí.

—¿Cómo se llama? —le preguntó casi desafiándolo, poniendo a prueba su sinceridad.

—Lysander Rief.

—Qué nombre más raro.

—No más que Cerridwyn.

Merrilees se acercó a la barra y dijo que debían regresar ya.

—El lunes. A las nueve en punto —reiteró Lysander volviendo la cabeza, cogiendo a Merrilees por el codo y arrastrándolo.

Camino del aserradero fue el blanco de muchas bromas soeces sobre la camarera. Él desconectó su mente y dejó que las especulaciones giraran a su alrededor. Mientras

tanto pensaba, complacido: tren a Londres, almuerzo rápido en un asador o en una ostrería. Un hotelito que conocía en Paddington. Después le compraría a Cerridwyn un billete en el tren lechero que volvía a Swansea. Una aventura para los dos.

El sargento Mott esperaba apostado junto a la verja del aserradero, dando vueltas sin parar a su bastón de mando. Todos, excepto Lysander, estaban borrachos como cubas. Merrilees le dedicó el saludo de rigor y se cayó al suelo.

—Largaos de aquí todos. Sois basura —dijo Mott—. Es el actor el que me interesa.

Los demás desaparecieron en un segundo.

—Sargento, no estoy borracho —se defendió Lysander—. Es verdad. Sólo he tomado un par de pintas de cerveza.

Mott le inspiraba temor.

—No me importa —replicó el sargento—. Alguien quiere verle en la oficina.

El capitán Dayson, comandante de la compañía, se alojaba en las oficinas del aserradero, situadas en un edificio que quedaba al otro lado del patio. Lysander se abotonó la guerrera, se colocó bien la gorra y llamó a la puerta.

—Ah, Rief, ya está aquí —dijo Dayson con su dejo característico. Era un hombre perezoso, y su trabajo en aquel campo de internamiento le venía muy bien. Esperaba mantenerlo hasta que terminara la guerra—. Tiene visita.

Lysander entró en la sala.

Alwyn Munro se puso en pie. Vestía uniforme, y Lysander se fijó en sus galones de teniente coronel. Lo habían ascendido. No se olvidó de saludar.

—Cuesta encontrarle, Rief —dijo Munro y le estrechó la mano.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó Lysander, aunque en su mente se sucedían muchas otras preguntas.

—Se lo cuento de camino a Londres. Tengo un vehículo esperando fuera. ¿Quiere recoger sus cosas?

## 8. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Curiosamente, el viaje de regreso se ha desarrollado sin el menor contratiempo. Yo iba en el asiento trasero del vehículo para personal militar, junto a Munro. En el guardabarros delantero, una especie de banderín ondeaba al viento. Cuando dejábamos atrás las afueras de Swansea, Munro me ha ofrecido un cigarrillo.

—¿Sabe? —me ha dicho, como si acabara de ocurrírsele la idea—. ¿Por qué no disfruta de su bien merecido permiso? Relájese, dese algún capricho. Y el lunes, preséntese en esta dirección. De civil.

Se ha sacado del bolsillo un cuaderno y ha anotado el nombre de una calle y un número.

—¿Y qué ocurrirá entonces?

—Recibirá nuevas órdenes —me dijo con cierta frialdad, o eso me ha parecido, dándome a entender que yo no tenía ni arte ni parte en el asunto—. No olvide que ahora es un soldado en activo, Rief.

Y no ha querido revelarme nada más. Hemos conversado desapasionadamente sobre el curso de la guerra, el gran ataque a la Crete d'Aubers, sobre mis experiencias en la E. S. L. I. y mi trabajo en el Campo de Bishop's Bay.

—Creo que puede considerar cerrado ese capítulo de su vida —es todo lo que ha añadido al respecto.

Así que aquí estoy, en un hotel pequeño de Bayswater (Greville y yo hemos subarrendado el piso de Chandos Place), con una semana de permiso por delante. No puedo pensar en nada: no tengo expectativas, y especular no serviría de mucho. Quién sabe qué me habrá preparado Munro, aunque seguro que será más interesante que las constantes quejas de frau Schumacher sobre su salud.

Curiosamente, lo único que lamento un poco de mi marcha de Swansea tiene que ver con Cerridwyn. La imagino puntual, vestida con sus mejores galas para su viaje a Londres, esperándome junto a la taquilla de la estación. Y entonces el tren de las nueve se va. Esperará al siguiente, por si acaso, pero a medida que pasen los minutos sus esperanzas se irán desvaneciendo, y al cabo de una hora, o dos, al ver que no aparezco, regresará a casa maldiciendo a los hombres y sus egoístas engaños sin fin.

## 9. FONDO DE GUERRA DE CLAVERLEIGH HALL

—Está siendo todo un éxito. Quién lo habría dicho. Ya llevamos recaudadas doscientas libras, y no es ni la hora del almuerzo. Y ayer fueron quinientas —comentó la madre de Lysander entre humilde e incrédula, los dos de pie frente al camino principal, contemplando las hileras de coches y caravanas, y la cola larguísima de gente que esperaba para pagar la entrada de un chelín que daba derecho a participar en el «GRAN FESTIVAL DE CLAVERLEIGH HALL», tal como anunciaba la pancarta colgada en la verja de entrada al jardín.

—¡Bravo! —exclamó Lysander—. Me alegro por los refugiados belgas.

—No, no, ahora ya no son sólo ellos. Acabamos de enviar seis ambulancias a Francia.

La obra benéfica de Claverleigh Hall se había iniciado poco después del estallido de la guerra. La idea era recoger mantas, ropa de abrigo y tiendas de campaña para enviarlas a los refugiados belgas. Aquel éxito inicial había entusiasmado a Anna Faulkner, y el Fondo de Guerra de Claverleigh Hall, pues así pasó a llamarse, le servía para dar rienda suelta a unas energías y una capacidad organizativa que Lysander llevaba años sin ver puestas en práctica, de hecho, desde que se ocupaba de las administraciones de la compañía teatral de Halifax Rief. De pronto tenía una causa y, gracias a las sumas considerables de dinero que recaudaba, se había convertido en una persona tenida en cuenta. Había empezado a trasladarse a Londres una o dos veces por semana para asistir a reuniones con funcionarios del Ministerio del Interior y (una vez que las Ambulancias de Campo de Claverleigh Hall entraron en servicio) con militares de alta graduación del Ministerio de la Guerra.

Su último plan pasaba por abrir escuelas de formación de enfermeras para que aprendieran a tratar, específicamente, las heridas y las dolencias más comunes que sufrían las tropas del Frente Occidental. «¿Quién necesita una comadrona cuando sufre de pie de trinchera?», era uno de sus lemas más célebres, y habían empezado a invitarla a participar en comités y a prestar su nombre para que figurara en peticiones y otras buenas causas. A Lysander le parecía que incluso se veía más joven, si es que tal cosa era posible en su caso. Eso era lo que ocurría cuando uno tenía un propósito en la vida.

—¿Cómo se encuentra hoy Crickmay? —preguntó.

No había visto a su padrastro desde que había llegado.

—No ha habido cambios. Está débil. Tose y resopla. Apenas se levanta de la cama, pobrecillo.

—Yo debo volver a Londres después del almuerzo —comentó.

—No bajará a almorzar. Le transmitiré tus mejores deseos. Ya lo verás en tu próxima visita.

Y se fue corriendo a cambiar la caja de donativos, rebosante, por otra vacía. Lysander decidió dar un paseo por el jardín, donde habían instalado tenderetes en los

que vendían mermeladas y pasteles, un «tiro al coco», una tienda de campaña donde se servían cervezas, un espectáculo con perros, una zona de juegos, el de atrapar huevos con cucharas en la boca, las carreras de a dos a la pata coja, las carreras de sacos, una exhibición de ganado, y una zona donde se celebraba una yincana, mientras buscaba a Hamo, que había llegado hacía una hora y había ido en busca de semillas de patata para su huerto.

Lo encontró junto a las canchas de críquet donde, por seis peniques, podías lanzar a dos de los bateadores más importantes del equipo de críquet de Sussex: Vallance Jupp y Joseph Vine.

Hamo observaba con cara de asombro.

—Hay varios muchachos increíbles —dijo—. Ese crío de ahí acaba de ganar a Jupp en dos tiros. Una vergüenza para él. La bola, que venía con efecto, se le ha ido medio metro.

—¿Has tenido noticias de Femi? —Le preguntó Lysander, que sabía que había regresado a África occidental, porque añoraba su tierra y no era feliz en Winchelsea.

—Ha llegado a Lagos. Pero no creo que a partir de ahora vaya a saber gran cosa más. Tiene dinero y ya habla un buen inglés. Le irá bien... —Hamo miró hacia el sur, en dirección al canal de la Mancha, simbólicamente hacia África—. No soportó el invierno. Eso, y que lo observaran sin parar. Parece mentira lo maleducada que puede ser la gente cuando ve algo que no le resulta familiar. Tan pronto como acabe la guerra, iré a reunirme con él. Montaremos un negocio juntos, algo de compraventa. —Hamo miró fijamente a Lysander con sus ojos azules, palidísimos—. Le quiero muchísimo, ya lo sabes. Lo echo de menos todos los segundos del día. Es una persona totalmente honesta, dulce. Directa, sincera.

—Tienes mucha suerte —le dijo Lysander, y cambió de tema—. Me han comentado que Crickmay no está nada bien.

—Apenas puede respirar. Tiene los pulmones muy congestionados. Camina diez pasos y debe reposar cinco minutos. Al menos tu madre se dedica a las obras benéficas. Si no, se pasaría el día sentada a su lado, viéndolo morir.

Seguían paseando entre los puestos de la feria. Se había formado un corro alrededor de una pieza de artillería (un obús), y un aeroplano pequeño, corto y de morro redondeado, fabricado con lona y alambre tensado. Lysander vio que su Regimiento de Infantería Ligera de East Sussex había plantado una tienda de campaña de reclutamiento, y que frente a ella se extendía una cola considerable de jóvenes. Swansea los esperaba.

—Me doy cuenta de que mi guerra no ha sido la más emocionante del mundo —dijo Lysander al pasar junto a la cola.

—Yo no me lamentaría —replicó Lysander—. La guerra es algo repugnante y horrible.

—Pero tengo la impresión de que todo va a cambiar.

Le contó a su tío la visita de Munroa Swansea, y sus nuevas instrucciones.



—Me suena muy raro —dijo Hamo—. ¿Ropa civil? No te precipites en aceptar nada.

—No creo que tenga otra alternativa —le aclaró Lysander—. Me dejó muy claro que eran órdenes, y que debía obedecer.

—Cualquier tonto sabe «obedecer» órdenes —insistió Hamo, muy serio—. Lo inteligente es saber «interpretarlas».

—Lo tendré en cuenta.

Hamo se detuvo y le pasó la mano por el brazo.

—Y si necesitas mi ayuda, niño, no lo dudes. Tengo algunos amigos en el ejército, todavía. Y recuerda que yo también he participado en una o dos escaramuzas. He matado a docenas de hombres. No me enorgullezco de ello, ni mucho menos. Es sólo un hecho.

—No creo que la cosa llegue a tanto, pero gracias de todos modos. Abandonaron el concurrido jardín. Se elevaban al aire gritos y vítores, y un participante en las carreras de sacos rasgó la cinta con el pecho al llegar a la meta. Subieron por el camino que conducía a la casa, donde les aguardaba el almuerzo.

## 10. EL CÓDIGO «UNO A UNO»

El número y el nombre de la calle correspondían a una casa de cuatro plantas más terraza situada en Islington, con un sótano que quedaba por debajo de una reja de hierro ornamentada, una primera planta de fachada blanca, con ventanal bajo, y otras dos de ladrillo ennegrecido. Completamente normal y anodina, pensó Lysander mientras llamaba al timbre. Le abrió un marinero, y lo condujo a la sala principal. Estaba prácticamente vacía; había una silla en medio, encarada hacia una mesa plegable tras las que se distribuían otras tres sillas. Lysander se quitó la gabardina y el sombrero y se sentó a esperar. Llevaba un tres piezas de rayas cruzadas, de franela gris, una camisa de cuello duro y la corbata de su regimiento. Los del E. S. L. I. estarían orgullosos de él.

Entró Munro, también trajeado, y le estrechó la mano. Tras él lo había hecho un hombre de más edad, con chaqueta de frac de corte muy anticuado, que le fue presentado como coronel Massinger. Massinger tenía el rostro curtido y surcado de arrugas, y la voz ronca, como si estuviera recuperándose de una laringitis. Llevaba el pelo, negro y escaso, muy pegado a la cabeza con gran cantidad de brillantina, y tenía los dientes muy marrones, manchados, al parecer, por efecto del tabaco de mascar. Al momento apareció Fyfe-Miller, jovial y dinámico y, al verlo, Lysander puso a trabajar el engranaje de su mente. Le ofrecieron té, y él lo rechazó amablemente. En realidad, se dio cuenta de que sentía náuseas: aquello se parecía mucho a un tribunal, y no sabía si habría sido capaz de tomarse un té sin vomitar.

Tras algunos comentarios corteses («¿Ha disfrutado de su permiso?»), Massinger le entregó un papel. Escritas en él había varias columnas de números. Lo estudió. No entendía nada.

3	14	11	2
11	21	3	2
24	15	7	10
3	2	2	7

Y así sucesivamente.

—¿Qué entiende usted de eso? —le preguntó Munro.

—¿Es una especie de código?

—Exacto. Contamos con un agente que trabaja para nosotros en Ginebra desde hace unos meses, y que ha interceptado seis cartas que contienen hojas de papel como ésta.

¿Un «agente»? se preguntó Lysander. ¿«Interceptado»? ¿Qué era todo aquello? ¿Una especie de reunión de la Oficina de Espionaje de Guerra?

—Se trata de un tipo de código clásico —comentó Munro—. Se llama de clave «uno a uno» porque no puede ser descifrado: su clave la conocen sólo la persona que lo envía y la que lo recibe.

—Muy bien.

—Lo que necesitamos de usted, Rief —intervino Massinger, como si tuviera prisa, y lo estuvieran esperando para asistir a una reunión en otra parte—, es que vaya a Ginebra y se encuentre con nuestro agente, que lo llevará hasta el hombre que está recibiendo estos mensajes.

—¿Puedo preguntar quién es ese hombre?

—Un oficial consular alemán.

Lysander sintió unas ganas casi incontrolables de echarse a reír. Tal vez haber rechazado el té había sido un error. Ahora le habría venido bien tener algo que llevarse a la boca.

—¿Y qué hago después?

—Convencer a ese oficial consular para que nos entregue la clave que nos permitirá descifrar el mensaje.

Lysander permaneció en silencio. Asintió varias veces moviendo la cabeza, como si se tratara de la misión más normal del mundo.

—¿Y cómo suponen ustedes que yo podría «convencerlo»?

—Recurra a su ingenio —terció Fyfe-Miller.

—Un generoso soborno sería, probablemente, el método más eficaz —observó Munro.

—¿Y por qué yo?

—Porque es usted completamente desconocido —respondió el coronel Massinger—. Ginebra es como un avispero de espías e informantes, agentes, enlaces. Rumores, rumores, rumores. Cualquier inglés que llegue a la ciudad, por muy buena tapadera que tenga, es descubierto en cuestión de minutos. Queda registrado, es investigado y, tarde o temprano, expuesto.

Lysander creía estar seguro de que nada en su rostro lo delataba, de que seguía impasible.

—Yo soy inglés —razonó—. Así que, sin duda, eso mismo acabará sucediéndome a mí, inevitablemente.

—No —objetó Massinger, y al sonreír brevemente le mostró sus dientes manchados—. Porque habrá dejado de existir.

—Ahora, de hecho, sí me tomaría un té.

Fyfe-Miller fue hasta la puerta y pidió té, que trajeron al momento; todos se sirvieron una taza.

—Tal vez he expresado esto último con excesivo dramatismo —admitió Massinger, sin dejar de revolver el té. *Clin-clin-clin*—. Constará usted como «Desaparecido en combate». Y viajará hasta Ginebra con otra identidad. Clandestinamente.

—Adoptará la identidad de un ingeniero suizo —prosiguió Munro—. Su llegada a Suiza, su «regreso a la patria», por así decirlo, pasará desapercibida. Allí contactará con nuestro agente y recibirá instrucciones.

—¿Y se me permitirá saber de qué trata todo esto?

Munro miró a Massinger. Massinger dejó de revolver el té.

—Es muy complicado, Rief —dijo Massinger—. No sé si ha seguido con atención las noticias sobre la guerra, pero este año nos hemos embarcado en varios «avances» significativos, ataques a gran escala: en Neuve Chapelle, en la Crête d'Aubers y, recientemente, en Festubert. No han sido desastres absolutos, pero digamos que hemos fracasado claramente en casi todos nuestros objetivos. —Dejó la taza sobre la mesa—. Es como si estuvieran esperándonos, ya me entiende. Se reforzaron las trincheras enfrentadas, se construyeron nuevos fosos, se destinaron defensas a los lugares para propiciar los contraataques, se instalaron más elementos de artillería tras las líneas de apoyo. Algo casi sobrenatural... Y hemos sufrido muchas, muchas bajas.

Permaneció en silencio unos instantes, y compuso un gesto de hombre preocupado, casi desesperado.

Munro lo relevó.

—Yendo al grano, creemos que entre nuestros altos mandos hay... —hizo una pausa, como si se le resistiera el concepto—, no, no existe otro modo de expresarlo: un traidor. Que pasa información reservada sobre nuestros próximos ataques al enemigo.

—Y ustedes creen que estos mensajes codificados son la prueba —dijo Lysander.

—Exacto. —Fyfe-Miller se echó hacia delante—. Lo bueno del caso es que, tan pronto como hayamos descifrado los códigos, sabremos quién es. Lo habremos pillado.

Fyfe-Miller lo observaba con aquella intensidad a la vez cómplice y hostil, tan rara. Lysander sintió que se le secaba la boca, y empezó a temblarle la pantorrilla izquierda. Fyfe-Miller le sonrió.

—Sabemos que puede hacerlo, Rief. ¿Recuerda? Fuimos testigos de sus habilidades en Viena, lo vimos en acción. Por eso hemos pensado en usted. Habla un alemán excelente, y es un rostro desconocido, una incógnita. Es inteligente y tiene los pies en la tierra.

—Supongo que no me queda más opción que ofrecerme.

Munro extendió las manos, disculpándose.

—Me temo que no es una opción a su alcance —dijo—. No ofrecerse, quiero decir.

Lysander aspiró hondo y soltó el aire. En cierto modo, que te relegaran a un rincón era preferible a que te pidieran que cumplieras con tu deber.

—Aun así —intervino Massinger—, está la cuestión de su considerable deuda con el Gobierno de Su Majestad desde el asunto de Viena. Algo más de mil libras,

según tengo entendido.

—Consideraríamos esta misión como el pago de su totalidad —terció Munro—. Un reconocimiento a la naturaleza no del todo ortodoxa de la misión que le estamos encomendando.

—Un intercambio justo no es un robo —insistió Fyfe-Miller. Lysander asintió, como si supiera de qué le estaba hablando. En su mente no dejaba de oír las palabras de Hamo: cualquier tonto sabe obedecer órdenes, lo que importa es cómo las interpretas.

—En todo caso, eso es sin duda un incentivo —dijo, y le pareció que lo decía con gran sosiego—. Cuando ustedes estén listos, yo lo estoy.

Todos sonrieron, y pidieron más té.

## 11. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Después, Fyfe-Miller me ha llevado arriba, a un dormitorio. Sobre la cama había una maleta, que ha abierto.

—Es su nuevo uniforme —me ha comunicado—. Ahora es teniente, con paga de teniente, vinculado al Estado Mayor. Lo ascenderemos de rango, creemos que le hemos encontrado el mejor puesto, y podrá salir a patrullar alguna noche. —Ha hecho una pausa y ha sonreído—. No se preocupe tanto, Rief. Antes de irse recibirá gran cantidad de información. Conocerá el plan mejor que a su familia. ¿Por qué no se lo prueba?

Fyfe-Miller ha salido al rellano mientras me desvestía y me ponía mi uniforme nuevo, que incluía los distintivos rojos en las solapas que me identificaban como oficial del Estado Mayor. Era de mi talla, y así se lo he hecho saber a Fyfe-Miller.

—Su sastre, Jobling, fue de gran ayuda en ese sentido. —Me ha mirado y ha vuelto a dedicarme una de esas sonrisas tuyas ligeramente descontroladas—. Señor se nace. Muy elegante.

Una vez más, me pregunto qué maquinaciones habrán tenido lugar a mis espaldas. ¿Cómo habrán sabido de la existencia de Jobling? Tal vez no sea tan difícil averiguarlo, supongo. Pienso en esos tres hombres y en su nueva influencia sobre mí y mi destino: Munro, Fyfe-Miller y Massinger. A dos los conozco (un poco), y otro es un desconocido. ¿Quién está al frente del espectáculo? ¿Massinger? En ese caso, ¿a quién rinde cuentas él? ¿Es Fyfe-Miller un subordinado de los otros dos? Las preguntas se multiplican. Mi vida parece avanzar por unas vías con las que yo no tengo nada que ver: soy un pasajero de un tren, y no tengo la menor idea de la ruta que sigue ni de su destino final.

Me he mudado de hotel, de Bayswater he pasado a South Kensington. Dispongo de un dormitorio y de un saloncito con chimenea, por si necesito calefacción. Los días son cada vez más benignos, el verano deja notar su presencia.

Y, a mí, convertido en alguien a punto de ir, las noticias del frente me parecen de pronto absolutamente relevantes. Me descubro siguiendo con inusitado interés el final sangriento e interminable de la batalla de Festubert. Leo las noticias de este gran triunfo para las tropas británicas e imperiales (también han participado indios y canadienses), pero incluso para los no iniciados, los reparos y los calificativos en los relatos de la batalla resultan llamativos: «valiente sacrificio», «valerosa lucha», «enfrentados al incesante fuego enemigo»... Estas expresiones gastadas delatan el juego. E incluso aparece cierta crítica velada: «número insuficiente de nuestra artillería pesada». Se reconoce que las bajas alcanzan las decenas de miles. Tal vez más.

Mi madre me ha hecho llegar mi correspondencia. Para mi sorpresa, he recibido carta del doctor Bensimon, que transcribo:

Querido Rief:

Confío en que todo esté bien, en todos los sentidos de la palabra.

Quería informarle de que mi familia y yo abandonamos Viena en cuanto comprendimos que la guerra era inevitable. He abierto consulta aquí, en Londres, y se lo comunico por si alguna vez precisa de mis servicios profesionales. En cualquier caso, me alegraré de verlo. Las señas de mi consultorio son 117, Highgate Hill. Teléfono: HD 7634.

Saludos sinceros,

*John Bensimon*

PD: Los resultados de nuestras sesiones de Viena aparecieron publicados en el número de primavera del presente año de *Das Bulletin für psychoanalytische Forschung*. Usted aparece bajo el seudónimo de «El Maestro de Ceremonias».

Su carta me ha reconfortado y conmovido. Siempre me cayó bien Bensimon, y siempre lo he respetado, pero nunca estuve del todo seguro de lo que opinaba de mí. «En cualquier caso, me alegraré de verlo». Lo entiendo como una clara indicación casi amistosa, como una invitación explícita a que me ponga en contacto con él.

Todos los días, de lunes a viernes, acudo a la casa de Islington para recibir instrucciones de Munro, Fyfe-Miller y, cada vez más, de Massinger. Estudio mapas y, en el sótano, me familiarizo con una maqueta de una porción de nuestra línea de frente. Yo creía que aquélla era una operación de espionaje de la Oficina de Guerra, pero empiezo a sospechar que tiene su origen en algún otro departamento secreto del gobierno. Un día, Massinger se refirió un par de veces, sin darse cuenta, a una persona conocida como «C». Oí que le decía a Fyfe-Miller, con más énfasis que otras veces, incluso con ira reprimida: «Yo llevo Suiza, pero “C” considera que es una pérdida de tiempo. Según él, deberíamos concentrar nuestros esfuerzos en Holanda. Contamos con Rief para demostrarle que está equivocado». ¿Qué diablos significa eso? ¿Cómo voy a poder estar a la altura del desafío? Cuando se me presentó la ocasión, le pregunté a Fyfe-Miller quién era ese “C.”, pero él me respondió, simplemente: «No sé de qué me está hablando. Cosas. Tonterías».

Mi nueva identidad como ingeniero ferroviario suizo va adoptando forma rápidamente. Está muy basada, de hecho, en un ingeniero real, un hombre que sufre de úlcera duodenal crónica y vive ingresado en un sanatorio belga. Silenciosamente, hemos tomado prestada gran parte de su identidad mientras él permanece en su

unidad hospitalaria, semiconsciente, sufriendo, cada vez menos esperanzado. Me llamo Abelard Schwimmer. No estoy casado, y mis padres ya han fallecido. Vivo en un pueblo pequeño a las afueras de Zúrich. Hoy he visto mi pasaporte, un documento de aspecto muy oficial lleno de sellos de las fronteras que he cruzado: Francia, Bélgica, Holanda e Italia. Debo entrar en Ginebra en barco, desde el lado francés del lago, en Thonon, y llegar hasta un hotel comercial de tamaño medio. El agente con el que debo contactar responde al nombre de «Bonfire». El Maestro de Ceremonias conoce a la Hoguera. Bensimon se reiría si lo supiera.

Esta mañana, Munro me ha llevado a un campo militar de tiro situado al este de Beckton y me ha instruido en el uso del revólver webley mark VI. He disparado docenas de veces contra dianas, con bastante puntería. Se trata de un arma muy potente, y al cabo del rato ha empezado a dolerme el antebrazo.

—Espero no tener que usar esto —he dicho.

—Intentamos prever todas las eventualidades, Rief —ha sido toda su respuesta—. ¿Ha lanzado alguna vez una granada?

—No.

—Vamos a probar, ¿de acuerdo? La bomba milis. Muy sencilla, siempre y cuando sepa contar del uno al cinco.

De nuevo en Islington, me ha transmitido información crucial: la dirección de una casa segura en Ginebra; el número de teléfono secreto de un agregado militar del consulado (que sólo debo usar en caso de máxima emergencia); el número de una cuenta en el Banco Federal de Ginebra de la que podría retirar la suma necesaria para el soborno. Y una compleja contraseña doble que me permitirá identificar al agente Bonfire, y viceversa, por supuesto.

—Tómese su tiempo, pero le sugiero que lo memorice todo. Si no confía en su memoria, tatúeselo en alguna parte muy íntima de su anatomía.

Creo poder certificar que ése ha sido el primer intento de Munro de bromear conmigo.

Esta noche he cenado con Blanche en Pinoli's, en el Soho, uno de sus locales favoritos. Está a punto de iniciar la temporada en el Alhambra con *Héroe a su pesar*, y me ha contado que los teatros están tan llenos como en tiempos de paz. He sentido envidia y unas súbitas ganas de retomar mi vida de antes, de volver a subirme a un escenario, de actuar, de fingir. Y entonces he caído en la cuenta de que eso es precisamente lo que estoy a punto de hacer. Incluso el título de su obra resulta especialmente adecuado. La constatación me ha tranquilizado un poco.

—Me gustas con uniforme —me ha dicho—. Pero creía que eras soldado raso.

—Me han ascendido —le he respondido—. Pronto salgo para Francia. De hecho...

Ella me ha mirado en silencio y se le han llenado los ojos de lágrimas.



—No, Dios mío... —y cuando ha recobrado algo la compostura, ha añadido—: Lo siento tanto... —Se ha mirado las manos, constatando, supongo, la ausencia del anillo de compromiso. Y entonces bruscamente, ha soltado—: ¿Por qué nos salieron tan mal las cosas, Lysander?

—No nos salieron mal. La vida se interpuso.

—Y ahora es la guerra la que se interpone.

—Podemos seguir siendo...

—¡No lo digas! —le interrumpió ella—. ¡Detesto esa frase!

Así que no he dicho nada, y he cortado un pedazo grande de filete. Al morderlo, he notado que me saltaba la corona de una muela.

—Puedo hacerte otra —me ha dicho el honorable Hugh Faulkner—. Pero, en las actuales circunstancias, tardará un poco.

—Vuelve a pegarme ésta, si puedes —le he respondido—. En cualquier momento me envían a Francia.

—Cinco de mis compañeros de facultad ya están muertos —ha comentado él con tristeza—. De los de la escuela, no me atrevo ni a pensarlo.

Como no se me ocurría qué decirle, he permanecido en silencio. Él también, dando unos golpecitos a la base cromada de su asiento con la punta del zapato. Yo estaba sentado en su silla reclinable especial, en su clínica dental de Harley Street.

—A todos nos hace falta un poco de suerte —he dicho, para sacarlo de su lúgubre ensoñación y para interrumpir el golpeteo del zapato.

—Tú tuviste mucha, porque podrías haberte tragado la corona.

Eso sí es un golpe de suerte —me ha dicho, acercando la pieza al potente foco suspendido sobre su cabeza—. Asombra pensar que antes las fabricaran de marfil. —Se ha desabotonado los puños de la chaqueta y se ha remangado—. Abre bien la boca, y echemos un vistazo.

Le he obedecido, y Hugh ha acercado más el foco y me ha examinado la boca. Llevaba un traje oscuro de tres piezas y una corbata que me resultaba familiar, pero que no he conseguido identificar. Ha empezado a hurgarme la boca con ese afilado gancho metálico.

—De hecho, debo admitir que mantienes los dientes en unas condiciones más que aceptables.

—¡Ay!

—Lo siento, lo siento.

Me había tocado el nervio, o tal vez hubiera clavado el punzón en un pedazo blando y cariado.

Yo estaba pálido y sudoroso. Rígido.

—Dios mío, Hugh. ¡Jesús! ¡Qué agonía!

—Lo siento. Te he tocado ese gran empaste del fondo. Superior derecha, segundo molar.

—¿Hay caries?

—No, no. Los dientes están bien —me ha respondido Hugh, ahogando una risita—. Lo que has notado ha sido una descarga eléctrica. Dos fragmentos de metal se tocan y la saliva actúa como electrolito. ¡Ay! Es como un pedazo de papel de plata cuando partimos chocolate. Ya sabes, de las que se quedan pegadas a la tableta. Mordemos y... como una descarga eléctrica. Pero no tienes nada en los dientes. —Ha dado un paso atrás y se ha pasado la mano por el pelo. Me ha sonreído, disculpándose—. Pero ya está bien de perder el tiempo, vamos a pegarte eso ahí otra vez.

### *El electrolito*

Al ver tu rostro asomar por la puerta  
En un sueño con baile de derviches  
Fue como si un punzón me rozara la muela  
(Electrolito de amor).  
Y entonces te vi de veras.

La neblina nocturna se posa en el valle,  
Alargo las manos,  
La aplano y la doblo  
Hasta formar con ella un paquete cuadrado  
Y te la regalo.

\* \* \*

Estoy sentado en mi viejo dormitorio, en Claverleigh. Vengo de visitar a Crickmay, para despedirme de él. Me voy mañana... a Francia. La respiración de Crickmay suena como el resoplido de una bomba de aire antiquísima vaciando una mina inundada. Aire y agua mezclados.

Ha conseguido susurrar un adiós y estrecharme la mano. Fuera, en el pasillo, mi madre parecía afectada, pero entera.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—No estoy seguro. Uno o dos meses, tal vez algo más.

Massinger no ha sido preciso. La duración vendrá determinada por las necesidades operativas y por el agente Bonfire.

—Él ya no estará cuando regreses —me ha dicho, con voz neutra.

—¿Y tú qué harás?

—Estaré bien. Podría pasarme las veinticuatro horas del día con las obras benéficas, si es necesario. No sé qué habría hecho sin ellas, en realidad. Ya tenemos a seis personas trabajando en la oficina de Lewes.

—Eso es fantástico.

Le he dado un beso en la mejilla, y ella me ha cogido la mano y ha retrocedido un paso para mirarme de arriba abajo.

—Estás guapísimo de uniforme —me ha dicho—. Tu padre habría estado muy orgulloso de ti.

Al recordarlo, me vienen lágrimas ardientes a los ojos.

## 12. «L'OFFICIER ANGLAIS»

Munro y Lysander almorzaron en Aire, a unos veinte kilómetros del frente. Exceptuando el hecho de que, en el restaurante, todos eran hombres de uniforme, a Lysander le pareció que la experiencia gustativa, vino incluido, se parecía notablemente a la que había experimentado allí mismo en 1912. Comieron un excelente *coq au vin*, bebieron una jarra de beaujolais, les dieron a escoger entre más de diez quesos, y remataron la comida con una tarta tatin y un calvados.

—Los condenados a muerte tienen derecho a un buen almuerzo —dijo Lysander.

—Admiro su humor patibulario, Rief, pero debo decirle que no se dará el caso. No va a correr ningún riesgo, o un riesgo mínimo. Vamos a trasladarnos a un sector muy seguro. Sólo tres bajas durante el mes pasado.

A Lysander no le tranquilizaron las palabras de Munro. Una baja era una baja. Tal vez sólo se produjera una ese mes, y le tocara a él. Y sin embargo todos aplaudirían la creciente seguridad en un sector ya de por sí seguro.

Los condujeron en vehículo militar a la retaguardia del extremo más meridional de las líneas británicas, donde el Primer Ejército de la Fuerza Expedicionaria Británica limitaba con el Décimo Ejército Francés. Dejaron atrás la localidad de Béthune, abandonaron la vía principal y siguieron avanzando por caminos rurales hasta llegar a los alojamientos del batallón 2/10.º de los Leales Fusileros de Manchester. Un camino delimitado por troncos y estacas los condujo hasta un campo salpicado de manzanos, donde se alineaban las tiendas de campaña. Una cocina de campo de tamaño considerable ocupaba una esquina, y de un prado vecino llegaban los gritos, los vítores y los golpes de cuero contra cuero que indicaban que allí se estaba jugando un partido de fútbol.

Lysander bajó del coche sintiéndose como el niño nuevo en su primer día de colegio: nervioso, asustado y algo mareado. A Munro y a él los condujeron al cuartel del batallón, situado en una granja cercana requisada, donde Munro entregó los papeles oficiales a un ayudante taciturno y claramente molesto, que se tomó su tiempo en leer lo que contenían, y que, mientras lo hacía, iba emitiendo unos sonidos guturales con los que parecía sustituir las palabrotas que, de haber podido, habría preferido pronunciar.

—Firmado por el mismísimo Haig —dijo, mirando a Lysander con cierta hostilidad—. Debe «facilitársele todo el apoyo» que precise, teniente Rief. Tiene que ser usted un hombre muy importante.

—Lo es —terció Munro—. Es esencial que se haga todo lo posible por ayudar al teniente en todo. ¿Lo entiende, mayor?

—Lo entiendo, pero no lo entiendo —respondió él, lacónico, poniéndose en pie—. Síganme, por favor.

«Ya está —pensó Lysander—. Munro se ha pasado, es como cuando te vetan en un club». El rostro del mayor era la imagen misma del desprecio y la superioridad.

Los condujo por un camino de baldosas de barro cocido hasta un establo donde había instaladas varias camas. Le señaló una a Lysander.

—Deje aquí sus cosas. Me encargaré de que le asignen un asistente. La cena se sirve a las seis en la tienda del rancho.

—Déjemelo a mí —le pidió Munro mientras veían alejarse al mayor—. Mantendré otro tranquilo intercambio de impresiones con nuestro amable colega. —Esbozó una sonrisa—. Pienso darle un susto de muerte.

Lysander pensó que, en ocasiones, era mejor contar con alguien como Munro de tu parte. En cualquier caso, se pasó toda la cena sin decir nada, en la gran tienda de campaña habilitada como cantina. Ningún otro oficial hizo el más mínimo intento de entablar conversación con él, aunque más por cautela que por desprecio, o eso le pareció. Quién sabía qué habría dicho Munro. Así que se enfrentó a la comida, estofado de buey con bolitas de masa y un pudín con crema. Se sentía lleno, incómodo, pero le pareció que si dejaba los platos a medio comer incurriría en un oprobio mayor.

Cuando consideró que ya no podía tomarse por muestra de descortesía, regresó a la cama del establo y se fumó un cigarrillo.

—¿Señor Rief?

Se incorporó y vio a un sargento junto a la puerta.

—Soy el sargento Foley, señor.

Se saludaron mutuamente. A Lysander todavía le sorprendía que lo llamaran «señor». Foley era un hombre bajo y corpulento de unos veintiocho años, con nariz grande y plana. Tenía un marcado acento de Lancashire que, de algún modo, encajaba bien con su complexión musculosa.

—Se está organizando una expedición de control de las alambradas. Podemos unirnos a ella.

«No han perdido el tiempo librándose de mí», pensó Lysander, mientras recogía algunas pertenencias personales: una botella de *whisky*, cigarrillos, linterna, brújula, mapa, su petate con las dos granadas, una bufanda y unos calcetines de recambio. No se llevó la gabardina (la noche era despejada y nada fría), y siguió a Foley, sintiendo unas dudas repentinas que le agarrotaban las extremidades y le dificultaban la respiración. «Tranquilo, tranquilo —se decía a sí mismo, recordándose que aquél era un sector seguro—, todos los combates tienen lugar en otros frentes, por eso estás aquí. Te han informado e instruido convenientemente, has estudiado los mapas, te han transmitido instrucciones muy simples: límitate a seguirlas».

Foley y él se mantuvieron en la retaguardia de la expedición, que ascendía con dificultad por un camino embarrado y lo abandonaba para adentrarse en una trinchera de comunicación, que al principio les llegaba sólo hasta la cintura, pero que progresivamente iba hundiéndose más, hasta que los parapetos de ambos lados limitaron su visión del cielo crepuscular a una franja gris anaranjada suspendida sobre sus cabezas.

Cuando alcanzaron las líneas de apoyo, el cansancio empezaba a hacer mella en Lysander. Foley le mostró el refugio de los oficiales, y allí Lysander se presentó a un tal capitán Dodd, al mando de la compañía, un hombre mayor que él, de unos treinta y cinco años, con bigote de aspecto lánguido y húmedo, muy lacio, y a dos tenientes muy jóvenes llamados Wiley y Gorlice-Law, que, según él, no podían tener más de veinte años, y que eran como delegados de colegio interno. Todos sabían quién era él; debía de haberse corrido la voz y se mostraron educados y le dieron la bienvenida, pero, se fijó en que no dejaban de mirar los distintivos rojos del estado mayor como si sufriera alguna enfermedad contagiosa. Le asignaron una de las literas, y él sacó el *whisky* que llevaba en el petate como donación para el refugio. Todos dieron un trago al momento, y el ambiente se relajó un poco y se hizo menos formal.

Lysander refirió su historia falsa: lo enviaban para que reconociera el terreno frente a las trincheras británicas y francesas, y para que intentara identificar, en la medida de lo posible, a las tropas alemanas situadas delante.

—Han quemado casi toda la hierba que crecía frente a sus alambradas de espino —comentó Dodd, pesimista—. Resulta difícil aproximarse.

Lysander desplegó su mapa de trincheras y le pidió que identificara el sector concreto donde terminaba la línea británica y empezaba la francesa. Dodd señaló un saliente en forma de V que penetraba en tierra de nadie.

—Es ahí —dijo—. Pero lo han llenado de alambradas. No se puede pasar.

—Los extremos no deben tocarse —comentó Wiley, gracioso.

—Foley es el hombre adecuado para llevarlo hasta allí —dijo Gorlice-Law—. Al parecer, le encanta patrullar. —Estaba extendiendo paté de anchoa sobre una galleta salada, y le dio un mordisco con fruición, como si fuera un niño en una pastelería—. Delicioso —añadió, dando una explicación, a modo de excusa—: Siempre tengo hambre, no sé por qué.

Dodd envió a Wiley a montar guardia en la trinchera de vanguardia y a comprobar que los centinelas estuvieran en sus puestos. Lysander les llenó las tazas de *whisky*.

—Dicen que da mala suerte que miembros del Estado Mayor bajen a las trincheras de primera línea —comentó Dodd, sombrío.

Aquel hombre no era la alegría personificada, pensó Lysander.

—En cualquier caso, pasado mañana me iré —dijo Lysander—. Y no se acordarán de mí.

—Sí, muy bien, pero habrá venido igualmente, ¿no? Aquí mismo, con nosotros —insistió Dodd—. ¿Qué clase de ataque están planeando?

—Mire, es sólo una misión de reconocimiento —respondió Lysander, que habría querido contarle que él no pertenecía al Estado Mayor, en absoluto, y que por tanto no les traería mala suerte—. Es posible que de aquí no salga nada.

—De todos modos, no nos lo contaría, ¿verdad? —terció Gorlice-Law, preparándose otra galleta—. Máximo secreto y demás. Chitón.

—Tómese otro trago de *whisky* —dijo Lysander.

Durmió profundamente en su jergón estrecho y duro, y le despertó su propia mente, que no dejaba de dar vueltas a las cosas, y los ronquidos prolongados y profundos de Dodd. Al amanecer, oyó los silbatos que tocaban diana, y desayunó té y pan con mermelada que le trajo el asistente de Dodd. Foley llegó y se ofreció a enseñarle la trinchera de primera línea, para echar un vistazo a la tierra de nadie.

Las trincheras de la punta del ala más oriental de la Fuerza Expedicionaria Británica eran estrechas, profundas y se encontraban en buen estado de mantenimiento, según pudo ver Lysander. Y secas, con tablones en el suelo, un peldaño para disparar y remate grueso de sacos de arena en lo alto. Además de los centinelas, que permanecían de pie sobre el escalón de tiro, los demás soldados se acurrucaban en entrantes y pequeñas oquedades excavadas en la pared frontal; comían, se afeitaban, limpiaban los componentes de su equipo. A Lysander le sorprendió constatar, mientras seguía a Foley por unos travesaños hasta una aspillera cubierta con red, que casi todos llevaban pantalones cortos, y que tenían las rodillas morenas, como si estuvieran disfrutando de unas extrañas vacaciones de verano. Le entregaron unos prismáticos.

—Aquí estará bastante a salvo de los francotiradores —le explicó Foley—. A través de la red puede ver, pero no ser visto.

Lysander miró a través de los prismáticos y contempló aquella tierra de nadie. Hierbas altas y maíz silvestre alternando con brotes resecaos de acedera. A media distancia, frente a él, había unas ruinas pequeñas (más bien un montón de piedras partidas y desmoronadas), y más allá tres olmos algo torcidos, frondosos, con algunas de sus ramas arrancadas de cuajo. Todo parecía sereno y bucólico. Soplabla una brisa tibia, y aquel prado árido, que era tierra de nadie, se ponía en movimiento, las hierbas altas y las acederas se inclinaban ante el viento suave que las peinaba.

—¿A qué distancia se encuentran las trincheras? —preguntó.

—A unos doscientos metros, ahí. No se ven. La tierra se ondula en medio, muy poco.

Lysander lo sabía, como sabía que aquellas piedras derruidas eran los restos de la tumba de alguna familia. Ése tendría que ser su punto de referencia por la noche.

—¿Y esas ruinas?

—Cavaron un túnel hasta allí para convertirlo en puesto de escucha, pero nosotros lo bombardeamos hace un mes. Desde entonces no han vuelto.

—Quiero echar un buen vistazo esta noche, sargento. ¿Hay alguna zanja de drenaje?

—Algunas. Bastante embozadas y con maleza. ¿Ve esos sauces de ahí, a la derecha?

Lysander movió los prismáticos.

—Sí.

—Pues ahí empieza la más profunda. Recorre nuestro frente, y después se divide

y penetra en la alambrada francesa.

Lysander fingió tomar algunas notas sobre el mapa, ya empezaba a orientarse mejor, y además disponía de la linterna y la brújula; no esperaba tener problemas.

—¿A qué hora pretende salir? —le preguntó Foley. No le pasó por alto la omisión del «señor».

—Cuando esté más oscuro. A las dos, a las tres.

—Las noches son muy cortas. El solsticio de verano acaba de pasar.

—No estaremos mucho tiempo fuera. Sólo debo confirmar algunos detalles. Estará de regreso en cuestión de media hora. Estaremos de regreso —añadió al momento.

—El señor Gorlice-Law nos acompañará, según parece —informó Foley—. Él no ha salido nunca a patrullar. Al capitán Dodd le parece que puede ser un bautizo adecuado para él.

—No —dijo Lysander—. Sólo usted y yo, Foley.

—Yo me encargo del jovenzuelo, usted no se preocupe, señor. —Sonrió—. Es mejor tener contento al capitán.

Por la tarde, dos aeroplanos de vigilancia del Cuerpo de Aviación Real sobrevolaron las trincheras, y por primera vez Lysander oyó disparos que provenían de las líneas alemanas. Después llegaron unos gritos desde alguna zona imprecisa de la tierra de nadie. Una voz solitaria. Los hombres se echaron a reír.

—¿Qué es lo que grita? ¿Quién es? —le preguntó a Foley.

—Sale casi todas las tardes cuando la cosa está tranquila y nos insulta. Es tan puntual que cuando sale no hace falta que consultes el reloj.

Lysander se subió al escalón de tiro y escuchó. Débilmente, pero con claridad, a través de las malas hierbas le llegó el grito: «¡Eh, ingleses, cabrones!, ¡Volved a vuestra casa! ¡Ingleses, cabrones!».

A Lysander le pareció oír risas en las líneas alemanas.

Tras el paso de revista y la alerta del anochecer, empezó a sentir que su nerviosismo aumentaba de nuevo. Una vez más, en silencio, repasó las instrucciones, revisó mentalmente todo lo que tenía que hacer. Sin que nadie lo viera, comprobó el estado de las dos granadas que llevaba en el petate y verificó, por vigésima vez, que los detonadores estuvieran en su sitio. A Gorlice-Law le entusiasmaba la idea de salir a patrullar, y se cubría el rostro con betún, y cargaba y recargaba su revólver una y otra vez.

—Sólo vamos a inspeccionar el terreno —Lysander se sintió obligado a informarle—. No creo que merezca la pena.

—Llegué hace sólo dos días —respondió Gorlice-Law—. Estoy impaciente.



—Bien, pero ante la primera señal de peligro, salimos corriendo. Dodd le obligó a lavarse la cara y a «poner la mesa», media puerta montada sobre dos cajas de municiones, mientras le decía: «No pienso sentarme a comer delante de un moro, teniente». Les sirvieron una cena a base de guiso de buey enlatado con galletas saladas, seguido de un pudín, también de lata, regado con el resto del *whisky* de Lysander. Cuando ya había oscurecido casi por completo, llegó Foley con la ración de ron. A Lysander le pareció que era un licor muy fuerte, con un olor penetrante a melaza, y espeso como un jarabe. Vio que sus efectos, sumados a los del *whisky*, empezaban a resultar visibles en Gorlice-Law: tenía el gesto ido, lo que se hacía más evidente cuando intentaba concentrarse, fruncía mucho el ceño, arrugaba los labios y hablaba despacio y con esfuerzo.

Hacia las dos y media de la madrugada, Lysander lo condujo por la trinchera para reunirse con Foley en el punto de salida. Una escalera de mano, corta, estaba apoyada en la pared contraria al hueco de la alambrada. Foley llevaba un pasamontañas enrollado en lo alto de la cabeza, un chaleco viejo, de cuero y un cinturón trenzado, pantalones cortos, playeras y un par de calcetines de recambio atados alrededor de las rodillas. Tenía un revólver metido en un bolsillo, y un silbato atado a un cordel y colgado al cuello.

—Tres disparos significa que volvemos a casa —dijo, mirando a Lysander con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre, Foley?

—Que va usted uniformado, señor. Como si estuviera a punto de participar en un desfile.

—No tengo otra ropa.

Foley sostenía una lata de sebo negro, y le pintó con él unas franjas en la cara. Se volvió a mirar a Gorlice-Law, que se había quitado la chaqueta, el correaje y las polainas de tela, y se había metido el revólver en el cinto.

—Gorlice-Law, tiene que hacer todo lo que le diga, ¿entendido?

—Sí, mi sargento.

Foley encendió un cohete verey rosado para informar al frente de batalla de que iba a salir una patrulla y, trepando por la escalerilla, alcanzaron los sacos de arena y pasaron por encima. Agazapados, se colaron por entre la alambrada, y fueron engullidos por la oscuridad de la tierra de nadie.

Era una noche sin luna y a Lysander le asombró constatar lo rápido que se había desorientado, mientras reptaban entre las malas hierbas. Había transcurrido poco más de un minuto, y ya no sabía en qué dirección avanzaba, mientras seguía a Foley, y Gorlice-Law cubría la retaguardia. Una bengala blanca ascendió desde las líneas alemanas, y durante unos segundos el mundo se volvió brillante y monocromático. Sintió la tentación momentánea de ponerse en pie y ver dónde se encontraban. Todos

quedaron petrificados.

—¿Dónde están las ruinas? —preguntó a Foley en un susurro, cuando la intensidad de la luz menguaba y se extinguía—. A unos cincuenta metros en diagonal, hacia la derecha.

—Condúzcanos hacia allí.

Foley cambió de rumbo y siguieron gateando. Unos kilómetros más al norte, tenía lugar alguna «bravuconada»; cohetes luminosos y artillería lejana; la tos expectorante de una ametralladora. Lysander miró hacia atrás. En las trincheras de los Leales Fusileros de Manchester de la 2/10: no ocurría nada. Paisaje negro, dormido. Incluso las bengalas preventivas, de tanteo, parecían haberse apagado. Todo el mundo estaba impaciente por echarse a dormir.

—¿A qué distancia estamos? —insistió Lysander, dándole una palmada en el tobillo a Foley.

—Está ahí mismo, en ese pequeño montículo.

Había llegado el momento.

—Quédese aquí —ordenó a Foley—. No lo deje solo.

—No, señor. No vaya sin compañía. Déjeme que le guíe.

—Es una orden, Foley. Cuide del teniente.

Lysander se alejó de ellos, arrastrándose por la pendiente, por aquella elevación mínima, que sin embargo le permitió ganar la altura suficiente para divisar los pálidos bloques de piedra de la tumba derruida. Miró a la derecha, en busca de los olmos mutilados, y creyó intuir su silueta más oscura recortándose en el cielo nocturno. Ruinas, olmos, zanja de drenaje... Al menos contaba con los puntos de referencia físicos a los que dirigirse en medio de aquella negrura líquida, de aquella hierba susurrante que lo rodeaba.

Se arrastró por el otro lado del montículo, hacia el mausoleo en ruinas. Había tenido que ser una construcción imponente, pensó al acercarse, de algún dignatario local que quiso que su apellido perdurara. Pero no había contado con que...

Lysander se quedó paralizado. Había oído una especie de chirrido. ¿Ratas?... Pero no, era demasiado sostenido. ¿Agua goteando? Y entonces se detuvo. Extrajo la linterna del petate y las dos granadas de mano. Tirar del pasador, contar hasta tres, lanzarla y alejarse deprisa. Aquellas explosiones serían su tapadera, la causa de su «muerte», lo que le permitiría llegar a las líneas francesas.

Volvió a oír el chirrido. Muy débil. Se apoyó en los primeros bloques de piedra de la pared desmoronada. Apuntó con la linterna en la dirección de la que creía que provenía el ruido y la encendió un segundo. En el breve resplandor de la luz vio dos rostros blancos volverse y alzarse desde una zanja profunda excavada bajo la base de la tumba. Vio a un hombre con un bigote negro y el rostro de un muchacho rubio, muy joven, y una bobina con cable telefónico que giraba, desenrollándolo, chirriando ligerísimamente.

Apagó la interna, tiró de la anilla de la granada y la lanzó a la zanja. Un golpe

seco. Maldiciones. Hizo lo mismo con la segunda y, agazapado, corrió hacia donde creía que se alzaban los olmos.

Tras lo que le pareció una eternidad, oyó estallar las bombas con segundos de diferencia: dos estallidos sordos, amortiguados por la estrechez de aquella zanja bajo el mausoleo. Alguien empezó a gritar.

Lysander se arrodilló. Los gritos continuaban, roncós, agudos. Casi de inmediato se inició un fuego cruzado desde las dos líneas de trincheras, los centinelas desvelados por las explosiones de las bombas. Los cohetes ascendían en el cielo nocturno, verdes, rojos, blancos. De pronto se hallaba en un mundo de colores primarios. Y entonces llegaron los silbidos y el zumbido sordo de las granadas de fusil. Una ametralladora empezó a disparar. Lysander, boca abajo, reptaba sin atreverse a alzar la vista. Le parecía que debía encontrarse a unos sesenta o setenta metros de las ruinas. ¿Dónde estaban los olmos, joder? Y entonces, en un momento de silencio, oyó un grito angustiada: «¡Foley! ¡Foley! ¿Dónde estás?». El potente resplandor blanco de una bengala le permitió descubrir que había pasado de largo los olmos. Había avanzado más de lo que creía, y ahora tendría que cambiar de rumbo para encontrar los sauces y la zanja de drenaje. Se acurrucó y, hecho un ovillo, encendió la linterna para consultar la brújula. Estaba avanzando en línea recta hacia las líneas alemanas. Debería estar dirigiéndose hacia el sur. Giró noventa grados y volvió a ponerse en movimiento. La algarabía de disparos no cesaba, tras él, y oyó que acababa de sumarse el rugido grave de los grandes morteros. Su pequeño desvío se le había ido de las manos. Esperaba que Foley y Gorlice-Law hubieran logrado regresar sanos y salvos.

Cayó en la zanja de drenaje, y el palmo de agua que cubría el suelo bastó para dejarlo empapado. Se acuclilló y apoyó la espalda en la pared, procurando calmarse. Algunos cohetes se elevaban todavía, pero los disparos parecían extinguirse. Falsa alarma. Nada importante. Sólo un susto.

Volvió a sacar el mapa, cubrió la linterna con la mano e intentó ver dónde se encontraba. Si ésa era la zanja que Foley le había indicado, entonces sólo tenía que avanzar por ella unos cien metros antes de que se produjera el desvío a la derecha, que lo llevaría hasta las alambradas francesas. Una vez allí, sólo habría de fijarse en los cohetes verdes de las líneas galas, que le indicarían por dónde entrar. Eso si todo salía según el plan de Munro... Consultó la hora. Las 3.30. En cuestión de una hora, aproximadamente, empezaría a clarear. De modo que debía ponerse en marcha.

Avanzó por la zanja inundada y, en efecto, al poco notó que se desviaba hacia la derecha. Pero entonces, abruptamente, parecía llegar a un final súbito, cortada por una antigua canalización. Lysander se asomó e intentó ver algo en la oscuridad. En teoría, la línea de alambradas del Décimo Ejército Francés se encontraba frente a él. Pero no había ni rastro de los cohetes verdes que Munro le había prometido. Cada diez minutos se lanzará uno, le había asegurado. Sin duda, tenían que haber oído el ruido y el escándalo causado por el estallido de sus granadas.

Fue entonces cuando su mente regresó a aquellas dos bombas que había lanzado a la zanja, bajo la tumba. Vio la imagen fija de los dos rostros alzándose para mirarlo, el hombre del bigote, el muchacho rubio, absolutamente perplejos, atónitos. Dos oficiales de comunicaciones tendiendo un cable telefónico, intentando habilitar de nuevo el puesto de escucha, suponía. También debía suponer que sus granadas los habían matado a los dos, o les habían causado heridas graves. Se había oído aquel grito. Angustiado, primitivo. El pánico en la negrura cuando las bombas habían rebotado contra la piedra. Los dedos palpando, buscando. Las maldiciones desesperadas, y entonces... ¡*Bum!*

Sintió que empezaba a temblar, y se acercó las rodillas al pecho. No tenía sentido pensar en ello, en lo que les había ocurrido a aquellos dos oficiales de comunicaciones. ¿Cómo iba a saber él que estarían allí? No. Decidió que lo mejor que podía hacer era quedarse quieto y esperar a que amaneciera. Después, tal vez se le ocurriera qué hacer.

Fue algo fantasmal y hermoso descubrir que clareaba tras las líneas alemanas. Llegó el alba, y al fin distinguió los hitos más destacados del paisaje: tres olmos a su derecha y, frente a él, el sombreado de las alambradas francesas. La embocadura del canal era un arco desnudo de piedra, oculto casi por completo por los juncos que se nutrían de la humedad de la zanja de drenaje. Llegó hasta él el olor del humo de los braseros de carbón que empezaban a encenderse en las trincheras, y que la brisa impulsaba sobre la tierra de nadie. Sintió hambre. Un par de lonchas de beicon y un pedazo de pan chorreante de grasa le vendrían muy bien, gracias.

Con sumo cuidado, apartó los juncos sobre el canal y distinguió la densa espiral de la alambrada francesa a unos veinte metros de donde se encontraba. Le pareció muy denso y tendido con gran celo. Por ahí no podría colarse. Vio una columna de humo gris que ascendía desde las trincheras, más lejos, y que la brisa se llevaba, pero ni el más mínimo indicio de un repecho de sacos de arena, ni de aspilleras de centinela.

Se rodeó la boca con las manos y gritó.

—*Allo! Allo!, le suis officier anglais!*

Transcurridos cinco segundos, volvió a gritar «*Allo!*», y por toda respuesta recibió un disparo de rifle.

—*Je suis un officier anglais! Je ne suis pas allemand!*

Siguieron más disparos, pero ninguno de ellos fue a dar cerca.

Después oyó un grito que provenía de las líneas francesas.

—*Tu penses que nous sommes crétins, monsieur Boche? Va te jaire enculer!*

Lysander se sintió impotente durante unos momentos. Tal vez hablar en francés había sido un error.

—Soy inglés —gritó—. Un oficial inglés. Me he perdido. *Perdu.*

Hubo algún otro disparo al azar. Volvió la cabeza y miró en dirección a las líneas alemanas. Esperaba que el enemigo no se sintiera provocado y decidiera disparar también, en cuyo caso se encontraría en medio de un fuego cruzado.

—*Parlez vous l'anglais?* —Gritó de nuevo—. ¡Soy un oficial inglés! ¡Estoy perdido!

Volvieron a insultarlo, a dedicarle expresiones de lo más colorido que él no comprendía o que, según intuía a medias, tenían que ver con distintos actos sexuales en los que también intervenían animales y otros miembros de su familia.

Se enderezó un poco, desesperado. ¿Qué debía hacer? Pensó que tal vez tuviera que esperar a que oscureciera y volver con los fusileros de Manchester. En ese caso, sería cuestión de suerte que no lo matara algún centinela nervioso, inquieto tras el intercambio de fuego de la noche anterior. Pero, suponiendo que lograra regresar, ¿cómo se explicaría a sí mismo que toda la operación de Ginebra podía ponerse en peligro? Menudo plan de mierda, pensó. ¿Por qué debía esfumarse..., desaparecido en combate? ¿Por qué no llegar, simplemente, a Ginebra convertido en Abelard Schwimmer?

—*Officier anglais?* —El grito provenía de las líneas francesas—. ¿Está ahí?

—¡Sí! ¡Estoy aquí! ¡En la zanja! *Lefossé!*

—Muévase a la izquierda. Cuando vea... —La voz se interrumpió.

—¿Cuándo vea qué?

—*Un poteau rouge!*

—¡Un poste rojo!, *le comprends!*

—Ésa es la vía para entrar a través de... Ah, *notre barbelé.*

—¡Voy! ¡No disparen! *Ne tirez pas!*

Lysander salió de la zanja de drenaje y empezó a gatear hacia la izquierda, intentando mantenerse lo más pegado al suelo que podía, sintiéndose de pronto muy expuesto. Reptó y se arrastró durante un minuto hasta que descubrió una estaca roja clavada junto a un hueco en la maraña de alambre. Modificó el rumbo y gateó hacia allí; ahora veía que dibujaba un camino en zigzag a través del laberinto.

—*Je suis la!* —gritó.

Se arrastró despacio hasta el interior de la maraña de alambre de espino, y vio el repecho de sacos frente a él.

—¡Voy! —gritó, sintiéndose de pronto completamente aterrado, convencido de que le pedían que se acercara para matarlo desde más cerca.

Sostuvo en alto su gorra, su gorra inglesa color caqui, y la agitó por encima de la cabeza. Unos brazos fornidos salieron a su encuentro cuando alcanzó los sacos de arena, lo levantaron y lo bajaron con cuidado hasta el fondo de la trinchera.

Permaneció en el suelo unos instantes, recobrando el aliento, contemplando desde abajo a los gigantes que lo rodeaban: hombres barbudos, sucios, con sus uniformes azules, manchados, todos, curiosamente, fumando en pipa. Ellos también lo miraban con gran curiosidad.

—*C'est sur* —dijo uno de ellos—. *Un véritable officier anglais.*

Estaba sentado en una zanja de las líneas de apoyo, con una taza de peltre en una mano —llena de café sin azúcar ni leche—, y experimentaba un nivel de cansancio que hasta entonces nunca había conocido. Sostener la taza y llevársela a los labios era un esfuerzo supremo, equivalente a levantar una roca o una bala de cañón. Dejó el café en el suelo y cerró los ojos. Dormir. Dormir una semana. Había entregado la carta sellada que llevaba en el petate al oficial al mando de la trinchera, junto al que le habían conducido los gigantes azules y barbudos. Un cigarrillo, eso era lo que necesitaba. Se palpó los bolsillos, y entonces recordó que los había dejado en la trinchera de Dodd. El escondrijo de Dodd. Wiley y Gorlice-Law. ¿Había llamado Gorlice-Law a Foley con aquel grito? Esperaba que todos...

—Aquí lo tenemos. Nuestra falsa moneda.

Se volvió, parpadeando. Fyfe-Miller estaba ahí, junto a la puerta. Elegante con su chaqueta con correajes de cuero, sus *jodhpurs* y sus botas de montar muy bien lustradas. El oficial francés se encontraba tras él.

—*Notre mauvais centime* —Fyfe-Miller le tradujo al oficial francés, sin esforzarse lo más mínimo en suavizar su acento. Ayudó a Lysander a ponerse en pie, mientras le dedicaba una sonrisa de oreja a oreja. Lysander estuvo a punto de darle un beso—. Fase uno completada —dijo Fyfe-Miller—. Era la parte fácil.

# TERCERA PARTE

*Ginebra, 1915*

# 1. LAS CARTAS DE GLOCKNER

El transbordador de Thonon encaró la proa a uno de los muelles de Ginebra, y se pusieron los motores en marcha atrás para alinear la popa. La pequeña embarcación se estremeció y Lysander, Abelard Schwimmer, estuvo a punto de perder el equilibrio, y tuvo que agarrarse con fuerza a la barandilla de madera de la cubierta superior, mientras lanzaban las gruesas sogas a la dársena y unos marineros las fijaban a los bolardos para inmovilizar la nave. Descolgaron la escalerilla, y Lysander recogió su maleta de cuadros escoceses y se sumó a la desordenada cola de pasajeros con prisa por desembarcar. Finalmente le llegó el turno de descender por la rampa inclinada y dar sus primeros pasos en suelo suizo. Ginebra se extendía ante él bañada por el sol matutino: grandes edificios de pisos en primera línea del lago, sólidos, prósperos, ocupando la llanura aluvial; sólo la mole de la catedral se elevaba sobre el nivel de los tejados grises y rojizos, y le recordaba vagamente a Viena, aunque no sabía por qué. Colinas bajas y, más allá, las nieves deslumbrantes de las montañas, a lo lejos. Aspiró hondo el aire de Suiza, se tocó con su sombrero homburg, y Abelard Schwimmer partió en busca de su hotel.

Tras pasar de la primera línea a la retaguardia, Lysander y Fyfe-Miller fueron conducidos hasta Amiens, donde ya les habían reservado una habitación en el hotel Riche et du Sport. Se metió en la cama al instante, y durmió todo el día, hasta que, ya de noche, Fyfe-Miller lo zarandeó para despertarlo, y le informó de que debía tomar un tren a París, y desde allí otro que lo conduciría a Lyon. Se vistió con ropa de Abelard: un traje de sarga azul marino mal cortado (que ya empezaba a darle calor), una camisa *beige* de cuello blando con una pajarita incorporada y unos zapatones de color marrón. Si la intención de Fyfe-Miller era ofender su sentido del buen gusto en el vestir, lo había logrado con creces, pensó Lysander. Recibió una maleta de cartón de cuadros escoceses, que contenía varias camisas de recambio y algunas mudas, además de un fajo de francos suizos metidos dentro de un forro, y que debían durarle un par de semanas, según le comunicó Fyfe-Miller, tiempo más que suficiente para cumplir con la misión. El conjunto lo completaba una gabardina verde y un sombrero homburg.

—*Un homme moyen sensuel* en toda regla —dijo Fyfe-Miller—. Menuda transformación.

—Tiene usted un acento francés terrible, Fyfe-Miller —dijo Lysander—. «*Joumm moyen zenzuil*»... Chocante. —Lo repitió como lo había dicho él, y a continuación con la pronunciación correcta—. En francés, la hache es muda.

Fyfe-Miller sonrió, despreocupado.

—*Qüel jrorror*. Pero me hago entender —dijo, sin avergonzarse lo más mínimo—. Y no necesito nada más.



Se dieron la mano en el andén de Amiens.

—Buena suerte —le deseó Fyfe-Miller—. Por el momento, todo bien.

No se entretenga en París. Dispone sólo de cuarenta y cinco minutos para el cambio de tren. Massinger le estará esperando en Lyon.

—¿Dónde está Munro?

—Buena pregunta... En Londres, creo.

Lysander viajó hasta París, desde allí hasta Lyon en el tren nocturno y en primera clase; ventajas de ser ingeniero, supuso. En su compartimento viajaban dos coroneles franceses que lo observaban con desprecio manifiesto, y que no le dirigieron ni una sola palabra. A él no le importó lo más mínimo. Se durmió enseguida, y soñó que lanzaba sus granadas a la zanja, que veía los rostros asombrados de los dos oficiales de comunicaciones alzarse hacia él antes de que apagara la linterna. Cuando despertó, al amanecer los coroneles ya no estaban.

La estación de Lyon estaba atestada de soldados que iban camino del frente. Al verlos, Lysander recordó que éste todavía quedaba cerca, que descendía desde la Champaña y las Ardenas formando un meandro irregular desde el mar del Norte hasta la frontera suiza. Casi ochocientos kilómetros, de los que el ejército británico era responsable de unos cincuenta. Massinger lo esperaba en el bufé de la estación, bebiendo cerveza, constató Lysander. Tomaron el cercanías que se dirigía al lago de Ginebra hasta Thonon, en su orilla meridional, y se registraron en el hotel de Thonon et Terminus, convenientemente situado junto a la estación, en la parte baja de la ciudad.

Massinger estaba irritable y parecía incómodo. Cuando Lysander empezó a hablarle de su agitada noche en la tierra de nadie, él parecía escucharle sólo a medias, como si estuviera pensando en asuntos más urgentes.

—Sí, sí, claro. Alarmante.

Lysander no se molestó en ampliar detalles, no le contó nada sobre las bombas, no le dijo que había visto amanecer sobre las líneas alemanas mientras seguía agazapado entre los juncos, en la zanja de drenaje.

Cenaron juntos, pero la relación seguía siendo poco natural, forzada. Eran como esas personas que apenas se conocen, esos dos únicos ingleses que coinciden en una pequeña localidad francesa. Qué mala suerte. Se mostraban corteses, fingían cordialidad, pero no podía negarse que, de haber podido, habrían preferido cenar solos.

Massinger, al menos, disponía de más información, y le dio más instrucciones sobre su misión. Una vez Lysander llegara a Ginebra y se hubiera instalado en su hotel, debía frecuentar el mismo café dos veces todos los días, a las 10.30 y a las 16,30, y permanecer en él una hora. En determinado momento se dirigiría a él el agente Bonfire, intercambiarían la contraseña doble, y Lysander recibiría más órdenes, si a Bonfire le parecía que el momento era adecuado.

—Parece que Bonfire es el que manda aquí —dijo Lysander sin pensar.

—Bonfire es, probablemente, nuestro activo más importante en toda nuestra guerra de espionaje, en este momento al menos —replicó Massinger en un tono verdaderamente hostil, la voz más ronca que de costumbre—. Bonfire lee toda la correspondencia que entra y sale del consulado alemán de Ginebra. No sé si cree que eso vale algo o no. ¿Eh?

—Vale mucho, diría yo.

—Usted asegúrese de frecuentar la Taberne des Anglais a las horas pactadas, por la mañana y por la tarde.

—¿Taberne des Anglais? ¿No cree que es un poco obvio?

—Se trata de un asador anodino. ¿Qué más da el nombre?

Comieron en silencio. Lysander había pedido un pescado de nombre francés que no reconocía, y le pareció demasiado hecho, insípido y aguado. Massinger se tomó una chuleta de ternera que, a juzgar por los esfuerzos que hacía para cortarla, debía de estar durísima.

—Hay algo que me preocupa, Massinger.

—¿De qué se trata?

—Cuando vaya a sobornar a ese oficial... ¿Qué ocurre si no acepta el soborno?

—Lo aceptará. Se lo garantizo.

—Considere mi hipótesis.

—Entonces córtele los dedos, uno por uno. Lo cantará todo.

—Qué divertido.

Massinger dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa y lo miró casi con asco, o eso le pareció a Lysander. Perturbador.

—Le hablo muy en serio, Rief. Debe regresar de Ginebra con la clave para descifrar ese código. No se moleste en volver si no lo consigue.

—Escuche...

—¿Tiene la menor idea de lo que se juega?

—Sí, claro. Que me consideren un traidor. Un consejo de guerra. Etcétera. Lo sé.

—Entonces cumpla con su deber de soldado británico.

Después de la cena, Lysander se fue a dar un paseo por los muelles para serenarse, y se fumó un cigarrillo mientras contemplaba el gran lago (en aquella orilla lo conocían como lago Lemán), en dirección a las montañas sombrías de Suiza, que apenas distinguía en el anochecer. Había una luz extraña en aquel cielo vespertino, un azul palidísimo que se tornaba gris —el *Alpenglühen*, según había aprendido a llamarlo—, una combinación única del púrpura crepuscular de los valles y el dorado de las cumbres, todavía bañadas por la luz del sol. Sintió que en su interior crecía el nerviosismo: al día siguiente partiría hacia Ginebra con el primer vapor, contento por poder despedirse de Massinger, tan malhumorado e inseguro... Como a Fyfe-Miller le habría encantado recordarle, la fase dos le aguardaba al final de aquellas aguas negras, remansadas. Y él estaba listo.

Cuando regresaba al hotel, sus pensamientos lo llevaron de nuevo hasta los

fusileros de Manchester y la breve experiencia de guerra de trincheras que había conocido: Foley, Dodd, Wiley y Gorlice-Law. Allí, mientras recorría las calles de Thonon, aquellos cuatro hombres le resultaban tan conocidos como sus viejos amigos, y los recuerdos que conservaba de ellos eran tan vívidos como los de su propia familia. ¿Volvería a verlos algún día? Probablemente no. Sabía que, durante la guerra, los cambios de destino y las separaciones repentinas eran inevitables y, sin embargo, que así fuera no le servía de consuelo. Ya en el hotel, el recepcionista le entregó la llave y una nota de Massinger en la que le recordaba que el vapor zarpaba a las 6.30, pero que él, Massinger, no estaría presente cuando embarcara, puesto que se sentía algo indispuerto.

El hotel Touring de Ginebra fue una decepción. Los casi dos años de guerra en el resto de Europa habían acabado, de hecho, con el flujo regular de visitantes (turistas, escaladores alpinos, inválidos en busca de curación médica), de los clientes de los que se nutría un establecimiento de su clase. En el vestíbulo, el ambiente era derrotista; se veía sucio y polvoriento, las papeleras estaban llenas. Había geranios moribundos por falta de riego en las jardineras de la pequeña terraza, en pleno verano. El establecimiento disponía de ochenta habitaciones, pero sólo cinco estaban ocupadas. Sin embargo, ni siquiera la aparición inesperada de un nuevo cliente dispuesto a pasar un número de noches sin especificar mereció la más leve sonrisa de bienvenida.

Aquella primera noche, él fue el único comensal en el restaurante. El camarero le hablaba en un alemán rudimentario (le formuló una pregunta sobre Zúrich que él esquivó como pudo), pero no tardó en comprender la razón por la que Munro había decidido asignarle aquella identidad, como ingeniero de ferrocarril en la Suiza francófona, y en un hotel de categoría media como era el Touring, Abelard Schwimmer era un tipo anodino, corriente a más no poder, casi invisible.

El hotel Touring estaba en la Orilla Izquierda, a dos travesías del lago, en una calle con línea de tranvía y algunas tiendas importantes. En su primera mañana allí, Lysander se compró unos zapatos negros, varias camisas blancas y un par de corbatas de seda, y cambió el homburg por un panamá. Con el cambio de atuendo se sintió más él mismo, un inglés bien vestido en el extranjero, hasta que recordó que eso era, precisamente, lo que no debía parecer. Volvió a calzarse sus zapatos marrones y a calarse el hamburg, pero se negó categóricamente a ponerse aquella pajarita con el nudo ya hecho.

Acudió a la Taverne des Anglais a las 10.30 y se tomó dos jarras de cerveza rubia de Múnich en la hora exacta que pasó allí. No apareció nadie, como tampoco apareció a las 16.30. Aquella noche fue al cine y vio, sin esbozar ni una sonrisa, una comedia sobre el asalto fallido a un banco. Se dijo que, cuando le llegara el momento de regresar a su profesión anterior, debía buscar más oportunidades de actuar en el cine: parecía demasiado fácil.

Para el almuerzo del segundo día (su cita de las 10.30 tampoco presentó), decidió

comprarse un emparedado y alquilar una barquita de *remos* en la Promenade du Lac, y remó un kilómetro, siguiendo la línea de la orilla derecha. Hacía sol, y las fachadas blancas y rosadas de los edificios de apartamentos, con sus tejados puntiagudos, remates y cúpulas, con sus curiosas chimeneas de latón, los paseos junto al lago y el teatro Kursaal, con sus cafés y restaurantes, hablaban de un mundo de prosperidad y paz. Mientras remaba, veía más allá de la ciudad, distinguía los montes bajos que la rodeaban y se extendían hasta las crestas casi excesivas y nevadas del Montblanc y la cadena de montañas que se alzaba al oeste. Dejó de remar durante uno o dos minutos, frente a la alta fachada del Grand Hotel du Beau-Rivage, o del Beau-Espionage, como lo llamaba Massinger. «Manténgase alejado de él cueste lo que cueste. Mujeres dudosas de todas las nacionalidades. Y está lleno de agentes e informantes, todo el mundo tiene una historia que intentará venderle por unos pocos francos, desde el director hasta las camareras. Es un antro». Había niños chapoteando y gritando en la zona de baños contigua al Jetée des Paquis, y por un momento Lysander se sintió tentado de ir a comprarse un bañador y sumarse a ellos; sentía calor en la espalda y le apetecía refrescarse un poco. Se planteó remar hasta el parque de Mon Repos; ya veía sus árboles y jardines más allá del géiser, pero consultó la hora y vio que no faltaba mucho para las 16.30. Debería regresar a la Taverne des Anglais y conformarse con una cerveza fría.

Su visita resultó infructuosa una vez más, por lo que cenó temprano en un asador y después asistió a un concierto en la catedral, en el que se interpretaron obras de Joseph Stalder y Hans Huber, de los que no había oído hablar en su vida. En el hotel, pidió que le cambiaran de habitación y le dieran una interior, más tranquila, porque los tranvías lo despertaban temprano. Se había dado cuenta de que empezaba a dormir mal; no dejaba de soñar con que lanzaba sus granadas a la zanja, bajo la tumba. A veces veía los rostros crudamente iluminados del muchacho rubio y el hombre del bigote, ya veces a Foley ya Gorlice-Law. No era tanto que no durmiera como que no le gustaba lo que soñaba: la idea de dormir, y de soñar, le desagradaba y le inquietaba. Decidió empezar a retrasar la hora de acostarse. Pasearía por la calle hasta tarde, entraría en los cafés a tomarse algo caliente, o una copa de coñac, hasta que el cansancio le hiciera volver a su habitación de hotel. Tal vez entonces lograra dormir mejor.

A la mañana siguiente, tras otra hora perdida en la Taverne (los empleados ya lo saludaban; era un habitual), se fue a una farmacia a comprar un somnífero. Mientras envolvía los polvos de clorhidrato el farmacéutico le recomendó que acudiera a un centro de salud, pero a alguno que se encontrara por encima de los 2.000 metros. El insomnio sólo se curaba a partir de aquella altitud, insistió. Y le sugirió el hotel Jungfrau-Eggishorn, en el glaciar del Ródano, que había sido un lugar muy frecuentado por los ingleses antes de la guerra, añadió el hombre con una sonrisa cómplice. Lysander se dio cuenta de que, sin querer, se estaba poniendo en evidencia; debía concentrarse en ser Abelard Schwimmer y hablar francés con acento alemán.

Cuando salía de la farmacia, le llamó la atención el cartel de otro establecimiento cercano: «G. N. LOTHAR & CIE». Al ver ese nombre, el nombre de su hijo, sintió el zarpazo ácido de su extraña pérdida, el amor y el dolor por alguien al que no había visto nunca, al que no conocía, que sólo estaba presente en su vida en virtud del papel familiar adquirido: su «hijo», aquella abstracción de un hijo, destinado a ser identificado mediante aquellas comillas para distinguir su presencia meramente ideal en sus afectos. Sintió una indignación renovada por Hettie, por supuesto (su ineptitud inmadura, su despreocupación absoluta), pero rápidamente aceptó que aquello también era infructuoso. Estéril.

Con todo, sentado en la Taverne aquella tarde, esperando una hora más sin que acudiera nadie, mientras pensaba frustrado en aquel hijo que tenía y no tenía, empezó a plantearse lo insensato y absurdo que era todo aquel procedimiento, una especie de juego de espías infantil. Había ido a remar al lago, había visto una película en el cine y había asistido a un concierto en la catedral. Tal vez visitara alguna galería de arte, o se tomara una copa en el bar del Beau-Rivage, manteniéndose a distancia de aquellas mujeres «dudosas».

De hecho, había dos mujeres jóvenes y bastante atractivas sentadas junto al ventanal, tomando té. Le pareció que una de ellas no dejaba de mirar en su dirección, mientras él se bebía su cerveza. Pero no, era demasiado arriesgado, incluso en ese jueguito infantil...

Alguien se sentó en la mesa contigua y le tapó la vista. Una viuda enlutada, según vio, que llevaba un sombrero plano, de paja, y medio velo. Lysander le hizo una seña al camarero. Se tomaría una cerveza más y se iría.

La viuda se volvió a mirarlo.

—Disculpe, ¿es usted monsieur Dupetit? —le preguntó en francés.

—Eh... No. Lo siento.

—Entonces creo que debe de conocer usted a monsieur Dupetit.

—Conozco a un tal monsieur Lepetit.

Entonces ella se cambió de mesa, se sentó junto a él y se retiró el velo. Lysander descubrió a una mujer de algo más de treinta años y un rostro que había sido hermoso y que ahora llevaba la máscara fría de la resignación. Párpados caídos, nariz romana, aguileña, y dos surcos en las comisuras de los labios, como dos paréntesis. Se preguntó si sonreiría alguna vez.

—¿Cómo está usted? —le preguntó ella, alargándole la mano cubierta por un guante de encaje.

Lysander se la estrechó. Apretaba con fuerza.

—¿Ha venido a llevarme hasta él?

—¿Hasta quién?

Bajó la voz.

—Bonfire.

—Bonfire soy yo.

—Claro.

—¿Massinger no se lo dijo?

—No especificó el sexo.

Ella echó un vistazo a su alrededor, aparentemente indignada, y al hacerla él pudo contemplarla de perfil. Tenía la nariz pequeña pero con la curvatura perfecta, como un emperador romano en una moneda, o como las fotografías que había visto de un jefe indio capturado.

—Soy madame Duchesne —dijo—. Su francés es muy bueno.

—Gracias. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Un dubonnet pequeño. Aquí podemos hablar con relativa tranquilidad.

La mujer fue al grano. Iría a verlo al día siguiente a su hotel a las diez en punto de la mañana y le mostraría el apartamento donde vivía el oficial consular. Era soltero y se llamaba Manfred Glockner. Habitualmente salía de casa en dirección al consulado hacia el mediodía y regresaba casi de noche. No tenía ni idea de cuál era su cargo diplomático, pero a ella le parecía que se trataba de un «tipo elegante, burgués, un caballero... de tipo intelectual». Cuando vio que empezaba a recibir cartas desde Inglaterra, sintió curiosidad y decidió abrirlas. Le habían faltado las tres primeras, pero había abierto las seis siguientes. En total, nueve en un periodo de ocho meses, de octubre de 1914 a junio de 1915.

—¿Las abrió? —le preguntó Lysander—. ¿También trabaja usted en el consulado?

—No. Mi hermano es jefe de correos aquí, en Ginebra, en la oficina central de distribución. Me trae todas las cartas que le pido. Yo las abro, las leo, hago copias si me interesan, las cierro y las hago llegar al destinatario. Tanto las que llegan como las que salen.

No era de extrañar que fuera la agente más preciada de Massinger, pensó Lysander.

—¿Y cómo las abre sin que la gente lo note?

—Es un secreto —respondió. En una situación como ésta, otro se habría permitido esbozar una sonrisita satisfecha, pero madame Duchesne se limitó a alzar la barbilla, en un gesto ligeramente desafiante—. Digamos que tiene que ver con la aplicación de extremos de frío y calor. Calor seco, frío seco. Transcurridos unos minutos, se abren solas. Sin vapor. Cuando las he leído, las pego con cola. Es imposible saber que han sido abiertas.

Rebuscó en su bolso y extrajo unas hojas de papel.

—Aquí están las cartas de Glockner.

Lysander las cogió y empezó a revisarlas, seis páginas llenas de columnas de números como la que había visto en Londres. Las dobló y se las guardó en el bolsillo, sintiendo de pronto una emoción rara; el juego de niños ya era real.

—Mañana le mostraré dónde vive Glockner. Le sugeriría que su visita se produjera en plena noche, o tal vez un domingo, cuando el edificio está tranquilo.

«Mañana es viernes —pensó Lysander—. Dios mío...».

—Será mejor que vaya al banco —dijo.

—Eso es cosa suya —comentó ella, indiferente—. Yo sólo voy a indicarle dónde vive. Lo que haga usted después no me incumbe.

Se terminó el dubonnet y se puso en pie. Lysander vio que era alta, y se fijó en la tela de su vestido, de buena calidad y bien cortada. Volvió a cubrirse el rostro con el velo.

—Está de luto, sin duda...

—Mi esposo era oficial, capitán, del ejército francés. Vivíamos en Lyon. Lo mataron la segunda semana de guerra, durante la retirada de Mulhouse. En agosto de 1914. Recibió disparos que le causaron heridas graves, pero cuando lo capturaron lo dejaron morir, sin atenderlo. Como yo soy de Ginebra, volví para quedarme con mi hermano.

—Lo siento mucho. La acompaño en el sentimiento —dijo Lysander con poca convicción, preguntándose qué condolencias sinceras podían ofrecerse a una desconocida casi dos años después del hecho luctuoso.

Madame Duchesne agitó la muñeca como queriendo ahuyentar aquel comentario manido.

—Por eso me complace ayudarles a ustedes en esta guerra. Ayudar a nuestros aliados. Estoy segura de que ésa es la pregunta que quería formularme y no me ha formulado.

Así era, en efecto, pero Lysander estaba pensando en algo más.

—Esas cartas a Glockner... ¿Tenían algún matasellos?

—Sí. Todas eran del oeste de Londres. Con sellos ingleses, claro, que fueron los que me alertaron. Dispongo de los nombres de todos los miembros del consulado alemán. Mi hermano me trae las cartas a mí primero, ya es costumbre. Hasta mañana, herr Schwimmer.

Le dedicó una ligera reverencia, una levísima inclinación de cabeza, se dio la vuelta y se fue. Caminaba con paso firme, seguro. Una mujer, de auténticas convicciones. Había algo atractivo en su severidad amarga, debía admitir, en su tristeza inalterable, en su profunda melancolía. Se preguntaba cuál sería su aspecto en la cama, desnuda, indefensa y riéndose, achispada por efecto del champán... Pidió otra jarra de cerveza rubia de Múnich. Empezaba a gustarle.

## 2. LA BRASSERIE DES BASTIONS

Lysander y madame Duchesne se encontraban en un café que quedaba casi frente por frente del edificio de apartamentos de Glockner. Era mediodía.

Madame Duchesne vestía de negro riguroso, aunque aquella mañana había prescindido del velo. Lysander no sabía cuál era su nombre de pila, pero le parecía del todo impropio formular la pregunta conociéndola tan poco. Aquella mujer no invitaba a la familiaridad. Al pensar en ello, comprendió que una vez que le hubiera ayudado a identificar a Glockner, probablemente pondría fin a su contacto; ya habría cumplido con su deber.

—Hoy sale más tarde que otras veces —dijo.

Lysander se fijó en el camafeo cerrado, de oro, sujeto de la cadena que llevaba al cuello, y que sin duda contenía un retrato del difunto capitán Duchesne.

—Ahí viene.

Vio salir del edificio a un hombre de estatura media, vestido con elegancia. Llevaba una gabardina cruzada, ligera, de color *beige*, y un sombrero fedora. A Lysander no le pasaron por alto las polainas, y se fijó en el maletín y el bastón. No pudo ver si tenía bigote, porque ya se había dado la vuelta y avanzaba calle abajo.

—¿Hay portera en el edificio? —preguntó.

—Supongo que sí.

—Mmm. Entonces tendré que pasar por delante de ella, ¿no?

—Me temo que ése es su problema, herr Schwimmer. —Se puso en pie—. Buena suerte —le deseó, antes de añadir, en francés—: *Bon courage*.

Lysander también se levantó, pensando que no quería que ése fuera su último encuentro.

—¿Puedo invitarla a cenar esta noche, madame Duchesne? Llevo cuatro días en esta ciudad, y empiezo a aburrirme de mi propia compañía.

Ella lo miró fijamente, el rostro duro, el gesto inescrutable. Él vio que tenía los ojos castaños. «Qué irresponsable eres —pensó—. Esto no son unas vacaciones».

—Gracias —respondió ella—. Será de lo más agradable.

Lysander sintió una alegría infantil al oír sus palabras.

—Magnífico. ¿Dónde le apetecería ir?

—Hay un establecimiento cerca del museo, con una terraza bonita que sólo abre en verano. La Brasserie des Bastions. ¿Nos vemos allí a las 19.30?

—Perfecto. La encontraré. Allí nos vemos.

Aquella tarde, Lysander fue al banco y retiró veinticinco mil francos en billetes de quinientos, el equivalente aproximado a mil libras. Le ofrecieron la posibilidad de entregárselos de mil, pero sospechaba que si de lo que se trataba era de tentar a alguien para que aceptara un soborno, cuanto más grueso fuera el fajo de billetes



mostrados, mejor. Ignoraba por qué Massinger estaba tan seguro de que Glockner era sobornable; tal vez, simplemente, asumía que todos los funcionarios de embajada estaban mal pagados y, por tanto, lo eran. Pero Glockner no iba en absoluto mal vestido, ni parecía agotado. Se veía elegante y su aspecto era saludable, no llevaba puños de celuloide, ni pechera de cartón, y no había nada en él, al menos a simple vista, que sugiriera que era una persona susceptible de ser corrompida.

Se aseguró de llegar temprano a la Brasserie, que resultó ser una construcción de madera y hierro colado con dos amplias terrazas que partían de una galería muy decorada, en una esquina de la place Beuve, entre el verdor de los jardines que flanqueaban el museo, pero lo bastante alejada de los autobuses y los automóviles de la plaza para que el ruido del tráfico y el polvo que levantaban las ruedas resultaran molestos. Se había cambiado sus horribles zapatones de color marrón por los negros y el sombrero homburg por el panamá, y llevaba una de sus corbatas de seda nuevas, combinada con una camisa blanca de cuello duro. Se sentía más como el desenvuelto actor Lysander Rief que como el aburrido Abelard Schwimmer, ingeniero de ferrocarriles. No sabía si madame Duchesne notaría la sutil...

—¿Herr Schwimmer? Llega temprano.

Se volvió y vio a madame Duchesne, que se acercaba a él por un sendero de gravilla blanca, enmarcado por unos tilos jóvenes. Seguía vistiendo de luto, por supuesto, pero se protegía de la luz del atardecer con un parasol de rayas, y llevaba un elegante vestido de tafetán rematado con encaje en el cuello y los puños, que, siguiendo los dictados de la moda, acababa justo por encima de los tobillos y dejaba ver unas botas gris metálico, abotonadas, de precioso tacón francés. Tal vez todavía llorara a su marido dos años después de su muerte, pero lo lloraba con estilo. Al saludarse y estrecharle la mano, Lysander se descubrió a sí mismo especulando sobre su ropa interior (era muy delgada), y sobre qué camisa y qué bragas llevaría bajo aquel vestido crujiente y entallado. Puso coto a sus pensamientos, vagamente avergonzado y sorprendido al constatar que madame Duchesne despertara su lascivia de ese modo. Cuando los conducían a su mesa, le llegó un rastro de su perfume, sensual e intenso. No llevaba carmín, ni la cara empolvada, pero el perfume era una especie de gesto encubierto... Tal vez se lo hubiera puesto para él. La imaginó mirándose en el espejo antes de salir, levantando el frasco, echándose apenas un toque en el cuello, en las muñecas... «Basta. No sigas».

—¿Pedimos una botella de champán? —sugirió él—. No creo que a Massinger le pareciera mal.

—Yo no bebo champán. Un poco de vino tinto con la cena sería perfecto.

Los dos se decidieron por el *menu du jour*: una sopa clara, *blanquette de veau*, queso y tarta de manzana. Pero el vino que él escogió era áspero y algo avinagrado, y dejaron la botella a medio terminar. Se sentía cada vez más tenso y nervioso, y su conversación no franqueaba nunca el umbral de la formalidad y lo manido.

Después de pedir los cafés, madame Duchesne le preguntó si era soldado.

—Sí —respondió Lysander—. Me alisté poco después de que se declarara la guerra.

No se explayó mucho sobre la clase de soldado que había sido, y le contó sólo que su regimiento era el de Infantería Ligera de East Sussex, pero la mera revelación de aquel dato pareció tener un efecto en madame Duchesne.

—¿Y qué hacía antes de hacerse soldado? —le preguntó.

—Era actor.

Por primera vez, su impasibilidad se tambaleó, y durante uno o dos segundos dio muestras de sorpresa.

—¿Actor profesional?

—Sí. En la escena londinense. Siguiendo los pasos de mi padre lo mejor que podía. Él era un grandísimo actor, muy famoso.

—Qué interesante —dijo ella, y a Lysander le pareció que no se trataba sólo de un cumplido. Era un hecho: acababa de convertirse en una persona más interesante a sus ojos como consecuencia de aquella revelación, no le cabía duda, y se sintió complacido por ello, y pidió la cuenta pensando que después entraría en algún bar a fumarse un cigarrillo y a tomarse un par de coñacs. Al menos la noche había terminado bien, mejor de lo que esperaba. «¿Y qué esperabas? —se preguntó, con ira—. Idiota». Había llenado el rato, de eso se trataba. Al día siguiente se dedicaría a reconocer el edificio de Glockner y sus alrededores, y decidiría cuál era el mejor momento del domingo para dar el paso.

Mientras esperaban a que les trajeran el cambio, madame Duchesne depositó una cajita de cartón sobre la mesa.

—Un regalo de Massinger —dijo.

Él la levantó. Pesaba mucho, y al moverla sonó algo en su interior.

—Tal vez deba esperar a estar en el hotel para abrirla.

Pero la curiosidad de Lysander fue más fuerte que él y, apoyándola en las rodillas, por debajo de la mesa, levantó la tapa. Intuyó el resplandor del tambor de un revólver pequeño. Había algunas balas sueltas a un lado, las causantes del ruido.

—¿Para qué lo necesito? —preguntó.

—Podría ser de utilidad. ¿Quién sabe? Massinger me ha entregado otro a mí.

Lysander se metió la caja en el bolsillo de la chaqueta, y salieron a caminar por el jardincillo; setos recortados, hileras de tilos y plátanos, senderos de grava surcada por el rastrillo. Todavía quedaba algo de claridad en el cielo, y el aire era fresco.

—Gracias por la cena —dijo ella—. Ha sido un placer conocerlo un poco mejor.

Se dieron la mano, y él notó que madame Duchesne se la estrechaba con fuerza. Volvió a sentir aquel curioso deseo por ella, por aquella mujer que, aparentemente, no deseaba nada en la vida.

—Por cierto, mi nombre auténtico es Lysander Rief.

—Probablemente no debería habérmelo dicho.

—¿Por qué no me dice usted cuál es su nombre de pila? Disculpe, pero siento

curiosidad. No termino de hacerme una imagen completa de las personas si no sé cómo se llaman.

—Florence.

Pronunciado a la francesa, claro, sonaba mucho más bonito. «Flo-gáns».

—Florence Duchesne. Un nombre precioso.

—Buenas noches, herr Schwimmer. Le deseo suerte el domingo.

### 3. VEINTICINCO MIL FRANCOS, PRIMERA ENTREGA

El domingo por la mañana, a las 9-45, Lysander vio que la portera y su marido salían del edificio para ir a misa. Había acudido el día anterior con un paquete falso para un tal monsieur Glondin, y ella le había asegurado que nadie respondía a ese nombre en el edificio, que en la última planta vivía monsieur Glockner, pero que allí no había ningún monsieur Glondin. No, no, estaba seguro de que era monsieur Glondin, insistió él, debía de tratarse de un error suyo, sus más sinceras disculpas. Aquella visita fugaz le había permitido hacerse una buena composición del vestíbulo y la escalera que conducía a los apartamentos y, a juzgar por la gran cruz que la portera llevaba al cuello, y por el crucifijo, aún mayor, que colgaba de la pared de su cubículo, vio probable que, apenas las campanas de la iglesia empezaran a sonar el domingo por la mañana, ella se ausentara piadosamente.

Transcurrido un par de minutos, empujó la pequeña puerta de la calle y se dirigió al pie de la escalera, sin llamar la atención del niño que, sentado a la silla de la portera, mantenía la cabeza baja y garabateaba cosas en un libro. Subió hasta la cuarta planta, y se plantó frente a la puerta del apartamento de Glockner.

Antes de llamar al timbre, hizo una pausa y repasó mentalmente el plan que había ideado, comprobando que tenía todo lo que llevaba consigo en aquel maletín pequeño. Había previsto todas las eventualidades o eso esperaba. Se sacó el revólver del bolsillo y llamó al timbre.

—*Oui, qui est la?*

—Soy un fontanero, del piso de abajo. Hay una gotera que viene de su apartamento.

Lysander oyó el giro de la llave en la cerradura, y la puerta se abrió. Ahí estaba Glockner, con batín de seda.

—¿Una gotera? ¿Es usted...?

Antes de que Glockner pudiera darse cuenta de que su aspecto no era en absoluto el de un fontanero, Lysander le apuntó con el arma a la cara.

—Retroceda, por favor.

Glockner obedeció, claramente alarmado, y Lysander, una vez dentro, cerró la puerta con llave. Señalando con el revólver, le indicó que se trasladara al salón. Glockner empezaba a recobrar la compostura. Se metió las manos en los bolsillos de la bata y se volvió para encararse a Lysander.

—Si es usted un ladrón educado encontrará algunos libros de valor que merece la pena robar. Si no es así, está usted perdiendo el tiempo.

Las librerías se alineaban en la sala, algunas cerradas con puertas de vidrio, otras abiertas. El suelo era de madera clara, protegida por una alfombra azul marino. Había una butaca cómoda, de cuero, instalada bajo una lámpara de pie de pantalla móvil,

que permitía orientar la luz para una mejor lectura. Y un escritorio con una silla. De la única pared libre de estantes colgaba una tira de grabados enmarcados, paisajes urbanos. La sala de un intelectual; el retrato de Florence Duchesne era acertado. Glockner hablaba un francés correcto, con un ligero acento alemán. De rasgos serenos, era un hombre de unos treinta y cinco años, ligerísimamente bizco del ojo derecho, lo que le llevaba a no fijar la mirada, como si no prestara total atención, o estuviera pensando en otra cosa.

Lysander retiró la silla del escritorio y la colocó en el centro del salón.

—Siéntese, por favor.

—¿Es alemán? *Wir können Deutsch sprechen, wenn Sie das bevorzugen.*

Lysander siguió hablándole en francés.

—Siéntese, por favor, y mantenga las manos detrás de la espalda.

—Ah, inglés —concluyó Glockner, asintiendo con la cabeza mientras tomaba asiento y sonriendo de oreja a oreja, mostrando, al hacerlo, que tenía varios puentes en la dentadura.

Lysander se acercó a él por detrás, extrajo una cuerda del maletín, se la pasó por entre las muñecas y la ató con fuerza. Pudo dejar entonces el revólver en el suelo, y con otra cuerda le inmovilizó los brazos y se los ató al respaldo de la silla. Dio un paso atrás, se guardó el revólver en el bolsillo y dejó el maletín sobre el escritorio. Sacó el fajo de billetes de quinientos francos y lo depositó sobre las rodillas de Glockner.

—Veinticinco mil francos, primera entrega.

—Escuche, loco inglés, mentecato...

—No, escuche usted... Sólo necesito la respuesta a una pregunta muy sencilla. Después le dejaré en paz para que disfrute de su dinero. Nadie sabrá que me lo contó usted.

Glockner lo maldijo en alemán.

—Y, si se comporta usted —prosiguió Lysander, impertérrito—, en cuestión de un mes recibirá otros veinticinco mil francos.

Glockner parecía haber perdido algo del dominio de sí mismo, del aplomo que exhibía hasta el momento. Escupió a Lysander, pero falló el tiro. Un mechón de pelo rubio, fino, le cubrió la frente, en un gesto que resultó casi coqueta. Seguía insultándolo vilmente, y los puentes plateados de sus dientes brillaban a la luz.

Lysander le abofeteó la cara. No con dureza, sólo lo necesario para lograr que se callara. Glockner pareció desconcertado, ofendido.

—Esto es muy simple —prosiguió Lysander, pasándose al alemán—: lo sabemos todo... Las cartas de Londres, el código. Tenemos en nuestro poder copias de todas las misivas. Lo único que necesito es la clave.

Glockner permaneció un rato en silencio, procesando la información. A Lysander le pareció verlo sinceramente impresionado, como si de repente fuere consciente de la gravedad de su situación.

—Yo no la tengo —dijo, malcarado.

—Es un código de uno a uno, por supuesto que la tiene. Como la tiene la persona que le envía esas cartas. Usted no nos interesa, nos interesa él. Proporciónenos la clave, y tendrá libre el resto del domingo.

Como para corroborar sus palabras, las campanas de la catedral, a pocas calles de allí, empezaron a repicar, sonoras, graves.

—Acaba de firmar su sentencia de muerte —dijo Glockner con bravuconería excesiva—. No tengo la clave. Me limito a pasar las cartas a Berlín.

—Sí, sí, sí, claro. ¿Por qué será que no le creo?

Lysander le quitó el fajo de billetes de las rodillas, rebuscó en el maletín y extrajo de él un ovillo de cuerda de tender ropa. Lo desanudó y ató con él a Glockner en la silla: el pecho y los brazos, los muslos y las pantorrillas, lo hizo con fuerza, como una araña tejiendo su pegajosa tela alrededor de la mosca atrapada. A continuación echó la silla hacia atrás, hasta que Glockner quedó boca arriba en el suelo.

Lysander se puso de pie encima de él, mirando hacia abajo.

En realidad, no tenía una idea clara de lo que iba a hacer a continuación, aunque parecía claro que la opción del soborno había fallado. Con todo, mantener a Glockner indefenso de ese modo servía para dejar claro que, de manera inminente, iban a producirse intentos de «persuasión» alternativos.

—No tiene por qué ser tan duro, herr Glockner —dijo, intentando sonar persuasivo—. No tiene por qué sufrir. No debería sufrir.

Se paseó por el apartamento, se fijó en los grabados de la pared: eran vistas de Múnich.

—*Münchner?*

—Antes de que termine el día, usted estará muerto —vaticinó Glockner—. Lo encontrarán y lo matarán. Saben todo lo que ocurre en esta ciudad. Tengo una cita a las once. Si no me presento, vendrán directamente aquí.

—Bien, en ese caso dispone de menos de una hora para decidirse y mostrarse sensato.

Lysander volvió a pasearse por el salón. Corrió las cortinas y encendió los apliques eléctricos, preguntándose qué hacer. ¿Qué era lo que le había dicho Massinger? Córtele los dedos, uno a uno... Ah, sí, claro, qué fácil. Muy bien, ¿por dónde empezamos? Estaba claro que no iba a ser capaz de mutilar a aquel hombre, y empezó a sentirse presa de la ira, una ira dirigida contra Massinger y su brutal complacencia. Aquélla era exactamente la situación hipotética que le había planteado: ¿y si no aceptaba el soborno?, y él se había burlado de su escepticismo. Cada vez más desesperado, abandonó el salón y se metió en la cocina.

El apartamento era pequeño. Además del salón, había un dormitorio, un baño y una cocina pequeña, limpia, con fogones, fregadero de piedra y fresquera. Empezó a abrir cajones, en busca de cuchillos o tijeras, tijeras de cocina de aquellas que se usaban para deshuesar pollos: seguro que arrancarían dedos de cuajo. Amenazaría a

Glockner, tal vez le aplastara la punta de un dedo entre los dos filos. Quizá con eso bastara para aterrorizarlo. El corte imaginado resultaría, posiblemente, más impactante que cualquier dolor real.

En el primer cajón descubrió materiales de limpieza: lejía, estropajos, cepillos de distintos tamaños. En el segundo encontró cuchillos, tijeras no, unos cuchillos bastante afilados. Miró debajo del fregadero y encontró un cubo; un cubo causaría el efecto deseado: como si existiera la posibilidad de tener que recoger la sangre..., aquello añadiría convicción a la charada, se dijo. Se incorporó.

Estaba pensando. Se le había ocurrido una idea. No sabía de dónde la había sacado. Volvió a abrir el primer cajón y sacó de él los dos estropajos y sostuvo uno en cada mano: un amasijo de acero en forma de ovillo. Se obligó a seguir pensando: no le haría falta derramar una sola gota de sangre... Abrió el grifo, puso los estropajos debajo, los escurrió, se los metió en el bolsillo y regresó al salón.

—Última oportunidad, herr Glockner. Deme la clave del código.

—Ya le he dicho que no la tengo. Yo reenvío las cartas a Berlín, y allí las descodifican.

—Última oportunidad.

—¿Cómo lo dicen ustedes? Que se fallen a su madre, que se follen a su hermana, que se fallen a su esposa, que se fallen a su hija.

Lysander se inclinó sobre él.

—Acaba de cometer usted un error muy grave. Gravísimo.

Le metió dos dedos en la nariz para taponársela, y cuando abrió la boca despacio para poder respirar, Lysander le hundió primero un estropajo de cocina, hasta el fondo, y después el otro.

Glockner se asfixiaba, se atragantaba. Los estropajos le obligaban a separar mucho las mandíbulas y le hinchaban los carrillos. Intentaba expulsarlos con la ayuda de la lengua, pero estaban muy bien encajados detrás de los dientes.

Lysander se acercó a la butaca, desenchufó la luz de pie y arrancó el cable de su base. Se trataba de un cable doble, trenzado, cubierto con hilo dorado. Con las puntas de los dedos separó los dos extremos del cable doble hasta formar con ellos una Y, y los peló.

Arrastró entonces la silla de Glockner para que quedara más cerca. Volvió a meter las clavijas en el interruptor y levantó aquella y griega, ahora viva, hasta que quedó a la altura de los ojos de Glockner.

De pronto pensó que tal vez no fuera capaz de seguir adelante con todo aquello. Pero después se dijo que no se trataba de cortar nada, de arrancar nada, que era sólo un toquecito mínimo, que no habría ningún filo clavándose en la carne. Sería sólo una consecuencia desafortunada de las que ocurrían, sin duda, a diario, en las consultas de los dentistas de todo el mundo. Glockner iba al dentista: a nadie le gustaba especialmente, nadie sabía qué dolor traería la visita. Siempre existía un riesgo.

—Parece que siempre se ha ocupado mucho de sus dientes. Admirable. Por

desgracia, todo ese costoso trabajo dental va a causarle un dolor intenso, inenarrable. Todas y cada una de las piezas de su boca están en contacto con el estropajo metálico. Su abundante saliva (fíjese, ya está babeando por este lado de la boca) es un electrolito muy eficaz. Cuando le acerque este cable eléctrico a los estropajos de la boca... —Hizo una pausa—. Bien, digamos que va a recordar la agonía el resto de su vida.

Blandió el cable frente a los ojos de Glockner.

—Deme la clave de su código, y en cinco minutos ya me habré ido. Asienta con la cabeza si está de acuerdo.

Glockner emitió un sonido gutural, pero de su frente arrugada y su mirada de furia se deducía que lo que intentaba era insultarlo de nuevo.

Sin pensarlo más, Lysander acercó los cables pelados al borde del estropajo de cocina que resultaba visible entre los dientes de Glockner. Apenas un segundo.

El rugido inhumano, ensordecedor, de Glockner le perturbó enormemente en una reacción automática, torció el gesto y se echó hacia atrás. Aquella era la representación auditiva de su terrible tormento, tiró los cables y, algo desencajado también él, observó a Glockner retorcerse de dolor, golpearse el codo contra el parqué, los ojos llenos de lágrimas. Dios mío. Jesús.

Lysander fue a buscar el almohadón de una silla, y se lo puso a Glockner bajo la cabeza. No quería que subiera nadie del piso de abajo a preguntar qué era ese escándalo. Sostenía otro cojín en la mano para amortiguar los posibles gemidos de Glockner.

—Herr Glockner, eso ha sido apenas una fracción de segundo. Ahora imagine que aplico el cable y cuento hasta diez.

No le dio tiempo a responder nada —«Acabemos con esto de una vez»—; hundió los cables en el estropajo y cubrió el rostro de Glockner con el cojín. Un segundo, dos. No. No podía seguir. Retiró el cable, se apartó el cojín del sitio. Los gritos de Glockner se convirtieron en un sollozo rítmico que recordaba en algo el jadeo de un animal. Al quitarle el cojín, se notó tembloroso.

Glockner tenía el rostro abotargado, como si los músculos no le respondieran, como si hubieran perdido definitivamente su tensión. Mantenía los ojos entornados y parpadeaba frenéticamente.

—Asienta con la cabeza si está de acuerdo.

Asintió.

Con cuidado y, a la vez, rápidamente, Lysander le retiró de la boca abierta los estropajos con los dedos. A Glockner le vino una arcada, ladeó la cabeza y vomitó sobre el parqué. Lysander se puso en pie y, con cuidado, dejó el cable sobre el escritorio, y lo sujetó con un pisapapeles.

—¿Lo ve? —le dijo, acusador—. Si me lo hubiera revelado cuando se lo he pedido, no habría ocurrido nada de todo esto... y sería usted rico. ¿Dónde está la clave?



—Librería central... —Glockner tosió y gimió.

Lysander se acercó a la librería central y la abrió. Estaba llena de obras de literatura alemana: Goethe, Schiller, Lessing, Schopenhauer, Liliencron...

—Segundo estante desde arriba. Quinto libro.

Lysander pasó el dedo por los lomos. El clásico código cifrado en un libro. También llamado código PLPL, según le había explicado Munro: Página, Línea, Palabra, Letra. Indescifrable a menos que se tuviera acceso al libro.

Quinto libro del segundo estante empezando por arriba. Lo sacó. *Andromeda und Perseus*.

*Andromeda und Perseus. Eine Operin vier Akten von Gottlieb Toller.*

Sintió que un frío repentino se apoderaba de él, como si sus órganos se hubieran visto envueltos en hielo. Se le retorcieron las tripas, se le aflojaron, y le vinieron unas ganas imperiosas de defecar.

Puso freno a las preguntas que le gritaba su mente. «Ahora no. Ahora no. Después».

Se volvió para observar a Glockner. Parecía haberse desmayado. Tenía los ojos cerrados y su respiración era muy superficial. Haciendo un gran esfuerzo, Lysander levantó la silla. La cabeza de Glockner se ladeó y una baba larga de saliva quedó colgando, suspendida en el aire, como un péndulo reluciente.

Lo desató enseguida, y tirando de él lo tendió sobre la alfombra de nuevo. Desenchufó el cable y se lo enrolló a la palma de la mano, antes de metérselo en el bolsillo. Encontró el portafolio de Glockner en el suelo, junto al escritorio, y lo abrió. Escondió el fajo de los veinticinco mil francos en un bolsillo interior. Lo cerró y volvió a dejarlo en el suelo. Recogió las cuerdas y los estropajos y los metió en su maletín, junto con el libreto de *Andromeda und Perseus*. Revisó por última vez la habitación y la cocina. Alisó algunas arrugas de la alfombra y recolocó los libros del segundo estante empezando por arriba, para disimular el hueco. Cerró la puerta de cristal. Un hombre inconsciente, boca arriba, sin marcas en el cuerpo y con veinticinco mil francos en su portafolio. Una lámpara de pie sin cable. Un misterio por resolver.

Permaneció unos instantes en el vestíbulo, repasándolo todo para asegurarse bien. Gracias, honorable Hugh Faulkner, gracias. Notó que empezaba a temblar. Le aterraba pensar en lo fácil que le había resultado, sin sangre, sin esfuerzo siquiera, algo de pensamiento lógico y la aplicación de una corriente eléctrica. «No sigas. Concéntrate». Sacó un impermeable ligero y una gorra de golf plana, de algodón, de su maletín y se los puso. El hombre que estaba a punto de salir del edificio no se parecería al que había entrado. Salió y cerró la puerta, dejando la llave puesta por dentro en la cerradura. Bajó despacio la escalera. No se encontró a nadie, y se alegró al descubrir que la portera seguía en misa y que el niño había abandonado su puesto. Salió a la calle y se alejó. Consultó la hora en su reloj de pulsera: las 10.40. No había pasado ni una hora en el apartamento de herr Glockner.

## 4. EL DESALMADO

Pasó la tarde descodificando las cartas de Glockner con penas y trabajos. Al menos así mantenía la mente ocupada. Lentamente, a medida que su contenido se iba revelando: se trataba de un ejercicio laborioso, empezó a resultar evidente que lo que se detallaba en ellas era el movimiento de municiones y *matériel* desde Inglaterra hasta distintos sectores del frente de guerra.

En una página: «Cinco mil toneladas HE ciento cincuenta milímetros a Sant Omer a Béthume».

En otra: «Veint cinc mil ataúdes a Allouagne».

Y más de lo mismo: «Un mill cinco mil tres o tres sector Crete d'Aubers», «Seis hospitales campaña aldeas tras Lens», «Fin de vía munición St, Vennant Lapugnoy primer ejército Strazeele caballería», «Dieciséis hospitales campaña avanza Grenay Vermelles Cambrin Givenchy Beuvry», «Catorce trench, mortero canal La Basse».

A medida que trabajaba sin descanso en las apretadas columnas de números de aquellas seis cartas, la lista crecía y acumulaba asombrosos y concienzudos detalles. Lysander llegó a la conclusión de que, asumiendo que las fechas hubieran sido registradas cuando las cartas fueron interceptadas, aquellos datos aportarían un retrato muy intrigante del foco de un ataque inminente. Proyectiles de artillería, munición para armas pequeñas, alimentos y raciones, equipo de señalización, hospitales de campo, animales de campo, transportes..., todo parecía casi demasiado aleatorio, pero todo el que supiera lo que implicaba una «ofensiva», sería capaz de leer las señales y de acotar el sector con notable precisión.

También le quedaba claro que aquella información debía de haberse generado muy por detrás de la primera línea de fuego; la escala y las cantidades se referían a ejércitos y brigadas, y no a regimientos ni a batallones. Los batallones obtenían sus suministros de depósitos que aquellas órdenes de movimientos alimentaban. E incluso de más arriba; se hacía mención a diez baterías de armamento de ocho kilos que iban a embarcarse en Folkestone con destino a Le Havre, y que después se enviarían por tren hasta Abbeville; se estaba instalando un taller de locomotoras en Borre; un nuevo depósito de forraje en Mautort; figuraba un sumario de cambios de vías de la Oficina de Tráfico de Abbeville; el total de monturas enviadas desde Inglaterra al Primer Ejército en mayo. Algunos de aquellos datos y cifras serían conocidos por los oficiales de suministros de alta graduación en Francia, pero la amplitud y el alcance de conocimientos que demostraban las cartas de Glockner ponían de manifiesto (incluso Lysander, que no era precisamente una persona bien informada, se daba cuenta de ello) que allí se dibujaba una perspectiva mucho más general de todos los movimientos y las operaciones con armamento de la Fuerza Expedicionaria Británica en el Frente Occidental. El autor de aquellas cartas codificadas no pertenecía al alto mando francés del general sir John, en Saint Omer, suponía él, sino que vivía cómodamente instalado en la Oficina de Guerra o en el

Ministerio de Municiones de Londres.

Soltó la pluma y, algo inquieto, retomó el texto que servía de fuente: *Andromeda und Perseus*. Se fijó en la página del título y constató con cierto alivio que aquella edición no era la misma que tenía él. Ésa había sido publicada en Dresde en 1912, un año antes de su estancia en Viena, y en ella el título y el nombre del autor eran lo único que figuraba en la portada, que carecía de ilustración. Él ya sabía que las representaciones vienesas de la ópera de Toller, que tan mal habían acabado, no habían supuesto el estreno absoluto de la obra, y dio por sentado que éste había tenido lugar en Dresde, que era donde se había impreso aquella copia...

¿Una coincidencia maligna? No, imposible. En cuestión de textos arcanos, *Andromeda y Perseus* era, probablemente, de lo más raro que podía encontrarse. Pero cuantas más preguntas se hacía a sí mismo sobre el origen concebible de todo aquello, sobre el texto que constituía la clave para descifrar el código PLPL, más desconcertado y preocupado se sentía. ¿Por qué aquella ópera olvidada en concreto? ¿Y cómo era que había sido él quien la había descubierto? Le asaltó entonces una verdad incómoda: que la única otra persona que poseía una copia de ese libreto, que él supiera, era Un tal Lysander Rief. ¿Y qué implicaba eso...?

Decidió que no tenía sentido seguir especulando. Debía regresar a Inglaterra y, junto a Munro y Fyfe-Miller, analizar todas las ramificaciones de aquel descubrimiento. No había mucho más que pudiera hacer en Ginebra un domingo por la tarde; el Hotel des Postes cerraba a mediodía, por lo que debería esperar al día siguiente para telegrafiar a Massinger a Thonon. Abrían a las siete de la mañana: allí estaría. Metió las transcripciones de las seis cartas en un sobre, y escribió en él su nombre y la dirección de Claverleigh Hall. Suponía que lo mejor sería que, por el momento, los detalles precisos quedaran fuera del alcance de todos, al menos hasta que hubiera decidido qué revelar, o no, sobre la clave para descifrar el código.

Salió a pasear a media tarde, pensando que le habría gustado comentar el asunto, discretamente, con Florence Duchesne; pero no le pasaba por alto que ignoraba su dirección. En realidad, tal vez fuera mejor que supiera lo menos posible de todo aquello.

Tomó un tranvía que seguía el curso del río Arve, y se bajó frente a una de las entradas al Bois de la Batre, en un extremo de la ciudad. Paseó por el denso bosque, y abandonó el sendero en busca de un lugar apartado, lejos de las personas que habían ido de *picnic*, de las familias que paseaban, y, concienzudamente, quemó el ejemplar de *Andromeda und Perseus* que se había llevado del apartamento de Glockner. Página a página. Después dio un puntapié al frágil montículo de cenizas, y las pisó, mezclándolas con la tierra húmeda, como si temiera que alguien pudiera devolverlas a su estado original y leerlas. Empezaba a creer que era básico lograr que el texto cifrado siguiera siendo un secreto que sólo él conocía; no sabía bien por qué, pero entre todo aquel rumor de preguntas y respuestas que retumbaba en su mente, parecía empezar a emerger una vía de acción: si él se mantenía como único custodio del

secreto, quién sabía qué le revelarían los demás sin querer. En cuanto viera a Massinger, éste le preguntaría por él, lo sabía. Aun así, disponía de tiempo para inventar una historia plausible.

Cenó una tortilla en uno de los restaurantes instalados junto a los embarcaderos de los transbordadores, y comprobó las horas de salida de los expresos, que realizaban el trayecto de ida y vuelta en el mismo día. Bebió demasiado vino, y sintió que su anterior claridad de objetivos empezaba a nublarse mientras paseaba por las calles, como si acabara de caer en la cuenta de que ese mismo domingo, por la mañana, allí mismo, en Ginebra, había torturado a un hombre para obtener información. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿En qué clase de desalmado se estaba convirtiendo? Pero entonces pensó: ¿es «tortura» la palabra adecuada? No había convertido la cabeza de Glockner en una masa ensangrentada; no le había retorcido los genitales, ni le había arrancado las uñas. Además, le había advertido, le había dado la opción de hablar... Pero debía admitir que también sentía inquietud, inquietud por el ingenio que había demostrado, por su despliegue de recursos. Tal vez fuera la ausencia de sangre y de mucosidad, de orines, de heces la que convertía a su propio..., buscó la palabra exacta, «artilugio» en algo tan distanciado y, por tanto, en algo con lo que resultaba tan fácil convivir. Lo que había hecho tenía que ver más, en apariencia, con un experimento realizado en un laboratorio de química que con el hecho de infligir dolor deliberadamente a otro ser humano... Pero, después, otra voz le decía que no fuera tan tonto, tan sensible: él obedecía órdenes, había sido enviado a cumplir una misión, y la información que había obtenido mediante sus acciones decididas, hábiles y, por qué no admitirlo, brutales, sería de vital importancia para el desarrollo de la guerra y, posiblemente, serviría para salvar muchas vidas. Seguro. Se lo habían exigido de manera inequívoca: «Cumple con tu deber de soldado», y eso era lo que había hecho.

Soñoliento, refunfuñando, el recepcionista de guardia en el hotel Touring le abrió la puerta pasadas las doce de la noche. Lysander subió a su habitación, cansado pero convencido de que no llegaría a dormir profundamente, pues sus pensamientos no le daban tregua ni un segundo. Su zozobra aumentó al descubrir que alguien le había dejado una nota, pasándola por debajo de la puerta. No llevaba remite, pero sabía quién la había escrito, y rasgó el sobre para leerla.

«Su hermano Manfred está gravemente enfermo. Vuelva a su país de inmediato. La gente está muy *preocupada*».

Sólo podía tratarse de Florence Duchesne. Manfred... ¿Cómo podía haberse enterado de lo de Glockner? ¿Y qué significaba que la palabra *preocupada* estuviera subrayada...? Se tendió en la cama con la ropa puesta, revisando las posibilidades a su alcance al día siguiente: qué debía intentar, qué no tenía más remedio que hacer por su propio bien. Seguía despierto, esperando, pensando, cuando las primeras luces del día empezaron a iluminar las cortinas de su ventana.

A las siete en punto de la mañana Lysander se encontraba ya haciendo cola — había dos personas delante— ante la puerta principal de la central de correos de la rue du Mont-Blanc. Se trataba de un edificio imponente, muy ornamentado, que recordaba más a un museo o a un ministerio estatal que a una oficina de correos, y, cuando abrieron, se dirigió a un *guichet* del inmenso vestíbulo abovedado y, sin dilación, envió un largo telegrama a Massinger en Thonon.

CONSEGUIDA CLAVE. STOP. COMO SOSPECHAMOS, HAY DEFECTO GRAVE EN MAQUINARIA PRINCIPAL. STOP. ACONSEJO ENCARECIDAMENTE NO SALIR DE EXCURSIÓN EN FUTURO INMEDIATO. STOP. LLEGO A EVIAN LES BAINS A 16.40. STOP.

La última carta de Glockner había sido interceptada hacía poco más de dos semanas. Era razonable suponer que los detalles sobre suministro armamentístico que contenía serían importantes para cualquier ataque que hubiera de tener lugar hacia el final del verano. La ofensiva de otoño, fuera la que fuese, y se iniciara donde se iniciase, era ya algo de lo que el enemigo tenía pleno conocimiento.

Después se envió las seis cartas transcritas a su dirección de Claverleigh Hall, y abandonó el edificio a las 7.20. El primer transbordador que realizaba el recorrido de ida y vuelta y que hacía escalas en Nyon, Ouchy, Montreux y Evian salía a las 9.15. La nota que madame Duchesne le había dejado la noche anterior daba a entender que los embarcaderos y estaciones de ferrocarril podían estar sometidos a vigilancia. Disponía de un par de horas para asegurarse de que no dieran con él.

## 5. TOM O'BEDLAM

Cerró con pestillo la puerta del aseo de caballeros de cabina, y dejó a un lado el petate y la silla sin asiento. Se sentó en el inodoro y, suspirando de alivio, se quitó los zapatos y los sacudió para eliminar la arena que él mismo se había metido en ellos. Después se limpió la vaselina del labio superior, y se pasó los dedos por el pelo cortado, intentando aplanarlo en la medida de lo posible para que recuperara parte de su aspecto anterior. Al verse en el espejo se dio cuenta de que se había excedido con las tijeras.

Tras abandonar la oficina de correos, y tan pronto como los establecimientos más importantes de la rue du Mont-Blanc abrieron sus puertas, adquirió todo lo que necesitaba. En primer lugar, un saco de lino grueso de los que usaban para la colada, donde había metido el impermeable y la gorra de golf; había dejado la maleta de cartón y el resto de sus pertenencias en el hotel; Abelard Schwimmer ya no iba a necesitarlos. Después, en una farmacia, compró un tarro de vaselina y unas tijeras para el pelo, antes de trasladarse a una tienda de muebles donde, tras rebuscar un poco, encontró una silla de cocina barata, de madera de pino, que tenía el respaldo recto y un asiento de paja trenzada. En realidad, le habría servido cualquier silla; lo que importaba era que el asiento fuera de paja. A las 8.30 ya se encontraba en la otra orilla del río y, en el Jardin Anglais, en un rincón solitario, sentado en un banco, se dedicó a soltar y a destrenzar el hilo de paja que cubría el asiento de la silla. Acto seguido lo enrolló formando con él una especie de madeja doble con forma de ocho, que fijó al respaldo. Ya tenía los elementos del atrezo. Ahora sólo le faltaba el disfraz.

Su idea, su inspiración, provenía de una actuación que recordaba de su padre, de la interpretación que Halifax Rief había hecho del pobre Tom, Tom O'Bedlam, Edgar disfrazado, el loco con el que el rey Lear se encuentra durante la tormenta. Para simular la locura de Tom, su padre se había untado el pelo con grasa de carreta para ponérselo de punta, se había manchado el labio superior con aquel mismo lubricante y se había llenado los zapatos de gravilla. La transformación había resultado extraordinaria: incapaz de caminar con un mínimo de comodidad, cojeaba con pasos sincopados, y la mancha de grasa parecía un moco. El pelo grasiento, grotescamente despeinado, añadía un elemento más de mugre y descuido. La transmutación se completaba con un jubón muy desgastado.

Lysander no podía llegar a tanto, pero pretendía ir en esa misma dirección. Recogió varios guijarros de los senderos de grava y se los metió en los zapatos, que se anudó sólo a medias, y sin apretar. Después se desabotonó los puños de la chaqueta de sarga y se la remangó hasta los codos, dejando que los puños de la camisa, sin gemelos, quedaran colgando. Se abrochó malla chaqueta, de modo que los botones no coincidieran con sus ojales respectivos, y consiguiendo así que el cuello le quedara torcido. Se guardó la corbata en el bolsillo. Después se cortó varios mechones de pelo a trasquilones, y se lo untó con vaselina, sin olvidar la mancha gruesa bajo la nariz.

Después cogió la silla sin asiento y su madeja de paja, se la colgó a un hombro, al otro se cargó el saco, y, cojeando, se acercó hasta el embarcadero donde ya estaba atracado el transbordador. Pretendía que su aspecto fuera el de un gitano simplón que se ganaba algún céntimo reparando muebles de pueblo en pueblo.

No vio policías, ni hombres de paisano de aspecto sospechoso junto a la cola de los pasajeros que esperaban para embarcar. Dejó que lo hicieran casi todos antes de subir con gran esfuerzo por la rampa, mostró su billete y se trasladó directamente hasta los bancos de popa, donde se sentó con la cabeza echada hacia delante, murmurando para sus adentros. Como esperaba, nadie quiso sentarse junto a él. No había que mostrar el pasaporte, puesto que el transbordador realizaba una ruta circular y la concluía de nuevo Ginebra, a última hora del día. Massinger habría recibido el telegrama y dispondría del tiempo suficiente para llegar a Evian antes de que lo hiciera el barco. Una vez juntos, podría informarle del contenido esencial de las cartas de Glockner. Imaginaba que no se tardaría demasiado en averiguar quién era la fuente de información en la Oficina de Guerra: sólo unas pocas personas podían tener acceso a tal cantidad de detalles.

Oyó la reverberación de los motores en el casco y la cubierta, bajo sus pies, y se permitió sentir una punzada de emoción. Lo había logrado. No había sido fácil, había sido todo lo contrario a fácil, pero había cumplido con la misión que le habían encomendado. ¿Qué más podía pedirle?

El transbordador empezó a alejarse del muelle y puso proa a las aguas abiertas del lago. Estaba algo nublado, y sólo unos retazos de cielo azul asomaban aquí y allá, pero cuando el sol se colaba por ellos, su reflejo en la superficie del lago le cegaba, por lo que decidió buscar protección bajo unos toldos. No tardaron en encontrarse en aguas abiertas, a todo vapor, rumbo a Nyon, y Lysander consideró que no había peligro y que podía bajar a quitarse el disfraz.

En el aseo, tras lavarse y adecentarse todo lo que pudo, partió la silla de cocina en pedazos, y los metió, junto con la madeja de paja, en un armario vacío y oscuro que se abría detrás de los dos lavamanos. Se puso el impermeable y la gorra de golf, y se miró en el espejo. Se ajustó los puños y se abrochó correctamente la chaqueta. Perfecto. Un turista más disfrutando de la vuelta al lago. Metió también en el armario el saco de lino: llevaba en los bolsillos todo lo que podía necesitar. Tiró de la cadena, para guardar las formas, descorrió el pestillo y abrió la puerta.

Tras la primera escala en Nyon, el transbordador dejó de bordear la línea de la costa y cruzó el lago en dirección a Ouchy, el puerto de Lausana. Desde Ouchy, la siguiente parada era Vevey, y una vez allí el transbordador daba media vuelta hacia el oeste y, Montreux y las montañas boscosas aparecían frente a la proa la amplia embocadura del Ródano custodiada, a lo lejos, por los picos desnudos de los Dents du Midi.

Se acercó a popa y se apoyó en la barandilla, contemplando Ginebra, que se alejaba, las colinas bajas y los montes lejanos. Algunas de las célebres *barques*

ginebrinas surcaban el agua, chatas, de cubierta plana, con dos mástiles y velas panzudas, triangulares, puntiagudas, que se diría que operaban cada una por su cuenta. Vistas desde ciertos ángulos parecían mariposas gigantes que se hubieran posado un instante en el lago a beber, las alas plegadas, inmóviles. Siguió un rato observando su lento avance, esperando. Cuando vio que no había ningún pasajero cerca, con un gesto rápido arrojó el revólver al agua. Se dio la vuelta. No lo había visto nadie. Se alejó de la popa.

Cualquier otro día, habría disfrutado de las espectaculares vistas, pero lo que hacía era recorrer la cubierta, inquieto, con la mente agitada, incansable. Había un pequeño saloncito acristalado bajo la alta chimenea, donde se servían comidas ligeras y refrescos, pero él no tenía hambre. Sí se sintió muy fatigado de pronto, exhausto, de hecho, de la tensión acumulada durante las últimas veinticuatro horas. Subió unos peldaños y llegó a una cubierta-solárium, frente al puente, donde alquiló una tumbona de loneta por dos francos. Se sentó y se cubrió la cara con la gorra. Si no conseguía dormir, al menos se amodorraría un rato. Descansar, descansar un poco, eso era lo que necesitaba.

Estaba soñando con Hettie, que corría por un bosque amplio y descuidado, y agarraba de la mano a un niño pequeño de pelo oscuro. ¿Huían a alguna parte? ¿O sólo estaban jugando? Despertó, disgustado, intentando recordar los rasgos del niño. ¿Había encontrado, de algún modo, a Lothar en su sueño, a su hijo, al que nunca había visto, ni siquiera en fotografía? Pero Lothar sólo tenía un año, y el niño de su sueño era mayor, cuatro o cinco años. ¿No era posible que fuera...?

—Lleva casi dos horas durmiendo.

Volvió la cabeza.

Florence Duchesne estaba sentada en la cubierta, a un paso de él, tocada con su habitual sombrero ancho, de terciopelo negro, que sujetaba a la cabeza con un pañuelo de *chiffon*.

—Dios mío —dijo él—. Me ha dado un susto de muerte. Estaba soñando.

Se incorporó, orientándose de nuevo. El sol estaba más bajo, las montañas, a su izquierda, eran menos escarpadas. ¿Francia?

—¿Dónde estamos?

—En una hora llegaremos a Evian-les-Bains.

—Lo miró... ¿Podía ser aquello un atisbo de sonrisa?

—Casi me despista a mí —dijo ella—. Creía que no había subido a bordo. Lo había visto, sí; la silla, el saco, esa cojera tan peculiar... y entonces, cuando el vapor estaba a punto de zarpar, he caído en la cuenta. Ése tiene que ser él. He recordado lo que me comentó Massinger: esté alerta, no se parecerá al hombre que espera ver.

—¿Y cómo lo sabía Massinger?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Sólo me advirtió que podía aparecer disfrazado. En cualquier caso, ¡bravo! Nadie habría adivinado que era usted.



—Toda precaución es poca... —Permaneció unos segundos pensativo—. Pero ¿qué está haciendo usted aquí?

—Massinger quería asegurarse de que salía sano y salvo. Me pidió que lo escoltara discretamente, y a mí me ha servido para pasar un día agradable fuera de casa. Después regresaré a Ginebra en el mismo barco.

—¿Qué quería decir en su nota con lo de que la gente estaba *preocupada*?

—Manfred Glockner está muerto.

—¿Qué?

—Murió de un infarto. Lo encontraron inconsciente en su apartamento y lo llevaron corriendo al hospital. Pero ya era demasiado tarde.

Lysander tragó saliva. Dios santo.

—¿Conoce usted alguna razón por la que pudo morir? —le preguntó ella en tono neutro.

—Cuando me fui de allí estaba bien —improvisó Lysander, y a su mente regresó el amasijo metálico del estropajo, la potente corriente eléctrica...—. Le entregué el dinero, lo conté, me reveló la clave del código y me fui.

Ella lo miraba fijamente.

—Encontraron el dinero en su portafolio —dijo.

—¿Y usted cómo lo sabe? —contraatacó él.

—Tengo un contacto en el consulado alemán.

—¿Qué clase de contacto?

—Un hombre al que le abría la correspondencia. Contenía fotografías que no quiere que salgan a la luz pública. Yo me quedé con algunas, por si alguna vez hace falta que le refresque la memoria. Así que cuando me conviene saber algo, él se muestra más que dispuesto a informarme.

Lysander se puso en pie y se acercó a la barandilla. Sabía que debía ser muy, muy cauto, pero ni él mismo comprendía bien por qué le había mentado instantáneamente. Contempló las aguas plácidas del lago en la orilla francesa; las montañas se elevaban de nuevo, y vio un castillo pequeño, de líneas perfectas, situado justo al borde del agua.

Madame Duchesne fue a reunirse con él. Clavó la vista en la costa, cada vez más cercana. Él se volvió y pudo fijarse en su perfil. En la curva perfecta de su nariz pequeña, que era como un pico. Se le hincharon las fosas nasales al aspirar hondo, y se elevaron sus pechos. Había algo en ella que lo excitaba. Ella...

—Un castillo muy hermoso... se llama chateau de Blonay. Me gustaría vivir en un lugar así.

—Tal vez se sintiera sola.

—No me imagino viviendo ahí yo sola.

Madame Duchesne se volvió a mirarlo.

—¿Cuál es la clave del código? ¿Glockner le facilitó el texto?

—No. La tengo en la cabeza. Me explicó en qué consistía. Es muy simple.

—¿Y como es?

—Es la Biblia... en alemán —respondió Lysander. No esperaba que llegara a preguntárselo así, directamente—. Pero el truco está en que el primer número no corresponde. Se trata de un código doble. Hay que restar un número o sumárselo para obtener la página correcta.

—¿Cuál es el truco? Parece muy complicado. —No parecía convencida, fruncía el ceño—. ¿Cómo se consigue que sí corresponda?

—Seguramente es mejor que no se lo cuente.

—Massinger querrá saberlo.

—Se lo diré cuando lo vea.

—Pero a mí no.

—La información que figura en esas cartas es extremadamente importante.

—No confía en mí —insistió ella, con gesto impasible—. Es evidente.

—Sí. Pero hay casos como éste en que, cuanto menos sepa, mejor para usted. Por si acaso.

—Tengo algo que mostrarle —dijo ella—. Tal vez, cuando lo vea, confiará en mí.

Le invitó a bajar los primeros peldaños. Juntos franquearon la puerta y bajaron otro tramo de escaleras. El rumor constante de los motores del vapor se intensificaba a medida que descendían de una planta a otra.

—¿Adónde vamos? —preguntó él, alzando la voz para hacerse oír.

—He alquilado un camarote pequeño, aquí abajo.

Habían llegado a un pasillo estrecho. Lysander casi debía gritar para oír se a sí mismo.

—¡Aquí abajo no hay camarotes!

—¡En esta esquina! ¡Ya verá!

Doblaron la esquina. Había una puerta con un cartel que rezaba *Défense d'Entrer*, y una escalera de metal empinada por la que se subía a la cubierta superior. Parecían encontrarse inmediatamente encima de la sala de máquinas.

—¡Espere un segundo! —gritó ella, mientras rebuscaba algo en el bolso.

Entonces extrajo de él un revólver pequeño, de cañón recortado, y le apuntó con él.

—¡Eh! ¡No! —gritó Lysander, completamente anonadado, y al mismo tiempo seguro de que dispararía. Levantó despacio la palma de la mano izquierda en un gesto de protección que no le serviría de nada.

El primer disparo no dio en el blanco y le impactó en el muslo izquierdo. Se tambaleó y vio que el segundo, prácticamente inmediato, le atravesaba la mano izquierda levantada. Sintió ese segundo impacto en el hombro izquierdo, como un puñetazo que le obligó a ladearse, lo que permitió que la tercera bala se le metiera en el torso, por el costado derecho.

Cayó pesadamente al suelo de metal claveteado, y oyó el ruido de sus pies al repicar contra la escalera. Se incorporó, apoyándose en los codos, y alcanzó a

contemplar la perturbadora imagen de su propia sangre, que brotaba ya y se encharcaba bajo su cuerpo, antes de desplomarse de nuevo y de sentir que se le entumecían los miembros, y de oír los irónicos, asmáticos bocinazos del transbordador —*buu, buu, buu, buu*— que anunciaban su llegada inminente al bullicioso y soleado puerto de Evian-les-Bains.

# CUARTA PARTE

*Londres, 1915*

# 1. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Así pues, un aspecto positivo de todo esto es que finalmente he conseguido que me admitan en la Universidad de Oxford. Aquí estoy, en el Somerville College de Woodstock Road, viviendo un simulacro de la vida de facultad. Aunque ocupo una habitación junto al hueco de la escalera en el patio del colegio femenino, aquí no hay mujeres (exceptuando a las enfermeras y al personal de servicio doméstico); a las alumnas las han transferido al Oriel College mientras dure la guerra. Aquí somos todos hombres, oficiales heridos en Francia y otros campos de batalla, con distintas discapacidades, algunas de ellas muy impactantes (los que sufren amputaciones múltiples, los quemados), otras, invisibles: las víctimas catatónicas de demencia causada por contusiones de armas inmensas y por imágenes de una brutalidad y un espanto inasumibles. Actualmente, Somerville forma parte del Tercer Hospital General del Sur, que es como han bautizado a la Enfermería Radcliffe, muy cerca de aquí, en la misma Woodstock Road.

Florence Duchesne me disparó tres veces y me causó siete heridas. Empecemos por la última. La tercera vez que apretó el gatillo consiguió que una bala me atravesara el pecho, entrando por el lado derecho, dos dedos por debajo de la clavícula y saliendo por encima del omoplato. Su segundo disparo me había atravesado la mano izquierda, que yo había alzado inútilmente, y siguió avanzando, sin obstáculos, hasta alojarse en el músculo de mi hombro izquierdo. Recuerdo haber visto durante una fracción de segundo el rosetón de sangre en el dorso de la mano cuando el proyectil pasó a través de ella. La cicatriz se ha curado bien, pero conservaré un estigma perpetuo, o dos, uno en la palma de la mano, a media altura, y otro en el dorso (insignias fruncidas, una rosada, la otra marrón, del tamaño de una moneda de seis peniques). En su primer disparo erró el tiro, más o menos. Fue, de hecho, una bala perdida, porque no había levantado el arma lo suficiente cuando apretó el gatillo, y fue a incrustarse en lo alto del muslo izquierdo, en el bolsillo donde guardaba algunas monedas, algunas de las cuales, con el impacto, se introdujeron en el músculo recto femoral. El cirujano, posteriormente, me contó que me había extraído cuatro francos y sesenta y siete céntimos, que me devolvió metidos en un sobre pequeño.

El disparo del pecho causó la inutilización del pulmón derecho, y creo que produjo la abundante hemorragia que contemplé antes de perder el conocimiento. La buena suerte, si tal concepto puede aplicarse a un caso de múltiples heridas de bala, quiso que seis de las siete fueran trayectorias de entrada y salida. Sólo el puñado de monedas impidió la expulsión y, ya me siento mucho mejor, sólo el muslo me causa cierta incomodidad y me lleva a cojear, lo que me obliga al uso de un bastón.

También tuve suerte de que, después de que Florence Duchesne me disparara y se diera a la fuga, un mecánico, o un fogonero, abandonara la sala de máquinas y me encontrara tendido en el cerco cada vez mayor de mi propia sangre. Me llevaron

enseguida a un pequeño ambulatorio de Evian, y después, Massinger, que acabó dando conmigo, consiguió que me trasladaran inmediatamente a la otra punta del país en ambulancia motorizada, hasta el hospital de la base británica, instalada en Ruan.

Allí permanecí cuatro semanas, convaleciente, porque el pulmón herido no dejaba de encharcarse de sangre y tenían que drenarlo regularmente. Llevaba la mano izquierda enyesada, porque la bala que la había atravesado había roto algunos huesecillos, pero el problema más persistente era el del muslo izquierdo. La bala, y las monedas, me las quitaron en Ruan, pero la herida no dejaba de reinfectarse, y había que drenarla, limpiada y cubrirla de nuevo. Durante casi toda mi estancia, tuve que caminar ayudado dado por dos muletas.

A finales de agosto me enviaron a Inglaterra y me trajeron a Oxford. Mi madre vino a visitarme apenas estuve instalado en Somerville. Entró en tromba en mi habitación vestida de negro, durante un breve instante creí, horrorizado, que Florence Duchesne había vuelto para acabar conmigo. Crickmay Faulkner había fallecido hacía un mes, de hecho, mientras yo me encontraba en Ginebra, y mi madre todavía llevaba luto.

Me contó que la peor noche de su vida la vivió al recibir el telegrama que le informaba de que yo estaba «desaparecido en acto de servicio». Crickmay estaba a punto de morir, y ella creía que también le habían arrebatado a su hijo. Sin embargo, a la mañana siguiente recibió la visita de un «oficial de marina» barbudo, y con una sonrisa curiosa, fantasmal, me comentó, que había viajado hasta Claverleigh para informarle de que, según creían, me habían capturado pero encontraba bien. Le costaba mucho entender que ahora yo estuviera ingresado en un hospital en Inglaterra y «acribillado a balazos». Yo le dije que aquel oficial de marina (sólo podía tratarse de Fyfe-Miller) debía de haber acudido con buena intención, pero que tal vez no estuviera al corriente de los hechos.

A pesar de su nuevo estatus de viuda, he de admitir que la encontré de un humor excelente, y había sacado el máximo partido a su apagado luto gracias a una gran profusión de encaje negro y plumas de avestruz. El fallecimiento de Crickmay había sido una bendición, dijo, y eso que ella lo quería con locura, pobre viejito adorable, y Hugh ya se estaba encargando de construir una casita de campo perfecta en la finca, que se convertiría en residencia de la viuda. Su fundación benéfica no dejaba de crecer, e incluso iban a invitarla a la corte para presentarle a la reina María. Después de dar un paseo por el claustro, la acompañé hasta el taxi y, cuando ya se iba, otro de los heridos, un compañero mío que estaba al corriente de mi vida anterior, quiso saber si también era actriz. Cuando le dije que no, me preguntó: «¿Es tu chica?». La guerra afecta a la gente de muchas maneras distintas. Supongo: en el caso de mi madre, estaba radiante, visiblemente rejuvenecida.

Hoy he recibido telegrama de Munro, lamentándose y felicitándose a la vez, informándome de que debemos analizar la información contenida en las cartas de Glockner. Y que, cuando llegue ese momento, tiene, además, una proposición que

hacerme. Yo supongo que ahora que Glockner está muerto, la urgencia por encontrar a la fuente en la Oficina de Guerra debe de haber menguado algo; sea quien sea nuestro traidor, tendrá que buscarse a otro con el que comunicarse, y eso, sin duda, le llevará su tiempo.

\* \* \*

Acaba de irse Hamo. Se ha mostrado muy afectado al verme. Yo estaba en la cama, acababan de drenarme la sangre del pulmón, una vez más. Su preocupación se ha traducido en una serie de preguntas muy específicas sobre mis heridas: ¿qué sensaciones físicas experimenté exactamente en el momento del impacto? ¿El dolor fue instantáneo o llegó después? ¿Me pareció que la impresión me anesthesiaba de algún modo? ¿El entumecimiento se mantuvo durante todo el tiempo que permanecí tendido en el campo de batalla? Y así sucesivamente. Yo le he respondido con la mayor sinceridad posible, pero manteniéndome deliberadamente vago sobre la realidad de quién me había disparado y dónde. «Te lo pregunto porque yo tuve unas sensaciones rarísimas cuando me dispararon —me ha aclarado Hamo—. He visto a hombres gritar de agonía al romperse un dedo, y en cambio yo estaba ahí, con sangre por todas partes, y lo único que sentía era una especie de hormigueo, como si se me hubiera dormido algo, unos pinchazos». Cuando ya se iba, me ha cogido la mano y me la ha apretado con fuerza. «Me alegro de que hayas vuelto, mi niño querido. Mi valiente».

Esta tarde he ido a pie hasta Saint Gilles, hasta el Monumento a los Mártires, y también he regresado andando. No caminaba tanto desde mi estancia en Ginebra. De vuelta, he hecho un alto en un *pub*, y me he tomado media pinta de sidra. La gente me miraba raro; mi palidez y mi bastón señalaban el «precio» que he pagado, supongo. Se me olvida que soy un oficial uniformado (Munro se ha encargado de enviarme equipo nuevo). Soy el teniente Lysander Rief, Infantería Ligera de East Sussex, y me recupero de mis heridas de guerra. Era un cálido atardecer de finales de verano, y Saint Gilles, con el edificio del College a un lado, antiquísimo, ennegrecido, y con el Museo Ashmolean al otro, se veía atemporal, atractivo —exceptuando los coches y los camiones comerciales, por supuesto—, y casi he envidiado a las personas que tuvieron la oportunidad de estudiar y vivir allí. Pero ¡ah!, para mí ya es demasiado tarde.

Estaba sentado en un banco, en el claustro delantero, esta tarde, al otro lado de la garita del portero, leyendo un periódico al sol, cuando ha aparecido una de las

enfermeras.

—Ah, está aquí, señor Rief. Tiene una visita. No sabíamos dónde estaba.

Y entonces, presentándose ante mi vista con gran reserva, ha aparecido Massinger vestido de civil.

Se ha sentado a mi lado, en el banco, muy tenso e incómodo, reacio a mirarme a los ojos.

—Nunca le he dado las gracias como corresponde —le he dicho, para suavizar un poco el ambiente—. Por trasladarme a Ruan. En ambulancia privada y todo. Tuve la mejor atención, le hablo en serio.

—Le debo una disculpa, Rief —ha replicado él, bajando la vista para clavarla en sus manos, que tenía apoyadas en el regazo, entrelazadas, como si rezara—. No sabe lo mucho que me alegró verlo con vida en Evian. Lo mucho que me alegro hoy.

—Gracias —y después, sintiendo curiosidad, he añadido—: ¿Y por qué se alegra tanto, concretamente?

—Porque creo, porque tengo la sensación espantosa de que ordené que le mataran. Un horrible error, lo admito. Me equivoqué por completo.

Se ha explica. Se había producido un rápido intercambio de telegramas entre madame Duchesne y él el lunes por la mañana, una vez que la muerte de Glockner fue descubierta y se informara de ella. Madame Duchesne desconfiaba mucho, estaba convencida de que su fallecimiento tenía algo que ver conmigo, con nuestro encuentro. Llegaron incluso a hablar por teléfono una hora antes, aproximadamente, de la salida de mi transbordador. Para entonces Massinger ya había recibido mi telegrama, y sabía, según el horario del vapor, cuándo debía abandonar Ginebra. Entonces ordenó a madame Duchesne que me acompañara a bordo, me interrogara y, si yo le daba algún motivo para creer que era un traidor, dar los pasos necesarios para llevarme ante la justicia.

Yo he escucha o todo esto con cierto asombro.

—Entonces, cuando la vi en Evian, me dijo que lo había matado a tiros —ha proseguido Massinger.

—¿Cuándo la vio?

—Nos encontramos en el muelle. Me dijo que le había mentado sobre la clave del código, sobre el texto original. Me dijo que le ocultaba algo. Estaba convencida de que usted había asesinado a Glockner. Desconfiaba muchísimo de usted. Creo que, para ella, su disfraz fue prueba suficiente.

—Sí. ¿Cómo sabía usted que me disfrazaría?

Massinger ha parecido algo perplejo ante mi pregunta, confundido.

—Me lo dijo Munro. ¿O fue Fyfe-Miller? Lo que ocurrió en Viena cuando los vi allí.

—¿Usted estuvo en Viena?

—Iba y venía. Sobre todo el año anterior al inicio de la guerra, cuando estuve organizando la red en Suiza. Todo el mundo hablaba de su fuga.



—Entiendo... —Me ha desconcertado saber de mi notoriedad. No quiero pensar en ello, de momento—. En fin, no me pareció que estuviera obligado a contárselo todo a madame Duchesne. ¿Por qué iba a hacerlo? Estaba a punto de reunirme con usted y referírselo todo detalladamente. ¡Por Dios! En suelo francés. Y mientras tanto usted ordena que me maten.

Me ha parecido que Massinger se sentía mal, y ha torcido el gesto.

—De hecho, yo no usé tantas palabras. Madame Duchesne no paraba, me expresaba una y otra vez sus sospechas contra usted, hasta que finalmente le dije... —Ha hecho una pausa—. Tengo el francés un poco oxidado, ¿entiende? No sé si me expresé con total claridad. Intenté tranquilizarla y le dije algo que equivalía a que no podíamos asumir que él, usted, fuera un traidor. Era improbable, pero en el caso de que se confirmara, lo trataríamos sin piedad.

—Eso es bastante difícil de expresar en francés, aunque uno lo hable con fluidez —he replicado.

—Tiene razón, no supe decir lo que quería. Creo que me equivoqué, y que en vez de *traiter*, usé *traître*. —Me miró, compungido—. Dije que era usted un *traître sans pitié*.

—Eso es bastante inequívoco. «Un traidor despiadado».

—Cuando lo que intentaba decir...

—Ya entiendo dónde se produjo la confusión.

—He pasado noches en vela repasando todo lo que pude decirle a ella. Todos estábamos bastante impactados por la muerte de Glockner. El pánico, ya sabe.

—Sí, todo eso está muy bien. Esa mujer me disparó tres veces. A bocajarro. Y todo porque tiene usted un francés de primaria.

—¿Cómo murió Glockner? —me ha preguntado entonces, impaciente por cambiar de tema.

—De un infarto. O eso me contó madame Duchesne.

—Y cuando usted se fue de su casa, él estaba bien.

—Sí. Contando el dinero.

¿Por qué sigo mintiendo? Algo me dice que, cuanto menos cuente a todo el mundo, mejor. Hemos conversado un poco más, y me ha comunicado que Munro pensaba venir a verme para tratar de la des codificación de las cartas. Finalmente, se ha puesto en pie y me ha estrechado la mano.

—Mis más sinceras disculpas, Rief.

—En las presentes circunstancias, no le puedo decir gran cosa. ¿Qué ha sido de madame Duchesne?

—Cogió un tren y regresó a Ginebra. Y ahí sigue. Trabajando como agente Bonfire. Vale su peso en oro.

—¿Sabe que sobreviví?

—De hecho, estoy bastante seguro de que cree que murió. Me ha parecido mejor no tocar el tema. No quería alterarla innecesariamente, ¿entiende? Después de todo,

ella creía que cumplía mis órdenes. La culpa no es suya.

—Muy considerado por su parte.

Mi madre me había traído la correspondencia que me había llegado a Claverleigh, incluida la carta que me envié a mí mismo desde Ginebra y que contenía las cartas de Glockner descifradas. Hice nuevas copias de las seis y se las entregué a Munro cuando vino a verme ayer.

Fuimos a sentarnos en lo que antes era la sala de reunión de los alumnos. Había cuatro personas jugando al *bridge*, pero, salvo por ellos, el lugar estaba tranquilo. El día era lluvioso, fresco, y en el aire flotaban las primeras señales del otoño.

Esparcí las transcripciones sobre la mesa, frente a nosotros.

Munro estaba muy serio.

—Lo que más me perturba es que ese hombre parece saberlo todo —dijo—. Mire..., construcción de vías para traslado de armamento en la línea Hazebrouk-Ypres... —Me señaló otra carta—: Aquí..., el número de trenes-ambulancia en Francia, donde los finales de vía sólo para munición son...

—¿Algo relacionado con la organización de trenes?

—Se diría que sí... Pero fíjese en esto, que es sobre forraje.

—Sí —admití—. No lo entiendo.

—Hay un caballo por cada tres hombres en Francia —prosiguió Munro—. Centenares de miles. Y hay que alimentarlos.

—Ah. O sea, que si uno sigue el rastro del forraje, llegará donde se concentran las tropas.

Munro reflexionó en voz alta.

—Sí. ¿Dónde trabaja ese hombre? ¿En el Ministerio de Munición? ¿En el Directorio de Transporte por Ferrocarril? ¿En la Secretaría de Intendencia General? ¿En la Oficina de Guerra? Pero fíjese en esto. —Levantó la quinta carta y leyó textualmente—: «Dos mil furgones de refrigeración, encargados a Canadá». Furgones refrigerados. ¿Cómo puede saber eso?

—Sí. ¿Para qué son?

—Si estás en el frente, quieres que la carne te llegue fresca, ¿no, soldado?

Munro se atusó el pulcro bigote con la yema del dedo índice, muy concentrado. Después se volvió y me miró con sus ojos claros, penetrantes.

—¿Qué quiere hacer, Rief?

—¿A qué se refiere?

—¿Quiere incorporarse de nuevo a su batallón? Todavía está en Swansea. Aunque no podrá mantener el rango. También puede licenciarse con honores. Ha cumplido más que sobradamente con su deber. Eso se lo reconocemos, y le estamos muy agradecidos.

No me hizo falta pensarlo mucho.

—Me licenciaré con honores, gracias —respondí, consciente de que no podía regresar al 2/5.º del Regimiento de Infantería Ligera de East Sussex—. En un par de semanas me darán el alta aquí —añadí.

Entonces Munro dio un respingo, como si acabara de ocurrírsele algo.

—¿O tal vez pudiera prestamos un servicio más, aquí, en Londres? ¿Qué me dice?

—Creo que he superado más...

—Se lo formulo como pregunta, Rief, para permitirle a usted responder afirmativamente. —Le dedicó una sonrisa, pero una sonrisa fría—. Seguiría siendo teniente. Y mantendría la misma paga.

—Bien, así planteado..., sí. Siempre y cuando no vuelvan a dispararme.

En ese momento entraron varios miembros del personal de servicio y empezaron a poner la larga mesa para el almuerzo, con gran estruendo de vajilla y cubertería.

—¿Le apetece comer algo? —le pregunté.

—No me apetece el rancho de hospital —me respondió—. ¿Podemos ir a un bar?

Abandonamos el recinto universitario por una de las salidas traseras, y llegamos a Walton Street.

—Nunca había entrado en este colegio —comentó Munro—. Aunque debí de pasar cien veces por delante.

—¿En qué colegio estudió? —le pregunté, sin sorprenderme de que no me sorprendiera que hubiera estudiado en Oxford.

—En Magdalen —dijo—. Al otro lado de la ciudad.

—Y después se unió al servicio diplomático —tanteé.

—Así es, después de mi breve paso por el ejército. —Me miró—. ¿Dónde estudió usted?

—Yo no fui a la universidad —le respondí—. Empecé a actuar al terminar la escuela.

—Ah, la Universidad de la Vida.

El *pub* se llamaba The Temeraire, y el cartel que lo anunciaba era una reproducción inexacta y chillona de la obra maestra de Turner. Era un local pequeño, con las paredes forradas de tablones de madera, mesas bajas, taburetes de tres patas y grabados de navíos de línea. Munro se acercó a la barra a buscar dos pintas, y pidió un pastel de ternera y jamón con puré de patatas y cebollas en vinagre. Yo le dije que no tenía apetito.

—Va a haber un ataque a gran escala —me reveló Munro, echándose sal y pimienta en el pastel y el puré—. En cuestión de días, de hecho. En apoyo a la ofensiva francesa. En el sector de Loos.

Separé las manos y lo observé con cierta incredulidad.

—Dios mío —dije—. Pero si sugerí con vehemencia que se interrumpieran todas las operaciones. Van a estar esperándonos... fíjese en las dos últimas cartas de Glockner. Usted mismo podría identificar la zona.

—Ojalá las cosas fueran tan fáciles. Los franceses están siendo muy insistentes. —Esbozó una sonrisa fugaz, disconforme, pues sin duda pensaba lo mismo que yo—. Esperemos que todo sea para bien.

—Sí, claro, eso siempre podemos hacerla. Esperar, digo. No cuesta nada.

Munro puso cara de pena, guardó silencio y atacó el pastel. Yo encendí un cigarrillo.

—Hay algo que le ha pasado por alto a quien ha enviado las cartas —dijo Munro—. Es curioso. Vamos a usar gas venenoso en Loos, aunque nos referimos a él llamándolo «el accesorio».

—Bien, a nosotros ya nos lo hicieron en Ypres —comenté yo, cauto—. En el amor y en la guerra, todo vale.

No sabía por qué me lo contaba. ¿Me estaba poniendo a prueba de algún modo?

—Me pregunto por qué lo ha pasado por alto —prosiguió Munro—. Tal vez gracias a eso podamos localizarlo. —Dio un sorbo de cerveza—. Tómese una semana de permiso cuando salga del hospital. Después, quiero que conozca a alguien en Londres. Debemos trazar nuestro plan de acción.

—De modo que debo seguir siendo teniente.

—Sí, por supuesto. —Y entonces, como si fuera algo que acababa de ocurrírsele, añadió—: No llegó a decirme cuál era el libro que sirvió de fuente para crear el código.

—Se lo dije a Massinger y a madame Duchesne.

—Ah, sí. La Biblia en alemán. Pero, obviamente, no era verdad.

Resulta siempre peligroso olvidar lo listo que es Munro. Ahora que escribo el relato de nuestro encuentro, me doy cuenta de ello. En ocasiones parece tan aburrido, tan correcto: el militar de carrera, el diplomático de carrera, ese hombre pulcro y ordenado, seguro de su posición, siempre ligerísimamente envarado con aires de superioridad, aunque intenta que no se le note. Bien en realidad es todo lo contrario, eso es lo que quiere que pienses. Realmente, no sé por qué, ¿tal vez porque intentó ponerme a prueba con el dato de «el accesorio»? pero lo cierto es que yo también decidí ponerlo a prueba a él.

—Decidí no revelárselo —admití—. De hecho, era el libreto de una desconocida ópera alemana.

—¿Ah, sí? ¿Titulada...?

Observé atentamente su rostro.

—*Andromeda und Perseus*.

Frunció el ceño.

—Creo que no la conozco —dijo, dedicándome una sonrisa vaga.

—Supongo que no tiene por qué conocerla. De Gottlieb Toller. Se estrenó en Dresde en 1912.

—Ah, es moderna. Eso lo explica todo. A mí me ha venido a la mente el *Persée* de Lully.

Sentí que un escalofrío me recorría todo el cuerpo, y en ese mismo momento decidí no confiar más en Munro, por más que me viera naturalmente inclinado a sentir aprecio por él. Cualquiera persona que hubiera vivido en Viena en 1913 habría conocido la *Andromeda* de Toller. Cualquiera, y más si era alguien familiarizado con el *Persée* de Lully. ¿Por qué mentía? ¿Por qué estábamos ahí los dos, sonriéndonos, mintiéndonos el uno al otro? Los dos pertenecíamos al mismo bando.

—¿Le entregó Glockner ese libreto?

—Sí. A cambio del dinero.

—¿Y qué hizo con él?

—Lo perdí. Con todo el lío de los disparos... Se quedó en alguna parte, en el ambulatorio de Evian, supongo. Desde entonces no he vuelto a verlo.

Munro dejó los cubiertos sobre el plato y lo apartó un poco.

—Qué lástima. ¿Cree que podría conseguir algún otro ejemplar, gracias, por ejemplo, a sus contactos en el mundo del teatro?

—Podría intentarlo.

—¿Nos tomamos otra pinta? Para celebrar su rápido restablecimiento.

## 2. UN BIPLAZA TURNER DESCAPOTABLE

Lysander fue dado de alta del Somerville College una semana después, y decidió pasar la semana de permiso en Sussex, como invita de su tío, en su casa de Winchelsea. Hamo había adquirido un automóvil, un turner biplaza descapotable, y, juntos, salieron recorrer los Downs, llegaron hasta Kent y visitaron Dungeness y Bexhill, se acercaron a Sandgate y Beachy Head, y realizaron un viaje épico a Canterbury, donde pasaron la noche antes de regresar a casa, a la mañana siguiente. Lysander combinaba aquellos desplazamientos motorizados con paseos cada vez más largos, a medida que se sentía mejor y que la herida de su pierna izquierda daba señales de curarse. La cicatriz del muslo seguía teniendo un aspecto deplorable, abultada y muy roja (le habían cortado mucho músculo en busca de las huidizas monedas), y, tras sus paseos, que gradualmente alcanzaban medio kilómetro, un kilómetro, dos kilómetros, notaba la pierna agarrotada y dolorida. Pero creía que era lo mejor que podía hacer. Sentía que su amor por las caminatas regresaba, y tan pronto como recobró un mínimo de confianza en sí mismo, se deshizo del bastón, aliviado. El sábado anterior a su regreso a Londres condujeron hasta Rye, donde almorzaron, y después fueron a dar un paseo por Camber Sands. Caminaron por un sendero, sortearon las alambradas de espino y las descarnadas defensas contra una posible invasión, y llegaron a la playa. La marea estaba baja, y la inmensa extensión de arena parecía el vestigio de un desierto antiguo y perfecto creado allí, en la costa meridional de Inglaterra, increíblemente plano y liso. A un de kilómetros, más o menos, alguien hacía volar una cometa, o, por lo demás, disponían de aquella playa para ellos solos. Lysander se detuvo. Le pareció oír el rumor de explosiones lejanas.

—Eso no viene de Francia, ¿verdad? —preguntó, consciente de que la ofensiva podía tener lugar en cualquier momento.

—No —respondió Hamo—. Hay una explanada más arriba... tiradores en prácticas. ¿Cómo va la pierna?

—Mejorando. Ya no me duele, pero todavía la siento, no sé si me entiendes.

Siguieron paseando en silencio. Había un frescor agazapado en el aire de la tarde.

—¿Conoces a Bonham Johnson? —me preguntó Hamo.

—¿El novelista?

—Sí. No vive lejos de aquí. Cerca de Romney. Pues resulta que es un gran admirador de mi libro sobre África. Al parecer, cumple sesenta años, va a dar una fiesta para celebrarlo y quiere que asista.

—Puedes ir en automóvil.

—Quiere que lleve a un invitado. De hecho, especificó claramente que fueras tú, «su sobrino actor». Creo que te ha visto actuar. ¿Te apuntas? Es este domingo no, el siguiente.

Lysander pensó que era lo último que le apetecía, pero le parecía que, a pesar de habérselo planteado de aquella manera tan indirecta, Hamo, más que invitarlo, le

estaba pidiendo que lo acompañara.

—Si tengo el fin de semana libre, sí. Podría ser interesante.

Aquella respuesta complació claramente a su tío.

—Esos literatos son unos impresentables. Voy a necesitar apoyo moral.

—Aquí el único que ha escrito un libro eres tú, Hamo.

—Ah, pero tú eres un actor famoso. No se fijarán en mí.

Lysander se trasladó a Londres el domingo por la tarde. El piso de Chandos Place seguía subarrendado, por lo que se instaló en una pequeña casa de huéspedes de Pimlico, bautizada con el rimbombante nombre de The White Palace, no lejos del río. Desde allí podía llegar caminando hasta Parliament Square en menos de media hora. Munro le había pedido que se vieran en un lugar llamado Whitehall Court el lunes por la mañana, pero no había especificado quién más acudiría a la cita, ni qué cuestiones abordarían.

El lunes por la mañana, Lysander descubrió que Whitehall Court era uno de aquellos edificios londinenses que había visto desde lejos en innumerables ocasiones, pero que nunca se había molestado en identificar. Parecía un inmenso castillo decimonónico: miles de habitaciones, rematado con torreones y mansardas, que contenía un club de caballeros, un hotel y muchas plantas dedicadas a apartamentos y oficinas. Quedaba algo retirado del río, y disponía de sus propios jardines entre el puente de Watedoo y el del Ferrocarril que conducía a la estación de Charing Cross.

Un portero uniformado comprobó su nombre en una lista, y le indicó que subiera hasta la última planta, doblara a la izquierda al llegar a lo alto de la escalera, franqueara una puerta, siguiera por un corredor, y allí encontraría a alguien esperándole.

Ese alguien resultó ser Munro vestido de civil, que lo invitó a pasar a una oficina sencilla y de decoración espartana con vistas al Támesis. Massinger estaba ahí esperando, uniformado, y lo saludó muy tenso, como si todavía se sintiera culpable por el error casi fatal que había cometido por hablar mal el francés. Había un gran escritorio de nogal, con superficie de cuero, pegado a una pared, encarado hacia la ventana, y una silla vacía. Alguien de mayor rango estaba aún por llegar.

Los tres hombres se sentaron en las otras sillas disponibles. Munro ofreció té, pero Massinger y Lysander se negaron cortésmente. Massinger le preguntó a Lysander cómo se encontraba, y éste le dijo que ya casi había vuelto a su vida normal, gracias. Se oyó el traqueteo de un tren que acababa de abandonar Charing Cross y pasaba por el puente y, justo cuando sonaba el silbato, como si hubiera esperando a que le dieran el pie, la puerta se abrió y apareció, renqueante, un hombre de edad avanzada y pelo canoso, vestido con uniforme de capitán de marina. El golpe seco e resonaba cada vez que apoyaba en el suelo la pierna derecha hizo sospechar a Lysander que debía de ser postiza. Su aspecto era risueño, discreto, y todo en él, salvo

la pierna de madera parecía de lo más corriente. Nadie lo presentó.

—Éste es el teniente Rief, señor —dijo Munro—. El que culminó la excelente misión de Ginebra.

—Excepcional —dijo Massinger, celoso de defender su territorio. Suiza era su feudo, según recordó Lysander.

—Enhorabuena —dijo el capitán—. De modo que usted es el que ha encontrado a nuestra manzana podrida.

—Todavía no lo hemos encontrado, señor —puntualizó Lysander—. Pero creemos saber en qué cesto se encuentra.

El capitán ahogó una risita, complacido con las metáforas.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó, mirando a Munro y a Massinger.

—En realidad, no corresponde a mi área —replicó Massinger a la defensiva, y Lysander volvió a preguntarse por el orden jerárquico de los presentes.

El capitán era un jefazo, eso seguro, pero ¿quién de los otros dos tenía mayor graduación, Massinger o Munro? ¿Con que autonomía contaban, si es que contaban con alguna?

—Yo creo que debemos encontrar la manera de introducir a Rief en la Oficina de Guerra —sugirió Munro—. Su gran punto a favor es que se trata de alguien completamente desconocido. A diferencia de nosotros. Una cara nueva.

El capitán tamborileaba con los dedos en el escritorio.

—¿Y cómo? —preguntó—. Sólo es teniente. En la Oficina de Guerra sólo entran los peces gordos.

—Creamos una comisión de estudios —respondió Munro—. Algo muy aburrido. Y enviamos a Rief para que formule preguntas y examine documentos.

—El año pasado, sir Horace Ede presidió una comisión sobre transportes. Podrían haber surgido aspectos complementarios...

—Exacto. Que el teniente Rief debe cubrir, y sobre los que ha de dar cuenta.

—Y va a celebrarse una conferencia internacional que explicaría por qué debemos tenerlo todo presentable.

—No podría ser mejor.

Massinger parecía cada vez más incómodo ante la perspectiva de resultar marginado de ese modo, sin nada en lo que contribuir. Carraspeó sonoramente, y todos dejaron de hablar y lo miraron. Él levantó las dos manos, a modo de disculpa, se sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó.

—¿Cuánto tiempo necesitaría, señor? —preguntó Munro.

—Denme un par de días —respondió el capitán—. De cuanto más arriba venga la autorización, más fácil será para Rief, aquí presente. —Se volvió hacia Lysander—. Manténgase disponible, Rief. Si lo queremos en el meollo del asunto, entonces debemos concederle algo de poder.

Massinger habló al fin.

—A usted no le parece que estamos pisándole el terreno al M. O. 5, ¿verdad,



señor?

—Todo este inmenso lío se originó en Ginebra —replicó el capitán con un atisbo de impaciencia en la voz—. Fue cosa suya, de modo que ahora es cosa nuestra. Aclararé las cosas con Kell. Además, él no dispone de hombres.

Lysander no sabía de qué estaban hablando. Empezó a tirar de una piel de la uña de dedo índice.

—Bien, voy a ponerme manos a la obra —prosiguió el capitán—. Será mejor que asignemos un nombre en clave a nuestra manzana podrida para poder hablar de ella.

—¿Alguna preferencia? —preguntó Munro.

Lysander pensó deprisa.

—¿Qué tal Andrómeda? —dijo, clavando la mirada en Munro, que no movió ni un músculo del rostro.

—Pues Andrómeda, no se hable más. Vamos a dar con él, y rápido —dijo el capitán, y se puso en pie. La reunión había terminado. Cruzó la habitación, llegó hasta donde se encontraba Lysander y le estrechó la mano.

—Vi a su padre interpretar a Macbeth. Me dio mucho miedo. Buena suerte, Rief. ¿O debería decir «bienvenido a bordo»?

### 3. EL ANEXO DE EMBANKMENT

Munro le dijo que se fuera y lo pasara bien unos días, hasta que le avisaran. Una vez que todo estuviera organizado, se le informaría y se le darían las instrucciones precisas. De modo que regresó a la casa de huéspedes de Pimlico e intentó mantenerse distraído, y entretenido, aunque era consciente de que, bajo la superficie de su vida, no dejaba de circular, cada vez con más fuerza, una corriente subterránea de inquietud. ¿Quién era ese capitán todopoderoso? ¿Qué papel desempeñaba, de qué influencia gozaba? ¿Hasta qué punto podía confiar en Munro y Massinger, si es que podía confiar en ellos en absoluto? Y él mismo, ¿podía fiarse de cualquiera de los dos? ¿Por qué lo habían escogido a él, una vez más, para cumplir con su deber de soldado? Tal vez obtuviera algunas respuestas en los días venideros, pensaba, pero la ausencia absoluta de respuestas siquiera provisionales le preocupaba.

Fue a ver a su sastre, Jobling, y se hizo coser unos ojales pequeños para fijar en ellos las insignias que lo acreditaban como herido de guerra, unas barras verticales, de 2,5 centímetros de longitud, que se lucían en el antebrazo izquierdo, en las mangas de las chaquetas de su uniforme. A Jobling le conmovió manifiestamente conocer la naturaleza de sus heridas. Tres de sus ayudantes se habían alistado, y dos de ellos ya habían muerto.

—No vuelva al frente, señor Rief —le dijo—. Usted ya ha cumplido más que sobradamente con su deber.

Además, le ajustó el talle de la chaqueta; Lysander había adelgazado durante su convalecencia.

También fue a ver a Blanche, que actuaba en *La hora del peligro* en el teatro Comedia. Entre cajas, en su camerino, ella no le permitió que la besara en los labios. La invitó a cenar, pero ella dijo que no podía ir, porque «se estaba viendo» con alguien. Lysander le preguntó cómo se llamaba ese alguien, pero ella se negó a revelárselo, y se despidieron fríamente, por no decir con acritud. Al día siguiente, él le envió unas flores para disculparse.

De inmediato organizó una pequeña reunión en un salón privado del hotel Hyde Park con cuatro de sus amigos actores, con la única intención de averiguar el nombre del nuevo galán de Blanche. Todos lo sabían y, para su inquietud, resultó ser alguien con el que él también había mantenido algún trato, un dramaturgo de bastante éxito con el que había participado en lecturas, y que se llamaba Hames Ashburnham, un viudo de más de cuarenta años. Se trataba de un hombre atractivo, algo mayor, con fama de mujeriego en el mundo teatral, pensó Lysander, sintiéndose traicionado, aunque un instante de reflexión le bastó para darse cuenta de que no tenía ningún derecho a sentirse así: había sido él quien había roto el compromiso, no Blanche. Como ella misma le había recordado, habían decidido seguir siendo amigos, eso era todo, por lo que su vida privada sólo le incumbía a ella.

Con todo, verse rechazado por otro le dolió, y no le costó el menor esfuerzo

volver a sentir lo que había sentido por Blanche en el pasado. Era una joven extremadamente hermosa y dulce, y todo lo que habían compartido no podía echarse por la borda así como así. ¿Cómo era posible que tuviera una aventura con un dramaturgo de mediana edad, lo bastante mayor, o casi, para ser su padre? Le sorprendió constatar lo molesto que se sentía.

El viernes por la mañana llamaron a su puerta, y Plumtree, la joven camarera, le comunicó que había un caballero en el salón del fondo que deseaba vede. Lysander bajó la escalera con cierta emoción: volvía a estar en marcha, la función estaba a punto de empezar de nuevo, que suene la orquesta, por favor. Fyfe-Miller lo estaba esperando, muy elegante con su uniforme de comandante, con una carpeta bajo el brazo. Cerró la puerta con llave y extendió sobre la mesa los documentos que contenía. Munro y él habían analizado la diversa información en las transcripciones descifradas de las cartas de Glockner, y estaban convencidos de que sólo podía provenir de un departamento de la Oficina de Guerra: el Directorio de Movimientos. Dicho departamento ocupaba por el momento un anexo de la Oficina de Guerra, situado en Embankment, en un edificio cercano al puente de Waterloo. Lysander debía dirigirse allí de inmediato y presentarse ante el director, un tal teniente coronel interino Osborne-Way, que velaría porque a Lysander le facilitaran un despacho propio con teléfono. Lo esperaban esa misma tarde, no había tiempo que perder.

—¿No puede posponerse hasta el lunes? —preguntó Lysander, en tono lastimero.

—Estamos en guerra, Rief, no sé si se ha percatado —respondió Fyfe-Miller, sin sonreír en ningún momento—. ¿Qué actitud es ésta? Cuanto antes averigüemos quién es esa persona, más seguros estaremos todos.

A las dos de la tarde, Lysander se encontraba al otro lado de la calle, frente al edificio de siete plantas que albergaba el Directorio de Movimientos, a medio camino, aproximadamente, del puente de Waterloo y el puente del Ferrocarril de Charing Cross. La Aguja de Cleopatra quedaba a su izquierda. La expresión «buscar una aguja en un pajar» le vino al pensamiento, aciagamente. El Támesis quedaba a su espalda, y oía el chapoteo del agua que se arremolinaba alrededor de los embarcaderos y las barcas amarradas, a medida que bajaba la marea. Se veía elegante con su uniforme nuevo, sus galones de herido de guerra, sus lustrosas polainas de cuero que le cubrían las piernas entre las rodillas y las botas. Se quitó la gorra, se alisó el pelo y volvió a ponérsela. Se sentía extrañamente nervioso, pero sabía que, precisamente ahora, por encima de todo, debía transmitir confianza. Encendió un cigarrillo, no había prisa. Oyó el revoloteo de unas alas, y al volverse vio un cuervo grande, negro, que se posaba en el suelo a dos pasos de él. Los cuervos eran unos pájaros grandes, vistos de cerca, pensó, del tamaño de gallinas. Pico negro, ojos negros, plumas negras, patas negras. «Ciudades de cometas y cuervos», había dicho Shakespeare sobre Londres en alguna parte. Observó al ave acercarse dando saltos hasta medio bollo dulce con pasas arrojado a una alcantarilla. Lo picoteó varias veces, mirando, desconfiado, a su alrededor mientras lo hacía, pero entonces un

automóvil pasó demasiado cerca, y levantó el vuelo y fue a posarse sobre un plátano, emitiendo un graznido de irritación.

A Lysander se le ocurrieron al momento tres o cuatro interpretaciones simbólicas, malos presagios, relacionadas con su encuentro con un cuervo londinense, pero decidió no ahondar en ellas. Echó la colilla al río, recogió el portafolios que llevaba y, mirando a un lado y a otro, encontró un hueco entre el tráfico veloz, y cruzó al otro lado de Embankment, hasta la puerta principal del Anexo.

Una vez que hubo presentado sus credenciales, un ordenanza condujo a Lysander hasta la cuarta planta. Tras franquear unas puertas batientes, accedieron a un vestíbulo con dos pasillos a cada lado. De la pared colgaba un tablón con la lista de los distintos departamentos, acrónimos incomprensibles y flechas que indicaban qué corredor tomar: DGMR, Cte. Puertos y Transporte, Ingeniería de Carreteras y Ferrocarriles, De (Oficina de Guerra), Intendencia (Francia), Control Avituallamiento (Dover), DART (Mesopotamia), ROD (8II), y cosas por el estilo. Lysander y el ordenanza giraron a la derecha y entraron en un pasillo ancho, de suelo de linóleo, flanqueado por numerosas puertas. Avanzaban acompañados del repicar de las máquinas de escribir y los timbrazos de los teléfonos, hasta que llegaron frente a una puerta con una placa que rezaba: «Director de Movimientos». El ordenanza llamó con los nudillos, y Lysander fue invitado a entrar.

El director de Movimientos, teniente coronel interino Osborne-Way (del regimiento de Worcester) no se mostró precisamente encantado de verlo. Lysander no tardó ni dos segundos en percatarse de ello. Sus modales eran bruscos y fríos, y no se esforzaba lo más mínimo por suavizarlos. No le invitó a sentarse, no intentó siquiera estrecharle la mano, ni le devolvió el saludo. Lysander le entregó su «ábrete, Sésamo» al reino del Directorio: una hoja de papel con membrete, firmada de puño y letra por el mismísimo jefe del Estado Mayor del Ejército Imperial, el general sir James Murray, KCB, en el que se declaraba que «al oficial abajo mencionado, teniente L. U. Rief, ha de permitírsele un acceso sin restricciones, y proporcionársele toda la asistencia que solicite. Actúa bajo mis órdenes directas, y rinde cuentas directamente ante mí».

Osborne-Way leyó la misiva varias veces, como si no diera crédito a lo que figuraba escrito en negro sobre blanco. Era un hombre de baja estatura, mostacho canoso y ojeras abultadas. Sobre su escritorio se alineaban ocho teléfonos, y en un rincón de su despacho había desplegada una cama de campaña, cubierta con una manta.

—No lo entiendo —dijo finalmente—. ¿Qué tiene esto que ver con el jefe del Estado Mayor del Ejército Imperial? ¿Por qué lo envía? ¿Es que no se da cuenta de lo ocupados que estamos aquí?

Como para ilustrar su queja, dos teléfonos empezaron a sonar simultáneamente. Descolgó uno y dijo: «Sí, sí..., repito..., afirmativo». Después descolgó el otro, escuchó un momento y respondió: «No». Y colgó.

—No ha sido idea mía, señor —dijo Lysander, intentando sonar conciliador. Había decidido imposter una voz nasal, algo arrastrada, ligeramente ordinaria, producto de un aburrimento fingido, consciente de que de ese modo a Osborne-Way le caería aún peor. No le importaba: no estaba participando en ningún concurso de popularidad—. Yo me limito a cumplir órdenes. Unos temas complementarios de la comisión de sir Horace Ede sobre su investigación de transportes, que quedaron sin concluir. Es bastante urgente, dada la inminencia de la conferencia internacional.

—Así pues, ¿qué necesita de nosotros? —le preguntó Osborne-Way devolviéndole la carta, como si le quemara.

—Desearía disponer de una lista de todo el personal del Directorio y sus tareas asignadas. Y le agradecería que alertara a todos de que me encuentro aquí, cumpliendo con una misión. En uno u otro momento, mantendré entrevistas con todos ellos. Cuanto antes termine, antes se libraré de mí. —Sonrió—. Señor.

—Muy bien.

—Creo que me han asignado un despacho.

Osborne-Way descolgó un teléfono y gritó: «¡Tremlett!».

En cuestión de treinta segundos, apareció un cabo segundo. Llevaba un parche negro sobre un ojo.

—Tremlett, éste es el teniente Rief. Llévelo a la oficina 205 —Y, dirigiéndose a Lysander, añadió—: Tremlett le facilitará todos los archivos o documentos que necesite, lo pondrá en contacto con las personas a las que desee entrevistar, y le proporcionará té y galletas. Buenos días.

Abrió un cajón de su mesa y se puso a revolver papeles. Era evidente que la reunión había terminado. Lysander siguió a Tremlett por el pasillo ancho, y tuvieron que realizar dos giros a la derecha antes de llegar a la oficina 205.

—Bienvenido a bordo, señor —dijo Tremlett, volviéndose y dedicándole una sonrisa oblicua. El lado de la cara en que llevaba el parche permaneció inmóvil. Era un joven de poco más de veinte años, con acento londinense—. Mi extensión es la 11. Llámeme siempre que me necesite. Ya hemos llegado, señor.

Abrió la puerta de la oficina 205. Se trataba de un cubículo sin ventana, iluminado por una claraboya sucia. Había una mesa, dos sillas de madera y un archivador viejísimo. Un teléfono sobre la mesa. No se trataba precisamente del despacho en el que a nadie le apeteciera pasarse muchas horas, pensó Lysander.

—¿Qué es ese olor peculiar? —preguntó.

—Desinfectante, señor. Al coronel Osborne-Way le ha parecido que debíamos darle un buen repaso antes de que llegara.

Le pidió a Tremlett que le trajera la lista de Osborne-Way lo antes posible, se sentó y encendió un cigarrillo. Ya empezaban a Irritársele los ojos por lo corrosivo del desinfectante. Las cartas estaban sobre la mesa: el director de Movimientos había lanzado su ataque preventivo.

Los miembros del Directorio de Movimientos, situado en la cuarta planta del Anexo, eran veintisiete, y se servían de numeroso personal administrativo. Casi todos eran oficiales del ejército que hablan resultado heridos y no podían prestar servicio activo. Al repasar la lista de nombres, Lysander se descubrió preguntándose: «¿Quién de vosotros es Andrómeda? ¿Quién de vosotros ha estado enviando mensajes codificados a Manfred Glockner en Ginebra? ¿Quién tiene acceso a toda la información detallada que contienen esas cartas? ¿Dónde estás, Andrómeda? ¿Eres tú, capitán interino J. C. T. Baillie (de los Royal Scots)? ¿O tú, mayor interino Goodforth (de los Irish Guards)?». Hojeó las páginas mecanografiadas, preguntándose qué le había llevado a escoger «Andrómeda» como nombre en clave del traidor del Directorio. Andrómeda, una joven indefensa, desnuda, encadenada a unas rocas, al borde del mar, esperando aterrada el avance de Ceto, el monstruo marino, no encajaba exactamente con el estereotipo de hombre que, activamente, sin descanso, se dedicaba a traicionar a su país. De hecho, «Ceto» habría sido más adecuado, tal vez, pero le gustaba cómo sonaba, y le resultaba más atractiva la idea de buscar a una «Andrómeda». La paradoja era más intrigante.

Con todo, a medida que revisaba la lista de Osborne-Way, comprendía que no iba a ser tarea fácil. Escogió un nombre al azar: capitán interino M. J. McCrimmon (del Regimiento Royal Sussex). Deberes: 1. Envío de unidades y tropas a India y Mesopotamia. 2. Movimientos intercoloniales. 3. Solicitudes de transporte del almirantazgo y solicitudes de pasajes individuales de y a India. Pasó a otro: comandante interino E. C. Lloyd-Russell (Retirado. Reserva Especial). Deberes: 1. Envío de unidades y tropas de India a Francia (Fuerza «A») y Egipto (Fuerza «E»). 2. Contingente de la Unión Sudafricana. Mano de obra de Sudáfrica a Francia. 3. Supervisión de Servicio de Almacenamiento de Estados Unidos de América y Canadá al Reino Unido. Y después estaba el comandante L. L. Eardley (de los Royal Engineers). Deberes: 1. Concesiones de viaje e irregularidades. 2. Emisión de pases ferroviarios no relacionados con embarques. 3. Cuestiones generales relacionadas con ferrocarriles y canales en el Reino Unido.

Y así seguía. Lysander empezaba a sentir un ligero mareo mientras intentaba asimilar todo ese volumen de trabajo, todos los «deberes». Le pidió a Tremlett una tetera llena y unas galletas. Se veía a sí mismo como un niño en el tejado de una inmensa fábrica, espiando desde una claraboya a todos los obreros, y toda la maquinaria que había dentro. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían? ¿Qué se fabricaba allí? Todos aquellos empleos raros, aquellas responsabilidades: «Servicios de ingeniería ferroviaria. Cuentas de servicios laborales. Ocupación y alquiler de propiedad ferroviaria. Estadísticas de envío. Mano de Obra a Francia. Remesas a Francia. Buques-Hospital de largo recorrido. Envíos de remesas a escenarios de guerra más allá de Francia. Construcción de vías...». Y seguían, y seguían... Y ése era sólo un departamento de la Oficina de Guerra. Y había miles de personas trabajando en la Oficina de Guerra. Y ése era sólo uno de los países en guerra. El Directorio de

Movimientos tendría su equivalente en Francia, en Alemania, en Rusia, en Austria-Hungría...

Aturdido, se sentó, intentando conceptualizar la escala mastodónica de aquella burocracia industrial en el mundo civilizado, dirigida toda ella a un fin común: garantizar los suministros a los ejércitos en lucha. Qué esfuerzo tan enorme, cuántos millones de horas de trabajo invertidas, día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Mientras intentaba asimilarlo, visualizar en cierto modo aquella prodigiosa lucha diaria, experimentó una especie de alegría perversa por haber llegado a ir al frente. Tal vez por ello recurrían a soldados heridos en combate, y no a empleados civiles, o a otros funcionarios profesionales. Todos aquellos capitanes y comandantes interinos destinados al Directorio de Movimientos conocían, al menos, las consecuencias físicas, íntimas, de los «movimientos de remesas» que ordenaban.

Desgraciadamente para él, Lysander también era capaz de personalizarlas. Su lanzamiento de aquella granada de mano mills número 5 en aquella zanja de drenaje junto a la tumba medio derruida supuso el momento final en la historia de aquella diminuta porción de suministro, una historia que remontaba el espacio y el tiempo, como una estela macabra que se ensanchaba. Desde el metal extraído de una mina en Canadá, enviado a Gran Bretaña en un carguero, fundido, moldeado, doblado, rellenado y metido en una caja clasificada como «remesa a transportar del Reino Unido a Francia». Tal vez se hubiera construido algún tramo de vía desde alguna estación ferroviaria rural del norte del país para que pudiera pasar el tren que transportaba aquellos materiales (y se preguntaba qué implicaría construir ese tramo de vía). Desde allí serían trasladados hasta un hangar o un almacén gracias a unos animales de carga cuyo forraje también llegaba a través de Ruán y Le Havre. Los soldados cargarían con las cajas de bombas hasta la primera línea del frente a través de unas trincheras de comunicación construidas por «mano de obra de la Unión Sudafricana». Y, finalmente, aquella bomba de mano mills número 5 había acabado en el petate del teniente Lysander Rief, que la lanzó a una zanja, bajo una tumba, en tierra de nadie, y un hombre con bigote y un muchacho rubio la buscaban desesperadamente, palpando en la oscuridad para encontrarla entre los ladrillos desmoronados, esperando, rezando porque un defecto de fabricación, o algún otro fallo causado por el largo viaje, hicieran que no explotase... No había habido suerte.

Lysander notó que sudaba. «Ya basta. Si sigo por ahí me volveré loco». Pensó en puntas de iceberg y en pirámides invertidas, pero entonces, de la nada, surgió en su mente una imagen que parecía encajar mejor con todo lo que había estado imaginando. Una hoguera de invierno.

Recordó que, en los días más fríos de la estación más fría, a veces, al encender una hoguera, el humo no se elevaba hacia el cielo. La brisa más ligera bastaba para hacer que se desplazara, muy plano, sobre la tierra, una columna de humo bajo, horizontal, que se aferraba al suelo y nunca se elevaba por el aire, como sí sucedía con los fuegos normales en días más cálidos. Él veía todo el esfuerzo monstruoso,

gigantesco, de la guerra, como una hoguera de invierno, sí, pero marcha atrás. Como si el penacho de humo errante, pegado al suelo, convergiera, concentrándose en un punto, para alimentar la pequeña, enfurecida conflagración del fuego. Todos aquellos kilómetros de humo esparcido, espeso, errante, condensándose, concentrándose en las llamas diminutas, crepitantes, ardiendo anaranjadas entre las hojas caídas y las ramas muertas.

Lysander abandonó la oficina 205 y se dedicó a recorrer los pasillos del Directorio, cruzándose con otros oficiales y personal administrativo. Nadie le prestaba atención, y el repiqueteo seco de las teclas de las máquinas de escribir y los timbrazos de los teléfonos constituían el fondo sonoro permanente. Se asomó a una oficina que tenía la puerta entornada y vio a tres oficiales sentados a sus respectivos escritorios, hablando por sus respectivos teléfonos. Dos mecanógrafas sentadas frente a frente escribían a máquina, como si se retaran en una especie de duelo. Bajó las escaleras y leyó las indicaciones de los otros pisos...

#### MOVIMIENTOS, FERROCARRILES Y CARRETERAS TRANSPORTE ACUÁTICO INTERIOR (FRANCIA) INSPECTOR GENERAL (TODOS LOS ESCENARIOS) FERROCARRILES IRLANDESES

Salió a la calle, agitado y algo desbordado, permaneció de pie, sin moverse, en Embankment, y aspiró hondo varias veces el aire sucio de Londres. Se desperezó, estiró los músculos de los hombros, movió la cabeza a un lado ya otro, relajando el cuello. Se sentía débil, y casi con ganas de llorar, ante la magnitud de la tarea que le habían encomendado. ¿Quién diablos era Andrómeda? Y cuando la encontrara, ¿qué ocurriría?



## 4. CORAJE INGLÉS

—Ya lo sabes —dijo Hamo, alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido del motor—. Yo nunca me altero por nada, pero hoy me siento extrañamente nervioso.

Viajaban en el biplaza turner y se dirigían a casa de Bonham Johnson para asistir al almuerzo.

—Sí, te entiendo —replicó Lysander, inclinándose hacia él y rodeándose la boca con la mano—. A mí me pasó exactamente lo mismo el otro día, cuando fui a la Oficina de Guerra. El primer día de colegio. —Miró hacia delante y vio pasar fugazmente una señal: «Fairfield, 3 kilómetros»—. Paremos en un *pub* o en un hotel y tomemos algo antes. Coraje holandés<sup>[2]</sup>. ¿Por qué lo llamarán «holandés»? Es coraje inglés lo que necesitamos.

—Una idea excelente —coincidió Hamo. Llevaba una boina plana de cuero con la visera vuelta hacia atrás, y anteojos de conducir. Habían retirado la capota porque hacía un buen día, a pesar de que la brisa soplaba con fuerza. Los dos llevaban sobretodos, y Lysander se había puesto su trilby, que sujetaba con un pañuelo para que no saliera volando.

Encontraron un *pub* pequeño en Fairfield y pidieron *whisky* con soda en la barra.

—Me aterra la idea de que uno de esos literatos me pregunte algo sobre Shakespeare o Milton.

—No lo harán. Es a ti a quien quieren conocer. Tú escribiste *El lago perdido*. Es de eso de lo que querrán hablar, no de Keats ni de Wordsworth.

—Ojalá tuviera la confianza que tienes tú, hijo mío.

—Hamo, te han concedido la Cruz Victoria, por el amor de Dios. Ésos son un puñado de escritores ociosos.

—Aun así...

—No. Tú haz lo que hago yo. Si no me siento seguro, «actúo» seguro.

—Lo intentaré. Eso es exactamente lo que habría dicho tu padre. ¿Sabes? Creo que otro *whisky* me ayudaría un poco.

—Adelante, entonces. Yo también me tomaré otro.

Lysander observó a su tío dirigirse al mostrador para pedir otra ronda, y sintió por él algo parecido al amor. Se veía delgado y esbelto con su traje gris oscuro. Las luces del techo le iluminaban la calva, creando una especie de aureola incipiente. La aureola de Hamo. Hermosa idea.

La casa de Bonham Johnson, Pondshill Place, era grande, imponente, una granja victoriana de ladrillo rojo y altas chimeneas agrupadas. En un extremo tenía un amplio ventanal redondeado y vistas a un jardín en terrazas, que iba a morir en suave pendiente en un estanque rodeado de cipreses podados en forma de obelisco. A un lado se alzaba el edificio que servía de granero y establo, dispuesto para que los

invitados aparcaran sus automóviles. Un trabajador de la granja les hizo señas con la mano para que llegaran hasta el patio, donde ya había una docena de vehículos, alineados en dos rectas hileras.

—Dios mío —dijo Hamo—. Parece que hay mucha gente. Quiero esconderme.

Abrió la puerta principal de Pondshill Place el mayordomo, que los invitó a «pasar al salón». Se trataba, en realidad, de la galería de la residencia, con su mirador acristalado, y ya estaba ocupada por más de veinte personas, todas vestidas informalmente, según constató Lysander, que se alegraba de haber optado por su traje fresco de *tweed* harris. Vio a varios hombres sin corbata, y a algunas mujeres con vestidos estampados de colores muy vivos. Le susurró «¡Tranquilo!», a Hamo, y se sirvieron un jerez de la bandeja que sostenía una doncella, a Lysander no le pasó por alto de gran belleza.

Bonham Johnson era un hombre corpulento y no muy alto, de pelo fino, más bien largo, y una barba entrecana y puntiaguda que, según Lysander, le confería un aspecto vagamente jacobita. Se presentó e inmediatamente pronunció un prolongado panegírico dedicado a *El lago perdido de África*: «Extraordinaria, sin parangón». Incluso Hamo sucumbió al influjo de aquellos encomios, y Lysander, feliz, dejó que Johnson se lo llevara a otro punto del salón, mientras oía que le preguntaba: «¿Conoce usted a Joseph Conrad? ¿No? Tendrán ustedes mucho en común».

Lysander regresó junto a la doncella que se ocupaba del jerez, y se sirvió otra copa.

—¿A qué hora se sirve el almuerzo? —le preguntó, mirándola a los ojos. Su hermosura era extraordinaria. ¿Qué estaba haciendo allí, sirviendo a los invitados de Bonham Johnson?

—Alrededor de la una y media. Todavía deben llegar más invitados.

—Tal vez le parezca una pregunta un poco rara, pero ¿ha pensado alguna vez en...?

—¿Lysander?

Se volvió y, tardó una fracción de segundo en reconocerla. Llevaba el pelo más oscuro, más corto, con un flequillo recto, severo, que repasaba la línea de las cejas. Y un vestido de punto de una sola pieza, de rombos alineados por gamas de colores: naranja, amarillo, canela. Sintió un escalofrío. El impacto era palpable, ineludible.

—Hettie...

—Me alegra tanto que hayas venido. Le dije a Bonham que tu tío sería la mejor manera de atraerte.

Se echó hacia delante y le plantó un beso en la mejilla, y él la olió de nuevo, por primera vez en un año y medio. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Los cerró.

—De modo que todo esto ha sido cosa tuya...

—Sí. Tenía que encontrar la manera de verte. No vas a ser desagradable conmigo, ¿verdad?

—No, no voy a serlo.

—¿Estás bien? Te has puesto pálido.

—¿Está aquí Lothar?

—No, claro que no. Está en Austria.

Aquello era imposible. Se sentía en una especie de carrera de emociones, en que las sensaciones y los sentimientos se sucedían a un ritmo trepidante, frenético.

—¿Podemos salir de aquí? —logró decir.

—No. Jago sospecharía enseguida. De hecho, a Jago no le gustará siquiera que hable contigo demasiado rato.

—¿Quién es Jago?

—Mi esposo. Jago Lasry.

Por su tono de voz, Lysander intuyó que ese nombre debería haberle sonado de algo, pero jamás había oído hablar de él.

Hettie le dedicó una sonrisa sarcástica.

—Vamos, vamos, esos juegucitos, conmigo, no. Jago Lasry, el autor de *Crépuscules*. ¿Eh? ¿Te suena de algo? Sí, el de *El zorro veloz y otros relatos*. ¿Ahora?

—Llevo en el ejército desde que empezó la guerra..., muy desconectado de todo.

Ella se acercó más, y él volvió a constatar lo pequeña, lo menuda que era. Su pelo le llegaba a la altura de su pecho. Bajó la voz.

—Me sentarán a tu lado durante el almuerzo, pero debemos fingir que no nos conocemos, o que somos prácticamente desconocidos, en todo caso. Ah, y ya no me llamo Hettie. Ahora soy Venora.

—¿Venora?

—Es un nombre celta. Siempre odié el nombre de Hettie. En Viena estaba bien, pero aquí no. ¡Imagínatelo! ¡Hettie Lasry! Nos vemos durante el almuerzo.

Se alejó, y Lysander, aún conmocionado, con la mirada turbia, la vio abriéndose paso entre los invitados para ir a saludar a un joven sin corbata. Un tipo pequeño, flaco, que no había cumplido aún los treinta, diría Lysander, vestido con un traje de pana marrón oscuro. Jago Lasry, autor de *Crépuscules*. Vio que el hombre volvía la cabeza y lo buscaba con la mirada. De modo que Hettie/Venora estaba detrás de aquella invitación... Qué querría de él. Apuró la copa de jerez y fue a por otra.

El resto de la historia de Hettie la oyó durante el almuerzo, a trompicones, desordenada, con muchas vueltas atrás y reiteraciones, a instancias de Lysander. Para su sorpresa, descubrió que ella estaba en Inglaterra desde el inicio de la guerra. Había abandonado Viena en 1914, cruzando la frontera de Suiza, y había regresado dando un rodeo por Italia y España.

—¿Y por qué no te trajiste a Lothar?

—Está mucho más feliz en Austria. Vive en Salzburgo con una de las tías de Udo. Contentísimo.

—¿Tienes alguna fotografía?

—Sí, pero... no aquí. Jago no sabe nada de Lothar, de hecho. Si no te importa, que quede entre tú y yo.

Había conocido a Jago poco después de su regreso, y se habían casado en mayo («Amor a primera vista», le dijo ella), eso parecía, y ahora vivían en Cornualles, en una casa de campo propiedad de Bonham Johnson. Lasry era uno de sus protegidos, y se había mostrado muy generoso presentándole a editores y prestándole pequeñas sumas de dinero cuando lo había necesitado, eso le contó Hettie. Lysander miró a Lasry, sentado enfrente: un hombre flaco, intenso, que parecía comerse lo que tenía en el plato con la misma concentración y urgencia con la que hablaba. Lysander sospechaba que Bonham Johnson estaba bastante enamorado de su protegido.

—Yo le he contado a Jago que tú y yo nos conocimos brevemente en Viena —dijo Hettie—. Que los dos acudíamos al mismo doctor. Por si sospecha algo.

—Bensimon ha vuelto, ya lo sabrás. Tuve noticias tuyas. Hettie lo miró de aquel modo raro, tan característico: una mezcla de interés repentino y lo que parecía una amenaza potencial.

—Como en los viejos tiempos, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

Ella apartó la mirada y le pidió al comensal sentado a su otro lado que le pasara la sal. Lysander notó que le apoyaba la mano en el muslo, y que con los dedos buscaba al momento el bulto del pene. Le agarró con fuerza la tela del pantalón, y la recorrió con las yemas de los dedos, arriba y abajo. Él levantó la copa de vino, como para contar con un punto de apoyo. Temió perder el conocimiento, o no ser capaz de reprimir un gemido. Ella retiró la mano.

—Tengo que verte —le susurró él sin levantar la vista del plato, con cierta brusquedad, haciendo esfuerzos por no mirarla, mientras cortaba el cordero en pedazos pequeños para mantener la mente ocupada—. Estoy viviendo en Londres. En un hotelito de Pimlico llamado The White Palace. Tienen teléfono.

—No sé si vaya poder desplazarme hasta Londres. Difícil, pero puedo intentarlo.

—Envíame una postal. Hotel The White Palace, Pimlico, Londres Suroeste.

Ella se había vuelto a mirarlo, y Lysander se fijó en aquellos ojos color avellana pálido, ligeramente grandes. Se dio cuenta de que verla de nuevo marcaba un punto de inflexión. Sentía que volvía a conocerse a sí mismo, que comprendía qué clase de persona era, lo que necesitaba, lo que le pedía a la vida.

—Te prometo que haré lo que pueda —le dijo ella—. Oye, ¿por casualidad podrías prestarme algo de dinero?

—Un tipo encantador, curiosamente, ese Bonham Johnson —dijo Hamo—. Me ha hecho sentir muy cómodo. Tanto miedo por nada. Me he dado cuenta al momento de que cantaba en el coro.

—¿En el coro?

—Que era como yo.

—Ah. Entiendo.

—¿Para qué querías diez libras? —le preguntó Hamo, agachándose para girar la manivela de arranque del Turner—. Has tenido suerte de que llevara dinero encima.

—Para dejárselas a la mujer que te he presentado. Venora Lasry.

—Muy generoso por tu parte —replicó Hamo, montándose en el automóvil, que ya traqueteaba ligeramente—. Prestar tanto dinero a una perfecta desconocida.

—Era ella, Hamo —le confesó Lysander, aliviado—. Era Hettie Bull. La madre de mi hijo.

—¡Dios mío!

Dejaron atrás los establos y recorrieron de nuevo la llanura pantanosa en dirección a la carretera principal que los llevaría a Rye. Lysander acercó la cabeza a su tío y le gritó al oído, someramente, lo que había ocurrido. Mientras escuchaba, Hamo negaba con la cabeza, entre compasivo y divertido.

—No tengo nada que decirte, mi niño. Ni un reproche. Sé exactamente cómo te sientes. *Le cœur a ses raisons*. ¡Ya lo creo!

Avanzaban a una velocidad constante, la luz menguaba, y cuando la carretera los acercaba a la costa y adivinaban retazos del canal de la Mancha, veían el sol poniéndose en el mar, bruñéndolo como plata batida. Lysander se sentía a la vez emocionado y confuso. Encontrarse de nuevo con Hettie le había devuelto, dolorosamente, una vez más, la conciencia de la irrefutable naturaleza de su obsesión por ella. ¿Obsesión o amor? ¿Ose trataba de algo más enfermizo, de una especie de ansia, de una adicción?

Hamo y él no se acostaron hasta muy tarde, conversando, bebiendo *whisky*. Lysander aprovechó la oportunidad para contarle con más detalle la historia de Hettie.

—¿Vas a volver a verla? —le preguntó Hamo.

—Sí. Tengo que hacerlo.

—¿Estás seguro de que es sensato? Ahora es una mujer casada.

—Yo diría que es muy insensato. Pero no veo otra alternativa, Hamo. Estoy como atado a ella.

—Te entiendo. No sabes cómo te entiendo.

Hettie le había presentado a Jago tras el almuerzo, y Lysander se sintió observado, con abierta desconfianza y escepticismo. Hettie se colgó del brazo de su esposo, intentando desprender felicidad conyugal.

—Compartimos el mismo doctor en Viena —dijo Lysander, esforzándose por encontrar algo neutro y convencional de lo que hablar con aquel ser retorcido, malcarado, pequeño.

—El mismo curandero, querrá decir.

—Yo no iría tan lejos.

—¿Y hasta dónde iría usted, señor Rief?

—Digamos que el doctor Bensimon me fue de gran ayuda, terapéuticamente hablando. Se produjo un gran cambio en mí.

—A Venora sólo le suministraba droga.

—El mismísimo Freud usaba coca. Escribió un libro sobre ella.

Después mantuvieron un breve y acalorado intercambio de impresiones sobre los deméritos de Freud y lo freudiano. Lysander empezaba a sentirse cada vez más fuera de lugar, pues Lasry hablaba de Carl Jung y de la Cuarta Conferencia Internacional de Psicoanálisis celebrada en Múnich en 1913, tema del que él lo ignoraba todo. Se descubrió a sí mismo intentando localizar su acento: le parecía de las Midlands; de las minas de Nottingham. Pero no tuvo tiempo de precisar más, porque en ese momento Johnson se lo llevó para presentarle al «editor de la *English Review*». Lysander permaneció en su sitio, tambaleante, exhausto.

—Será mejor que vaya con él —dijo Hettie—. Ya veo que lo has puesto de mal humor.

—¿Por qué no viniste a verme apenas regresaste a Inglaterra? —le preguntó Lysander, agraviado y dolido de pronto.

—Me pareció que no tenía sentido, me pareció que nunca me perdonarías por lo de Lothar. Y por la policía. Y por todo lo demás.

Lysander recordó sus dificultades en Viena por culpa de Hettie, y con ellas regresaron también, vívidamente, su rabia y su desesperación. No sabía por qué no era capaz de mantener aquellos arrebatos breves e intensos que Hettie le provocaba. ¿Qué tenía aquella mujer? ¿Cómo lograba desactivarlos tan fácilmente?

—Te perdono —dijo en voz baja—. Ven a verme a Londres. Por favor. Lo aclararemos todo.

¿Qué había querido decir con eso?, pensó mientras subía a su dormitorio aquella noche, la cabeza embotada y torpe por todo el *whisky* que había bebido y por el torbellino de emociones que lo había perseguido todo el día. Mientras se desnudaba recordó que, en teoría, la búsqueda de Andrómeda debía comenzar en serio a la mañana siguiente. Y allí, medio borracho y preocupado, pensó que había sido en Romney, en medio de las marismas de Romney, donde se había encontrado con la verdadera Andrómeda una vez más, en toda su inoportuna belleza.

¿Coincidencia? ¿Cuál era la conexión vienesa en todo el caso Andrómeda?, se preguntó, amodorrado. Si Hettie no lo hubiera acusado de violación, si él no hubiera llamado a Munro a la embajada, si él no hubiera tramado hábilmente su huida, su vida presente sería radicalmente distinta. Pero ¿qué sentido tenía todo aquello? Al mirar atrás, uno veía todos los giros y los rumbos que la vida había tomado, todas las contingencias y oportunidades, los elementos azarosos de la buena y la mala suerte que conformaban la existencia de cada persona. Aun así, las preguntas resonaron en su mente durante toda la noche, que pasó revolviéndose en la cama, ahuecando las almohadas, abriendo y cerrando las ventanas del dormitorio, esperando el alba. Logró

dormir una hora, y apenas empezó a clarear se levantó y se vistió. En la taberna de Winchelsea pidió una tartana tirada por un poni que le llevara a Rye. Era lunes 27 de septiembre de 1915. La caza había empezado.

## 5. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Esta mañana, cuando me dirigía a pie al Anexo, he comprado un periódico. «Gran ofensiva en Loos. El enemigo retrocede ante nuestra arma secreta». «Avances significativos en todo el frente, a pesar de las numerosas bajas». El lenguaje insulso y ultrapatriótico del periodismo militar. Todo ha empezado este fin de semana, mientras yo me encontraba en Winchelsea, y durante el almuerzo en casa de Bonham Johnson, mientras yo daba sorbitos al jerez, mientras notaba que Hettie me agarraba la entrepierna por debajo de la mesa, mientras discutía sobre Freud con su insoportable marido. Pero en el Anexo hay caras largas. Aquí, en el Directorio, se sabe enseguida cuándo los trenes ambulancia van llenos. En Provisiones habían calculado 40.000 heridos, y ya les parece que se quedaron cortos. Artillería pesada insuficiente, cargamentos de munición que no se han suministrado a tiempo. Nuestra nube de gas venenoso parece haber tenido un efecto muy parcial, han llegado informes quejándose de que permaneció suspendida en el aire de la tierra de nadie, o que retrocedió hasta nuestras trincheras, donde cegó y confundió a nuestros propios hombres que aguardaban el momento del ataque. Pero, ay, lo que no conseguimos suministrar desde el Directorio de Movimientos fue una brisa sostenida del oeste.

Al repasar la lista de Osborne-Way aparece de inmediato como algo obvio que un número significativo de oficiales del Directorio no puede haber tenido acceso a toda la información que figura en las cartas de Glockner. A pesar de ello, para disimular, he decidido entrevistar a todo el mundo. No quiero concentrarme en un grupo concreto y, de ese modo, despertar sospechas. Andrómeda, sea quien sea, no debe albergar la menor preocupación sobre esta investigación suplementaria de la Comisión de Transportes de sir Horace Ede. Así que he convocado a Tremlett y le he facilitado la lista entera completa de entrevistados. Voy a empezar por un tal comandante H. B. O'Terence, responsable de «Peticiónes de Desplazamientos por Tierra. Visitas de familiares a heridos en hospitales de Francia». Va a ser un hombre muy ocupado en las próximas semanas. Así que mejor empezar por él y dejarlo libre cuanto antes.

Ver a Hettie me ha supuesto un fuerte impacto y me ha desestabilizado por completo. Todos mis sentimientos sexuales hacia ella regresaron al instante. Un deseo increíble. Imágenes antiguas de ella desnuda y de lo que hacíamos. Y también todas mis contradicciones y confusiones sobre la gente que la rodea. Venora Lasry, casi no me lo creo. ¿Y qué hay de Lothar, de tu hijo, de tu pequeño? Una vez más, las emociones van y vienen. De pronto todo me parece irreal, producto de mi imaginación, y al cabo de un momento me descubro pensando en ese niño, en ese bebé que vive a las afueras de Salzburgo con una tía de Udo Hoff. ¿A Hettie le importa? ¿Por qué su nuevo esposo no sabe que tiene un hijastro? He comprado el libro de poemas de Lasry, *Crépuscules*. En su mayoría, tonterías modernas. El verso libre es, a la vez, seductor y peligroso. Entiendo que puede ser una licencia mostrarse



pretencioso y hermético. Larry abusa de ello con frecuencia, en mi opinión. Yo me ando con más cuidado.

*Séptimo capricho en Pimlico*

El alba se creó a sí misma un día  
Y se volvió a mirar lo que había alumbrado.  
Escombros y basura, cristal resquebrajado,  
Un pedazo de verde inglés intacto,  
La visión de algo hermoso, y en el acto  
Del baile, las muchachas que avanzan,  
Los chicos que no alcanzan.  
La línea Picadilly del metropolitano:  
A Leicester Square llega un perfume a trópico  
Embriagador y utópico.  
Medianoche y recorro el arrabal,  
Las farolas de gas,  
Un sol artificial.  
*«Les colombes de ma cousine  
Pleurent comme un enfant».*

Le he pedido a Tremlett que me hiciera el favor de revisar la lista de bajas de los fusileros de Manchester y comprobar si aparecían en ella el teniente Gorlice-Law o el sargento Foley. Ha regresado con la noticia de que el teniente murió el 27 de julio, y de que el sargento se encuentra en un hospital de Stoke Newington.

—Debe de haberse quedado ciego, señor —me ha dicho Tremlett, señalándose el parche—. Ahí es donde a mí me vaciaron el ojo.

De modo que Gorlice-Law murió un día después de nuestra incursión en tierra de nadie... Siento que debo intentar ir a ver a Foley y averiguar qué ocurrió exactamente aquella noche, después de que yo me alejara a rastras y me separara de ellos. El sentimiento de culpabilidad se apodera de mí inexorablemente. ¿Fue culpa mía? No, tonto. A ti te ordenaron bombardear la zanja para sembrar el desconcierto. Después, los dioses de la guerra y la fortuna se hicieron cargo, y tú fuiste tan sujeto de sus caprichos fatales como cualquiera de los miles de soldados enfrentados a ambos lados de las líneas de fuego.

## 6. SOSPECHOSOS IMPROBABLES

Durante los tres días siguientes, Lysander se dedicó a entrevistar a los oficiales del Directorio en la diminuta y aséptica oficina 205. Realizó todas las entrevistas en el mismo tono, mezcla de disculpa, tedio y rutina educada: no quería que nadie pudiera sospechar ni alarmarse remotamente. Pedía comprensión a todos, sabía que estaban perdiendo un tiempo precioso, y se esforzaba por ser todo lo amable que podía, pero los hombres con los que hablaba le mostraban su desconfianza y resentimiento, y en ocasiones, incluso, su desprecio. No había duda de que Osborne-Way había abonado el terreno.

Acabó quedándose con una lista de seis nombres clave, incluido el director, el propio Osborne-Way. Se trataba de hombres teóricamente capaces, en todos los casos, de reproducir la clase de información específica contenida en las cartas de Glockner. Cuatro de ellos eran responsables de «Movimientos y control de materiales de guerra y suministros a Francia». De ellos, uno se ocupaba del control de puertos, otro del material ferroviario: «tanques, balasto, madera, ganga y carbón». Uno era civil, algo muy poco frecuente en el Directorio, y se ocupaba solamente de recabar estadísticas de envíos, por lo que todos los datos terminaban sobre su escritorio. Dejando de lado a Osborne-Way (un sospechoso muy improbable, por más que Lysander se negaba a excluirlo; los sospechosos improbables eran, en su opinión, los más sospechosos de todos), los dos hombres que más le interesaban eran el comandante Mansfield Keogh (del Regimiento de los Royal Irish), asistente del director de Movimientos —el número dos de Osborne-Way—, y un capitán llamado Christian Vandebrook (del King's Royal Rifle Corps), que supervisaba el «envío a Francia de munición, artillería, suministros y remesas de los Ingenieros Reales».

En principio, la responsabilidad del Directorio de Movimientos terminaba una vez que los suministros desembarcaban en Le Havre, Ruan o Calais. A partir de ese momento, el departamento de Intendencia General, en el cuartel general de Saint Omer, se hacía cargo. Aun así, en la práctica, siempre surgían problemas: trenes que desaparecían, munición que terminaba en almacenes equivocados, barcos que se hundían en el canal de la Mancha... Lysander consideraba significativo que tanto Keogh como Vandebrook hubieran visitado Francia, cada uno por su cuenta, tres veces en 1915 (Osborne-Way, por su parte, lo había hecho en dos ocasiones), para coordinarse con el director de Transporte Ferroviario y su equipo, y para supervisar la construcción de zonas de distribución y prolongaciones de vías en la retaguardia. Ahí había una ocasión ideal para descubrir lo que contenían las cartas de Glockner.

Keogh era un hombre tranquilo, franco y eficiente que parecía reconcomido por una tristeza íntima. Era civil, y respondía enseguida, pero Lysander sentía que lo consideraba un cero a la izquierda, una mosca, un papel arrugado, una hoja de árbol caída. Keogh lo observaba con la mirada perdida. Vandebrook, en cambio, se reveló como el entrevistado más abierto y encantador de todos. Se trataba de un hombrecillo

atlético, elegante, de rasgos uniformes, perfectos, y bigote rubio de puntas levantadas. Sus dientes —sonreía con regularidad— eran de un blanco casi imposible, o eso le pareció a Lysander. Vandebrook era la única persona de las que entrevistó que se interesó por él, y que pareció alegrarse al reconocer que, antes de la guerra, lo había visto actuar en algún teatro. Lysander sabía que su vida anterior era del dominio público en el Directorio, había oído a Osborne-Way referirse a él como «ese maldito actorcillo» en más de una ocasión, pero Vandebrook era el único que había aludido abiertamente y sin problemas a su carrera interpretativa, y a Lysander le había caído bien por ello.

El Diario de Guerra del Directorio le había revelado los datos de los viajes a Francia de Keogh y Vandebrook. Tremlett le trajo el cartapacio que contenía todos los «justificantes de viaje por tierra». Keogh era responsable del puerto de Dover; Vandebrook, del de Folkestone. Ambos visitaban los puertos cada pocos días, pues el Directorio mantenía allí sucursales, y sus dietas: billetes de tren, hoteles, taxis, porteadores, comidas y refrigerios, eran anotados, copiados y archivados. Lysander decidió investigar primero a Keogh, después a Vandebrook y por último a Osborne-Way. Dejaría para el final a la pieza más grande.

Lysander vio a Keogh abandonar el Anexo y dirigirse a Charing Cross. Lo siguió desde una distancia prudencial, aunque le parecía poco probable que fuera a reconocerlo. Se había pegado un bigote falso y llevaba bombín y cartera. Había escogido un traje oscuro, y se había subido un poco las mangas para enseñar los puños de cartón desgastado de su camisa y, de ese modo, parecerse más, o eso esperaba, a uno de los miles de empleados que salían de los ministerios de Whitehall al finalizar la jornada e iniciaban su viaje a casa valiéndose de distintos medios de transporte: ómnibus, tranvía, tren subterráneo y metropolitano. Siguió a Keogh hasta la estación subterránea de Charing Cross, y se sentó en el otro extremo de su mismo vagón, en un convoy de la línea District. Cruzaron el Támesis y siguieron hasta East Putney. Vio a Keogh subir por Upper Richmond Road, y doblar al llegar a una calle flanqueada por villas adosadas con fachada de ladrillo. Entró en el número 26. Lysander oyó el débil ladrido de un perro, rápidamente silenciado. Vio que las persianas de todas las ventanas iban cerrándose. Todavía era de día. Tal vez aquél fuera uno de los pocos hogares de Londres que observaba estrictamente el apagón contra los ataques de los zepelines, aunque parecía una medida poco eficaz, si los vecinos no hacían lo mismo. ¿Alguna muerte en la familia...?

Vio a una mujer empujando un cochecito de bebé en la otra acera, cruzó y se colocó tras ella.

Impostando un ligero acento *cockney*, le preguntó si sabía en cuál de aquellas casas vivían los señores Keogh.

—He llamado a varias, y parece que me he equivocado, señora.

—Tiene que ir al número 26 —respondió ella—. Pero por la señora Keogh no pregunte.

—¿Por qué no?

—Porque murió hace dos meses. De difteria. Fue algo terrible, una pena. Era una joven encantadora. Y guapísima.

Lysander le dio las gracias y se alejó. De modo que había enviudado recientemente: aquello explicaba su mirada perdida, indiferente. ¿Aquella muerte lo descartaba? ¿O, por el contrario, la desaparición absurda de una esposa joven y bonita podía haber provocado en él sentimientos de nihilismo y rabia contra el mundo? Debería averiguar más cosas sobre el comandante Keogh. Entretanto, se concentraría en el capitán Christian Vandebrook.

Vandebrook era lo bastante rico para prescindir del transporte público. Lysander estaba sentado en el asiento trasero de un taxi, a media tarde, en el exterior del Anexo, y vio que Vandebrook paraba otro. Lo siguió hasta su club de Saint James's. Salió de allí dos horas después, se montó en otro taxi y se dirigió a su residencia de Knightsbridge, una casa de fachada blanca, con elegante terraza que daba a Brompton Road. Para ser capitán del King's Royal Rifle Corps, le iban muy bien las cosas.

Lysander se bajó del taxi y caminó por la calle señorial, trazada en semicírculo, a la que se asomaban grandes edificios. A través de una ventana entrevió a Vandebrook tomando el vaso que un mayordomo le ofrecía en una bandeja de plata. De modo que también disponía de personal de servicio. Veinte minutos después apareció otro taxi, y de él bajó una pareja vestida para la cena. Llamaron al timbre. Lysander regresó a su hotelito de Pimlico, consciente de que alguien que gozaba de los manifiestos privilegios de Vandebrook no necesitaba convertirse en traidor. El siguiente de la lista era Osborne-Way.

En el hotel se encontró con una postal, enviada desde Saint Austell, Cornualles. Decía así: «Llego el viernes por la tarde. He reservado habitación en el White Palace de Pimlico. Venora».

Tremlett le alcanzó el libro que contenía los «Justificantes de desplazamientos por tierra», y permaneció a la espera de más instrucciones mientras Lysander hojeaba su contenido.

—El coronel Osborne-Way no ha cumplimentado ninguna justificación de gastos.

—No, señor. Las suyas las envía directamente a la Oficina de Guerra. Antes pertenecía al Estado Mayor. Lo transfirieron aquí, más o menos.

—Parece raro. ¿Podemos conseguirlas?

Tremlett se pasó la lengua por los dientes.

—Podemos intentarlo, pero es posible que tarden. Tal vez deba ir usted mismo con su carta mágica.

—Gracias, Tremlett. Por ahora eso es todo.

Revisó las peticiones de desplazamientos de Keogh y anotó las fechas en que había estado en Dover durante los meses anteriores. A continuación se fijó en Vandenbrook, y cotejó sus viajes respectivos: en ocasiones se solapaban, y en ocasiones no. Con todo, le llamó la atención que Vandenbrook apenas pernoctara en Folkestone: los justificantes de sus hoteles correspondían a establecimientos de Deal, Hastings, Sandwich, Hythe y, en un caso, de Rye. Seguramente le gustaría jugar al golf, pensó Lysander, hojeando las facturas; o tal vez prefiera mantenerse alejado de la organización del Directorio. Un hombre sensato.

Llamaron a la puerta. Lysander volvió a meter la botella de champán en el cubo de hielo y cruzó la habitación, intentando mantener la calma. Abrió la puerta. Ahí estaba Hettie, sonriendo, como si su encuentro fuera la cosa más normal del mundo.

—Qué hotelito más divertido has escogido —le dijo, entrando—. Mi habitación es diminuta. —Lysander cerró la puerta, y sintió que tenía el pecho lleno de lana áspera, caliente, que le faltaba el aire y no podía hablar. Notó que la debilidad se apoderaba de él, como si las rodillas fueran a fallarle en cualquier momento y fuera a caerse al suelo—. ¿No vas a darme un beso? —dijo Hettie, soltándose el sombrero, que levaba prendido con una horquilla, y lanzándolo sobre una butaca—. Desnudémonos primero y después nos tomamos el champán.

—Hettie, por el amor de Dios...

—Vamos, Lysander, date prisa.

Se besaron. Él sintió sus labios, su lengua en la boca. Se quitaron la ropa, y Lysander abrió el champán y lo sirvió. No le pasó por alto que Hettie no se quitaba la lencería, ni los zapatos de tacón, ni las joyas. Un collar de azabache, un racimo de pulseras de marfil.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó él sin apenas fuerzas—. Así.

—Porque te conozco, Lysander. ¿Te acuerdas? —respondió ella, casi regañándolo—. Porque sé lo que te gusta. —Se paseó por la habitación despacio, exhibiéndose, comprobó que las cortinas estuvieran bien corridas—. Qué excitante, ¿verdad? Estar desnudos en una habitación de hotel de Pimlico, tomando champán... —Bajó la mirada—. Vaya, vaya, por lo que veo, a ti también te lo parece.

Se acercó a él, y Lysander le acarició los pechos, la atrajo hacia sí. Una vez más, curiosamente, sintió ganas de llorar, como si allí, en aquella habitación de lo más corriente, una forma de destino se estuviera consumando: estar ahí, estrechando a Hettie entre sus brazos una vez más. Comprendía que ése era el problema con ella, o, mejor dicho, que ése era su problema con Hettie: no era como estar con ninguna otra mujer. Jamás había sentido aquella necesidad, con aquella fuerza, por nadie que no fuera ella.

Ella le besó el pecho, y él la rodeó con sus brazos. Ella apretó mucho su cuerpecillo contra el suyo.

Alzó el rostro y susurró:

—Te he echado de menos.

Y entonces le agarró la mano y tiró de él, y Lysander la siguió hasta la cama sin oponer resistencia.

## 7. EL HOTEL DENE DE HYTHE

El Directorio de Movimientos había abierto y mantenía oficinas en Dover y Folkestone desde finales de 1914, para supervisar más fácilmente la carga y el envío de los millones de toneladas de suministros que se trasladaban a Francia todas las semanas. Su personal estaba formado mayoritariamente por antiguos oficiales de la autoridad portuaria y por personal administrativo, pero, cada pocos días, Keogh y Vandebrook realizaban su desplazamiento rutinario para coordinar el trabajo de despacho o, con más frecuencia, solucionar problemas.

Al estudiar los memorandos del departamento el lunes, Lysander constató que dos cargueros habían colisionado en el canal de la Mancha, y que uno de ellos se había hundido, lo que había causado la «pérdida de mano de obra cifrada en 600 negros, ahogados (aprox.)». Osborne-Way había añadido una nota al margen con su letra pequeña, redondeada y algo infantil: «Atcn. Capt. VdenB». Lysander le preguntó a Tremlett dónde se encontraba Vandebrook, y éste regresó con la información de que no había acudido al Anexo esa mañana, sino que se había dirigido directamente a Folkestone a «arreglar el gran desastre».

Lysander le pidió a Tremlett que le consiguiera un pase de ferrocarril a su nombre, y antes del mediodía cogió un tren a la costa desde la estación Victoria. Una vez en Folkestone, negoció con un taxista y, aunque a regañadientes, éste aceptó permanecer a su servicio hasta la medianoche por cinco libras al contado. Lysander pensó en los soldados de las trincheras, que ganaban dieciocho peniques al día por someterse a su pesada labor.

En cualquier caso, la movilidad podía resultar esencial; presentía que Vandebrook no pasaría la noche en Folkestone.

Ordenó al taxista que estacionara en Marine Parade, algo más arriba de donde se encontraban las oficinas del Directorio, y esperó. La espera resultó ser larga pues Vandebrook no salió hasta las siete en punto de la tarde. Se le aproximó un automóvil, y se montó en él. Dejaron atrás la ciudad, hacia el oeste, por la carretera principal que recorría la costa en dirección a Hythe. Vandebrook se bajó frente a la entrada del hotel Dene, un pulcro edificio con fachada de ladrillo visto y tejas, y un garaje en la parte trasera, junto a una ampliación moderna con salida a la calle principal, en la parte más baja de la colina en la que, se alzaba la iglesia más importante de la localidad, Saint Leonard. El vehículo se alejó, en dirección a Folkestone. Transcurridos cinco minutos, Lysander entró en el establecimiento.

La recepción era una zona de techo bajo y con vigas. Desde allí, dos puertas conducían, respectivamente, a un bar y a un comedor, y una bonita escalera de madera de roble ascendía en curva hasta las habitaciones de la primera planta. Mucho más cómodo que el hotel Commercial, de Folkestone, de ello estaba seguro, donde el personal del Directorio solía alojarse, según le había informado Tremlett. Lysander vio flores recién cortadas en un jarrón puesto sobre el mostrador de recepción y leyó

el menú colgado junto al comedor, que se componía de una selección de platos sencillos pero clásicos de la cocina inglesa: asado de carne, silla de cordero, riñones picantes, lenguado de Dover. Sintió hambre de pronto. No era de extrañar que Vandenbrook prefiriera buscarse el alojamiento por su cuenta.

Entró en el bar y se sentó de manera que pudiera controlar el vestíbulo a través de las puertas acristaladas. Pidió un *whisky* con soda y pensó que esperaría a que Vandenbrook bajara a cenar, y lo sorprendería. Se reirían un rato, y al menos cenaría decentemente antes de tomar el último tren de regreso a Londres.

Dio un trago de *whisky* y encendió un cigarrillo. Su mente lo llevó, inevitablemente, hasta Hettie y la noche que habían pasado juntos. Sólo podía quedarse hasta la mañana siguiente, le había dicho, porque debía reunirse con Lasry en Brighton, donde pensaban buscar una casa para vivir; Cornualles empezaba a aburrirles, quedaba tan lejos de todo, y Bonham Johnson les insistía para que se mudaran más cerca de Londres. Le prometió que regresaría a pasar varios días con él en cuanto se le ocurriera alguna excusa que convenciera a su desconfiado esposo. Lysander pensaba que tal vez pudiera alquilar un pequeño apartamento en algún edificio señorial, céntrico, donde pudieran pasar algún tiempo juntos y que fuera seguro; además, la vida de hotel ya le cansaba, y no sabía cuánto tiempo más tendría que pasar encerrado en el Directorio de Movimientos buscando a Andrómeda. No esperaba con impaciencia su investigación de Osborne-Way. Con él debería ser excepcionalmente cauteloso, tomar todas las precauciones del mundo para que no...

Acababa de ver a su madre entrar en el hotel.

Su primer impulso fue levantarse corriendo, salir al vestíbulo y darle una sorpresa, pero algo le hizo agazaparse en su asiento. Su madre llevaba un abrigo de pieles y uno de aquellos sombreros de moda, más pequeños. Habló con el recepcionista, que llamó a un porteador para que saliera. ¿Equipaje? ¿Pensaba pasar la noche allí? Entonces apareció el *maître* y le estrechó la mano obsequiosamente. Debían conocerla... La condujeron al comedor, y ya no vio nada más.

Lysander habría preferido considerar ese encuentro como una de las muchas coincidencias de la vida, aquellas cosas pasaban constantemente, lo sabía, y hasta un punto que haría sonrojar al comediógrafo más perezoso. Pero las extrañas incongruencias de la vida no tenían nada que ver con lo que acababa de suceder: todos y cada uno de los huesos de su cuerpo, de pronto doloridos, le decían que las órbitas de Vandenbrook, Rief y Anna (lady Faulkner) no estaban entrando en contacto de manera accidental. Y entonces vio que Vandenbrook bajaba por la escalera, sosteniendo un cigarrillo entre los dedos, y se metía en el comedor. Supo al instante que iba a dirigirse a la mesa de su madre, que aquél era un encuentro convenido, pero decidió esperar cinco minutos antes de obtener su «prueba ocular». Abandonó el bar y fingió consultar un plano de Hythe convenientemente situado a un lado de la puerta del comedor, que estaba entreabierta y le permitía ver parte del salón. Había una chimenea y unas diez o doce mesas, la mitad de ellas ocupadas. Y allí, en un rincón,



estaba su madre, cogiendo la copa de vino que le servía el *sommelier*, y frente a ella, en la misma mesa, estaba Christian Vandebrook. Brindaron; parecían conocerse bien, y estaban relajados; era evidente que ésa no era la primera vez que se veían. Mientras conversaban y consultaban el menú, Lysander constató que exhibían todas las artimañas manidas y convencionales, todos los inútiles disimulos de los amantes que se encuentran en un lugar público y esperan que la verdadera naturaleza de su relación resulte invisible.

## 8. EL DAIMLER DEL CORONEL

—Necesito un vehículo, Tremlett —dijo Lysander—. Debo recorrer varios puntos del sureste. ¿Cuenta con transporte el Directorio? —Está el automóvil del coronel Osborne-Way, señor. Un daimler. Lo usa muy poco. Pasa semanas enteras metido en el garaje.

—Me vendrá muy bien.

—Aun así, creo que vamos a necesitar su carta mágica, señor.

El daimler resultó ser un modelo de 1914 nuevo, marrón y granate, de siete plazas, encargado y pagado al contado a la fábrica daimler por el director de una empresa química de Leipzig. Las autoridades lo habían requisado al inicio de la guerra, antes de que pudiera ser enviado a Alemania, pero cómo había terminado convertido en el vehículo personal de Osborne-Way constituía cierto misterio. En todo caso, a Lysander iba a venirle muy bien para sus propósitos, y Tremlett se ofreció voluntario enseguida, con gran entusiasmo, a servirle de chófer. Y así, al día siguiente, armados con copias de las peticiones más relevantes, los dos iniciaron —Lysander regiamente apoyado en el respaldo del asiento trasero, de piel de cabritilla amarillo-mostaza— un periplo por todos los hoteles de las costas de Kent y Sussex que Christian Vandenbrook escogía para pernoctar.

Exceptuando una noche en Ramsgate, los casos de Sandwich, Deal y Hythe confirmaban un mismo patrón: todos eran hoteles pequeños, relativamente caros, que obtenían grandes elogios en las mejores guías. Sus registros revelaban que siempre que el capitán Vandenbrook se alojaba en ellos, también lo hacía lady Faulkner. Bien, de hecho no habían coincidido en Rye, ni en Hastings; tal vez estuvieran demasiado cerca de casa, pensó Lysander. En conjunto, y en un periodo que iba desde septiembre de 1914 hasta aquel último encuentro de octubre, habían pasado la noche en el mismo hotel en nueve ocasiones. No le habría sorprendido encontrar pruebas similares en Londres (allí también debían de haberse encontrado, ella se desplazaba a la ciudad dos o tres veces al mes), pero Vandenbrook no podía presentar al departamento de cuentas del Directorio justificantes por las noches pasadas en hoteles de la capital.

Lysander dedujo que su aventura duraba desde hacía más de un año, y que por tanto se había iniciado cuando Crickmay Faulkner estaba vivo y coleando. La idea de una relación carnal entre su madre y Vandenbrook le incomodaba y le perturbaba, y le llevó instantáneamente a pensar en ella de un modo distinto, como si de pronto se hubiera convertido en una mujer alejada del todo de la que él conocía y quería. Pero, por supuesto, se decía a sí mismo, su madre no era vieja, desempeñaba otros papeles en la vida además del de «madre». Se trataba de una mujer madura extremadamente atractiva, culta, vivaz, segura de sí misma. El propio Vandenbrook, sofisticado, encantador, apuesto, divertido, rico, era exactamente el tipo de hombre por el que ella se sentiría atraída. Se daba cuenta de ello, lo comprendía con claridad meridiana. Y procuraba no censurarla.

En el hotel Pelham de Hastings, el último de su recorrido, el personal se mostró muy cooperador y algo preocupado. Vandebrook se había alojado allí en cuatro ocasiones, y debía de ser generoso con las propinas, pensó Lysander. La joven recepcionista no dejaba de formular preguntas que denotaban nerviosismo.

—Espero que todo fuera del agrado del capitán Vandebrook. Nos disgustaría mucho saber que no ha quedado satisfecho por algo.

—En absoluto. Se trata de una investigación rutinaria.

—¿Ha sucedido algo malo, señor?

—Bien —improvisó Lysander—, ha desaparecido «una cosa». Y estamos reconstruyendo los movimientos del capitán durante las últimas semanas y meses.

—¿Es usted colega suyo? —preguntó la recepcionista.

Se trataba de una joven de dieciocho o diecinueve años, y se había peinado dejándose un bucle bajo y alargado sobre la frente que no le favorecía mucho pensó Lysander, pues le daba aspecto de tonta, aunque evidentemente no lo era. Sospechaba que había sucumbido a los encantos de Vandebrook más de una vez.

—Sí. Trabajamos juntos en Londres.

—Por favor, dígame que todos sus sobres fueron recogidos tal como especificó. Nunca más de dos días después.

—Así lo haré, gracias.

Se despidió, prometiendo transmitirle los mejores deseos del personal del hotel Pelham de Hastings al capitán, y se esforzó todo lo que pudo por salir a la calle con naturalidad. Tremlett estaba fumando junto al daimler, la gorra muy echada hacia atrás. Con aquel parche sobre el ojo, se veía más descuidado de la cuenta. Arrojó la colilla al suelo al ver que Lysander se acercaba y le colocaba bien la gorra.

—¿Regresamos a Londres, señor?

—Regresamos a Hythe.

—Creía que ya habíamos terminado por hoy.

—El demonio nunca descansa, Tremlett. Lo más rápido que pueda, por favor.

Regresaron por la costa hasta Hythe y se dirigieron de nuevo al hotel Dene. Lysander entró en la recepción, experimentando la curiosa sensación de que su vida se repetía. Aquélla era su tercera visita al establecimiento en cuarenta y ocho horas.

—Buenas noches, señor. Bienvenido de nuevo.

—Quería saber... si el capitán Vandebrook se dejó algo... ¿En su habitación, tal vez?

—Ah, se refiere usted al sobre. Diría que esta mañana, sí. Por lo general lo recoge un porteador de la estación.

El recepcionista metió la mano bajo el mostrador y extrajo un sobre grande color crema. Delante tenía escrito: «Cap. C. Vandebrook. Pasarán a recoger».

Lysander le dio las gracias al empleado y se dirigió al bar. Estaba tranquilo, había un hombre mayor fumando su pipa en un rincón y leyendo un periódico. Lysander sintió que un frío le recorría la nuca y los hombros, arriba y abajo, una y otra vez,

como si se encontrara en medio de una corriente de aire gélido. Misteriosamente, la herida del muslo empezó a dolerle de pronto, una especie de quemazón. Sabía qué contenía el sobre. Lo rasgó con el pulgar y empezó a leer.

«145 mil abuses-150 milímetros a Béthune. 65 vagones de carga vacíos a Le Mans. Reparación líneas telegráficas Hazebrouk, Lille, Orchies, Valenciennes. Nueva línea de ancho normal Gezaincourt-Albert. Depósitos de almacenamiento de armas protegidos Dernancourt. 12 trenes-ambulancia permanentes Tercer Ejército Segundo Ejército».

Pasó a la siguiente página. Seguía y seguía. Volvió a meter las tres hojas en el sobre, lo dobló a lo largo y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Pidió un coñac, intentando despejarse. Se concentraba sólo en un dato, le bastaba con él: de momento, toda especulación era una pérdida de tiempo: había encontrado a su Andrómeda.

## 9. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Decidí que, por el momento, no se lo contaría a nadie ni haría nada. En todo aquello había algo radicalmente raro, imprevisto: la presencia de mi madre, entre otras cosas. Había abierto el sobre esperando encontrar las columnas de cifras, como en las seis cartas de Glockner previas, pero me había encontrado con páginas llenas de datos sin codificar, toda la información reservada a la que Vandebrook, por la misión que desempeñaba en el Directorio, podía tener acceso. No era la primera vez durante todo aquel caso que me sentía perdido, a la deriva, comprendiendo algunos detalles pero sin saber relacionarlos, y consumido, además, por la sensación de que una o más personas desconocidas movían los hilos, y yo me encontraba atado del otro extremo. Necesitaba tiempo para asimilar aquella nueva información, tiempo para deliberar, y era consciente de que debía decidir con mucha cautela mis siguientes movimientos y decisiones. Tal vez hubiera llegado el momento de pasar a la ofensiva. Debía corroborar ciertos hechos antes de relatar a Munro y a Fyfe-Miller mis asombrosos descubrimientos. Lo primero que debía hacer era encararme Vandebrook y ver qué explicación inventaba sobre el contenido del sobre. Y después estaba la necesidad urgente de mantener una conversación con mi madre.

John Bensimon tiene la barba bastante más canosa que la última vez que lo vi en Viena. También ha engordado algo, y sin embargo lo he visto empequeñecido, aunque, pensándolo mejor, tal vez la sensación se deba sólo al hecho de que nos hayamos visto en Inglaterra. Ser psicoanalista en Viena, con el consultorio a unas pocas calles del estudio de Freud, impone más y da más empaque, que hacer pasar al paciente a un dormitorio adaptado de una casa con patio en Highgate.

He notado que Bensimon se alegraba sinceramente de verme, tal vez porque le recuerdo a sus momentos de pasado esplendor, y me ha estrechado la mano con afecto, a pesar de que he llegado sin avisar y he llamado a su puerta a media tarde. Me ha presentado a su esposa, Rachel, una mujer discreta y tímida, y a sus hijas gemelas, Agatha y Elizabeth, antes de conducirme a su estudio, con vistas a los patios interiores ennegrecidos de otras casas, a los sucios jardines, alargados y estrechos que parten de ellos y que alojan los habituales cobertizos de diversos tamaños, siempre destartalados, que ocupan los tramos finales de esos huertos urbanos, con sus tejados de alquitrán bufado, sus ventanas rotas y sus tablones tratados con creosota, con sus tenderos y sus cubas rebosantes de agua de lluvia.

Conserva su escritorio, su diván dispuesto de espaldas a él, su butaca y —me ha alegrado constatar— el bajorrelieve africano de Wassagasse.

—No es lo mismo, claro —me ha dicho, como si me hubiera leído el pensamiento—. Pero debemos apañarnos lo mejor posible con lo que tenemos.

—¿Cómo va el negocio? —le he preguntado.

—Lento, digamos —ha reconocido, esbozando una sonrisa triste—. La gente, en Inglaterra, todavía no se ha dado cuenta de lo mucho que nos necesita. No se parece en absoluto a Viena. —Me ha dado a escoger entre el diván y la butaca—. ¿Se trata de una visita de cortesía, o puedo ayudarle profesionalmente en algo?

Le he respondido que deseaba retomar el contacto, tal vez una visita semanal, le he dicho, mientras me dirigía a la butaca. Me he sentado y me he concentrado en la imagen conocida de animales y monstruos, disfrutando por un instante de la ilusión de encontrarme aún en 1913 y de que, desde entonces, no me había ocurrido nada. En un plano muy real, me ha asaltado un pensamiento inquietante: he cambiado enormemente, irrevocablemente; soy otra persona.

—¿Se trata del viejo problema? Sigo conservando su historial.

—No, eso parece ir bien, y estar definitivamente solucionado, afortunadamente —le he respondido—. Mi nuevo problema es que no duermo de noche. O, mejor dicho, que no quiero dormirme porque siempre sueño lo mismo, o eso parece.

Le he contado mi sueño, la experiencia recurrente e inconexa de mi noche en tierra de nadie que siempre culmina conmigo bombardeando la zanja, y con la imagen de los dos rostros iluminados por la linterna y alzando la vista para verme: el hombre del bigote y el muchacho rubio.

—¿Y qué ocurre a continuación? —me ha preguntado.

—Me despierto. Casi siempre tengo la cara empapada en lágrimas, aunque no recuerdo haber llorado en el sueño. Estoy tomando hidrato de cloro, es lo único que me permite dormir de un tirón.

—¿Cuánto tiempo lleva tomándolo?

—Varios meses... Desde Suiza —he respondido sin pensar.

—Ah, ha estado en Suiza. ¡Qué interesante! ¿Mucho tiempo?

—Unos días.

—Muy bien. —Discreto silencio—. Será mejor que deje de tomar el hidrato de cloro. Los efectos a largo plazo pueden resultar bastante radicales.

—¿A qué se refiere?

—Puede crear dependencia. Sus efectos pueden resultar perturbadores. Podría... ¿cómo se lo diría?, empezar a perder la noción de la realidad.

—Sea lo que sea... A veces, nada me gustaría más que perder mi noción de la realidad. Yo sólo quiero dormir de noche.

—Eso es lo que dice todo el mundo. Y después...

—Bueno..., tal vez podría probar otra vez la hipnosis.

—De hecho, creo que es una ocasión perfecta para aplicar el paralelismo. Pero antes debemos retirar el hidrato de cloro.

Me ha recetado otro «somniafero» y me ha informado de que su tarifa, en Inglaterra, es de dos guineas a la hora. Hemos concertado una visita para la semana próxima. Es barato, he pensado, aliviadísimo de pronto por haber acudido a verle. Creo que el doctor Bensimon podría curarme de todo. Bien, de casi todo.

Por cierto, mientras me despedía le he comentado que había visto a Hettie Bull y, al instante, su expresión ha cambiado por completo.

—No es asunto mío, pero yo que usted no me relacionaría con esa joven, señor Rief —me ha dicho—. Es muy peligrosa, muy inestable.

Esta noche, cuando salía del Anexo, he oído que alguien gritaba: «¡Rief! ¡Aquí!». He mirado a mi alrededor y he visto a un hombre al otro lado de Embankment, apoyado en el muro del río. He cruzado la calle y he visto que se trataba de Fyfe-Miller, pero vestido de estibador, con boina, pañuelo anudado al cuello, pantalones de lona y botas gruesas. Nos hemos dado la mano, y yo lo he repasado de arriba abajo, con aire profesional.

—Casi convincente —le he dicho—. Pero debe ensuciarse las uñas, cubrirse las cutículas de mugre. Tiene manos de clérigo.

—Habló el experto.

—Betún de calzado —le he recomendado—. Dura todo el día.

—¿Adónde se dirige? —me ha preguntado, mirándome con esa fijeza rara, tan suya.

—A mi hotel, a pie.

—Ah, vida de hotel. Los hay con suerte.

—No tiene nada de especial. Es un hotelito de Pimlico... de lo más corriente.

—¿Tiene usted novia, Rief?

—¿Qué? No, en realidad no. Estuve prometido, iba a casarme, hace mucho, mucho tiempo...

—Yo, cuando encuentre a una chica, me casaré, pero tiene que estar hecha exactamente para mí. Y eso es difícil.

En eso le doy la razón, pero no le he dicho nada, y hemos seguido caminando en silencio un rato, Fyfe-Miller preocupado, sin duda, perdido en sus pensamientos sobre esa chica hecha a su medida. De vez en cuando daba puntapiés a las hojas caídas, como un adolescente enfurruñado, y los remaches metálicos de sus botas hacían saltar chispas al contacto con la piedra. Hemos pasado bajo el puente que conduce a Charing Cross, y he contemplado frente a nosotros los tejados de Whitehall Court, que recordaban a los de un castillo. Me he preguntado si habría venido de ahí, y tal vez la visión del edificio y el recuerdo de nuestro encuentro en él, lo han devuelto a la tierra, pues se ha detenido en seco.

—¿Algún indicio de Andrómeda? —me ha preguntado de pronto.

—Eh... no. Pero creo que me voy acercando.

—Acercando, ¿eh? —Me ha sonreído—. Siguiéndole la pista a Andrómeda.

No es la primera vez que me planteo si Fyfe-Miller está del todo en sus cabales.

—Es cuestión de acotar el campo de investigación —le he comentado, para ganar tiempo—. Analizar exactamente quién tenía acceso a esa información en concreto.

—No se demore mucho, Rief, o su preciosa Andrómeda podría salir volando. —Dicho esto, se ha quitado la boina, me ha dedicado una reverencia teatral, burlona, se

ha dado media vuelta y ha regresado por donde venía, gritándome—: ¡Betún bajo las uñas, lo tendré en cuenta!

He regresado al White Palace pensando en lo que me ha dicho.

Algo muy sensato, en realidad. No podía tomarme todo el tiempo del mundo: Vandebrook podía empezar a sospechar en cualquier momento. Así pues, ¿lo que Fyfe-Miller me dice es una especie de advertencia? ¿Le habrán ordenado Munro y Massinger que me presione un poco? He comprado el *Evening News* y he leído que Blanche Blondel estrenó ayer en el Lyceum *La conciencia del rey*, con gran éxito. Blanche... Tal vez le haga llegar una nota al camerino... Fyfe-Miller me ha hecho pensar en ella sin querer, y se me ha ocurrido que podría ser un buen momento para volver a veda.



## 10. LA HISTORIA DE LAS CONSECUENCIAS IMPREVISTAS

Lysander indagó un poco sobre la vida y el origen de Vandebrook. Al parecer, se había visto atrapado en la retirada en masa de Mons que había tenido lugar durante las frenéticas primeras semanas de la contienda, y las explosiones de la artillería lo dejaron inconsciente y en coma durante tres días. Desde entonces le sangraban periódicamente los oídos, y había pasado varios meses sin apenas sentido del equilibrio. Fue declarado inútil para el servicio activo y lo destinaron al Estado Mayor, en Londres. Lysander ignoraba cómo había llegado a alcanzar su cómodo puesto, pero no tardó en descubrir que el suegro de Vandebrook era el brigadier general Walter McIvor, conde de Ballatar, héroe de la batalla del río Waitara, que había tenido lugar durante las guerras maoríes de Nueva Zelanda. Vandebrook estaba casado con la menor de las hijas del conde, lady Emmeline, con la que tenía, también él, dos hijas, Amabel y Cecilia. Un hombre muy bien relacionado, vinculado por matrimonio con un mundo de riqueza y prestigio. Ello explicaba que viviera en aquel edificio señorial de Knightsbridge y que pudiera permitirse otros caprichos a pesar de su paga de capitán. Pero ¿explicaba también que hubiera decidido traicionar a su país? ¿O que tuviera una aventura con Anna, la actual viuda lady Faulkner? Sin duda, cuanto antes se enfrentara a Vandebrook, antes podría obtener respuesta a aquellas dudas.

Pero a medida que se preguntaba por el posible resultado de sus siguientes actos y pesquisas, sentía que se apoderaba de él una especie de inercia, y un impulso casi irreprimible de postergar la decisión. Sabía que en cuanto le presentara las pruebas a Vandebrook, todo cambiaría, y no sólo para Vandebrook, sino también para él. Y tal vez también para su madre. Pero toda la historia es una historia de las consecuencias imprevistas, se dijo a sí mismo, y no hay nada que hacer.

Al concluir la jornada, Lysander recorrió los pasillos del Directorio hacia el despacho de Vandebrook, sintiendo una inquietud creciente, y un nerviosismo considerable. Vandebrook estaba dictando una carta a su secretaria, y le indicó que tomara asiento. Se fijó en que, en una esquina, había una planta en un macetero de latón muy ornamentado, una alfombra persa en el suelo, y, en una de las paredes, el retrato decimonónico de un caballero de anchas patillas, con la mano apoyada en la empuñadura de su poderoso sable.

—«... por lo que —decía Vandebrook— le agradeceríamos una respuesta rápida y detallada. Es un honor para mí..., quedo su fiel servidor..., etcétera, etcétera...». Gracias señora Whitgift.

Su secretaria se ausentó.

—Regañando delicadamente a un vago —le confió a Lysander, guiñándole un ojo—. ¿En qué puedo ayudarle, Rief?

—¿Podríamos hablar un momento en privado, discretamente?

—¿Discretamente? ¿En privado? Eso no me gusta nada, no, no —dijo, ahogando una risita, recogiendo el gabán que tenía colgado tras la puerta—. Yo ya me iba. ¿Por qué no me acompaña a casa? Así podemos tomarnos una copa como Dios manda y hablar «en privado».

Tomaron un taxi hasta Knightsbridge, y en el trayecto Vandenbrook le explicó que su esposa y sus hijas se habían ido al campo, a Inverswaven, le confió como en un aparte, como si Lysander tuviera que saber de dónde y de qué estaba hablando. Él asintió y, cauto, comentó: «Es una época perfecta del año». Se sentía muy tenso, pero actuaba con calma, y agradeció una vez más a su profesión la capacidad de fingir esa clase de aplomo, incluso cuando lo que sentía era todo lo contrario. Ofreció un cigarrillo a Vandenbrook, se encendió el suyo y, con un movimiento elegante, arrojó la cerilla por la ventanilla e inició una conversación intrascendente sobre Londres, el tiempo, el tráfico, el último bombardeo de un zepelín, el hecho de que el apagón nocturno fuera una farsa: «¿Qué sentido tiene que pinten lo alto de las farolas de negro? Es el cerco de luz que proyectan en el suelo lo que se ve desde las alturas. Grotesco. Hilarante». Vandenbrook respondía en el mismo tono, y los dos despotricaban mientras recorrían Londres. Vandenbrook le pidió que le recomendara alguna obra de teatro. Lysander le dijo que no podía dejar de ver a Blanche Blondel en *La conciencia del rey*. Vandenbrook comentó que pagaría dinero por oír a Blanche Blondel recitar el manual de entrenamiento de infantería y, así, siguieron conversando hasta que, sin darse cuenta, se encontraron en Knightsbridge.

El mayordomo de Vandenbrook les sirvió coñac con soda, y se instalaron en el espacioso salón de la primera planta. Lysander lo encontró algo sobrecargado de mobiliario: había un piano enorme que ocupaba una parte excesiva de una esquina y que, por tanto, obligaba a distribuir el resto de piezas demasiado juntas. Se fijó en que había muchos jarrones con flores, como si viviera algún enfermo grave en la planta superior, y muchos cuadros con marcos dorados que representaban escenas de las Tierras Altas de Escocia en distintas estaciones, pintados, tal vez, en las inmediaciones de Inverswaven, dedujo.

—Creo que debería decirme ya lo que quería decirme —soltó Vandenbrook muy serio—. El suspense empieza a afectarme el hígado.

—Por supuesto —dijo Lysander, poniéndose en pie y sacándose el sobre del bolsillo interior de la chaqueta, desdoblándolo y entregándoselo—. Esto es suyo: «Cap. C. Vandenbrook. Pasarán a recoger».

Percibió al instante su alteración, muy visible. Apretó mucho los labios, se le agarrotaron los tendones del cuello y la nuez le apareció por encima del nudo de la corbata.

—Contiene unas hojas.

Vandenbrook las extrajo sólo hasta la mitad, les echó un vistazo y volvió a guardadas. Apartó la vista y la clavó en una de las pinturas de pared: un ciervo

plantado sobre una colina, entre jirones de niebla.

—¿De dónde ha sacado esto? —le preguntó con un tono de voz algo agudo.

—De donde lo dejó usted. Del hotel Dene de Hythe. Vandebrook ladeó la cabeza y empezó a sollozar: un sonido grave, lastimero, de animal dolorido. Después se echó a temblar y a mecerse adelante y atrás. Lysander veía caer las lágrimas en el sobre amarillo que tenía apoyado en el regazo, manchándolo. Y entonces Vandebrook se echó hacia delante y la silla cayó al suelo, y él también, boca abajo, y apoyó la frente en la alfombra, gimiendo, ahogando un grito sostenido, como si un dolor interno, muy intenso, le obligara a apretar mucho los dientes.

Lysander también estaba desconcertado. Nunca en su vida había visto a un hombre desmoronarse tan indigna y repentinamente. Era como si Vandebrook se hubiera deshumanizado al instante y hubiera adoptado la forma de una unidad sufriente atávica anterior a toda capacidad de raciocinio, de percepción sensible.

Lo ayudó a levantarse, consciente de lo absurdo de su situación: dos oficiales uniformados en un salón de Knightsbridge, el uno cazador de espías, y el otro el espía sollozante al que había perseguido y dado caza. Y, sin embargo, todos sus instintos seguían siendo compasivos, humanos. Vandebrook era un hombre *in extremis*, que jadeaba y resoplaba, y que apenas se tenía en pie.

Lysander lo sentó. Encontró algunos decantadores de cristal en una vitrina abierta, apoyada en una mesa, junto al gran piano, y le sirvió dos dedos de un líquido ámbar. Vandebrook dio un trago, tosió sonoramente y pareció recobrar la compostura. Empezó a respirar más acompasadamente, y dejó de sollozar. Se secó los ojos en una manga, se puso en pie, dio dos o tres pasos en dirección a la chimenea y regresó a su lugar. A Lysander se le ocurrió entonces que, si Vandebrook lo atacara, él no tenía a mano ningún arma defensiva. Con todo, Vandebrook parecía dócil, acobardado, no suponía la menor amenaza.

Volvió a sentarse, se alisó la chaqueta, se pasó la mano por el pelo y carraspeó.

—¿Qué piensa hacer? —le preguntó con voz temblorosa y asustada.

—Debo delatarlo. Lo siento mucho.

—Para eso apareció usted por el Directorio, ¿verdad? Para buscarme.

—Para averiguar quién pasaba información al enemigo.

Vandebrook se puso a llorar de nuevo, sin hacer ruido esta vez.

—Sabía que esto iba a ocurrir —dijo—. Sabía que algún día aparecería alguien como usted. —Miró a Lysander fijamente a los ojos—. No soy ningún traidor.

—Dejemos que eso lo decidan los tribunales.

—Me están chantajeando.

Le pidió a Lysander que lo acompañara, y subieron medio tramo de escaleras hasta un altillo al que se accedía desde un descansillo. Ése era su «estudio», le explicó Vandebrook: algunas librerías, un escritorio pequeño de madera de roble con muchos cajoncillos y una lámpara de lectura con pantalla verde. En un rincón había una caja fuerte del tamaño de una arqueta de té. Vandebrook se agachó e hizo rodar

el disco para marcar la combinación. Abrió la puerta, metió la mano y extrajo un sobre, que le entregó a Lysander. La dirección rezaba, simplemente: «Capitán Vandebrook, Knightsbridge».

—Me lo dejan siempre en el buzón, en plena noche —le explicó. Lysander levantó la pestaña del sobre y sacó de él una fotografía y dos páginas sucias, mecanografiadas. La fotografía era de una niña de diez u once años, que miraba directamente a cámara. Tenía una espesa mata de pelo grasiento, y la blusa que llevaba parecía venirle demasiado grande. Adornaba su cuello, incongruente, un collar de perlas de una sola vuelta.

—Tengo un problema —dijo Vandebrook en voz muy baja—. Un defecto personal, un vicio. Visito a prostitutas.

—¿Me está diciendo que esta muchacha es prostituta?

—Sí. Y su madre, también.

—¿Cuántos años tiene esta niña?

—No lo sé. Nueve..., once...

Lysander miró a Vandebrook, que seguía de pie junto a la caja fuerte, encogido, tambaleante, con la vista clavada en el suelo.

—Dios mío —dijo Lysander abiertamente—. Esta niña es más joven que sus hijas.

—No me siento orgulloso de lo que hago —replicó Vandebrook, ya su voz asomó algo de su arrogancia de antes—. Es una debilidad espantosa que tengo. Lo confieso... absolutamente. —Abrió una pitillera que tenía sobre el escritorio y sacó un cigarrillo—. ¿Ha visitado alguna vez el East End de nuestra gran ciudad? —le preguntó Vandebrook—. Por la zona de Down y Shoreditch, esa clase de lugares. Allí, si le sobra a usted algo de dinero, puede conseguir cualquier cosa. Niños y niñas, enanos y gigantes, fenómenos de la naturaleza, animales. Todo lo que pueda imaginar.

—Hábleme del chantaje.

—Yo visitaba a la niña, con el beneplácito de su madre, una vez al mes, aproximadamente —dijo—. Me encariñé con ella. Nunca le importaba que le pidiera esto o aquello... —Hizo una pausa—. En cualquier caso, por el aprecio que le tenía, le regalé un collar de perlas. Ése fue mi error. Estaba en un estuche, el estuche llevaba el nombre de la joyería. Me localizaron. Su madre es una persona malvada y conspiradora, fue ella la que escribió la declaración, ya sabía mi nombre, y quién era. —Se sentó en el borde del escritorio. De pronto parecía muy cansado—. Hará cosa de un año, a finales del año pasado, 1914, me llegó este sobre con instrucciones muy precisas. Debía transmitir toda la información a la que tenía acceso en el Directorio. Todo lo que supiera: movimientos de remesas, municiones, construcción de líneas férreas, etcétera. Si no lo hacía, esa fotografía y el testimonio de la muchacha serían enviados a la Secretaría de Estado para la Guerra, a mi superior, a mi esposa y a mi suegro. —Sonrió fugazmente—. Supongo que ya sabe quién es mi suegro.

—Sí, lo sé.

—Entonces lo comprenderá. Un poco. De modo que anotaba lo que lograba reunir y, como se me ordenaba en las instrucciones, dejaba el sobre para que lo recogiera una persona desconocida en un hotel especificado.

—¿El mismo hotel?

—Varios hoteles de la costa sur. Sin duda usted ya los habrá visitado todos.

Lysander observó el rostro inexpresivo de la niña y leyó unas pocas líneas de la declaración.

«El capitán benía y me pedía que me sientase en sus rodiyas... Me quitaba la ropa y me decía que abriese las piernas todo lo que pudiese... Después me lavaba con un paño y agua tibia y me decía...».

Vandenbrook lo miraba mientras él recorría las líneas de la página, los ojos muertos, el bigotillo de puntas levantadas como un elemento de caracterización barato, impostando algo que no era.

—¿Intentó ponerse en contacto con esa mujer y su hija?

—Por supuesto. Contraté los servicios de una agencia de detectives privados. Pero habían desaparecido de los lugares que frecuentaban habitualmente. Era evidente que me habían delatado. A alguien. Que, a su vez, podía haberme delatado a otros. Así es como atrapan a muchos hombres. Se sorprendería usted. Existe todo un negocio en esto del chantaje, va pasando de persona en persona...

—¿A muchos?

—Todos somos capaces de cualquier cosa —replicó—. Dados los medios y la ocasión.

—Ésa es la excusa fácil que los pervertidos tienen siempre a punto —soltó Lysander fríamente—. Desde tiempos inmemoriales.

—Yo no me excuso, Rief. De hecho, me odio a mí mismo, detesto mis... inclinaciones sexuales —expresó con vehemencia y sentimiento—. De modo que puede ahorrarse sus mojigatos juicios morales.

—Prosiga con su historia.

—Cada vez que me llegaba una copia de esta fotografía acompañada de la declaración, significaba que debía aportar más información. También se me informaba de dónde debía dejarla. Hace dos semanas me llegó otra: hotel Dene, Hythe. La que tiene usted.

—¿Cómo las codifica?

—¿De qué está hablando?

—Sus cartas anteriores estaban todas codificadas. Ésta, no.

—¿Codificadas? Yo escribo los datos y las cifras y las dejo en el hotel.

Lysander lo observó, invadido de pronto por un pánico nuevo.

No sabía por qué, pero estaba seguro de que Vandenbrook le decía la verdad. Pero se repuso al momento. Ese hombre no hacía sino mentir, el engaño era su *raison d'être*. Con todo, siguió pensando, calibrando, cada vez más furioso, las

implicaciones de aquel descubrimiento, si Vandebrook no transformaba los datos en códigos, ¿quién lo hacía? Si Vandebrook mentía, entonces, ¿por qué no había codificado esa última carta? Debía existir otra Andrómeda, o de lo contrario Vandebrook le estaba tendiendo otra trampa. Empezaba a sentir que se le nublaba la mente.

—¿Qué debo hacer, Rief?

—No haga nada. Acuda al trabajo. Actúe normalmente —respondió Lysander, pensando que de ese modo podía ganar algo de tiempo.

Le hacía falta más tiempo. Las complicaciones se multiplicaban por momentos.

—¿Qué va a sucederme? —preguntó Vandebrook.

—Si existe la justicia, deberían ahorcarlo por traidor, pero tal vez pueda salvarse.

—Haré lo que sea —dijo, decidido—. Soy una víctima, Rief. Yo no quería hacerlo, pero si mi... pecadillo llegara a conocerse... Eso no podría soportarlo, ¿entiende? La vergüenza, el deshonor. Tiene que ayudarme. Tiene que averiguar quién me está haciendo esto.

Lysander guardó en el sobre la declaración y la fotografía, y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—No puede llevárselo —exclamó Vandebrook, indignado.

—No sea ridículo. Por lo que a usted respecta, puedo hacer lo que me dé la gana.

—Lo siento, lo siento. Sí, por supuesto.

—Vaya a trabajar como siempre. Intente actuar normalmente, sin afectación. Cuando lo necesite, me pondré en contacto con usted.

## 11. LA SENSACIÓN DE QUE NADA HABÍA CAMBIADO

Era raro encontrarse de nuevo en el Salón Verde, pensaba Lysander mientras se paseaba por él, pasando las yemas de los dedos por las superficies pulidas de las mesas auxiliares, cogiendo una partitura y dejándola en el alféizar de una ventana. Volvía a tener la sensación de que nada había cambiado, y se regodeaba un poco en ella, dejaba que lo invadiera. Todavía era adolescente, el nuevo siglo estaba por estrenar, acababa de mudarse a Claverleigh y, en uno o dos minutos, vería aparecer a su madre en la estancia, más joven, hermosa, congelada en el tiempo. Pero sabía lo deprisa que giraba el mundo, más deprisa que nunca. El tiempo corría en ese mundo moderno, veloz como un purasangre de carreras, galopaba y galopaba, ignorante de aquella guerra (la guerra era solo un efecto de aquella aceleración), y, como consecuencia de ello, todo cambiaba, no sólo en el mundo que lo rodeaba a él, sino también en la conciencia humana. Algo viejo se iba, y se iba a gran velocidad, desaparecía, y algo nuevo ocupaba inevitablemente su lugar. Ése era el concepto que debía retener en su mente, por más que le perturbara y por más que descubriera que quería resistirse a él. Tal vez debería abordarlo con Bensimon, aquella nueva obsesión que había adquirido por los cambios, y por su resistencia a ellos, para ver si lograba disipar parte de toda aquella confusión.

Entró su madre y le besó tres veces, en ambas mejillas, como se hacía en algunos países de la Europa continental. Llevaba un vestido largo de color pistacho y un peinado distinto, recogido a ambos lados de la cabeza y sujeto en un moño poco apretado en la nuca. Ligerero, informal.

—Me gusta tu nuevo peinado.

—Ya mí me gusta que te fijes en esas cosas, querido hijo.

Se acercó a la pared y tiró del cordón.

—Necesito té. Un té bien cargado. Combustible inglés.

Lysander tuvo una revelación, y comprendió de inmediato por qué un hombre se sentiría irresistiblemente atraído por ella: su belleza informal, su extraordinaria confianza en sí misma, combinadas con su vivacidad. Comprendió que Christian Vandebrook se hubiera sentido hechizado.

Una doncella les trajo el té, y se sentaron a tomarlo. Su madre lo observaba tras el borde de la taza, mirándolo con sus ojos grandes, atenta.

—¿Sabes? Hacía siglos que no te veía. ¿Cómo estás? ¿Recuperado del todo? Debo decirte que me gustas mucho de uniforme —comentó—. ¿Qué es eso?

—Polainas. Madre... Tengo que preguntarte cosas que son bastante delicadas.

—¿A mí? ¿Delicadas? Dios mío. Adelante, adelante.

Lysander hizo una pausa, sintiéndose una vez más a punto de iniciar una cadena causal que podía conducirle a cualquier parte.

—¿Conoces a un oficial llamado capitán Christian Vandebrook?

—Sí. Muy bien. Trato con él a menudo de temas relacionados con el Fondo.

El Fondo, claro, pensó Lysander. El Fondo de Guerra de Claverleigh Hall. Se relajó ligeramente. Tal vez no hubiera nada más.

—¿Lo viste en el hotel Dene de Hythe hace tres noches?

—Sí. Habíamos quedado para cenar. Lysander, ¿qué es todo es...?

—Discúlpame por ser tan brusco, obtuso y grosero, pero... —volvió a hacer una pausa, cada vez más mareado—. Pero... ¿tienes una aventura con él?

Ella soltó una carcajada, una carcajada sincera que se extinguió de inmediato.

—Por supuesto que no. ¿Cómo te atreves a sugerir algo así?

Lysander vio el enfado en sus ojos, y cerró los suyos antes de insistir.

—En el último año habéis dormido nueve veces en el mismo hotel.

Oyó que su madre se ponía en pie y abrió los ojos. Vio que se había acercado al alto ventanal y que miraba a través de él. Lloviznaba. La luz se extinguía, plateada, opaca.

—¿Me espías?

—Le espío a él. Lo estaba siguiendo y vi que se reunía contigo.

—¿Y por qué diablos espías al capitán Vandebrook?

—Porque es un traidor. Porque ha estado enviando secretos militares a Alemania.

Percibió el asombro en el rostro de su madre. Se volvió y lo miró, alarmada.

—El capitán Vandebrook..., no me lo creo. ¿Estás seguro?

—Tengo pruebas suficientes para hacer que lo ahorquen.

—No puedo... ¿Cómo...? —Le flaqueó la voz, y dijo, incrédula—: Nosotros sólo hablamos de mantas, ambulancias, tarros de miel, festivales benéficos y enfermeras..., de cómo gastar el dinero que recaudo. No puedo creerlo.

—¿Sabes que cada vez que se reúne contigo deja un sobre en el hotel para que alguien lo recoja?

—No, por supuesto que no.

—¿Nunca te ha pedido que entregues ninguno de esos sobres?

—Nunca. De veras. Escucha. Me reúno con él porque la Oficina de Guerra lo escogió como el oficial de enlace con el Fondo cuando yo empecé a organizarlo todo. Nos fue de gran ayuda.

—Es un hombre encantador.

—Pero si ha estado incluso aquí. En un par de ocasiones. No, en tres. Nos hemos reunido aquí. Crickmay llegó a conocerlo. Cenó con nosotros.

—¿Aquí? No me comentó nada.

—¿Y por qué debería haberlo hecho? Yo nunca le he hablado de ti. Supongo que no tiene la menor idea de que eres mi hijo. De que el hombre que tiene pruebas suficientes para hacer que lo ahorquen es mi hijo —añadió, con cierta amargura en la voz—. Ni de que, de hecho, tengo un hijo. Por el amor de Dios. Sólo hablábamos del Fondo.



Lysander supuso que si eras una mujer atractiva de cincuenta años no ibas por ahí informando de que tenías un hijo de casi treinta. Y era cierto: nada en la actitud de Vandebrook, ni la menor insinuación, ni el menor comentario, permitía suponer que sabía que lady Faulkner era su madre.

—¿Crees que podría tomarme una copa?

—Excelente idea —lo secundó ella, e hizo sonar la campanilla para llamar al mayordomo, que al poco les trajo una bandeja con dos copas, una botella de coñac y un sifón. Lysander preparó las bebidas y le alargó una a su madre. Él se tomó la suya a grandes tragos. A pesar de todas sus negativas y explicaciones plausibles, aquella relación con Vandebrook le daba muy mala espina. Sabía que no se trataba de ninguna coincidencia, que habría consecuencias. Consecuencias de mierda, una vez más.

—¿Puedo fumar?

—Yo también fumaré —dijo su madre.

Lysander extrajo la pitillera, encendió primero el cigarrillo de su madre, y después el suyo.

—¿Por qué espías a Vandebrook? —le preguntó ella—. ¿Por qué a él en concreto, digo? —Apagó el cigarrillo. Nunca había sido una gran fumadora—. Tú eres soldado, ¿no?

—Estoy vinculado a ese departamento de la Oficina de Guerra. Estamos intentando encontrar a un traidor. Está causando un perjuicio tremendo.

—Bien, pues ya lo has encontrado, ¿no?

—Vandebrook sólo transmite información porque lo están chantajeando, según parece. O eso asegura él.

—¿Chantajeando por qué?

—Es muy... desagradable. Muy vergonzoso. —Lysander no sabía hasta dónde debía contar—. Si se supiera lo que ha hecho, sería para él la ruina total. Familia, profesión, matrimonio. Iría a la cárcel.

—Por Dios. —Comprendió que la imprecisión de su respuesta la perturbaba más que algo concreto. Volvió a mirarlo—. ¿Y quién le está chantajeando?

—Ése es el problema. Que pareces ser tú.

## 12. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Tal vez he hablado sin pensar, he sido demasiado brusco. Ella, de pronto, se ha mostrado muy alterada, ya no incrédula, como si la impactante pero irrefutable lógica de la trama se le hubiera ocurrido a ella, igual que se me había ocurrido a mí. Le he preparado otro coñac con soda y le he pedido que volviera a contármelo todo, una vez más. Ella ha empezado por su primer encuentro con Vandebrook en la Oficina de Guerra, en septiembre de 1914, y ha seguido con los contactos regulares que se sucedieron a medida que el Fondo de Guerra de Claverleigh Hall empezaba a recaudar sumas considerables de dinero. Su primera visita a la casa se produjo a principios de 1915, poco después de que a él lo trasladaran al Directorio de Movimientos.

—¿Por qué no delegó el Fondo de Guerra en otra persona? El ritmo de trabajo en el Directorio es frenético.

—Me pidió permiso para mantener el contacto —me ha respondido—. Estaba muy impresionado con lo que estábamos haciendo aquí, o eso dijo, y le preocupaba que si se encargaba otra persona, saliéramos perdiendo. De modo que yo se lo di sin vacilar. Estaba encantada: nos llevamos muy bien, y él era muy eficiente. De hecho, creo que incluso fui yo quien sugirió que nos viéramos aquí cuando él se desplazara a Folkestone por motivos de trabajo, para facilitarle las cosas. El primer hotel en el que pasé la noche estaba en Sandwich. Le ofrecí llevado en automóvil.

—¿Os visteis en Londres?

—Sí, cinco o seis veces. Cuando yo iba a la ciudad. —Hizo una pausa—. No niego que lo pasaba bien en aquellos encuentros... Crickmay estaba enfermo, y para mí aquellas noches fuera de casa eran, ya sabes, una escapada. Sí, es un hombre apuesto y divertido. Y creo que a los dos nos gustaba ese ligero flirteo. Levísimo. Pero no pasó nada. Nunca. Ni siquiera después de la muerte de Crickmay.

—Lo entiendo perfectamente —le he dicho—. Te creo. Sólo intento ver las cosas desde su punto de vista.

—Porque soy austriaca, claro —ha replicado ella en tono neutro, casi con tristeza—. Acabo de darme cuenta. Ésa es la clave. Por eso sospecharán de mí. Al instante. —Él vio cómo se desmoronaba, casi físicamente, vio cómo los hombros parecían hundírsele—. Cuando me relacionen con él... La austriaca.

—Yo también soy medio austriaco, recuerda —le he dicho, preocupado—. Todo es demasiado limpio, demasiado...

—¿Qué vas a hacer?

—Todavía nada. Tengo que investigar un poco más.

—¿Y yo?

—Sigue como si nada hubiera sucedido.

Mi madre se ha puesto en pie, la angustia reflejada en el rostro. Nunca la había visto así.

—¿Le has contado a alguien lo que has descubierto sobre Vandebrook?

—No, aún no. No quiero que los demás entren al galope. Debo ser muy cuidadoso con lo que digo.

Ella ha vuelto a acercarse a la ventana; estaba bastante oscuro, y oía el repicar de la lluvia en los cristales.

—No contándoselo a nadie te perjudicas a ti mismo —ha comentado ella en voz baja—. ¿No es cierto?

—Es complicado. Muy complicado. No quiero que tú te veas implicada en este enredo —he respondido yo—. Por eso necesito un poco más de tiempo.

Ella se ha dado la vuelta y ha alargado las manos, como si quisiera que la abrazara, y yo me he acercado a ella y lo he hecho. Ha permanecido unos instantes muy pegada a mí.

—No permitiré que todo esto te arrastre —me ha susurrado—. No lo permitiré.

—Madre, por favor, no seas tan melodramática. Nadie va a ser «arrastrado». Tú no has hecho nada, así que ni pienses en ello. Sea quien sea el que está chantajeando a Vandebrook, ha sido muy listo. Mucho. Pero ya se me ocurrirá algo. No te preocupes. Lo desenmascararé.

—Eso espero.

Me ha estrujado los hombros. Me ha gustado tenerla entre mis brazos. No nos abrazábamos así desde la muerte de mi padre. Le he besado la frente.

—No te preocupes. Lo atraparé.

Espero haberme mostrado seguro de mí mismo, porque no lo estaba demasiado. Sabía que tan pronto como le contara la historia de Vandebrook a Munro y a Massinger, todo saldría a la luz, destructivamente: el Fondo, los encuentros, los hoteles, las cenas. Para mi inquietud, a medida que empezaba a relacionar aquella cadena de hechos, he pensado que cabía imaginar una vía mediante la que pudieran implicarme incluso a mí. Y ello me ha llevado a recordar que debía ponerme en marcha.

—Será mejor que me vaya —he dicho, soltándola—. Sólo necesito una cosa. ¿Recuerdas que te regalé aquel libreto, el que tenía a la chica en la ilustración de portada? *Andromeda und Perseus*.

—Por supuesto —ha replicado ella, recuperando parte de su aguda jovialidad—. ¿Cómo iba a olvidarlo? La madre de mi nieto, y sin ropa. —Se ha acercado a la puerta—. Está en mi despacho. —Ha hecho una pausa—. ¿Qué se sabe del pequeño?

—¿De Lothar? Está bien. O eso me dicen... Vive con una familia en Salzburgo.

—Lothar en Salzburgo... ¿Y su madre?

—Creo que ha regresado a Inglaterra —he respondido, evasivamente.

Me ha dedicado una mirada comprensiva y ha salido a buscar el libreto. Yo he consultado la hora: todavía estaba a tiempo de tomar el último tren a Londres desde Lewes. Pero entonces mi madre ha regresado, y me he dado cuenta al momento de que estaba anormalmente alterada.

—¿Qué tienes? —le he preguntado—. ¿Qué ocurre?

—Es muy raro. Tu libreto... Ha desaparecido.

Sentado en el tren de Lewes a Londres. Mis pensamientos vuelan. Mis ideas se amontonan. El despacho de mi madre es un estudio de la última planta en el que se ocupan de las tareas administrativas de su organización benéfica. Dos escritorios para las secretarías, un par de estanterías blancas y un montón de carpetas alineadas en ellas. Me ha dicho que estaba convencida de haber puesto el libreto ahí. Hemos buscado. Nada. Los libros se pierden, le he dicho yo, no pasa nada. Después de todo, se lo había regalado hacía dieciocho meses. Podía haberle ocurrido cualquier cosa.

Mientras escribo estas líneas, tengo delante a un hombre que lee una novela y que, de vez en cuando, se hurga la nariz, examina lo que ha extraído de sus fosas nasales y se mete el confite en la boca. Es asombrosa la cantidad de secretos que revelamos sobre nosotros mismos cuando creemos que no nos observan. Es asombrosa la cantidad de secretos que revelamos sobre nosotros mismos cuando sabemos que sí nos observan.

Al regresar al White Palace me encuentro un montoncillo de cartas que me esperan. Un sobre contiene una lista con cuatro apartamentos en edificios señoriales que me envía una agencia de alquileres inmobiliarios, y que se ofrecen para estancias cortas, en el área de Charing Cross y del Strand. La idea de contar con piso propio una vez más me entusiasma, y me entusiasma también la idea de que Hettie pueda quedarse en mi casa, de incógnito, sin pasar vergüenza. Para mi sorpresa, otro telegrama, de Massinger. Me sugiere que nos veamos mañana en un salón de té de Mayfair, a las cuatro. Concretamente, en los Skeffington Tearooms de Mount Street.

Más tarde. He pasado la última hora bebiendo *whisky* de mi petaca y redactando una lista de nombres, uniéndolos con líneas de puntos y flechas de doble dirección, colocando algunos entre paréntesis, subrayando otros tres veces. Al concluir este ejercicio estéril, sigo preguntándome de qué querrá hablar conmigo Massinger.

### 13. TREVELYAN HOUSE 12-3, SURREY STREET

Lysander se decidió por el segundo de los cuatro apartamentos amueblados que le enseñó el hombre corpulento y sin resuello de la agencia de alquileres. Ocupaba parte de la tercera planta de un edificio señorial de Surrey Street conocido como Trevelyan House, junto al Strand: un dormitorio, un pequeño salón, baño moderno y cocina, aunque ésta no era más que un armario con fregadero y dos quemadores espirales de resistencia eléctrica, con vista a los ladrillos cerámicos, blancos, del conducto de ventilación. En realidad, cualquiera de los apartamentos le habría venido bien para sus propósitos, pero aquel 12-3 tenía más nuevas las cortinas, la moqueta, los muebles, lo que le atrajo al momento; no había grasa en las telas, la alfombra, junto a la chimenea, no estaba raída, no se veían quemaduras de cigarrillo en la repisa de la chimenea. Le pareció que lo único que le hacía falta era algo luminoso, de algún color primario: un cuadro, un par de pantallas de lámpara nuevas, almohadones para el sofá, que le diera un toque personal, que lo convirtiera en algo suyo, y no de cualquiera.

Firmó el contrato, pagó el mes de depósito y le entregaron dos juegos de llaves. Conservaba la ropa de cama y los utensilios domésticos de su estancia en Chandos Place, y pensaba pagar a un porteador para que se los llevara de inmediato a Trevelyan House. Desde allí, a pie, se llegaba al Anexo en diez minutos, calculaba, una ventaja añadida de su «nidito de amor» para Hettie y para él. Sintió de nuevo que la emoción se apoderaba de él ante la idea de volver a verla, ante la idea de volver a estar desnudo en una cama, con ella, y sintió que la promesa de un placer sensual ilimitado obstruía todo posible consejo racional, de cautela, que pudiera darse a sí mismo. Hettie, Venora, era ahora una mujer casada. Y no sólo eso: su esposo era un hombre celoso y malcarado. Hoff y Lasry: dos hombres de temperamentos pasionales, fieros, que se ofendían con facilidad... ¿Qué le atraía a Hettie de aquellos tipos? Además, las complicaciones de la vida actual de Lysander desaconsejaban por completo introducir nuevas circunstancias que no harían sino empeorarlas. «Cortad las rosas hoy, que aún podéis», se dijo, como si pronunciando ese verso fuera a solucionar todos sus asuntos pendientes. Pero ya contaba con un nuevo hogar y —tal vez eso fuera lo más importante— nadie conocía sus señas.

Los Skeffington Tearooms de Mount Street no disimulaban en absoluto su afán por atraer a una clientela distinguida, pensó Lysander mientras se aproximaba. Cortinas con profusión de encaje protegían a quienes tomaban el té de las miradas curiosas de los transeúntes. El nombre del establecimiento figuraba escrito sobre un vidrio negro en letras plateadas, adornado con florituras y volutas doradas. Una camarera con cofia diminuta y delantal de cuerpo entero estaba barriendo la calle. No parecía en absoluto la clase de lugar que frecuentaba Massinger.

El establecimiento ocupaba una sola sala espaciosa, alargada, iluminada por arañas de cristal. En tres de sus paredes se alineaban asientos semicirculares

chesterfield de piel de melocotón color granate, y en el resto del espacio se distribuían dos hileras de mesas muy pulidas, con tapete y centro floral. Lo saludaron el tintineo amortiguado de los cubiertos al entrechocar con platos y tazas, y el murmullo tenue de conversaciones discretas. A Lysander le pareció que entraba en una biblioteca, con las mismas prohibiciones implícitas sobre el ruido innecesario: caminar con cuidado, reprimir toses y estornudas, nada de risas.

Una mujer muy seria con quevedos comprobó que el nombre de Massinger figuraba en la lista y ordenó a una camarera que lo condujera hasta el velador más alejado. Massinger ya había llegado y estaba fumando. Llevaba frac, nada menos, y leía un periódico. Alzó la vista para mirar a Lysander y, sin dedicarle la más leve sonrisa, señaló un titular con el dedo.

—«Liga Inglesa de Críquet será cancelada en 1916». Algo terrible —dijo Massinger—. ¿Qué vamos a hacer? Asombroso.

Lysander le dio la razón, se sentó y pidió café, no le apetecía tomar té; el té no era una bebida para compartir con alguien como Massinger.

—¿Para qué quería verme? —le preguntó, mientras él aplastaba la colilla en el cenicero —con fuerza manifiesta— y soltaba el humo por la nariz.

—No soy yo quien quiere verle, Rief —dijo, alzando la vista de nuevo. Le hizo una seña—. Es ella.

Florence Duchesne se acercaba a la mesa, como si acabara de materializarse.

Lysander sintió que lo invadía una sensación de alarma instintiva, y tuvo la convicción inmediata de que aquella mujer iba a sacar un revólver del bolso y a dispararle de nuevo. Se fijó en ella: era Florence Duchesne, sí, pero muy distinta a la mujer que había visto por última vez en el transbordador del lago Lemán. La ropa negra y el velo habían desaparecido. Llevaba polvos en la cara, carmín en los labios, y un «traje de calle» color magenta de chaqueta entallada con faldones y falda de medio paso. Se cubría el cuello de la blusa de seda con un pañuelo. Era como si la gemela moderna de madame Duchesne acabara de entrar, y no la viuda melancólica que vivía con el jefe de correos de Ginebra.

Se sentó en el banco semicircular, a su lado, y Lysander no pudo evitar torcer el gesto.

—Tenía que verle, monsieur Rief —dijo en francés—. Para explicarme y, por supuesto, para disculparme.

Lysander la miró, miró a Massinger, volvió a mirarla a ella, desorientado, incapaz de pensar en nada que decir. En ese momento Massinger se puso en pie, y los distrajo.

—Los dejaré solos para que puedan hablar. La veré luego, madame. Adiós, Rief.

Lysander vio que se alejaba y se iba a recoger su sombrero de copa. Parecía el encargado de una tienda, pensó. Se volvió hacia Florence.

—Todo esto es muy, pero que muy raro para mí —dijo, despacio—. Estar sentado con alguien que me disparó tres tiros. Muy raro... Usted pretendía matarme.

—Sí, sí. Pero debe comprender que estaba convencida de que trabajaba con

Glockner. Y también estaba convencida de que había matado a Glockner. Al ver que me mentía sobre el texto del código, pensé que ése era el indicio definitivo. Y Massinger me había ordenado que no corriera riesgos, y me había advertido de que tal vez, incluso, fuera usted un traidor. ¿Debía permitir que se bajara del barco en Evian y desapareciera? No, y menos con todas las sospechas que albergaba. Cumplí con mi deber.

—No, no, si estaba usted en todo su derecho...

La ironía le llevó a pronunciar aquellas palabras en un tono áspero, poco frecuente en él, más parecido al ladrido gutural de Massinger. Recordó el error de colegial de aquel hombre. Ella bajó la cabeza.

—Aun así... —no terminó la frase.

—¿Servirán alcohol en esta clase de establecimientos? —preguntó él, retóricamente—. Seguramente no, eso sería demasiado plebeyo. Me hace falta una copa, madame. Algo fuerte. Estoy seguro de que lo comprenderá.

—Podemos ir a algún hotel, si lo prefiere. Quiero hablar con usted sobre algo importante.

Pagaron la cuenta y salieron. Al llegar a la puerta, ella recogió un abrigo de piel de muscardino teñido de negro, con un solo botón a la altura de las caderas. Lysander se lo sostuvo para que pudiera ponérselo por las mangas, y mientras lo hacía llegó hasta él el aroma intenso del perfume que llevaba. Se acordó de aquella cena que habían compartido en la terraza de la Brasserie des Bastions, en Ginebra, y de que ya entonces le había llamado la atención, por lo anómalo. Pero ahora se daba cuenta de que se trataba del rasgo de una mujer de carne y hueso. De una discreta pista. La miró mientras caminaban por la calle, en dirección al hotel Connaught.

Encontraron sitio en el salón abierto al público, y Lysander pidió un *whisky* doble con soda para él, y un *dubonnet* para ella. La copa le calmó, y sintió que su nerviosismo remitía. Resultaba asombroso constatar lo rápidamente que se acostumbraba uno a las circunstancias más extrañas, pensó: «Aquí estoy yo, tomándome una copa con la mujer que intentó asesinarme. La miró y confirmó que no estaba enfadado con ella», que no sentía la menor indignación. Sólo veía a una mujer muy atractiva vestida a la moda.

—¿Qué está haciendo en Londres? —le preguntó.

—Massinger me ha sacado de Ginebra. Empezaba a ser demasiado peligroso para mí. —Se explicó. Su contacto en el consulado alemán, «el hombre de las cartas comprometedoras», había sido detenido y deportado a su país. Sólo era cuestión de tiempo que la delatara—. Así pues, Massinger me sacó de allí de prisa.

—Doy por sentado que no es usted viuda.

—No, pero resulta un disfraz muy eficaz, se lo aseguro. De hecho, nunca he estado casada.

—¿Y lo de su hermano?

—Sí, mi hermano existe, y es el jefe de correos de Ginebra. —Le dedicó una

sonrisa—. No todo es mentira.

Aquella sonrisa lo desarmó, y se descubrió a sí mismo admirando su aspecto irreflexivamente: la nariz claramente aguileña, los ojos de un azul pálido, el hueco que se hundía bajo el cuello, entre los omoplatos. Podía perdonada, suponía. De hecho, era muy fácil. Qué absurdo.

—¿Cómo está usted? —le preguntó ella—. Después de los disparos, quiero decir.

—Conservo siete cicatrices que hacen que me acuerde de usted —respondió él, mostrándole el estigma de la mano izquierda—. Y a veces se me agarrota la pierna. —Se dio una palmada en el muslo—. Pero, aparte de eso, estoy bastante bien. Asombrosamente.

—Por suerte, tengo muy mala puntería —comentó ella, esbozando una sonrisa compungida—. Sólo puedo decirle que lo siento, una vez más. Haga de cuenta de que le estoy pidiendo perdón todo el rato. Perdón, perdón, perdón.

Lysander se encogió de hombros.

—Ya pasó. Estoy vivo. Y usted está aquí. —Levantó la copa—. Aunque no se lo crea, se lo digo en serio. Me alegro de verla.

Ella pareció relajarse, finalmente. Se había producido la expiación.

—Y se acuerda de que me gusta el dubonnet —comentó. Se miraron a los ojos abiertamente.

—Le gusta el dubonnet y no bebe champán.

—Y usted era un actor famoso.

—Actor, sí, ciertamente... Me ha dicho que quería hablarme de algo.

Ella se puso más seria.

—Mi contacto en el consulado me reveló un detalle importante, le obligué a que me revelara un detalle interesante, antes de que lo detuvieran y se lo llevaran. Pagaban dinero a la persona que enviaba las cartas a Glockner. Mucho dinero, que era transferido a Suiza.

—Ya imaginaba que la razón era económica. ¿Hay algún nombre?

—No.

—¿Está segura?

—Sólo me dijo eso. Pero las sumas enviadas son muy elevadas. Ya superan las dos mil libras. Parece mucho para un solo hombre. He pensado... Tal vez se trate de una célula. Tal vez sean dos, o tres...

A Lysander no le sorprendió que se lo confirmara, pero fingió cierta perplejidad. Frunció el ceño, tamborileó con los dedos en la mesa.

—¿Se lo ha comunicado a alguien más?

—Todavía no. Quería comentario antes con usted.

—¿Ni a Massinger?

—Creo que, una vez muerto Glockner, considera que el asunto está zanjado.

—¿Podría reservarse la información durante un tiempo más? A mí me ayudaría.

—Por supuesto. —Volvió a sonreírle—. Encantado de complacerle, como suele



decirse.

Él se apoyó en el respaldo y cruzó las piernas.

—¿Y va a quedarse en Londres?

—No —respondió ella—. Massinger quiere colocarme en Luxemburgo, a contar trenes de tropas. Quiere que me convierta en la amiguita especial de un solitario jefe de estación.

—*La veuve Duchesne*, una vez más.

—Es muy eficaz. Respeto instantáneo. La gente mantiene la distancia. Nadie te molesta cuando estás pasando por ese horrible trance.

—¿Por qué lo hace?

—¿Por qué lo hace usted? —No le dio tiempo a responder—. Massinger me paga muy bien —se limitó a añadir—. Valoro el dinero porque, en cierto momento de mi vida, viví sin él. Sin nada. Y la vida no era fácil... —Dejó la copa en la mesa y se puso a girarla sobre el posavasos. Permanecieron unos instantes en silencio—. ¿Qué le parece Massinger? —le preguntó ella, sin alzar la vista.

—Difícil. Tiene una personalidad difícil.

Ahora sí lo miró a los ojos.

—A mí me cuesta confiar plenamente en él. Cambia de opinión..., mucho.

Lysander se preguntó si aquello era una advertencia sutil. Decidió mostrarse neutral.

—Massinger está preocupado por su trabajo, por su papel. Quieren cerrar Ginebra y Suiza. Concentrarse en Holanda.

—Yo voy a ir a Luxemburgo vía Holanda, creo. Debo reunirme con un hombre llamado Munro.

—Munro se ocupa de Holanda, creo. Existe cierta rivalidad, inevitablemente.

—Podría haberme trasladado a Luxemburgo desde Suiza muy fácilmente. ¿Cree que eso es significativo?

—No lo sé —respondió él con sinceridad. Se le ocurrió que, probablemente, no deberían estar hablando en esos términos, pero sentía que las dudas y sospechas constantes de Florence eran idénticas a las suyas. Uno creía que estaba en posesión de datos clave, de certidumbres, pero éstas desaparecían, dejaban de ser datos clave, certidumbres—. Yo soy como usted. Sigo instrucciones. Intento anticiparme. Ser consciente de los posibles problemas. Intentar no equivocarme. —Sonrió—. En cualquier caso, le deseo suerte. Tengo que irme.

Se puso en pie.

Ella hizo lo mismo, se sacó una tarjeta del bolso y se la entregó.

—Creo que estaré en Londres unos días más. Sería un placer volver a verle. Recuerdo nuestra cena en Ginebra. *Un moment agréable*.

Él leyó la tarjeta, del establecimiento donde se alojaba: hotel Bailey, Gloucester Road. Incluía un número de teléfono.

—La llamaré —dijo, sin saber bien por qué debía ver a Florence Duchesne una

vez más, sin saber siquiera si debía verla.

Pero, por algún motivo, no quería que pareciera que ésa era su separación definitiva, por lo que alimentó la posibilidad de que pudieran encontrarse de nuevo.

Ya en la calle, frente a la puerta del hotel, se despidieron. Ella se iba a conocer un poco Londres; era su primera visita. Se dieron la mano, y Lysander sintió la presión algo excesiva de sus dedos, vio que ella lo miraba fijamente, una vez más. ¿Era eso una advertencia? ¿Debía ser cuidadoso? ¿O era un recordatorio encubierto de que esperaba que la llamara y de que le gustaría volver a verlo? Lysander la vio alejarse, el abrigo de pieles oscilando a izquierda y derecha con cada paso que daba, y especuló sobre distintos futuros a corto plazo, distintos planes de acción, y recordó que una vez había imaginado a Florence Duchesne achispada por el champán, desnuda, riéndose... Ya no parecía tan imposible... Paró un taxi y le pidió al taxista que lo llevara al Anexo.

Sabía que tendría que quedarse a trabajar hasta tarde esa noche. Tremlett, con la ayuda de su carta mágica del jefe del Estado Mayor del Ejército Imperial, había obtenido todos los justificantes de viaje y gastos de Osborne-Way que éste había presentado a la Oficina de Guerra. La condición para que se los facilitaran había sido que sólo podían permanecer fuera del edificio una noche.

Tremlett soltó el pesado cartapacio, que aterrizó sobre el escritorio.

—¿Está en su despacho el capitán Vandebrook? —le preguntó Lysander.

—El capitán Vandebrook se encuentra en Folkestone, señor. Regresa mañana por la mañana.

Eso estaba bien, pensó: Vandebrook actuando normalmente.

—Perfecto —le dijo a Tremlett—. Tráigame el Diario de Guerra y los listados de peticiones de desplazamientos por tierra.

Dedicó las siguientes dos horas a revisar los justificantes de Osborne-Way y a cotejarlos con los movimientos de Vandebrook, pero no halló coincidencias visibles. De hecho, Osborne-Way había estado en Francia como mínimo en dos ocasiones en que Lysander sabía con seguridad que sendas cartas de Glockner habían sido dejadas en hoteles de Sandwich y Deal. Con todo, una cosa saltaba a la vista: Osborne-Way lo había pasado bien en Francia: noches en restaurantes caros en Amiens, un fin de semana en el Hotel Meurice —¿con qué pretexto?—, todo a cargo de la Oficina de Guerra y el contribuyente británico. Asqueado, Lysander se preguntó si tal vez pudiera vengarse de él en la medida de sus posibilidades, conseguir que algún superior reparara en aquellas extravagancias, soltar discretamente aquella información para que...

En ese momento oyó gritos y pasos apresurados en el pasillo, junto a la habitación 205.

Tremlett llamó a la puerta y asomó la cabeza. Llevaba el parche del ojo algo

ladeado.

—Vamos a subir, señor. ¡Se acerca un zepelín!

Lysander descolgó su sobretodo de detrás de la puerta y lo siguió escaleras arriba hasta la azotea del Anexo. Media docena de personas se había concentrado en el área plana que quedaba junto a la sala de máquinas del ascensor y miraba hacia el oeste, donde los largos dedos brillantes de los focos surcaban el cielo nocturno en busca del dirigible. Se oían los disparos lejanos de la artillería antiaérea, y de vez en cuando la explosión de un cohete luminoso sobre sus cabezas.

Lysander contemplaba la ciudad nocturna, unas siete plantas por encima del nivel de la calle. A sus ojos, todo seguía igual que en tiempos de paz: automóviles y omnibuses con los faros encendidos, escaparates iluminados bajo sus toldillos, ristas de farolas que proyectaban su resplandor dorado. Aquí y allí había zonas de penumbra, pero suponía que éstas debían incitar más bien al capitán de aquella aeronave que se encontraba en algún punto de las alturas. ¿Dónde debo soltar mis bombas? ¿Aquí? ¿O ahí?, y como si le hubieran leído el pensamiento, el primer haz de luz se topó con el zepelín, y enseguida se le sumaron otros dos. Lo primero que pensó Lysander fue: «Dios mío, es enorme, gigantesco, y de una belleza serena». Se encontraba a gran altitud, y avanzaba a velocidad constante, no sabía si deprisa o despacio. El estruendo creciente de la artillería camuflaba el ruido de sus motores, y parecía flotar sin ayuda de nada sobre sus cabezas, impulsado sólo por los vientos de la noche.

Otro antiaéreo, más cercano, empezó a disparar. *Pop, pop, pop.*

—Es el de Green Park —le comentó Tremlett al oído, antes de gritar a la oscuridad—: ¡Machacadlos, muchachos!

Se oyeron más vítores de los presentes en el tejado, mientras Lysander no conseguía apartar la vista del zepelín. Debía admitir que lo tenía admirado la belleza letal, majestuosa, de aquella gigantesca máquina voladora, plateada, metida entre el envigado de los tres haces de luz, y que, según parecía, se encontraba prácticamente sobre sus cabezas.

—Se encuentra a dos mil quinientos metros de altura —le instruyó Tremlett—. Por lo menos.

—¿Dónde están nuestros aviones? ¿Por qué no lo abatimos?

—¿Sabe cuánto tarda uno de nuestros aviones en alcanzar los dos mil quinientos metros de altura?

—No, no tengo la menor idea.

—Unos cuarenta minutos. Cuando lleguen, ya se habrá ido. O soltará lastre y ascenderá otros trescientos metros. Para él es pan comido.

—¿Cómo sabes todo esto, Tremlett?

—Mi hermano menor está en la Aviación. Destinado en Hainault. Y siempre me está... ¡Uau! ¡Me cago en...!

Había estallado la primera bomba. No lejos de Embankment; una llamarada

súbita, violenta, seguida de la onda expansiva y del crujido de la explosión.

—¡Eso es en el Strand! —gritó Tremlett—. ¡Joder!

Después se oyeron varias explosiones breves —*Ra-ta-ta*—, que correspondían a la rápida caída sucesiva de otras bombas, según le comentaba Tremlett a voz en cuello.

—¡Van a por los teatros! ¡Eso es Ada! ¡Y eso Drury Lane! ¡Y ahí está Aldwych! ¡Mierda!

Lysander sintió náuseas, ganas de vomitar. Blanche actuaba en el Lyceum, por Dios santo. En Wellington Street esquina Aldwych. Se acercó mucho el reloj de pulsera a la cara. Ahora estaría a punto de iniciarse el entreacto. Alzó la vista y vio que el zepelín viraba lentamente y se dirigía al norte, hacia Lincoln's Inn. Caían más bombas. Desde allí no podían verlas, pero oían las explosiones sordas.

—¡Ahí hay un gran incendio! —exclamó Tremlett—. ¡Mire, le han dado al Lyceum!

Lysander se dio media vuelta y salió corriendo. Atravesó la puerta de la azotea y bajó por la escalera. Salió a Embankment; el estrépito de las campanas de los vehículos de la policía y los bomberos, los silbatos, los gritos, todo descendía por el Strand, y a lo lejos se oía el estallido de las bombas que seguían cayendo. Sin dejar de correr, dejó atrás el hotel Cecil de Carting Lane en dirección al Strand. Desde allí ya veía las llamas, altas como edificios, las fachadas de Aldwych y de Wellington Street teñidas de una luz anaranjada, sobrenatural. Gas, pensó. Ha reventado una tubería de gas. La gente, por el Strand, se dirigía al origen del incendio. Él se abrió paso también, y subió corriendo por Exeter Street. Allí la nube de polvo era densa, y todas las farolas de la calle se habían apagado por efecto de la onda expansiva. Dobló la esquina y vio cristales rotos y ladrillos esparcidos por la calle, y el primer boquete humeante. La tierra misma parecía arder desde sus entrañas. Había tres cuerpos tendidos, acurrucados, en una de las aceras, como tres vagabundos durmiendo al raso. Al final de la calle el fuego se elevaba con violencia, y Lysander siguió corriendo hacia él. Veía que aquello era ya la esquina del Lyceum, y las llamaradas de la tubería de gas superaban los diez metros de altura. Sirenas, gritos, chillidos. Una mujer con vestido de lentejuelas pasó tambaleante por su lado, en plena oscuridad, sollozando, con el brazo derecho convertido en muñón desgarrado, a la altura del hombro. Un hombre con chaqué estaba tendido boca arriba, con los brazos muy separados, sin heridas visibles.

Allí se había desplomado una cornisa, y el camino estaba cortado por un muro de ladrillos de dos metros de altura. Oía chillidos de mujer, y gritos de policías en Wellington Street. «¡Atrás, atrás!». Trepó por los ladrillos, pero resbaló y se golpeó en un codo. Volvió a intentarlo por el norte de Exeter Street, donde al menos pudo adelantar algo más por la otra acera. Los cristales brillaban, pedazos resplandecientes de joyas rojizas: todas las ventanas de la calle se habían hecho añicos. Él pensaba en el Lyceum, en la ubicación de los camerinos; su padre había actuado muchas veces

allí durante los ochenta. Tal vez el bombardeo no hubiera coincidido con el entreacto (Blanche habría estado más segura en el escenario), pero todavía no había tenido ocasión de ver aquella maldita obra, y no tenía la menor idea de dónde podía encontrarse.

Subió por la pared de ladrillos medio ladeada. Al llegar a lo alto, la luz de las llamas hizo que su sombra se proyectara en el edificio delantero, gigantesca, parpadeante, ondulada. El cráter era inmenso, de más de tres metros de profundidad. Había cuerpos y restos de cuerpos esparcidos en él. El *pub* de la esquina, The Bell, estaba en llamas. La gente solía acudir al local durante el entreacto, y la bomba lo había alcanzado cuando estaba más concurrido. Más allá de las llamas, veía que la policía formaba un cordón para mantener alejados del fuego a los transeúntes anonadados y curiosos a un tiempo.

Oyó el ruido de unos ladrillos al desplomarse sobre la calle, un sonido seco, como de huevos rotos, y alzó la vista justo a tiempo de ver un remate de ventana descolgarse y arrastrar consigo media pared. Se apartó al momento, y al hacerla cayó torpemente por el muro inclinado hasta la acera, exhausto. Mientras intentaba recobrar el aliento, veía unas lucecillas delante de sus ojos. Logró ponerse de rodillas y se fijó en la presencia de una figura al otro lado de la calle, inmóvil entre las sombras, que parecía mirarlo fijamente.

—Écheme una mano, por favor —gritó Lysander aturdido.

La figura no se movió. Un hombre con sombrero y el cuello del abrigo levantado; imposible ver más con las farolas apagadas. Estaba de pie en la esquina derecha de Exeter Street, la que daba al Strand, donde había visto los primeros cadáveres.

Lysander se puso en pie, tambaleante, alterado, y la figura permaneció en su lugar, observándolo. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Por qué se limitaba a mirarlo y no hacía nada? De la tubería de gas volvió a desprenderse una llamarada, y durante un instante todo se iluminó. La figura alzó la mano para cubrirse el rostro.

—¡Puedo verle! —gritó Lysander, que en realidad no lo veía, pero que pretendía provocado de algún modo—. ¡Sé quién es! ¡Lo estoy viendo!

La figura se volvió de inmediato y desapareció corriendo tras la esquina.

No tenía sentido salir tras él a darle caza, pensó Lysander, y además debía encontrar a Blanche. Terminó de trepar el montón de ladrillos y al fin alcanzó la puerta trasera del Lyceum. En su interior había un policía que se resguardaba allí.

—¡Los actores! ¡Tengo una amiga que...!

—No puede entrar aquí, señor. Todo el mundo se ha concentrado en el Strand.

Lysander se percató de que no podía seguir por Wellington Street, y comprendió que debía regresar por donde había venido. Subió despacio la pared derruida de ladrillos, y desde lo alto vio que habían negado tres policías y unas ambulancias para hacerse cargo de los muertos. Eso significaba que el paso era seguro. Echó a correr de nuevo, llegó al Strand y dobló al llegar a Aldwych. Allí encontró una multitud creciente. El teatro Strand, que quedaba enfrente, se había vaciado, y las calles

estaban llenas de espectadores vestidos con sus mejores galas, que formaban corrillos, fumaban y conversaban animadamente: pajaritas, plumas, seda, joyas. Miró a su alrededor. ¿Dónde estaban los actores?

—¡Lysander! ¡No me lo puedo creer!

Era Blanche, con una taza de café en una mano y un cigarrillo en la otra. Lleva el abrigo de alguien echado sobre los hombros, a modo de capa.

Al encontrada allí de ese modo, se sintió débil de pronto, desvalido. Se acercó a ella y la besó en la mejilla. Sabía a maquillaje. A la luz parpadeante de la tubería de gas incendiada se veía casi grotesca con su peluca blanca estilo regencia, una loca pintarrajeada con cejas oscuras, arqueadas, lunar y labios encarnados.

—¿Te ha pillado la bomba?

Lysander miró hacia abajo para verse. Estaba cubierto en polvo de ladrillo, tenía el pantalón desgarrado a media pierna, no llevaba sombrero y le sangraba un nudillo.

—No. Estaba trabajando y he visto caer las bombas, y he venido a buscarte. Estaba preocupado.

—Ah, mi Lysander...

Se abrazaron con fuerza, y permanecieron largo rato. El cuerpo de Blanche temblaba y se agitaba violentamente.

—No puedes ir a casa en este estado —le dijo él con voz muy dulce—. Ven a mi casa y te arreglas. Y nos tomamos algo. Está a dos minutos de aquí.

## 14. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Blanche acaba de irse. Son las nueve de la mañana. Ha mandado a alguien a buscar su ropa al Lyceum. Los periódicos dicen que han muerto diecisiete personas en el ataque. «El gran bombardeo en la zona de los teatros». Curiosamente, se lo debo todo al piloto de ese zepelín; he pasado mi primera noche en Trevelyan House 12-3 con Blanche. Blanche. Blanche desnuda, con sus pechos anchos, caídos, sus caderas prominentes, sus muslos largos y finos, como de muchacho, su rostro empolvado de blanco, el lunar, el carmín borrado a besos. Cómo me hundía los dedos en el pelo, me lo estiraba, me sujetaba el rostro suspendido sobre el suyo... Cómo nos hemos mirado sin parpadear, fijamente, cuando yo alcanzaba el clímax. Liberación. Alivio. Verla cruzar la habitación desnuda para buscar mis cigarrillos, ahí de pie, pálida odalisca, encender uno, y después otro para mí.

Pregunta: ¿quién era el hombre que me observaba entre las sombras?

Sólo ahora, *a posteriori*, percibo el impacto, siento los nervios a flor de piel. El zepelín, las bombas, los cadáveres, los chillidos.

Volver a ver a Blanche, estar con ella, me ha hecho olvidar por un momento todo lo demás, incluido ese raro encuentro en Exeter Street, parte de la locura y el horror de la noche. ¿Era alguien que intentaba asustarme? ¿Una advertencia? Vandebrook estaba en Folkestone, en teoría, pero no creo que intentara nunca nada tan autodestructivo, tan en contra de su propio interés. Yo soy su única esperanza.

Estoy aquí sentado y revivo la fracción de segundo en que lo he visto alejarse corriendo. ¿Por qué me viene a la mente Fyfe-Miller? ¿Qué me lleva a pensar eso? No, sin duda se trata de una confusión de identidad. Pero al menos de algo no hay duda: había alguien esperándome junto al Anexo, me vio salir corriendo y me siguió mientras caían las bombas...

Esta noche, mientras estábamos abrazados, hemos conversado.

YO: Todavía conservo el anillo, tu anillo...

BLANCHE: ¿Qué intentas decirme, mi cielo?

YO: Que, ya sabes, tal vez nunca deberíamos haber roto nuestro compromiso. Supongo.

BLANCHE: ¿Debo considerar eso una especie de nueva declaración?

YO: Sí. Di que sí, por favor. Soy un perfecto idiota. Te he echado de menos, amor mío. He vivido en una nube, en coma.

Después nos hemos besado. Después me he levantado y he ido a buscar el anillo, que tenía en un bolsillo de la chaqueta.

YO: Lo llevo siempre conmigo. Un amuleto de la suerte.

BLANCHE: ¿Y te ha hecho falta la suerte desde que nos separamos?

YO: No tengo ni idea. Algún día te lo contaré. Oh, tal vez debería preguntártelo. ¿Qué hay de Ashburnham?

BLANCHE: Ashburnham no existe. Lo he desterrado de mi presencia.

YO: Me alegro mucho de oírlo. Pero tenía que preguntarlo.

BLANCHE (*poniéndose el anillo*): Mira, todavía me cabe. Un buen presagio.

YO: ¿Y no te importa convertirte en la señora de Lysander Rief? ¿Dejar de ser la señorita Blanche Blondel?

BLANCHE: Suena mejor que mi nombre verdadero. En realidad me llamo (*impostando un acento de Yorkshire*) Agnes Bleathby.

YO (*con acento de Yorkshire*): Siempre se aprende algo nuevo. Agnes, guapa. Por qué no.

BLANCHE: Estamos siempre actuando, ¿verdad? Casi siempre. Todos y cada uno de nosotros.

YO: Pero ahora, no. Yo, no.

BLANCHE: Yo, tampoco. (*Besando al que vuelve a ser su prometido*): Aun así, qué suerte que algunos de nosotros todavía podamos ganarnos la vida haciéndolo. Tú, ven aquí.

He redactado un borrador de telegrama. Pararé en una oficina de telégrafos camino del Anexo. Ahora todo ha cambiado.

QUERIDA VENORA MALAS NOTICIAS STOP TU TÍA INDISPUESTA SUGIERE POSPONER TU VIAJE A LONDRES. STOP. ANDRÓMEDA.

A medio penique la palabra; son, probablemente, mis siete peniques mejor gastados.



## 15. UNA DOCENA DE OSTRAS Y UNA PINTA DE «HOCK»

Lysander cronometró el trayecto desde Trevelyan House hasta el Anexo y descubrió que, a buen paso, le llevaba poco más de cinco minutos. Le alegró pensar en la economía de tiempo y dinero que dicha proximidad le proporcionaría, pero inmediatamente cayó en la cuenta de que sus días en el Anexo tenían que estar, forzosamente, a punto de terminar. Las cosas se estaban precipitando, y deprisa. Con todo, todavía le quedaba un truco por representar.

Ya había llegado a Embankment, había dejado atrás la Aguja de Cleopatra, y estaba a punto de cruzar la calle para entrar en el Anexo, cuando vio a Munro que venía hacia él. Demasiados encuentros casuales, pensó. Primero Fyfe-Miller, ahora Munro. En Whitehall Court la angustia debía de ser creciente.

—Bueno, bueno, qué coincidencia.

—El cinismo no encaja bien con su naturaleza abierta y amigable, Rief. ¿Tomamos un café antes de dar inicio a nuestras fatigas diarias?

Había un puesto que servía bebidas calientes bajo el puente del Ferrocarril de Charing Cross. Munro pidió dos tazas y Lysander encendió un cigarrillo.

—Menudo ataque aéreo el de anoche —comentó Munro.

—¿Por qué no somos capaces de abatir algo tan grande? No lo entiendo. Es inmenso. Y está ahí arriba, en el cielo, iluminado.

—Sólo hay un arma antiaérea en Londres con un alcance de tres mil metros. Y es francesa.

—¿Y no podríamos tomar prestada alguna otra? Los zepelines volverán, ¿no cree?

—Que se preocupen otros de eso, Rief. Nosotros ya tenemos bastante con lo nuestro. De hecho, probaré uno de sus pitillos.

Lysander le ofreció uno, que se encendió él mismo, y se pasó casi un minuto quitándose las hebras de la lengua. Munro no era, en realidad, un fumador experimentado; fumaba más por afectación que por placer.

—¿Cómo le va? —le preguntó, finalmente.

—Lento pero seguro...

—Ése es el que gana la carrera, ¿verdad? Pero no vaya demasiado lento. ¿Algún sospechoso?

—Varios. Pero mejor no señalar a ninguno todavía. Por si me equivoco.

Vio que Munro apretaba mucho las mandíbulas.

—No espere que vayamos a tolerar siempre toda esa cautela, Lysander. Usted está aquí para hacer un trabajo, no para pasarse el día sentado afilando lapiceros. De modo que hágalo.

Lysander se daba cuenta de que, por algún motivo, Munro se había enfadado

mucho, repentinamente. No le había pasado por alto el uso paternalista de su nombre de pila.

—No le estoy pidiendo su condescendencia —dijo él, intentando mostrarse sereno—. Tengo que intentar que estas pesquisas parezcan todo lo aburridas y rutinarias que puedan ser. No creo que le gustara que alguien se asustase por mi culpa, ni que por ganar un día o dos le presentase a alguien que no es.

Mientras pensaba en ello, Munro parecía recobrar por momentos su habitual pose de condescendencia mal disimulada.

—Sí..., bueno... Sé que mandó que le trajeran los justificantes de Osborne-Way de la Oficina de Guerra.

—Sí —respondió Lysander, ocultando su sorpresa. ¿Cómo lo sabía Munro? De inmediato se le ocurrió una respuesta. Tremlett, claro. Él era los ojos y los oídos de Munro en el Directorio. El «ojo» y los oídos, para ser más exacto. A partir de ahora tendría más en cuenta que la lealtad de Tremlett estaba dividida—. Osborne-Way puede tener acceso, en teoría, a todo lo que figuraba en las cartas de Glockner, es...

—No tenía ningún derecho.

—Sí lo tenía.

—Andrómeda no es Osborne-Way.

—No podemos confiarnos, ni dar por sentada ninguna presuposición.

Vio que Munro volvía a encolerizarse. ¿Por qué estaba tan irritable e impaciente? Decidió cambiar de tema.

—Vi a Florence Duchesne el otro día.

—Lo sé.

—¿Sigue en Londres?

—Me temo que se ha ido.

—Ah. Bueno. Me habría gustado volver a verla.

Lysander se sintió invadido por una tristeza breve pero aguda al saberlo; tal vez algo se había perdido entre ellos. No sabía por qué, pero la veía como su única aliada verdadera: parecían entenderse bien; los dos cumplían órdenes de unos superiores a los que no conocían y que no eran capaces de identificar; alguien movía los hilos de los dos, aquello era lo que los unía... Miró a Munro, que daba chupadas a su cigarrillo como una niña. Y se convenció de que, en aquellas circunstancias, un ataque era la mejor defensa.

—¿Me lo está contando todo, Munro? A veces me pregunto... ¿qué es lo que está pasando aquí en realidad?

—Usted límitese a encontrar a Andrómeda, y deprisa.

Dejó unas monedas sobre el mostrador, le dedicó una sonrisa impenetrable, y se alejó.

Mientras Lysander regresaba al Anexo, un plan iba formándose en su mente y, despacio, adoptaba forma. Si Munro quería acción, él se la daría.

Tremlett ya lo esperaba frente a la oficina 205, y parecía más alegre que de

costumbre.

—¿Una tacita de té, señor? ¿Que reconforte un poco las entretelas de su corazón?

Pero ahora Lysander desconfiaba de él, no sabía qué podía haber deducido de su viaje a los hoteles de la costa sur. Pensándolo bien, parecía improbable que hubiera relacionado nada sobre Yandenbrook: él no le había contado qué estaba haciendo, y en todo momento le había pedido que esperara fuera. Pero no era tonto. ¿Habría comunicado los detalles de su viaje a Munro, en cualquier caso? Probablemente, por más que no hubiera sido capaz de explicados. ¿Era ésa la razón por la que él y Fyfe-Miller se mostraban tan inquietos? ¿Tenían la sensación de que se les estaba adelantando, de que estaba desenterrando datos de los que ellos no tenían la menor idea?... Las preguntas sin respuesta se acumulaban, y Lysander sentía que se hundía una vez más en las arenas movedizas de la incertidumbre. Abrió un cajón de su escritorio y extrajo un talonario prepagado de telegramas por redactar. Ahora mismo les daría algo en lo que pensar.

Descolgó el teléfono y marcó la extensión de Tremlett.

—Sí, señor.

—¿Ha regresado ya el capitán Vandenbrook de Folkestone?

—Creo que sí, señor.

—¿Podría pedirle que se pasara por mi despacho?

Lysander se invitó a sí mismo a un almuerzo en la ostería Max's de Dean Street, en el Soho. Pidió una docena de ostras y una pinta de hock, y dejó que sus pensamientos regresaran plácidamente a Blanche y a la noche que habían pasado juntos. Se veía alta, casi aparatosa bajo las sábanas, sábanas que extendieron ellos mismos y remetieron bajo el colchón, en una especie de frenesí, tras sacarlas de los baúles que el porteador había trasladado hasta allí aquella misma mañana, era todo rodillas y codos, esbelta y huesuda. Sus pechos planos y anchos, de pezones oscuros. Era evidente que había tenido muchos amantes antes que él. Su manera de sostenerle la cabeza, de agarrarle el pelo y cerrar los puños para que no se moviera... ¿De dónde, o de quién, había aprendido ese truco? No lamentaba haberle pedido, espontáneamente, que volviera a aceptar su anillo, aunque mientras vaciaba las ostras se preguntaba si se habría precipitado, si se había alegrado en exceso, aliviado en exceso, al descubrir que su viejo «problema» no había vuelto a presentarse con ella. No, le había ido tan bien como con Hettie. Hettie, tan distinta. Aunque con Blanche no había sensación de peligro, era más una especie de rigor. Agnes Bleathby refrescante, directa. Lo de Hettie había acabado, claro. Y estaba bien que así fuera, porque ella lo había engañado asombrosamente, lo había traicionado al instante y sin el menor reparo, para salvarse ella, a pesar de ser la madre de su hijo. Él sabía que, a Hettie Bull, Lothar le importaba muy poco, o nada. Y más aún, él, padre natural de Lothar, no representaba ningún papel en su vida a menos que pudiera resultarle útil

para sus propósitos egoístas: su boda con Jago Lasry era el ejemplo perfecto. No, Blanche siempre había sido su chica. Ella lo había invitado a cenar en su casita de Knightsbridge; habían cancelado las representaciones teatrales hasta que se repararan los desperfectos en el Lyceum. Lysander sonrió al imaginar a Blanche preparándole la cena cuando él regresara de la oficina: ¿un pequeño anticipo de su felicidad doméstica? Por primera vez en muchos meses, sintió que lo invadía ese calorcillo que nace de la seguridad. Bienestar: qué sensación tan poco frecuente, era lógico que la gente la valorara tanto. Pidió otra ración de ostras y otra pinta de hock.

Regresó al Anexo de buen humor. Tenía un plan de acción que seguir, y Munro obtendría pronto su respuesta, aunque no le gustara nada. Vandebrook estaba colocado y dispuesto. Pero, al llegar a su despacho, volvió a encontrarse a Tremlett junto a la puerta, muy agitado.

—Ah, está aquí, señor. Empezaba a pensar que ya no volvía.

—No, Tremlett. ¿Qué ocurre?

—Hay un hombre abajo que insiste en vedo. Dice que es su tío. Un tal comandante Rief.

—Dice porque lo es. Hágalo subir de inmediato. Y tráiganos café.

Lysander se dejó caer sobre la silla, consciente de que tenía la cabeza algo embotada por la cerveza, pero alegrándose de estar a punto de ver a Hamo. Su tío no solía visitar la ciudad («Londres me aterroriza», decía siempre), por lo que aquella era una ocasión especial.

Tremlett acompañó a Hamo hasta la puerta, y en cuanto lo vio Lysander supo que sucedía algo grave.

—¿Qué ocurre, Hamo? No le pasa nada a Femi, ¿verdad? Los combates en África Occidental habían terminado, que él supiera; se habían desplazado a la costa oriental.

Hamo tenía el rostro desencajado.

—Prepárate para la peor de las noticias, mi niño...

—¿Qué sucede?

—Tu madre ha muerto.

## 16. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

Existe el mito de que la muerte por ahogamiento es la mejor de todas las muertes a nuestro alcance como seres humanos entre los centenares que existen; que, cuando uno se ahoga, la muerte le llega juntamente con un momento de pura excitación. Me aferraré a esa idea, pero la parte racional de mi cerebro se pregunta quién proporciona esos testimonios. ¿Dónde están las pruebas?

En cualquier caso, cuando contemplé el cuerpo de mi madre en la funeraria de Eastbourne sí parecía serena y tranquila. Más pálida que de costumbre, con un levísimo atisbo de azul en los labios, los ojos cerrados, como si estuviera adormilada. Le besé la frente fría, y sentí un dolor en las entrañas al recordar la última vez que había hecho lo mismo, mientras estrechaba su cuerpo cálido entre mis brazos. «No permitiré que todo esto te arrastre».

Hamo me dice que hay una carta sin abrir en Claverleigh esperándome, pero no me hace falta leerla para saber que contiene su confesión. Hamo, en su bondad, bendito sea, ha sugerido la teoría de que tal vez se haya tratado de un espantoso accidente: un resbalón, una caída, una pérdida de conocimiento. Pero yo le he dicho que estaba convencido de que era suicidio y de que la carta no haría más que confirmarlo. El cuerpo sin vida lo encontraron al alba, entre los guijarros de la playa de Eastbourne, depositado allí por la marea al retirarse; ese hombre proverbial que saca a pasear al perro con las primeras luces del día. Estaba totalmente vestida, no llevaba joyas y le faltaba un zapato.

De pronto me descubro recordando algo que en una ocasión me dijo Wolfram Rozman (parece que han transcurrido siglos, en aquel mundo imposible, inimaginable, anterior al inicio de la guerra, antes de que las vidas de todos cambiaran para siempre) cuando yo le pregunté qué habría hecho si el tribunal lo hubiera considerado culpable, y él respondió sin inmutarse que se habría dado muerte, por supuesto. Ha regresado a mi mente sin esfuerzo, y lo he visto ahí de pie, con su traje color caramelo, oscilando ligeramente, algo achispado por efecto del champán de la celebración, diciéndome, absolutamente en serio: «En este tambaleante imperio nuestro, el suicidio es una salida perfectamente razonable». Wolfram..., ¿era sólo una bravuconada, la frase lúcida de un húsar nato? Recuerdo que no, que lo dijo esbozando una sonrisa, pero como consecuencia de una lógica absoluta y rígida. Una vez entienda eso, nos entenderá a nosotros. Es algo que llevamos en lo más hondo de nuestro ser: *Selbstmord*, quitarse la vida. Se trata de una despedida honrosa de este mundo. Mi madre se ha despedido honrosamente. Basta.

Hugh y la familia Faulkner están profundamente afectados. Yo siento que mi tristeza corre paralela, en mí, a una indignación fría, pausada. Mi madre es tan víctima inocente de todo este asunto de Andrómeda como lo son aquellos dos hombres a los que maté en la zanja una noche de junio en tierra de nadie, en el norte de Francia. La cadena causal los alcanzó y se los cobró, lo mismo que ha hecho con

Anna Faulkner.

Querido Lysander:

No permitiré que yo, ni mi estupidez, te perjudiquen o te pongan en peligro en modo alguno. Deberías comprender que lo que estoy a punto de hacer me parece un acto enteramente razonable. Son pocas las cosas que lamento al abandonar este mundo, pero todas ellas se ven compensadas con creces por los beneficios que mi no-ser propiciará. Piensa en ello en estos términos, mi amor. Yo ya no estoy aquí, eso es todo. Ese hecho, ese estado, iba a llegar en algún momento y, por tanto, siempre me ha parecido que cualquier día era tan bueno como otro. Ya siento un gran alivio por haber tomado la decisión. Ahora eres libre de avanzar con todas tus fuerzas y confianza, sin tener que preocuparte por tu insensata madre. No puedes imaginar lo disgustada que me quedé después de nuestra última conversación, al ver lo dispuesto que estabas a ponerte en peligro, a emprender una vía de acción claramente equivocada sólo para salvarme. Estabas dispuesto a sacrificarte a ti mismo por mí, y eso no podía permitirlo, no podría haber vivido con esa responsabilidad. Lo que estoy a punto de hacer no es ningún sacrificio, debes entender que para alguien como yo, es el acto más normal en un mundo cuerdo y racional.

Adiós, amor mío. Mantenme viva en tus pensamientos todos los días.

*Tu madre que te quiere.*

Imágenes. Mi madre. Mi padre. Cómo lloraba en su funeral, lágrimas sin fin. El sórdido piso de Paddington. Claverleigh. Su belleza. Su voz cantando, su voz cálida, aterciopelada. Aquella horrible tarde soleada en el bosque de Claverleigh. Las comidas, cuando, al hablar, golpeaba sin darse cuenta el plato con las puntas del tenedor para hacer hincapié en algo. La noche en que vi a mi padre besarla en el salón, cuando me creían dormido. Su manera de reírse cuando me vieron entrar, indignado. El camafeo que llevaba al cuello con la letra «H» grabada en el ónice negro. Su manera de fumar, de mostrar el cuello tan pálido cuando levantaba la barbilla para soltar el humo. La confianza con la que entraba en cualquier habitación, como si saliera a escena. ¿Qué otra cosa podría haber sido yo con los padres que he tenido? ¿Cómo puedo vengarla mejor?

Acabo de ver al doctor Bensimon, hace dos horas. Le he telefoneado nada más regresar de Eastbourne.

—Me gustaría poder decir que me ha costado mucho encontrarle un hueco avisándome con tan poca antelación —me ha comentado—. Pero es usted mi único paciente hoy.

Me he tendido en el diván y le he contado directamente, sin preámbulos, que mi madre se había suicidado.

—Dios mío. Lo lamento mucho —me ha dicho él, y tras una pausa, ha añadido—: ¿Qué siente? ¿Se siente culpable?

—No —le he respondido al momento—. En cierto modo, querría sentirme culpable, pero la respeto demasiado para ello. ¿Le parece que tiene algún sentido lo que le digo? Era algo que ella pensó y decidió hacer. Con fría lógica. Y supongo que tenía todo el derecho a hacerlo.

—Eso es muy bien —dijo Bensimon, y al momento se disculpó—. No pretendo ser irrespetuoso. Me refiero a escoger esa opción. No tiene usted idea de cuántos de mis pacientes hicieron lo mismo: no por un impulso, sino tras meditarlo mucho. Producto de un pensamiento sosegado y racional. ¿Tiene alguna idea de lo que la llevó a hacerla?

—Sí, creo. Está relacionado con lo que estoy haciendo yo... —He reformulado la frase—. Tiene que ver con esta guerra y con el trabajo que yo estoy llevando a cabo.

—¿Quiere hablar de ella?

—De hecho, no. Lo que quiero es preguntarle algo. Sobre otra persona. ¿Recuerda el primer día que nos vimos, en Viena, en su consulta?

—El día en que la señorita Bull se mostró tan insistente. Sí. Esas cosas no se olvidan así como así.

—Había otro inglés presente. De la embajada. Un agregado militar..., Alwyn Munro.

—Sí, Munro. Lo conocía bastante bien. Habíamos ido juntos a la universidad.

—¿En serio? ¿Alguna vez le preguntó algo sobre mí?

—Eso no puedo respondérselo —me ha dicho, disculpándose—. Lo siento.

He vuelto la cabeza y he mirado a Bensimon, que estaba sentado tras su escritorio, los dedos entrelazados formando un tejadillo y apoyados en la frente.

—¿Porque no lo recuerda?

—No. Porque era paciente mío.

—¿Paciente? —La revelación me ha dejado atónito. Me he incorporado y he cambiado de posición para poder verlo—. ¿Qué le ocurre?

—Evidentemente, a eso tampoco puedo responder. Digamos que el capitán Munro tiene problemas graves de naturaleza personal. No puedo especificar más.

Estoy sentado en el apartamento de Trevelyan House 12-3, con una botella de *whisky* y un sándwich de queso y pepinillo que he comprado en el *pub* de la esquina de Surrey Street. He telefoneado a Blanche para contarle lo sucedido, y se ha mostrado cariñosísima y comprensiva, y me ha invitado a quedarme en su casa. Le he dicho que ese día llegaría pronto, pero que por ahora necesitaba estar solo. Ya a abrirse una investigación, por supuesto, de modo que no podemos enterrarla, a mi madre. Annaliese. Quiero llorar, pero sólo siento este peso dentro de mí, una carga de resentimiento, una ira creciente al pensar que se vio sin más opción que hacer lo que

hizo. Quitarse las joyas y entrar en el mar hasta que las aguas la engulleron.



## 17. UN TÉ Y UN LICOR MEDICINAL

El día siguiente pasó despacio, muy despacio, o eso le pareció a Lysander, como si el tiempo respondiera a su propio estado de ánimo. Intentaba pasar la mayor parte del tiempo solo, sin salir de la oficina 205, con la puerta cerrada. A mediodía envió a Tremlett a que le comprara unos hojaldres salados en un establecimiento del Strand. Revisó una y otra vez los planes que se había marcado para aquella noche. Intentaba convencerse de que el ejercicio sería significativo, posiblemente revelador. Como mínimo acabaría sabiendo más, estaría un paso más cerca, tal vez.

A media tarde, Tremlett lo llamó por teléfono.

—Lo llaman del hotel White Palace, señor.

—Ya no me alojo ahí.

—Dicen que su esposa está enferma.

—No estoy casado, Tremlett. Evidentemente es una confusión.

—Insisten mucho, señor. Al parecer ha tenido un ataque y se ha desmayado.

—Está bien, pásame la llamada.

Esperó, mientras oía el crepitar y el zumbido de las conexiones, y entonces el director del hotel se puso al aparato.

—La señora Rief se encuentra en un estado... muy agitado.

—Disculpe, pero no hay tal «señora Rief» —respondió Lysander. Pero entonces cayó en la cuenta—. Hablaré con ella.

Oyó que soltaban el auricular, y pasos que se acercaban.

—Hola, Hettie —dijo.

—Te has mudado —lo acusó ella, enfurecida—. No se me ha ocurrido otra manera de localizarte.

—Estaré ahí en diez minutos.

Tomó un taxi en Pimlico y la encontró en la sala de huéspedes del White Palace tomándose un té y un licor medicinal. Cerró la puerta con llave para que no los interrumpieran, pero ella se tomó el gesto como una invitación a la intimidad, y lo besó. Él la apartó suavemente, y ella volvió a sentarse en el sofá, enfurruñada.

—Dispongo de tres días enteros —dijo—. Jago cree que he ido de excursión a la isla de Wight a tomar apuntes del natural. Me pareció que si le decía que me iba a una isla, se quedaría más convencido.

—No puedo verte, Hettie —le interrumpió él—. Estamos desbordados. Trabajo día y noche. Por eso te envié el telegrama.

Ella frunció el ceño, dobló las piernas y se sentó sobre las rodillas. Empezó a darse golpecitos con los dedos en la mandíbula, uno, dos, tres, como si mentalmente estuviera pronunciando una cuenta atrás. Después lo señaló con ese mismo dedo.

—Hay otra —dijo finalmente—. Tengo razón, ¿verdad?

—No... Sí.

—Eres un cerdo, Lysander. Un cerdo y un cabrón.

—Hettie. Vas y te casas con otro. Tenemos un hijo pero ni te molestas en decírmelo.

—Eso es distinto.

—Explícame por qué, te lo ruego.

—¿Qué me has hecho, Lysander?

—Espera un momento. ¿Quieres que te refresque la memoria sobre lo que pasó en Viena en 1913? Me metieron en la cárcel por tus malditas mentiras. ¿Cómo te atreves?

—Te estaba ayudando. Al principio tal vez no, pero después sí.

—¿De qué hablas?

—Aquellos hombres me convencieron para que cambiara la denuncia de violación y pudieras salir bajo fianza. Udo se puso furioso, casi me echó...

—¿Qué hombres?

—Aquellos dos de la embajada. Los agregados. No recuerdo sus nombres.

—Munro y Fyfe-Miller.

—Si tú lo dices...

La mente de Lysander empezaba a pensar muy deprisa.

—Nos reunimos varias veces. Ellos me dijeron lo que debía hacer, retirar los cargos y cambiarlos por otros. Y me dieron el dinero cuando se lo pedí. Cuando huiste, ellos me fueron de gran ayuda, se ofrecieron a llevarme a Suiza. Pero yo decidí quedarme... por Lothar. —Lo miró con ira, como si de algún modo él fuera el responsable de todo aquel desastre—. Me preguntaron muchas cosas sobre ti. Querían saber, y yo los ayudaba, eso sí lo admito. Les conté un montón de casitas sobre ti, señor Lysander Rief.

¿Volvía a mentirle otra vez? ¿Era pura exhibición? Sentía que la confusión lo invadía de nuevo. Levantó la copa de licor de Hettie y la apuró. Primero descubría que Munro había sido paciente de Bensimon, y ahora parecía existir cierta relación entre él, Fyfe-Miller y Hettie. Intentaba comprender qué conexiones y consecuencias podían haberse dado, pero todo le resultaba demasiado desconcertante. ¿Qué había ocurrido en realidad en Viena en 1914? Se sentía muy incómodo.

Hettie se levantó de un salto, se acercó a él, se sentó en su regazo, le rodeó el cuello con los brazos, le besó, unos besos cortos, apretados, en la cara, mientras le rozaba el brazo con los pechos.

—Sé cómo eres, Lysander. Piensa en lo mucho que podríamos divertirnos. Tres días enteros. Compremos mucha comida y bebida, y no salimos de aquí. Podemos desnudarnos... Le palpó la entrepierna.

—No, Hettie, por favor. —Se levantó, quitándose la del regazo sin problemas. Era tan menuda, pesaba tan poco...—. Estoy prometido y voy a casarme. Se terminó. No deberías haber venido. Te dije explícitamente que no vinieras. La culpa es sólo tuya.

—Eres un cabrón —dijo ella con lágrimas en los ojos—. Un cabrón despiadado. —Siguió insultándolo, cada vez en voz más alta, mientras él se ponía el abrigo y

recogía el sombrero. Salió de la sala sin volverse a mirar. En realidad, no le importaba que lo insultara de ese modo, pero lo último que le oyó gritar fue: «¡Y nunca en tu vida verás a Lothar!».

El New London Theatre of Varieties, junto a Cambridge Circus, era un lugar totalmente nuevo para Lysander. Él no habría actuado allí, puesto que se trataba sobre todo de una sala dedicada a variedades y vodevil, aunque especializado en «ballets, obras francesas y piezas de sociedad». En la guía teatral que había consultado (no estaba interesado en el programa, sino en las instalaciones), había leído que «los turistas descubrirán que el público forma parte del entretenimiento». Sabía bien que aquello, traducido, significaba que «las prostitutas frecuentan los bares del vestíbulo». El New London era un tipo de teatro victoriano, ya obsoleto, en el que el público podía entrar a beber en sus bares sin tener que pagar por ver el espectáculo. La idea, originalmente, era complementar los ingresos, pero el sistema, claro está, atraía a otra clientela. Lysander recordaba que algunos actores viejos, conocidos suyos, hablaban con nostalgia de los precios y la calidad de las mujeres de la calle; cuanto más se subía en el teatro, desde los puestos de la entrada a los bares de la platea, el anfiteatro, los palcos de la primera planta, más baratas eran las chicas. Había otros caballeros más distinguidos que también frecuentaban aquellos bares, porque les proporcionaban el camuflaje perfecto: allí contaban con todo el tiempo del mundo para inspeccionar y escoger mientras, teóricamente, se dedicaban a un pasatiempo inocente: ir al teatro. Qué cultural y educativo.

El espectáculo ya había empezado cuando Lysander ocupó discretamente su butaca. Un «ballet» de muchachas francesas acompañadas de un peluquero, por lo que veía.

—Siento llegar tarde —le dijo a Vandebrook, volviéndose ligeramente para verlo mejor. Llevaba traje, el pelo engominado y muy pegado al cráneo, con raya en medio, y no se había levantado las puntas del bigote. Su aspecto ya era muy distinto del que hasta entonces adoptaba para presentarse ante el mundo: se veía más débil y mucho menos atractivo.

—¿Tiene las gafas?

Vandebrook las sacó del bolsillo y se las puso.

—Perfecto. Déjeselas puestas.

Se trataba de unos lentes sencillos, de vidrios sin graduar y montura de alambre, que había conseguido en una tienda de vestuario teatral de Drury Lane. Las bailarinas seguían evolucionando por el escenario, y Lysander repasó su plan una vez más, para asegurarse de que Vandebrook comprendiera exactamente qué debía hacer. No había necesidad de susurrar, ni siquiera de bajar la voz, porque el rumor de las conversaciones era incesante, y los espectadores no dejaban de levantarse de sus asientos para dirigirse a los bares y a las barras que circundaban los palcos. A

Lysander no le pasó por alto que muchos de ellos eran soldados y marineros de uniforme. Casi todo el mundo parecía estar fumando, por lo que ofreció a Vandebrook un cigarrillo, y los dos lo encendieron al tiempo que las bailarinas ponían punto final a su actuación y daba inicio el número cómico.

Cuando bajó el telón, el maestro de ceremonias les recordó que el punto culminante en la segunda parte del programa de aquella soirée iba a protagonizado el «célebre actor de West End». Trelawny Melhuish, que recitaría soliloquios de *Hamlet, príncipe de Dinamarca*. Lysander y Vandebrook enfilaron el pasillo del patio de butacas y se dirigieron al bar de los palcos. «Ser o no ser», pensó Lysander.

—Aquí nos separamos —dijo al llegar a los cortinajes que hacían las veces de puerta, y que los separaban de la entrada.

El vestíbulo de la zona de palcos era un pasillo ancho, en curva, de techo bajo, tenuemente iluminado por unos apliques de gas, atestado de gente que entraba desde la calle y también de todos los que salían del teatro. Lysander se abrió camino hacia la barra central, situada frente a las escaleras que ascendían desde la entrada. De pie, algo más atrás, vestidos con ropa civil, tal como él había especificado en los telegramas que les había enviado, se encontraban los integrantes de aquel trío silencioso formado por Munro, Fyfe-Miller y Massinger. Se volvió para asegurarse de que Vandebrook no se hubiera acercado demasiado a él, pero no lo vio entre la multitud. Bien.

Se aproximó a los tres hombres y los rodeó por detrás. Todos parecían incómodos, fuera de lugar rodeados de aquella multitud estridente, bebedora, enrojecida. Mejor para él.

—Caballeros —dijo, apareciendo de pronto ante ellos—. Gracias por venir.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Rief? ¿Qué clase de mamarrachada es ésta? —masculló Massinger.

—Debía asegurarme de que no me siguieran —respondió—. No me fío de nadie en el Directorio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Munro, posando la vista en los rostros de la multitud—. ¿A qué juega, Rief? ¿Qué es eso tan urgente como para traernos hasta aquí?

—He encontrado a Andrómeda —respondió Lysander, consiguiendo al momento la atención de los tres.

—¿Ah, sí? —terció Fyfe-Miller con escepticismo impropio, pensó Lysander.

Por encima de su hombro veía que Vandebrook se encontraba cada vez más cerca. Su disfraz era excelente: Vandebrook parecía un tímido contable que había llegado a la ciudad en busca de pecado.

—Sí —aseguró Lysander. Debía alargar un poco más aquella situación, dar a Vandebrook todo el tiempo posible—. Y se trata de un pez bastante gordo.

—No es Osborne-Way, no nos haga perder el tiempo.

—Se trata de su número dos, Mansfield Keogh.

Los tres se miraron. Sabían bien quién era Keogh.

—Mansfield Keogh —repitió Massinger—. Dios santo.

—Sí, Keogh —dijo Lysander, viendo sólo a medias que Vandebrook se aproximaba más—. Todo encaja. Los viajes a Francia coinciden. Sólo él tenía acceso a toda la información de las cartas de Glockner.

—Pero ¿por qué habría de hacerlo? —Munro no parecía convencido.

—¿Por qué lo haría cualquiera? —dijo Lysander, observándolos fijamente—. Existen tres razones por las que alguien traiciona a su país: venganza, dinero... —Hizo una pausa—... chantaje.

—Tonterías —soltó Massinger. Munro y Fyfe-Miller permanecían en silencio.

—Piénsenlo un poco —insistió Lysander.

—¿Y cómo encaja Keogh en cualquiera de esas tres categorías? —preguntó Fyfe-Miller, frunciendo el ceño.

—Su esposa falleció recientemente, murió muy joven, y tal vez eso le ha hecho perder algo la cordura —respondió Lysander—. Pero en realidad no lo sé. Yo sólo me he dedicado a buscar pruebas, no a investigar los motivos.

—En cualquier caso, ya se lo preguntaremos cuando lo detengamos —comentó Munro, sonriendo fugazmente—. Mañana... o tal vez esta noche.

Todos callaron, planteándose las implicaciones de la situación.

—Así pues... Keogh es Andrómeda —dijo Massinger, casi para sus adentros.

—Buen trabajo, Rief —comentó Munro—. Ha tardado un poco, pero finalmente lo ha conseguido. Seguiremos en contacto. Siga acudiendo a su puesto en el Anexo como de costumbre.

—Sí, buena cacería, Rief —añadió Fyfe-Miller, esbozando, él sí, una sonrisa de oreja a oreja—. Ya suponíamos que lograría desenmascarar a ese hombre. Bravo.

Entonces sonaron varias campanadas seguidas, que anunciaban que la segunda parte del programa iba a comenzar. La gente empezó a entrar en la sala y, por primera vez, Lysander se dio cuenta de la presencia, junto a ellos, de una mujer pintada.

—Yo los dejo aquí, señores —dijo, sonriendo—. Voy a ver el resto del espectáculo. Es mejor que salgan de uno en uno.

Dio media vuelta y se alejó, alegrándose de no ver a Vandebrook.

—Buenas noches, señor —le dijo una de las señoritas, sonriéndole—. ¿Hace algo al salir?

Se volvió y vio que Massinger abandonaba el teatro. Fyfe-Miller y Munro conversaban atropelladamente, las cabezas muy juntas. «Les concedo veinticuatro horas», pensó Lysander, satisfecho con el resultado del encuentro. Algo iba a suceder.

Vandebrook ya se encontraba en su asiento, fumando, esperando a que se alzara el telón.

Lysander se sentó a su lado y le alargó una de las dos pintas de cerveza que sostenía. La otra se la quedó él.

—Lo ha hecho muy bien —le dijo—. ¿Le gusta esta cerveza? Yo me aficioné bastante a ella en Viena.

—Gracias.

Parecía algo apagado, y dio un sorbo a la espuma del borde.

—¿Y bien?

—No he reconocido a ninguno de los tres. Sólo al tipo de la solapa recortada. No sé de qué, pero me resultaba familiar.

—¿Massinger?

—Creo que puedo haberlo visto antes. De mis días en la Oficina de Guerra. ¿Pertenece al Ejército de Tierra?

—Sí. De modo que es plausible que sepa quién es usted.

—Posiblemente. Me ha parecido conocido.

Lysander pensó que eso no era prueba de nada. La orquesta, en el foso, empezó a tocar una marcha militar, se levantó el telón y tras él apareció un coro de chicas ataviadas con corsés y braguitas color caqui, armadas con rifles de madera. Vítores, gritos y silbidos del público. Era eso lo que habían ido a ver, y no al señor Trelawny Melhuish recitando soliloquios.

—De modo que Massinger podría ser Andrómeda —apuntó Lysander.

—¿Andrómeda? ¿Eso qué es?

—Es el nombre en clave que le dimos a usted. Cuando iniciamos la búsqueda.

—Ah, sí. —A Vandebrook pareció incomodarle pensar que le hubieran asignado un nombre en clave, o eso supuso Lysander—. ¿Y por qué Andrómeda?

—Lo escogí yo, de hecho. Está tomado de una ópera alemana. *Andromeda und Perseus*, de Gottlieb Toller.

—Ah, sí. Un poco subida de tono, creo, ¿no?

—No la he visto —dijo Lysander, que acababa de fijarse en una bailarina de piernas larguísimas, que le recordaba a Blanche.

Introdujo una moneda de seis peniques en la ranura que liberaba los prismáticos de ópera fijados al respaldo del asiento delantero, y se los acercó a los ojos para verla mejor. Ya que estaba ahí, mejor disfrutar del espectáculo.

## 18. SIN MOMENTO DE EUREKA

Lysander no podía dormir, por lo que en algún momento de la noche, entre las tres y las cuatro de la madrugada, se levantó, se metió en la cocina y se preparó una dosis de hidrato de cloro. El somnífero de Bensimon no le funcionaba en absoluto, y empezaba a sospechar que se trataba de placebo. Echó media cucharilla de polvo cristalino en un vaso con agua, lo agitó vigorosamente y se lo bebió. Constató que ya quedaba poco en el envase. Estaba tomando demasiado. Mala señal.

Mientras esperaba a notar los efectos conocidos de la droga, repasó lo ocurrido durante el encuentro que había planificado meticulosamente en el New London Theatre of Varieties. En cierto sentido, podía decirse que estaba decepcionado, no se había producido ese momento de Eureka, esa detonación de comprensión y clarividencia, pero esa noche alguien había dicho algo, había revelado algo sin querer, y él no acababa de comprenderlo. Aun así... Tal vez acabara por aparecérselo. Cada vez estaba más convencido de que la clave estaba en Viena, en esos últimos meses anteriores al estallido de la guerra... Sintió que el hidrato de cloro empezaba a hacer efecto: la cocina se movía, notaba que perdía el equilibrio. Era el momento de meterse en la cama, y dormir al fin. Regresó con cuidado a su dormitorio, apoyándose en las paredes. Vaya, vaya, era un producto muy fuerte. Se echó en la cama, sintiendo que la conciencia lo abandonaba. Viena. Era eso. Eso debía ser...

—¿Está bien, señor? —le preguntó Tremlett—. Parece demacrado.

—Estoy perfectamente, gracias, Tremlett. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Pues me temo que va a tener que hacer sitio para algunas más. El coronel desea verlo.

Lysander se fumó un cigarrillo de prisa, comprobó que no hubiera nada mal puesto en su uniforme —para no dar la satisfacción a Osborne-Way de denunciar que no iba «vestido con corrección»—, y avanzó veloz por el pasillo, en dirección al despacho del Director de Movimientos.

La secretaria de Osborne-Way no se atrevió a mirarlo a la cara mientras lo hacía pasar. Lysander realizó el saludo preceptivo y se quitó la gorra, colocándose en posición de descanso. Osborne-Way estaba sentado a su escritorio, mirándolo fijamente. No lo invitó a sentarse.

—El capitán Keogh ha sido arrestado esta mañana a las seis en punto. Lo mantienen retenido en Scotland Yard.

Lysander no dijo nada.

—¿No responde, Rief?

—No me ha hecho ninguna pregunta, señor. Ha formulado una afirmación. He supuesto que la pregunta vendría después.

—La gente como usted me lleva a preguntarme por qué luchamos en esta guerra,

Rief. Me da asco.

—Lamento oírlo, señor.

—Hasta qué punto un actorcillo deslenguado como usted, metido a oficial, puede ser una vergüenza para el Ejército Británico.

—Sólo intento cumplir con mi cometido, señor. Como usted. —Se señaló la insignia de herido en combate que llevaba en la manga—. He pasado un tiempo en el frente, y conservo las cicatrices que lo demuestran.

Disfrutó al ver el gesto de incomodidad dibujado fugazmente en el rostro de Osborne-Way, el oficial que se había pasado la vida en el Estado Mayor, en su cómodo destino, disfrutando de aquellos fines de semana en París con todos los gastos pagados.

—Mansfield Keogh es uno de los mejores hombres que conozco. Usted no le llega ni a la suela de los zapatos.

—Si usted lo dice, señor...

—¿Qué pruebas tiene contra él? ¿Qué ha descubierto en su sucia investigación?

—No estoy autorizado a decírselo, señor.

—¡Le estoy ordenando que me lo diga, maldita sea! ¡Es usted basura! ¡Es usted la escoria de la tierra!

Lysander esperó un segundo o dos antes de responder, marcando algo más su acento impostado, de modo apenas perceptible.

—Me temo que tendría que hablar con el jefe del Estado Mayor del Ejército Imperial sobre eso, coronel.

—¡Lárguese de aquí!

Lysander volvió a ponerse la gorra, saludó y salió.

En la oficina 205, encontró un telegrama esperándole.

## ANDRÓMEDA. SPANIARDS INN. 7 A. M. MAÑANA

Menos de veinticuatro horas, pensó Lysander, impresionado.

De modo que, después de todo, sí había ocurrido algo la noche anterior. Apenas iba a disponer de tiempo para asegurarse de que todo estuviera preparado.



## 19. ESPERANDO EL ALBA

Lysander le pidió al taxista que lo dejara en lo alto de Heath Street, en Hampstead, junto al estanque y el mástil de la bandera, porque había decidido que prefería acercarse a pie al Spaniards Inn. Eran las cinco y media de la madrugada, y todavía era «noche negra», como dirían los franceses. Llevaba un abrigo largo, negro, bufanda y trilby del mismo color. Hacía frío, y exhalaba un vaho espeso por la boca a medida que recorría los ochocientos metros que, desde el mástil, lo separaban de la posada, caminando por Spaniards Road, en la cima de la colina. Veía muy poco, las farolas estaban muy espaciadas en aquella calle, pero sabía que todo Londres se extendía al sur, y oía el silbido del viento entre los grandes robles del bosque de Caen, que quedaba a su derecha: el crujido y el roce de las inmensas ramas, que resonaban como palos y jarcias de un barco en alta mar; madera en tensión. El viento arreciaba, fiero, a ráfagas, y se caló el sombrero con fuerza, diciéndose a sí mismo, mientras seguía avanzando, que el elemento clave en ese momento era la calma, mantener la calma a cualquier precio, pasara lo que pasase. Todo estaba planeado, todo en su lugar.

No tardó en alcanzar la pequeña garita de peajes situada frente a la posada, donde el camino se estrechaba, y se fumó un cigarrillo, esperando el alba. El alba y la claridad, pensó; por fin, por fin. Curiosamente, en aquellos últimos minutos de oscuridad se sentía más seguro, con la espalda apoyada en la pared, contemplando, al otro lado de la calle, la posada (había una luz encendida en la ventana de un dormitorio) donde el mismísimo Dickens se había tomado más de una copa. En los bolsillos llevaba una linterna y una petaca llena de ron con agua. Un pequeño tributo a su vida de soldado, el trago de ron antes de que tocaran diana en las trincheras, una vida que, esperaba, estaba a punto de abandonar para siempre.

Iluminó la esfera de su reloj de pulsera con la linterna, las 5.55. Faltaba una hora. Le pareció percibir una claridad muy leve; los troncos de los árboles, en el bosque espeso que se extendía tras él, empezaban a emerger, a solidificarse a medida que la oscuridad adelgazaba y, al mirar arriba, a través de las ramas con algunas hojas otoñales clavadas aún en ellas, creyó distinguir el cielo, el gris limón tan pálido, las nubes acercándose, traídas por el viento de poniente.

Dio un sorbo de ron, disfrutando su sabor dulce, el calor que dejaba en la garganta y el pecho. Pasó un carro tirado por un caballo, y sus herraduras resonaron en el suelo: un vendedor de carbón. Después, un muchacho de telégrafos montado en su motocicleta, a toda velocidad. Empezaba otra jornada. No había intentado siquiera dormir esa noche —nada de hidrato de cloro—, y se había dedicado a escribir un largo recuento de su investigación del caso Andrómeda, su historia, sus suposiciones y su conclusión. De ese modo se había mantenido ocupado y seguro de que su mente permanecía alerta, por más que era plenamente consciente de que el documento que estaba redactando era en previsión de una eventualidad, por si no sobrevivía a las

horas siguientes.

Decidió no seguir esa línea de pensamiento: todo se orientaba hacia un éxito triunfal, vengador, no tenía la intención de poner en peligro su vida si podía evitado. Ahora sí, sin duda ya clareaba. Se apartó de la garita y se internó en el bosque. Los rayos de sol rasgarían las nubes veloces, sobre el palacio Alexandra, iluminarían lentamente los pueblos de Hornsey, Highgate, Finchley y Barnet, al este. Ya veía las ramas mecerse y oscilar sobre su cabeza, sentía las ráfagas de viento alborotar a su antojo las puntas de su bufanda. La posada surgía ante él, y el blanco de su fachada refulgía, fantasmagórico; había varias luces encendidas en sus ventanas, y oía golpeteos que provenían del patio trasero. Dio algunos pasos más en dirección a los árboles. Quien fuera que llegara debía pensar que se había adelantado y era el primero, o la primera. Él no quería que nadie lo viera.

Se fumó otro cigarrillo y dio otro trago de ron. Ya podía consultar la hora sin la ayuda de la linterna. Faltaban veinte minutos. Durante un momento, le sobrevino otro ataque de duda: ¿y si se equivocaba?, y volvió a revisar sus deducciones, una vez más, obsesivamente. A él le parecían del todo concluyentes, y lo único que lamentaba era no haber tenido el tiempo ni la oportunidad de plantear a nadie su teoría. La lógica y sus juicios deberían sostenerse por sí mismos, su credibilidad inherente habría de bastar. Un taxi subió por la colina de Highgate resoplando, y prosiguió su camino. Había algo más de tráfico en Spaniards Road: un hombre que empujaba una carretilla, dos muchachos montados en una carreta tirada por perros, pero en realidad la calma era casi total. De pronto sintió unas ganas imperiosas de orinar. Se desabotonó la bragueta y lo hizo. Vida de trincheras otra vez, pensó: un trago de ron y una meada antes de trepar hasta los sacos. ¿Cómo sería en los grandes ataques? Decenas de miles de soldados vaciando de pronto sus vejigas. Sonrió al imaginarlo, y...

Un taxi se detuvo en el patio, junto a la posada.

Vio que en su interior viajaba un hombre tocado con un homburg, que en ese momento pagaba la carrera al taxista.

Christian Vandebrook se bajó, y el taxi se alejó.

—¡Vandebrook! —gritó Lysander desde su refugio, tras los árboles—. ¿Qué diablos está haciendo? ¡Lárguese!

Vandebrook cruzó la calle corriendo. Levaba un abrigo largo de *tweed* que le llegaba casi hasta los tobillos.

—¡Le he enviado un telegrama! —dijo a voz en cuello, inspeccionando el bosque, pero sin ver dónde se encontraba Lysander—. ¿Rief? ¡Ya sé quién es Andrómeda! ¿Dónde está? —Lo vio y corrió hacia él, jadeando—. Se me ocurrió al salir del teatro. Pero debía confirmar un par de datos antes de contárselo. —Se ocultó tras un árbol y desde allí observó Spaniards Road, en su descenso hacia Highgate—. Alguien me viene siguiendo. Estoy seguro. Vayámonos de aquí.

—Está bien, está bien, cálmese —dijo Lysander, y descendieron por un camino de

tierra que se internaba más en el bosque de Caen. Vandenbrook parecía anormalmente tenso, desconfiado. En determinado momento, tiró de él, lo ocultó tras un árbol y esperaron ahí un rato. Nada. Nadie.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Lysander.

—Estoy seguro de que me siguen. Había un hombre frente a mi casa esta mañana. Estoy seguro de que se ha montado en un automóvil y ha seguido a mi taxi.

—¿Y por qué habría de seguirle nadie? Se está imaginando cosas. Pero dígame, dígame lo que sabe.

Se encontraban ya rodeados de bosque. A la luz de perla del amanecer, Lysander veía que los árboles (hayas, fresnos, robles) era muy viejos, altísimos. A sus pies crecían los acebos, y la vegetación, a ambos lados del camino, era densa. Podrían haberse encontrado en un bosque virgen; costaba creer que ése fuera un barrio del norte de Londres. El viento soplaba cada vez con más fuerza, y los árboles, sobre sus cabezas, silbaban, crujían cada vez que sus ramas se doblaban y cedían. Lysander sujetó las puntas de su bufanda y se las metió en el abrigo.

—¿Quiere un poco? —le preguntó a Vandenbrook, alargándole la petaca—. Es ron.

Vandenbrook dio un par de tragos largos y se la devolvió.

—Dígame —insistió Lysander—. ¿Quién es Andrómeda?

—No es un hombre. Es una mujer. Eso es lo que lo está confundiendo.

—¿Y?

—La persona que me chantajea es una mujer... Una mujer que se llama Anna Faulkner. Que el nombre no lo confunda. Es austriaca. El enemigo.

—Está muerta. Se suicidó.

—Lo sé, pero...

Vandenbrook se detuvo, sorprendido de pronto.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque es... era... mi madre.

Vandenbrook lo miró, y Lysander vio que su expresión pasaba de un nerviosismo cercano al pánico a algo más frío, gélido. Todo fingimiento había desaparecido. Dos hombres en un bosque espeso, al alba, atrapados en un vendaval.

Vandenbrook sacó un revólver del bolsillo y le apuntó a la cara.

—Queda detenido —dijo.

—¿Detenido? ¿Está loco?

—Usted y su madre... estaban juntos en esto. Dos espías austriacos. Los dos me chantajeaban.

Lysander no pretendía reírse, pero no pudo reprimir una carcajada.

—Debo reconocerlo, Vandenbrook. Es usted excepcional. Es el mejor actor que he visto en mi vida. Mejor que todos nosotros. El mejor del mundo. Ha desperdiciado usted su vocación.

Vandenbrook se permitió esbozar una leve sonrisa.

—Bien, todos somos actores, ¿no es cierto? —dijo—. Durante gran parte de nuestra vigilia, al menos. Usted, yo, su madre, Munro y los demás. Algunos son buenos, otros, más corrientes. Pero nadie sabe realmente qué es real, qué es verdad. Imposible saberlo a ciencia cierta.

—¿Por qué lo hizo, Vandenbrook? ¿Por dinero? ¿Está en la ruina? ¿Quería vengarse de su suegro? ¿Tanto lo odia? ¿O fue sólo para sentirse importante, relevante?

—Ya sabe por qué —respondió Vandenbrook sin alterarse ni sentirse provocado—. Porque me estaban chantajeando, porque me chantajeaba esa puta de Andrómeda...

Una fuerte ráfaga de viento arrancó el sombrero a Lysander y, un instante después, la cabeza de Vandenbrook pareció explotar en una neblina rosada de sangre, y su cuerpo se desplomó violentamente sobre el suelo, arrastrado por una fuerza invisible.

Lysander cerró los ojos, contó hasta tres y los abrió. Vandenbrook seguía ahí, la mitad izquierda de su cráneo arrancada de cuajo, el pelo empapado, el cerebro colgando, saliéndose, la sangre brotando deprisa, como aceite. Lysander recogió el sombrero, se lo puso y se dio media vuelta para no seguir viendo. Al hacerla descubrió que Hamo estaba agazapado entre los árboles, con su Martini-Henry al hombro.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Más o menos.

—Lo habría abatido antes, en cuanto sacó el arma, pero esperaba tu señal. ¿Por qué has tardado tanto?

Lysander no lograba concentrarse. Seguía mirando a Vandenbrook. Desde ese ángulo sólo veía un agujero rojo, pequeño, bajo su oreja derecha.

—Disculpa, Hamo, ¿qué me decías?

—¿Por qué has tardado tanto en quitarte el sombrero?

—Intentaba sacarle más información, supongo. Obtener algunas respuestas más.

—Un poco arriesgado cuando hay un hombre que te apunta con un revólver. Hay que dar primero, y con fuerza. Ése es mi lema. Por eso he usado una bala de fragmentación. Con un tiro basta, no hay que demorarlo más.

Hamo se acercó a examinar los efectos de aquel proyectil. Lysander extrajo un cuaderno del bolsillo y arrancó una hoja.

—De modo que este hombre es el responsable de la muerte de tu madre —dijo su tío, bajando la vista para mirar a Vandenbrook.

—Sí. Y consiguió matarla sin ponerle ni un solo dedo encima. Pensaba usarla, y a mí también, como salvoconducto hacia su libertad.

—En ese caso, que se pudra en el infierno por varias eternidades. Ya he trabajado bastante por esta mañana, diría yo.

Lysander garabateó algo en el papel y se quitó un imperdible de la solapa. Se

agachó y prendió la nota al pecho de Vandebrook. Había escrito: «Andrómeda».

—Supongo que sabes lo que haces —dijo Hamo.

—Sí, muy bien.

Lysander arrancó el revólver de la mano de Vandebrook, dio varios pasos y disparó una bala al suelo. Después volvió a encajárselo entre los dedos, metiéndole el índice en el gatillo.

—Esa arma de juguete no puede haber causado ese estropicio —apuntó Hamo en tono de ofensa.

—No les importará. Andrómeda se ha suicidado, eso es todo lo que necesitan, y lo que quieren. No oiremos hablar más del asunto. ¿Dónde está tu automóvil?

—En la esquina, en Hampstead Lane. Creo que ha sospechado que lo seguían. Ha hecho que el taxista se desviara mil veces. No quería arriesgarme a que me descubriera.

Lysander pasó el brazo por el hombro de su tío y lo estrujó. Tenía lágrimas en los ojos.

—Has hecho exactamente lo que tenías que hacer, Hamo. Nunca te lo agradeceré bastante.

—Ya te dije que me llamas, niño. A cualquier hora.

—Lo sé. Ahora compartimos nuestro secreto.

—Seré una tumba.

Se alejaron del cadáver de Vandebrook y atravesaron el bosque en dirección a Hampstead Lane, mientras un sol tenue abría al fin un resquicio entre las nubes veloces y, durante unos segundos, proyectaba su luz bruñida, de oro pálido.

## 20. «INVESTIGACIONES AUTOBIOGRÁFICAS»

La tumba de mi madre está en el camposanto de Saint Botolph, parroquia de Claverleigh. Se trata de un lugar desnudo y bastante frío, pero queda alejado de los grandes tejas que enmarcan el sendero hasta el porche, y que le dan un aspecto sombrío y lúgubre. He querido que sobre ella se posara algo de luz. Hugh Faulkner ha plantado dos cerezos a cada lado de la lápida. Regresaré en primavera, cuando estén en flor, y pensaré en ella con más serenidad. En la lápida se lee:

ANNA LADY FAULKNER

1864-1915

Viuda de Crickmay 5.º barón Faulkner

1838-1915

Esposa en primeras nupcias de Halifax Rief

1840-1899

Madre de Lysander Rief

«Te recordaremos siempre, te querremos siempre».

Así, nuestra complicada historia personal queda resumida en esos datos oscuros, en esas escasas palabras y cifras.

Ya no he vuelto al Anexo. No tenía nada en la oficina 205, y me alegra haberme librado de su persistente, perseverante y olor aséptico. Sí regresé al hotel White Palace de Pimlico para recoger la correspondencia y dejar mis nuevas señas en recepción. Como me he encariñado bastante con mi apartamento de Trevelyan House 12-3, renuncié al alquiler de Chandos Place al tener noticia de la muerte del pobre Greville Varley, que se produjo en Kut-al-Amara, Mesopotamia, a causa de una disentería. Entre el correo, en su mayoría circulares y ofertas comerciales (la cruz de cualquier cartero de servicio), había una carta de Hettie.

Lysander, querido:

¿Podrás perdonarme? Me porté fatal contigo porque estaba muy disgustada. Aun así, nunca debería haberte dicho las cosas que te dije (sobre todo en relación con Lothar: adjunto retrato). Me avergüenzo de mí misma y confío en tu naturaleza tolerante y comprensiva. He decidido divorciarme de Jago y trasladarme a Estados Unidos. Quiero vivir en un país pacífico y neutral. Estoy harta de esta guerra repugnante e interminable.

Tengo un amigo que dirige una «colonia de artistas» en Nuevo México, que no sé bien dónde está, y voy a viajar hasta allí para convertirme en maestra.

Debo decirte que Jago no se lo está tomando nada bien y que, perverso, cree que todo esto es culpa tuya. Al parecer ha ido a Londres y ha estado siguiéndote. Cuando te vio la noche del zepelín, el pánico se apoderó de él y me lo confesó todo.

Sé que siempre seremos amigos, y te deseo toda la suerte del mundo en tu inminente matrimonio (¡una chica con suerte!).

Todo mi amor,

*Hettie (nunca más Venora).*

PD: No sé si cabría la posibilidad de que me enviaras 50 libras a la Oficina de Correos de Liverpool. Te estaría eternamente agradecida. Zarpo para América en dos semanas.

## LÍNEAS ESCRITAS BAJO LOS EFECTOS DEL HIDRATO DE CLORO

El calor, aquel verano en Viena, era inmenso.  
Descendía de un cielo blanco, pesado como un vidrio.

No espero  
No espero ver  
No espero ni veo

¿Por qué tocaban aquellas bandas en el Prater?  
Nadie me explicó qué sucedía.

Ella era *schön*.  
Ella era *sympatisch*.

No nos dejaban solos  
En el Hotel du Sport et Riche.

No veo esperanza  
La esperanza no me ve

## *Negronegronegronegroblanconegronegronegro*

Nos tendimos arriba boca arriba  
Nos dimos la mano bajo el manzano  
Sentimos alegría tras una celosía.  
Y túmbame, y revuélcame y házmelo de nuevo.

Está negro, egro, egro, no veo nada.  
Tralará, madame, tralaré, tralaró, tralarú.

Sueño con una mujer.

Blanche y yo hemos fijado la fecha para nuestra boda, que será en primavera, en mayo de 1916. Hamo será mi padrino. Blanche y yo pasamos muchas noches juntos, pero a mí me parece que sigo necesitando el hidrato de cloro para dormir. Veo al doctor Bensimon una vez por semana, y repasamos la historia de esos últimos dos años. El paralelismo funciona, despacio; estoy empezando a vivir con una versión de los hechos en la que el hombre del bigote y el joven rubio logran escabullirse de la zanja antes de que exploten mis granadas de mano. Los dos sufren heridas leves, pero alcanzan las líneas alemanas. Cuanto más me concentro en esta historia y fabrico sus detalles precisos, más me atrapa su plausibilidad. Tal vez alguna noche llegue a dormir apaciblemente, sin la ayuda de los fármacos.

Escribí al sargento Foley al Hospital de Ciegos de Stoke Newington, pero hasta la fecha no he recibido respuesta. Tal vez sea mejor que no obtenga más datos sobre aquella noche, ya me está costando bastante librarme de los que me atormentan, pero siento que debo ir a verlo y explicarle algo de lo que ocurría en realidad.

Mañana me presento a una audición: mi vida de antes regresa. Una reposición de *Hombre y superhombre*, de George Bernard Shaw.

Sigo aquí sentado, contemplando la fotografía de Lothar que me ha enviado Hettie. Un retrato de estudio de un niño muy triste (parece a punto de echarse a llorar), vestido, a todos los efectos, como una niña, con unos faldones bordados pseudocampesinos. Pelo largo, castaño, rizado ¿Se parece en algo a mí? Tan pronto concluyo que sí (Sí, sí se parece), como concluyo que no (No, no se me parece en



nada). ¿Es, de hecho, verdaderamente mío? Hettie engañó a Udo conmigo. ¿No pudo engañarme a mí con otro? ¿Podré tener la certeza alguna vez?

Y, en ese sentido, mi mente regresa, como tantas veces, a esa madrugada de octubre en Hampstead Heath, esperando el alba, esperando a que llegara Vandebrook. Sabía que sería él, y esperaba que la luz del día trajera consigo comprensión y claridad, o al menos una visión más clara. Y creí haberla logrado cuando prendí el nombre de «Andrómeda» en el abrigo de Vandebrook. Todo aclarado, explicado. Pero a medida que avanzaba el día me asaltaban otras preguntas, me atormentaban, me llevaban a pensar una vez más, hasta que, en el crepúsculo, todo volvía a ser confusión, otra vez. Tal vez así sea la vida, intentamos ver con claridad, pero lo que vemos nunca está claro, y nunca lo estará. Cuanto más nos esforzamos, más se enturbia. Lo único que nos queda son aproximaciones, matices, grandes cantidades de explicaciones plausibles. A escoger la que más nos guste.

Después de lo que he vivido, siento que comprendo un poco de nuestro mundo moderno, tal como existe hoy. Y tal vez he captado un atisbo de su futuro. He visto las poderosas tecnologías industriales de la maquinaria de guerra del siglo XX tanto en su origen burocrático como en su blanco preciso, vulnerable, humano. Y aun así, a pesar de la comprensión privilegiada y de los valiosísimos conocimientos que he atisbado, he tenido la sensación de que cuanto más parecía saber, más se atenuaba y se extinguían la claridad y las certezas. A medida que avancemos en el futuro, la paradoja se hará más clara, clara y negra, negramente clara. Cuanto más sepamos, menos sabremos. Por raro que parezca, puedo convivir tranquilamente con esa idea. Si eso es nuestro mundo moderno, yo me siento un hombre muy moderno.

Me he reunido con Munro este mediodía. Hemos quedado en uno de los leones de la Columna de Nelson, en Trafalgar Square. Hacía un día frío y gris, de chubascos intermitentes y lloviznas, y los dos llevábamos tabardos impermeables, como si fuéramos un par de turistas. Acababa de descargar un chaparrón hacía diez minutos, y los adoquines brillaban, esmaltados, y las fachadas empapadas, humeantes, de los edificios cercanos: el Colegio Real de Médicos, la National Gallery, Saint Martin's; parecían casi de un negro aterciopelado. Un sol fugaz intentaba sin éxito abrirse paso entre los nubarrones, y de hecho ha conseguido iluminar apenas unos resquicios creados por el viento, y eso, combinado con el efecto lúgubre de una masa de nubes moradas, que traía más lluvia desde el estuario del Támesis, ha dado a la escena una luz curiosa, entre dorada y plomiza, y ha hecho que la perspectiva de Pall Mall, Whitehall y Northumberland Avenue pareciera iluminada por arcos voltaicos, por un resplandor artificial y raro, como si los volúmenes de la ciudad pudieran ser desmontados como piezas de un escenario y montados en otra parte. Yo me sentía

incómodo, a la defensiva, inquieto por el mal tiempo y aquella luz tan curiosa, casi como si me encontrara en un teatro, actuando.

MUNRO: ¿Por qué nos reunimos así, Rief? Todo muy melodramático.

LYSANDER: Permítamelo. Por el momento, me gustan los espacios públicos.

MUNRO: Encontramos a «Andrómeda», por supuesto, en lo alto de la colina con su nota escrita. La policía nos llamó... Todo quedó bien limpio y recogido. Le estamos agradecidos, debo decirlo.

LYSANDER: Fue muy listo. Vandebrook. Muy listo.

MUNRO: No lo bastante. Usted lo desenmascaró y acabó con él. He leído su declaración. Muy detallada.

LYSANDER: Bien. La verdad es que nunca lo chantajearon. Ésa fue la primera de sus ocurrencias. Lo tenía todo planeado, por si lo pillaban. No había niña de diez años, ni confesión, ni perlas. Pero le daba una excusa y podría haberlo salvado de la horca si no se hubiera pegado un tiro.

MUNRO: Sí... ¿Cómo supo finalmente que era él?

LYSANDER: Admito que su historia del chantaje me convenció por completo. Después él mismo se delató..., un lapsus tonto. Yo ni siquiera me di cuenta cuando lo dijo. Fue algo que recordé horas más tarde, cuando intentaba conciliar el sueño.

MUNRO: Y ahora va a decirme qué era, estoy seguro.

LYSANDER: Aquella noche en que nos encontramos todos en el teatro, Vandebrook hizo una referencia a la cubierta de *Andromeda und Perseus*.

MUNRO: El texto-fuente de Glockner...

LYSANDER: Exacto. Yo aludí a ella, a la ópera, y él dijo que había oído que era una ópera algo «subida de tono». ¿Cómo podía saberlo? Él no la había visto. Pero sí había visto el libreto con su cubierta provocativa porque la había robado del despacho de mi madre y la había usado como texto-fuente para el código de Glockner.

MUNRO (*pensando*): Sí... ¿A qué vino aquel encuentro en el teatro de variedades?

LYSANDER: Quería que Vandebrook pudiera echarles un vistazo... a usted, a Fyfe-Miller y a Massinger. Ver si era capaz de identificarlos. En ese momento yo todavía creía que lo estaban chantajeando.

MUNRO: ¿Va a decirme que sospechaba de alguno de nosotros?

LYSANDER: Me temo que sí. Me parecía la conclusión lógica esos días. Estaba convencido de que uno de ustedes tres era la verdadera Andrómeda. Hasta que, sin querer, se le escapó a él solo.

MUNRO: No entiendo...

LYSANDER: Cuando vivía en Viena, conocí a un oficial del ejército austriaco al que habían acusado de robar en la cantina de los oficiales. Hoy estoy seguro de que era culpable, pero había otros once sospechosos. De modo que él se ocultó tras la pantalla de los demás sospechosos y los manipuló muy hábilmente, igual que

Vandenbrook. Y se libró de la condena. Cuando los sospechosos son muchos, la tendencia es a sospechar de todos, lo que implica que, probablemente, nunca encuentras al verdadero culpable. Es una treta muy astuta. Pero yo tenía una sensación muy profunda de que, de algún modo, todo este asunto estaba relacionado con Viena. Usted había estado en Viena. Fyfe-Miller, también, y al parecer, también Massinger.

MUNRO: Sí. Massinger viajó a Viena. y usted también estuvo en la ciudad.

LYSANDER: Sí, yo también. Y Hettie Bull. Y el doctor John Bensimon. La única persona que no había estado allí era Vandenbrook. Y eso fue lo que lo delató. No había estado allí, pero conocía *Andromeda und Perseus*. Y lo más importante de todo: sabía qué aparecía en la cubierta del libreto vienés. El libreto de Glockner, publicado en Dresde, carecía de cubierta «subida de tono». En él figuraban sólo unas letras negras sobre un fondo blanco. Un error mínimo y fatal. Pero yo era la única persona que lo sabía. La única.

Munro parecía pensativo, se alisaba el bigotillo con el dedo corazón, recurriendo a su gesto habitual. He notado que buscaba desesperadamente algún fallo en mi razonamiento, algún defecto en el planteamiento lógico; era casi una cuestión de orgullo intelectual y autoestima, como si le molestara el caso que yo había construido, y quisiera cargárselo de algún modo.

MUNRO: Todas las cartas de Glockner se franquearon en Londres.

LYSANDER: Sí.

MUNRO: De modo que está diciendo que Vandenbrook las llevaba a algún hotel de la costa sur. Las dejaba allí. Hacía que un porteador de la estación las recogiera a la mañana siguiente y las enviara de vuelta a Londres. Después las codificaba y las enviaba a Ginebra.

LYSANDER: Formaba parte de su coartada. Era increíblemente meticuloso. Lo tenía todo pensado. Todo debía encajar en su historia del chantaje: que había otra persona que lo controlaba. Otra Andrómeda, si lo prefiere. Más importante que él.

MUNRO: Se tomaba muchas molestias, sin duda.

LYSANDER: Y casi le compensó tomárselas. Por cierto, ¿cómo sabe que todas las cartas de Glockner tenían matasellos de Londres?

MUNRO: Porque me lo dijo usted.

LYSANDER: ¿Yo? No lo recuerdo.

MUNRO: En ese caso, debe de haber sido madame Duchesne.

LYSANDER: Habrá sido ella, sí...

MUNRO: ¿Cómo puede estar seguro de que Vandenbrook era Andrómeda?

LYSANDER: ¿Cómo se puede estar seguro de nada? Es mi apuesta más probable. Mi deducción más trabajada. Mi interpretación más meditada. Vandenbrook era muy astuto y, dicho sea de paso, un actor extraordinario, mucho mejor que yo. Ojalá

tuviera yo la mitad de su talento. Y se había creado una capa invisible de poder por encima de él que le hacía aparecer como una víctima, un mandado, un peón. A mí no me miréis, yo soy un don nadie, decía, el verdadero control está en otra parte. Yo le creí durante un tiempo, pero era una invención total.

MUNRO: Entonces ¿por qué intentó entregar la última carta?

LYSANDER: Ése fue el principio de su engaño. Vio que yo había llegado al Directorio, y sabía exactamente qué andaba buscando, y que era muy posible que fuera reduciendo la lista de sospechosos hasta quedarme sólo con él, de modo que puso en marcha su plan de huida. Por supuesto, las cartas de Glockner las codificaba él mismo. Estaba en posesión del texto-fuente. Pero debía cubrirse por si yo lo desenmascaraba. Sí, claro, era posible que yo nunca llegara a encontrar la última carta, pero no podía correr ese riesgo.

MUNRO: ¿No es todo eso un poco sutil? ¿Sutil en exceso? ¿Incluso para Vandebrook?

LYSANDER: Éste es su mundo, Munro, no el mío. Diría que «un poco sutil» y demasiado sutil son sus rasgos definitorios, ¿no cree? ¿El engaño a tres bandas? ¿A cuatro bandas? ¿La triple comprobación? ¿La décima comprobación? En mi limitada experiencia, son el pan nuestro de cada día. ¿Por qué no se lo pregunta a una experta como madame Duchesne? ¿O se lo pregunta a sí mismo, ya puestos?

Munro frunció el ceño. Al parecer, seguía sin estar convencido del argumento.

LYSANDER: No parece convencido.

MUNRO: Bien, las ofensivas del próximo verano nos proporcionarán la respuesta final, supongo, sobre si se ha sellado la filtración o no.

LYSANDER: Le sugiero que pase unos días en el Directorio de Movimientos y sus departamentos asociados. Ahí está todo. Montañas y más montañas de datos puros y duros, facilísimos de leer. Es demasiado grande, Munro. La maquinaria de guerra es demasiado gigantesca, y gigantescamente obvia. Cuando la escala de las cosas es tan inmensa y cuando uno está tan cerca como estaba yo, no se puede ocultar nada. Cualquiera podría haber sido Andrómeda, pero resultó ser Vandebrook.

Munro me ha mirado, desconcertado, como si yo fuera un alumno díscolo y gamberro que no dejara nunca de molestar en clase.

LYSANDER: Piense en nuestros ejércitos y ciudades. Hay una ciudad británica, y una ciudad francesa, y una ciudad alemana, y una ciudad rusa. Y después está la ciudad austriaca, la italiana, la turca. Necesitan todo lo que necesitan las ciudades: combustible, transporte, energía, alimentos, agua, higiene, administración, hospitales, una fuerza policial, tribunales de justicia, funerarias y cementerios. Y así

sucesivamente. Piense en todo lo que esas ciudades necesitan a diario, cuánto consumen en una hora. La población de esas ciudades alcanza millones de personas, y deben mantenerse en funcionamiento sea como sea.

MUNRO: Entiendo a qué se refiere, sí...

LYSANDER: Y después está el ingrediente final, único.

MUNRO: ¿Cuál es?

LYSANDER: El armamento. De todas las clases imaginables. Esas ciudades intentan destruirse unas a otras.

MUNRO: Sí..., da que pensar...

Ha permanecido en silencio unos instantes, y le ha dado un puntapié a una paloma que se había acercado demasiado a sus zapatos bien lustrados. La paloma se ha alejado algunos pasos, batiendo las alas.

MUNRO: ¿Por qué mató a Vandebrook?

LYSANDER: Yo no lo maté. Se suicidó. Cuando le revelé la prueba del libreto. Sacó un arma y se disparó. Registren su casa y encontrarán la prueba definitiva: el libreto de *Andromeda und Perseus* es la clave de todo esto.

MUNRO: No podemos registrar su casa. No estaría bien. Una viuda desconsolada. Unas niñas huérfanas que acaban de perder a su padre. Un oficial destacado que se ha quitado la vida, que fue herido en combate, que sufría de las brutales presiones y la tensión de la guerra moderna... No, no. Y su suegro no se quedaría de brazos cruzados si nosotros enviáramos a nuestros hombres y pusiéramos su casa patas arriba.

LYSANDER: En ese caso, tendrán que confiar en mi palabra, ¿no es cierto?

Silencio. Nos hemos mirado, sin revelar nada.

MUNRO: Sentí lo de su madre.

LYSANDER: Sí, ha sido una tragedia. No pudo soportarlo, supongo. Pero es algo que decidió hacer. Y yo lo respeto.

MUNRO: Por supuesto, por supuesto... ¿Y usted, Rief? ¿Qué quiere hacer ahora?

LYSANDER: Quiero que me licencien con honores. El ejército ya ha terminado para mí. Mi guerra ha terminado.

MUNRO: Creo que podremos organizarlo. Es lo menos que merece.

Nos hemos dado la mano, nos hemos despedido y nos hemos alejado por caminos distintos. Munro ha bajado por Northumberland Avenue en dirección a Whitehall Court, y yo me he ido dando un paseo por el Strand, hasta Surrey Street y Trevelyan House 12-3. No he vuelto la cabeza para mirar atrás, y supongo que Munro tampoco

lo habrá hecho. Ha terminado.

## 21. SOMBRAS

Es una noche oscura en Londres, neblinosa, de lluvia fina. Se acerca el fin de 1915. La niebla, color perla, parece un humo que dibujara volutas y se posara, el humo de un millón de velas apagadas a la vez, sobre los edificios de la ciudad, es casi como un ser en crecimiento, sinuoso, vegetal, que lo cubre todo, inmenso, que busca puertas y escaleras, callejones, bocacalles, que vuelve casi invisibles los tejados. Las farolas arrojan con dificultad un cono de luminiscencia húmedo, amarillo, que parece menguar tan pronto como la luz impacta en el suelo brillante, y convertirse en un pequeño cerco borroso, como si el esfuerzo de rasgar la oscuridad turbia que todo lo engulle, de caer allí, no les permitiera nada más.

Estás de pie, tiritando, en la esquina que forman dos paredes de Archer Street, observando, intentando discernir el mundo que pasa frente a ti a esas horas de la noche, y llama tu atención el grupito de espectadores entusiastas que aguardan, programa en mano, a que les firmen un autógrafo los actores y actrices de *Hombre y superhombre*, que, terminada la función, abandonan el teatro por la puerta trasera. Suspiros arrobados, unos aplausos espontáneos y contagiosos. Finalmente, la gente se dispersa cuando los actores pasan, firman, conversan brevemente y se van.

Se apagan las luces, pero ves que la puerta se abre una última vez y aparece un hombre con gabardina, y el sombrero en la mano. Alza la vista al cielo opaco de la noche y constata que hace un mal tiempo espantoso. Probablemente sabrás que es el señor Lysander Rief, que interpreta el papel de John Tanner, el protagonista de *Hombre y superhombre*, de George Bernard Shaw. Lysander Rief parece cansado, parece un hombre que no duerme bien. ¿Por qué abandona el teatro tan discretamente? ¿Por qué es el último en salir? Se cubre con el sombrero, se pone en marcha y tú, vagamente curioso, decides seguirlo: dobla a la izquierda al llegar a Wardour Street y después, casi enseguida, a la derecha, y sigue por Old Crompton. Mantienes la distancia mientras lo observas regresar a su casa a través del aire condensado, espeso, de la noche. Se detiene con frecuencia a mirar a su alrededor y avanza de manera extraña por la calle, cruza varias veces de una acera a otra, como si quisiera evitar los círculos de luz borrosa, amarillenta, que proyectan las farolas. Abandonas tras un minuto (tienes mejores cosas que hacer), y dejas que el señor Lysander Rief regrese a su casa (esté donde esté) con paso errático, lo mejor que pueda. Que tenga buena suerte; parece evidente que el hombre prefiere los márgenes y los límites de las calles de la ciudad, sus periferias turbias, en las que cuesta distinguir las cosas con claridad, en las que cuesta saber exactamente qué es qué, y quién es quién; el señor Lysander parece mucho más a gusto habitando la fría seguridad de lo oscuro, más feliz en la incierta comodidad de las sombras.

# NOTAS



[1] *Bull*, significa *toro* en inglés. (*N. del t.*) <<

[2] En inglés, *Dutch courage* es la desinhibición y el atrevimiento que se alcanzan como consecuencia de haber ingerido bebidas alcohólicas. (N. del t.) <<